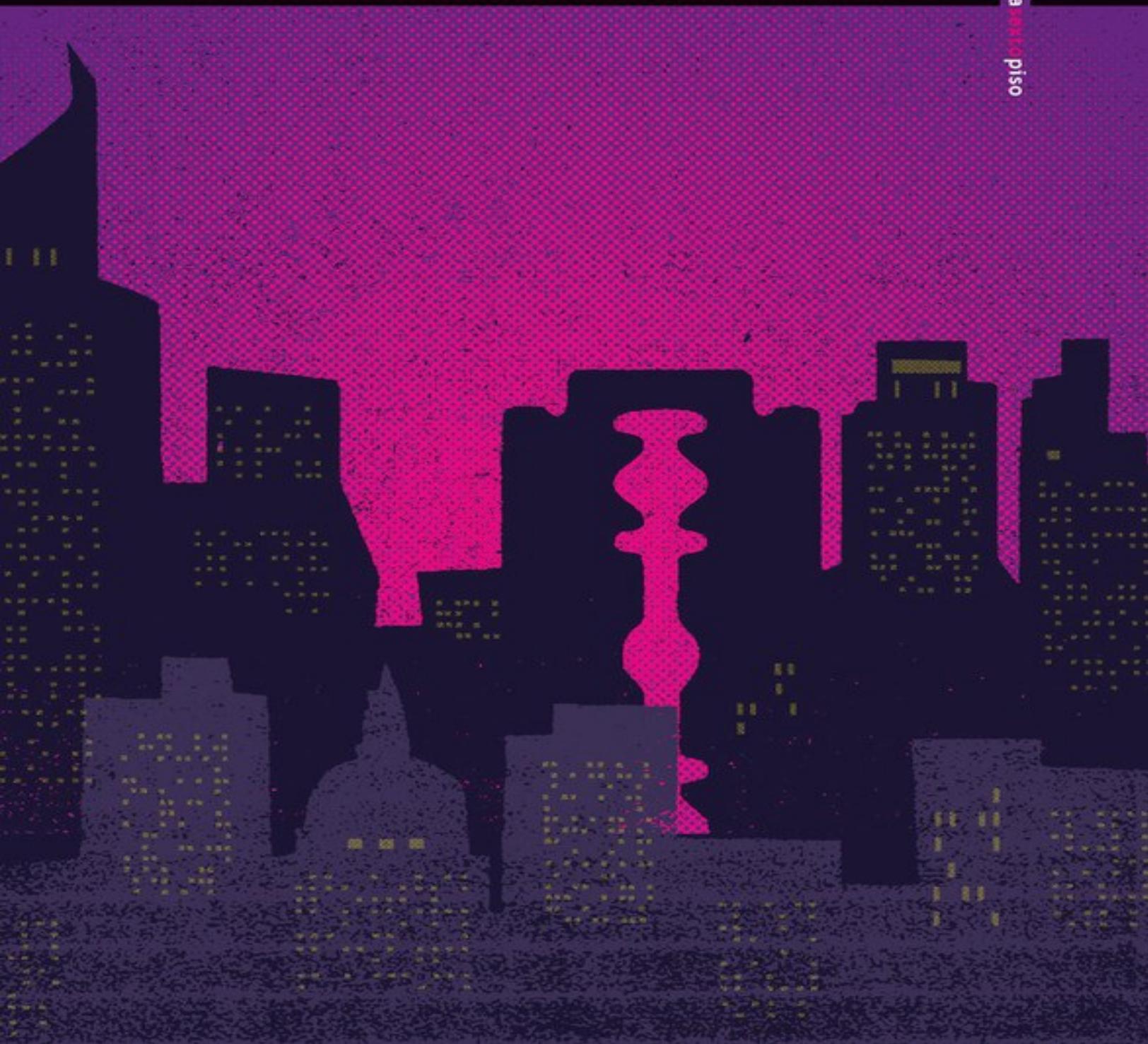


KATE TEMPEST

Cuando la vida te da un martillo

TRADUCCIÓN DE DANIEL RAMOS SÁNCHEZ

narrativa
sexto piso



Cuando la vida te da un martillo

Cuando la vida te da un martillo

KATE TEMPEST

TRADUCCIÓN DE DANIEL RAMOS SÁNCHEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Bricks that Built the Houses

Copyright © KATE TEMPEST, 2016
This translation of *The Bricks that Built the Houses* is published
by SEXTO PISO by arrangement with BLOOMSBURY PUBLISHING PLC.

Primera edición: 2017

Traducción
© DANIEL RAMOS SÁNCHEZ

Imagen de portada
© Münster Studio
www.munsterstudio.com

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017
París 35–A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-16677-20-7

Índice

PORTADA

ABANDONAR

PRIMERA PARTE

MARSHALL LAW

LA VERDAD

DÍAS DE NEBLINA Y SOLEDAD

POLLO

DE COLOR BEIS

SEGUNDA PARTE

CÁLIDA NOCHE, FRÍA NAVE ESPACIAL

SINTONÍA DE BECKY

PESTE

EL GOLPE

AL VENCEDOR, LOS DESPOJOS

CÍRCULOS

UN MARTILLO

FINAL FELIZ

VOLVER

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

A mi familia, la de sangre y la otra

A Dan Carey

A India Banks

Y a todo el sureste de Londres

«Me dijeron que el día y la noche eran todo lo que podía ver,
me dijeron que cinco sentidos me encerraban,
y encerraron en un círculo estrecho mi mente infinita
y hundieron mi corazón en el abismo, roja esfera ardiente».

WILLIAM BLAKE, «Visiones de las hijas de Albión»

ABANDONAR

Te cala hasta los huesos. No te das cuenta hasta que lo atraviesas con tu coche, observando lo que conoces desde siempre, y dejándolo atrás.

Van conduciendo por las calles, las tiendas, las esquinas donde se hicieron a sí mismos. Todos los fantasmas están allá fuera, clavándoles la mirada. Con la piel maltrecha y los ojos hundidos, sonriéndoles con malicia desde el pasado.

Lo llevan en los huesos. Pan, alcohol y hormigón. Su belleza. Todos los momentos insignificantes resplandecen. Predicadores, padres, obreros. Románticos de cuencas vacías sin un rumbo fijo. Farolas, tráfico, cuerpos por enterrar, bebés por hacer. Un trabajo. Nada más que un trabajo.

La gente vuelve a matarse por los dioses. El dinero nos está matando a todos. Viven bajo una soledad tan absoluta que se ha convertido en el tejido de sus amistades. Pasan sus días contemplando cosas materiales. Existen entre la masa y sienten que forman parte del todo. Sólo confían en las modas. No pueden aspirar más que a salir de noche hasta quedar despedazados, con la cara desencajada por el alcohol y las drogas que a la mañana siguiente verterán su odio sobre ellos.

Pero aquí están, abandonando el estrés, la mierda de comida y los interminables malentendidos. Abandonando. La oficina de empleo, el aula, el pub, el gimnasio, el aparcamiento, la mugre, la tele, el barrido constante de noticias, la aspiradora, el cepillo de dientes, la funda del portátil, el producto capilar caro que te hará sentir mejor por dentro, la cola del cajero automático, el cine, la bolera, la tienda de móviles, la culpa, el vacío absoluto que nunca deja de perseguirte, el dolor de ver a una persona convertirse en una sombra. Los rostros de la gente que se retuercen una y otra vez entre muecas, dejándose las entrañas en las alcantarillas, amantes que se aferran el uno al otro hasta que se quedan sin aliento y se les muere el amor, cemento húmedo y pintura de espray, los niños ven porno y beben Monster. Contempla cómo la ciudad cae y vuelve a levantarse entre neblina y manos sangrantes. Sigue aferrándote a esos éxitos de balada de karaoke. Persigue tu talento. Arrincónalo, enciérralo en una jaula, entrega la llave a alguien rico y dite a ti mismo que estás siendo

valiente. Echa la silla hacia atrás, mira fijamente a los ojos de alguien que te resulte odioso pero que aun así te llevarías a casa. Dile al mundo que seguirás siendo fiel a lo que eres. Todo está a la venta pero para ti no hay nada, entrégate hasta que te fallen las fuerzas y cuando más flaqueeen, cárgalas de dolor y secretos. Todo a tu alrededor grita «Esto es el paraíso» hasta que no queda nada que sentir. Trágateela, escúpela, métete dos de una vez. Clávate bien hondo en vena y pasa el resto de tu vida intentando desengancharte. Ahora cierra los ojos y páralo.

Pero nunca se para.

Abandonan la ciudad en un Ford Cortina de cuarta mano. Es de noche y la ciudad está henchida de sí misma. El cielo truena. La clase de nubes que te hace inclinar la cabeza.

Se dirigen hacia la autopista. Conduce Leon. Tiene la camisa empapada de sudor y le duelen los brazos a la altura de las muñecas de agarrar el volante. Se sienta hundido sobre el asiento del conductor y, aun así, la parte superior de su cabeza roza con el techo del coche. Leon es musculoso, con la complexión de un perro de pelea. Metro noventa y de pies ligeros. Sus movimientos son escurridizos. Tiene la cara desencajada por la preocupación mientras gira a la izquierda, por las carreteras que tan bien conoce, y empuja el fatigado motor por la cuesta de Blackheath Hill en dirección a la rotonda de la A2, serpenteando entre el estrépito de los camiones de mercancías pesadas.

Harry va detrás, con un brazo estirado a lo largo de la parte superior de los asientos, tamborileando con los dedos, cambiando de postura constantemente. Es menuda y a cada segundo mengua. Su pequeño cuerpo viaja encogido en la parte trasera del coche, hecho un manojo de nervios, con los brazos y las piernas desplegados como las varillas de un paraguas roto. Se agarra al maletín marrón que descansa sobre su regazo; sujeta el asa con tanta fuerza que las costuras se le marcan en la palma de la mano. El miedo agarrota sus hombros, que despuntan como alas plegadas. Becky va delante con las piernas firmemente cruzadas y los codos pegados a las caderas; se está mordiendo la uña del pulgar. Su cuerpo está tenso como un alambre. Sus rasgos son suaves y generosos, como las efigies talladas en piedra de los templos. En la nariz le brilla un *piercing* de bola. La boca se eleva en las comisuras. Alta y erguida, su presencia impone. Sus ojos oscuros están clavados en la oscura calzada

mientras el coche oscuro tiembla sobre sus ruedas. Becky observa por los retrovisores, atenta a cada movimiento, a cada faro violento. Harry vigila los coches que van detrás. Leon mantiene la mirada fija sobre la carretera. Si alguien viene tras ellos, no hay mucho que puedan hacer más que seguir hacia delante.

El coche reduce la velocidad en un semáforo en rojo y Becky ve el reflejo fosforescente de los televisores a través de las ventanas de algunos pisos. Un hombre le arregla el cuello de la camisa a otro más joven. Le coloca bien los bordes, sonriendo con orgullo. «¿Y qué hago con el alquiler? ¿Ponerme a trabajar?». Los pensamientos de Becky le retuercen las manos y le tiran del pelo. Diapositivas caleidoscópicas que se van repitiendo. La cara de Pete, hecho una furia. La habitación de hotel donde él le preparó la encerrona. Se agarra las rodillas. Harry mira desde el asiento de atrás. Se inclina hacia delante, busca la mano de Becky y la aprieta. Becky mira hacia su regazo. Sus dedos se ven mucho más redondos y anchos que los de Harry. Tiene la piel callosa y endurecida por el trabajo. Sus uñas están todas mordidas, con restos de esmalte azul brillante adheridos a dos uñas de su mano izquierda y a una de su derecha. Se da cuenta de lo suave que es la piel de Harry. Tiene el dorso de las manos lleno de líneas intrincadas. Becky las acaricia, aprieta las yemas de los dedos de Harry. Indaga todas las rutas, de la uña al nudillo, a la muñeca, hasta que sus pensamientos se ralentizan.

La maleta llena de dinero descansa como un bebé dormido. Harry no le quita el ojo de encima. Repara en su forma. Nadie ha hablado en los diez últimos minutos. El silencio es cada vez más ensordecedor.

Al final, la voz de Leon renquea desde su pecho y se abre paso a trompicones por la boca.

–¿Fuera de la ciudad? ¿O qué? ¿Fuera del país?

Se encorva sobre el volante, nadie responde, los segundos palpitan a medida que transcurren.

–Menudo follón –dice con remordimiento.

Harry intenta concentrarse, respirando pausadamente.

–¿Se suelen tomar las cosas muy a pecho tus tíos?

Becky los visualiza en su mente, sonrientes y cubiertos de sangre. Habla con calma, sin ninguna ceremonia.

–Depende de lo que hayas hecho.

Sus palabras abren un boquete en el suelo del coche, hacen añicos el chasis

y dejan sus pies al aire, al roce con el asfalto caliente.

En los momentos inmediatamente anteriores a salir huyendo, se había encontrado a su tío Ron delante del pub, arqueándose sobre el rostro de Harry y con un aspecto siniestro: su boca soltaba gruñidos, su dedo clavaba las palabras como puñales, sus ojos estaban extrañamente llenos de gozo. Ya había visto su cara retorcerse de esa manera en otra ocasión. Su tío se encontraba dentro del café, en el almacén de atrás, y ella sólo se había acercado para coger el cargador que se había dejado en el enchufe de la esquina. Abrió la puerta y entró y, mientras se inclinaba para desenchufar el cargador, a través del hueco de la puerta vio a su tío acompañado de un chico al que no conocía y que debía de tener diecisiete años. El tío Ron lo estaba sujetando por los hombros y le hablaba bruscamente a la cara. Becky no pudo oír lo que le decía, pero vio lo asustado que estaba el chico; vio a su tío agarrarlo por la garganta y apretar; vio el color desvaneciéndose de la cara del chico: primero blanca, después roja, luego oscureciéndose hasta el morado. Se preguntó si acabaría muerto. La idea la dejó paralizada durante un instante, fascinada y aterrada, a punto de saltar, gritar y detenerlo, cuando su tío dejó marcharse al chico. El chico farfulló, se frotó la nuez con lágrimas en los ojos y, vacilante, echó a correr por la puerta de atrás mientras su tío se apartaba de su vista y ella se acurrucaba junto al enchufe de la mesa de la esquina, asustada, sin estar segura de lo que acababa de ver.

Intenta enviar el recuerdo al rincón donde habitaba cuando aún permanecía olvidado, pero su eco retumba dentro del cráneo.

—¿Crees que saben que estás con nosotros? —le pregunta Leon a Becky.

—Pete podría caer en la cuenta —dice, y el nombre de Pete queda suspendido en el aire como un pájaro abatido, a punto de caer del cielo, y, en cuanto se pronuncia, se desploma con suavidad sobre sus regazos y ahí se posa, tibio y sangrante.

Pete.

—¡Qué cabroncete! —dice Leon con cariño.

El coche vuelve a estar en silencio. Cada uno a solas con su pánico, que crece, desciende, crece aún más. La tensión les taponan la boca. Becky se vuelve para mirar a Harry. Las farolas le iluminan la cara al pasar.

—Estaremos bien. —Becky sonríe y todas las calles del corazón de Harry arden, todas las ventanas de todas las casas estallan a la vez. Un maremoto irrumpe y extingue los incendios y el agua anega las casas y se derrama por las

ventanas rotas, arrastrando escombros sobre las olas. Becky se vuelve hacia la ventanilla, clavando la mirada en las breves luces blancas de las tiendas que van dejando atrás. Las ve pasar. Las ve pasar. Brutales destellos que despiden fognazos igual que alguien que te grita insultos a la cara.

El tramo que dejan atrás es más oscuro que el que tienen por delante y la calle que atraviesan está deformada por los recuerdos. La rutina, el trabajo, la paciencia de ensayar, el sentarse con gente y no decir nada. *Castings* y luces en el escenario, el tirón muscular. Su cara devolviendo la mirada tras las lentillas. El maquillaje y los polvos. La náusea como un pasillo interior vacío e interminable, las manos en las rodillas, el respirar hondo entre bambalinas. El coro de aplausos. El eterno agotamiento. Lo ve todo ahí, sobre la calzada, haciéndose más pequeño a medida que se alejan. Abre la ventanilla y huele la tormenta que sube desde el asfalto y le sale a borbotones una risa entrecortada.

Las carreteras se vuelven más anchas, las casas se vuelven más grandes, ahora hay menos locales de pollo frito, más gastropubs. Su ciudad va cediendo el control. Se desvían a la autopista. En la radio, Billy Bragg canta «A New England».

PRIMERA PARTE

MARSHALL LAW

Un año antes

Van a dar las diez y media y Becky se encuentra en la orilla equivocada del río, en una zona de la ciudad llena de profesionales creativos con sueños de una vida más sencilla: anhelos ocultos y radicales de familias nucleares y casas de campo.

Cientos de cuerpos se mueven en la planta superior de un bar de moda. Todo el mundo habla de sí mismo. «Pues yo me dedico a tal», dicen todos. «Me va genial. ¿Te suena esto que hago? Y aquello otro, ¿te suena?». Posturas inquisitivas y respuestas enfáticas. El aire está cargado de sudor de cocaína, fragilidad oculta y la perspectiva de hacer buenos contactos.

Becky tiene veintiséis años, pero se siente en las últimas. Está apoyada contra la barra, a su alrededor todo son monstruos, gilipollas y putillas chillando y gritando para hacerse notar. Tiene los hombros firmes y echados hacia atrás. Su aspecto es desafiante, pero no lo hace adrede: es su pose natural. Tiene el don de poseer esa clase de postura erguida y de relajación en las extremidades que dan como resultado un amor por el movimiento, una fluidez física que convierte la danza en su goce primordial. Es intimidante, sarcástica y, en ocasiones, malintencionada. Un cuchillo en medio de toda esta carne. La clase de mujer que siempre desata el caos entre desconocidos.

Se apoya con todo su peso, le duele el codo. A su lado, en la sala abarrotada, una chica que se llama Aisha busca a gente importante. Aisha derrocha confianza en sí misma. La confianza perturbadora y brutal de los veintiún años. Por alguna razón, se ha acoplado a Becky y han pasado juntas la última media hora. Ya han bailado juntas un par de veces antes, pero a Becky le sorprende que Aisha lleve tanto tiempo parada con ella. La hace sentirse mayor.

Becky dedica una sonrisa tan deslumbrante como puede a cada uno de los rostros que saludan con una mirada al pasar. Hace días que tiene la cabeza como un bombo. Un martilleo agudo y profundo que le empezó en la sien izquierda y que se ha abierto camino a zarpazos por toda la circunferencia de su cráneo.

Alberga fantasías de desastres naturales. Ve a la gente moviéndose por el

bar como si fuesen los despojos de una era que agoniza. La retransmisión en directo de una espantosa invasión alienígena. Mira fijamente las caras, desesperada por identificar atisbos de humanidad, pero lo único que ve son piezas de *attrezzo*.

Al otro lado de Becky, una mujer de más edad habla con un hombre más joven. Está de mal humor y escucha sin ganas, vestido con el típico uniforme de alquiler-una-personalidad compuesto por camiseta de una banda poco conocida, vaqueros desgastados y unas botas de cuero de toco-la-guitarra.

–Me *encantan* tus temas, cielo –le dice la mujer. Es alta, recalca cada palabra con un contoneo de la mano, el pelo le sube en espiral como una caracola y va vestida con carísima ropa de color negro—. Pero son muy *cortos*. Si fuese tú, metería un solo de guitarra al final y repetiría los coros haciendo fundido para terminar.

El hombre parece poco convencido, pero sus ojos brillan mientras se deja persuadir.

–Ya nadie mete solos de guitarra –dice ella mientras él se pasa una mano llena de anillos por el pelo en lo que a Becky le parece un gesto ensayado. Becky se pregunta si está asistiendo al nacimiento de una estrella. La mujer le recorre la mejilla con la mano y luego le da un golpecito en el hombro—. Dame diez temas de ese rollo y te meto en una habitación con unos A&R de la hostia y ya verás qué pasa, ¿vale?

Hoy es la presentación del vídeo del último single del «nuevo grupo de aire retro». Coincide con el lanzamiento de la nueva línea de moda del líder de la banda, Stroke Art. Los del grupo se ignoran los unos a los otros en distintos extremos de la sala. Sus mánager se alegran las narices en los baños.

A lo largo de la pared negra del local cuelgan, de lado a lado, tres enormes pantallas que van reproduciendo el vídeo en bucle. Becky las mira sin prestar demasiada atención, sintiendo vergüenza de la cara con la que sale, de los morritos que hay que poner para que se fijen en una. Es como si estuviera viendo moverse el cuerpo de otra persona. Pasan ante sus ojos todos los años que dedicó a trabajar su baile, rondando a fashionistas y blogueros influyentes. O son todo piel y huesos o están demasiado gordos para moverse; son los que se emborrachan más que nadie, los que se parten la cara con manos temblorosas. Hubo un tiempo en que soñaba con mucho más que esto.

–¿No es una pasada? –Aisha viste de colores brillantes. Es alta y delgada y

la boca le ocupa dos tercios de la cara. Lleva puestos al menos tres conjuntos distintos. Sus rasgos llaman la atención y su cuerpo es impresionante—. ¡Qué suerte tienes de trabajar con él! —exclama emocionada. Su voz sube y baja como un efecto de sonido que denota sorpresa en un programa infantil.

—Sí, lo sé. Me siento como superflipada. —Becky se sorprende imitando la jerga de Aisha. Puede ver su futuro ante ella: la expectativa, el impulso, la subida, el machacante resquemor de sus compañeros de profesión, la presión creciente, el lento declive, la inevitable agonía de ser reemplazada por alguien más maleable, con cartílagos más jóvenes y mejores tetas.

—¿Y cómo es de cerca? —Aisha juguetea con la pajita en la boca. Becky se siente como si estuviesen ligando con ella; un palpito le brota de dentro y le sube por la garganta.

El rodaje con Marshall Law había sido una pesadilla. Llegaba tarde a todas las sesiones y, cuando por fin llegaba, se pasaba todo el tiempo con el móvil, subiendo fotografías de sí mismo a varios de esos generadores de identidad que pueblan internet. Becky acabó teniendo que encargarse del ochenta por ciento de la coreografía porque nadie sabía nada y había un equipo de grabación que necesitaba filmar algo, aunque sabía que nadie le reconocería su trabajo.

—Sí. Es apasionante —dice Becky. Muriéndose por dentro—. Guay, muy emocionante. —Becky ha aprendido que, una vez que un director se ha hecho un nombre, cualquier idea que surja en una habitación en la que él se encuentre, aunque no haya brotado de su imaginación, se da por hecho que es suya por ósmosis. Incluso si no ha creado la obra, la ha comisariado.

—Tiene un estilo muy particular —suspira Aisha.

Becky asiente:

—Vaya que sí. —Hablar mal de él ahora sólo la dejaría como una resentida y nadie le prestaría atención, así que no vale la pena ni mencionarlo.

Becky se formó en la London Contemporary Dance School. Se graduó con una media de sobresaliente hace seis años. De una clase de veinticinco graduados, sólo cuatro bailarines consiguieron trabajo y, a pesar de quedar la primera de su promoción, Becky no fue una de ellos. Estuvo un año buscando empleo, pero no tuvo suerte. Era duro no quedar machacada por el juicio constante.

Uno de los amigos de toda la vida de Becky era el productor musical Sasha, que triunfó con un dubstep anticuado, lleno de voces chillonas y subidones

predecibles de mierda. Fue un exitazo. Sasha le pidió que bailase en el vídeo. Iba a dirigirlo Marshall Law. La discográfica no estaba muy segura al principio, pero Becky estuvo a la altura. Se sintió aliviada por haber encontrado trabajo, aunque no fuera del tipo que deseaba.

El vídeo superó el millón de visitas en las dos primeras semanas. Becky se encontró con que le llegaba más trabajo, pero todo era comercial. Aceptó encargo tras encargo y los años pasaron volando. Y ahí estaba. Condenada a Marshall, condenada a añadir un toque sexi en los vídeos, detrás de raperos cutres en coreografías facilonas.

—Llevo AÑOS pidiéndole a mi representante que me incluya en uno de sus rodajes. Dios, no te puedes creer... —se lamenta Aisha. Y Becky nota que se le revuelve el estómago.

—¿Tienes representante? —pregunta, intentando no parecer impresionada, pero sintiendo que la dinámica de poder da un vuelco irreversible.

A Aisha se le ilumina la cara:

—Claro que sí. Conoces a Glenda Marlowe, ¿no? Me aceptó después de lo del mes pasado, sabes, ¿no?, lo de la Royal Opera House.

A Becky le palpita el hígado. La sangre le sube hasta las mejillas.

—¿Y te ha estado consiguiendo trabajo?

—Sí, un montón. Sobre todo, eh... películas. Mola. —Las dos asienten. Becky se siente pequeña, insignificante e irrepresentada—. Anda por aquí —dice Aisha, señalando con el dedo. A Becky le cuesta cada vez más mantener la sonrisa—. Aunque si no lo solicitas antes, no, en fin, ya sabes...

—Sí, claro —asiente Becky, seria—. Claro. —Tan vieja ya y con el cuerpo tan dolorido por los años de desprecio acumulados.

—Pero está justo ahí, te la puedo presentar. Nunca se sabe, ¿no? —Aisha ladea la cabeza y retuerce la pajita con la lengua.

—¿Sí? ¿No te importaría?

Aisha se inclina sobre Becky lentamente para darle un toque en el brazo a su agente. Becky ve que se trata de la mujer de negro a la que ha estado escuchando por casualidad con tanto desprecio.

—¿Glenda? —susurra Aisha. Sus cuerpos se aprietan el uno contra el otro y Becky se siente como una perversa.

—¿Sí, bombón? —Glenda se quita de encima al músico con el que ha estado

hablando y se coloca delante de Becky, con las piernas separadas, meciéndose sobre los tacones.

–Ésta es Becky. Es bailarina.

–Claro que sí –dice Glenda. Sonrisa falsa, monótona.

–Sale en el vídeo. Ha trabajado con Marshall. –Glenda asiente al oír el nombre, poniendo un poco más de interés.

–¡Hola! –dice Becky–. Encantada de conocerte. –Becky se dispone a besar a Glenda en las mejillas, pero Glenda besa el aire en torno a su cara. Becky se inclina demasiado y acaba plantándole un beso a Glenda en el cuello. Muerta de vergüenza, Becky se hace diminuta. Glenda permanece impávida.

–Becky busca representante –explica Aisha.

Glenda la mira de arriba abajo:

–¿Ah, sí? –dice.

Becky gira la cabeza hacia un lado para mostrarse de perfil, se lleva la mano a la cadera, hombros atrás, tetas fuera, labios humedecidos y barriga hacia dentro.

–Sí, eso creo. Me van saliendo cosas, pero podría irme mejor.

–¿Y dónde esperas acabar? –Glenda pone los ojos planos, igual que una víbora al ataque.

–Me gustaría hacer algunos vídeos más, ir subiendo y, al final, emprender un gira completa con algún artista de más importancia.

Glenda alza las cejas:

–Bien –responde.

–También me gustaría hacer algo de contemporánea. Me encantaría formar parte de una compañía. –Glenda carraspea, una chispa de fastidio le brilla en los ojos–. Y, bueno, el caso es que quiero coreografiar mis propias piezas. Me gustaría ganarme la vida trabajando por mi cuenta como bailarina independiente, creando e interpretando mis propias obras. –Los dedos de los pies se le contraen.

Glenda contempla por encima de su cabeza al resto de la gente en la sala. Aisha asiente en dirección a la nada, muda y hermosa.

–Ah, ya veo, eres artista. –El sarcasmo gotea como cera de la boca burlona de Glenda–. Pues no hay mucho campo de acción para un representante si piensas seguir ese camino –dice con tono paternalista y mirada de hastío.

Becky encoge medio metro. Mira a la mujer desde la altura de las rodillas.

Alguien más importante, que está detrás del hombro izquierdo de Becky,

roba la atención de Glenda.

—¿Te apetece conocer a Marshall? —se ofrece Becky, intentando no parecer desesperada—. Está justo ahí.

La sonrisa de Glenda es una mancha húmeda y oscura, como de vino o sangre, que le chorrea por la cara.

—¡Claro! —dice—. Vamos al lío.

Harry camina entre la llovizna, contemplando a chicos con ropa cara que están de fiesta, borrachos, riéndose como si una cámara los estuviese grabando. La lluvia se cuele por las alcantarillas y el tráfico congestiona las calles. Afilados edificios financieros se alzan como colmillos en la boca vociferante de la ciudad. La visión de Harry queda mermada por bloques de oficinas, vallas publicitarias y nuevas construcciones de muchos pisos que la obligan a mantener la vista baja, echando un vistazo a los cuerpos que pasan mientras las chicas echan hacia atrás la cabeza y se ríen por nada como hienas. Escupe en la alcantarilla y odia a todo el mundo. Ve a un hombre de pie en la esquina hacia la que se encamina, bajo el toldo de una tienda de ultramarinos cerrada. Un tipo alto con pantalones holgados, un par de Air Force One de edición limitada y una parka enorme. Una gorra con la visera subida, casi vertical, tapa un pelo grueso y sucio. Está vendiendo globos y habla a gritos:

—¿Quién quiere? —dice—. A ver, tocapelotas, venid y probad uno.

«Coño», piensa Harry. «Si es Reggie». Una señal en medio del páramo.

—¡Reg! —Harry se para a su lado. La lluvia gotea con fuerza a través del toldo—. ¿Estás bien, Reg?

Reggie mira enfadado cuando oye a alguien llamarlo por su nombre, pero le cambia la cara al segundo, al reconocerla.

—¡Hostia, Harry! ¿Qué pasa, tía? ¿Qué te cuentas? —Reggie la rodea con los brazos y la aprieta contra su pecho, dándole fuertes palmadas en la espalda.

Harry habla con la boca metida en la axila de Reggie hasta que la suelta.

—Sí, tío, estoy bien. Ya sabes. Lo de siempre.

Reggie la mira de arriba abajo, agarrándola por los codos.

—¡Hostia! ¿Cuánto hace ya? —Canta las palabras. Como siempre.

—Demasiado, tío. ¿Qué haces aquí?

—Vendo nitrato, sabes, ¿no? Pero, si te soy sincero del todo, la verdad es que estoy un poco mareado, tía. Llevo todo el puto mes vendiendo ácido. Creo

que he acabado absorbiendo un poco a través de la palma de la mano o algo así. Te miro y veo como unas estelas que dan un mal rollo de cojones.

Sujeta a Harry por los brazos y desplaza la cabeza de un lado a otro para comprobar cómo se mueven las estelas.

–Seguro, tía, llevo encima alguna movida chungu. –Los ojos se le ensanchan como dos túneles vacíos mientras clava la mirada en la cara de Harry. Mueve su pesada cabeza lentamente a ambos lados, contemplando las estelas mientras brotan hacia fuera. Harry mueve la cabeza a la vez que él.

–¿Dónde vives ahora? ¿Sigues con tu madre? –le pregunta.

Reggie deja de mover la cabeza y deja caer los brazos.

–Murió, que en paz descansa. –Se queda mirando la acera y luego el cielo. Cierra la mano izquierda sobre un anillo que lleva puesto en el índice derecho. Se lo lleva a los labios y lo besa.

–Lo siento mucho, Reg. –A Harry le sale una voz diminuta e impotente. Ojalá pudiese decir algo más. Se quedan en silencio durante un buen rato.

–Era una luchadora. Eso está claro.

–Era una mujer encantadora, tu madre. –Por la calle avanzan grupos de jóvenes que se gritan y tropiezan los unos con los otros. Harry siente un nudo en el estómago por su amigo.

–Ahora estoy en casa de mi padre, bueno, sí, ¿no?, pero está enfermo. No está pasándolo nada bien, tía. Tiene los tobillos hinchados, así que tengo que llevarlo a caballito hasta el puto baño, sentarme con él mientras caga para que no se caiga, limpiarlo después, volver a cargar con él, llevarlo de vuelta al... puto sillón. O a la cama. O lo que toque.

Reggie asiente con la cabeza. Aprieta la mandíbula y levanta las cejas. Suspira profundamente y encoge los hombros, con las palmas extendidas y hacia arriba.

–Hostia, Reggie. –Harry sacude la cabeza, apenada. Como no puede hacer más, enciende un cigarrillo y le ofrece uno a Reggie. Reggie lo coge, saca una cajetilla casi llena del bolsillo y lo reserva para más tarde. Harry hace como que no se da cuenta.

–Es que ni... –hace una pausa, contempla las estelas–, ni las putas novias me duran, Harry.

–Eso no es ninguna novedad, tío.

–Empiezo a creer que debe de ser por mi puta higiene corporal. –Levanta el

brazo y aspira hondo—. ¿A que no huelo tan mal, tronca? Si no, me lo dirías, ¿no? —Se acerca a Harry para ponerle la cara en la axila.

Harry lo aparta de un empujón.

—¡Que te jodan! —chilla. Retrocede. Levanta los puños—. No pienso ni acercarme a tu puto sobaco.

—¡Anda, Harry, ayúdame! —Reggie la agarra por los hombros y le estampa la cara contra la axila. Harry se retuerce para liberarse, Reggie la vuelve a enganchar, riendo, levanta los brazos y saca la axila. Harry se zafa y finge que le da un par de codazos en la barriga. Reggie le sigue el juego, doblándose por la mitad como si le hubiese hecho daño—. Me has matado —dice.

—¡Arriba, idiota! —dice Harry pegándole pataditas detrás de la pierna.

Vuelven a ponerse en pie, juntos, sonriendo. Harry se arregla el pelo lo mejor que puede. Cuando lo lleva suelto le llega por el hombro y se le abulta a los lados. Se le forman tirabuzones. Lo lleva recogido detrás, pero siempre le quedan sueltos algunos mechones rebeldes que apuntan en todas las direcciones.

—No te preocupes, nena, llevas el pelo precioso.

—Que te folle un pez, gilipollas —dice Harry, y sigue arreglándose el cabello. Reggie mira la lluvia caer, habla con la voz rasposa.

—Me ha vuelto a dejar, sabes, ¿no? No la culpo. Es por mis horarios. Quiere que deje de andar saliendo a todas horas. Pero es mi manera de vivir, ¿sabes lo que te digo?

—Qué me vas a contar, tío. —Harry se rodea el cuerpo con un brazo, hunde la cabeza sobre el cigarrillo y aspira el humo, clavando la vista en los zapatos que se pone para ir a trabajar. Gastados, reblandecidos, marrones.

—¿Tienes novia, Harry?

El cartel de neón que cuelga sobre ellos, iluminado con la inscripción *Casablanca Mini Market*, empieza a parpadear. Durante un instante, el bramido tenue de la calle parece elevarse en los oídos de Harry. Una moto acelera al pasar.

—¿Yo? No —dice frunciendo el ceño—. No.

—¿Novio, entonces?

—Anda, sigue soñando, Reg.

Reggie se ríe. Estira la espalda hacia atrás. Estira el cuello.

—Pues qué mierda, ¿eh? No tener.

Harry se vuelve hacia él, entornando un poco los ojos.

–Bueno, Reg, yo te veo bastante bien. Pareces contento.

–Yo siempre estoy contento, tía. Al mal tiempo, buena cara. ¿A que sí? – grita a la calle–. ¿A QUE SÍ? –Pero la calle no le hace caso. Se echa a reír–. ¡Anda y que les den a todos! ¿Y qué haces por aquí, a todo esto?

–Ah, trabajo. Unos asuntos.

–¿En qué andabas? –La pesada hechura de Reggie resalta junto a Harry. Parecen una improbable pareja de dibujos animados, un oso y un ratón. La gente fluye en torno a ellos como una corriente que barbotea, viscosa.

–Estoy en contratación.

–Eso era: contratación. ¿Y qué tal te va?

–Bueno, bien. Es algo estable. –El tráfico pasa retumbando en notas graves. Miran la lluvia caer. Harry fuma a empujones.

–Oye, Reg –dice con calma–. Siento mucho lo de tu madre.

–No te preocupes por mí, tía. Aquí llevo su anillo. –Una barba de varios días le emborrona la barbilla y la melena se le pega a la frente bajo la gorra. Levanta la visera con una mano y con la otra se echa el pelo hacia atrás, luego se la vuelve a colocar, inclinándola de manera que se levanta en el ángulo adecuado, apuntando a la lluvia que cae. Se lleva una mano a la altura del ojo, con la palma vuelta hacia la calle. Miran el anillo, que baila en la noche lúgubre y melancólica–. Ahora lo llevo siempre puesto, me decía que tenía que seguir luchando y todo eso. –El anillo es voluminoso, compuesto por siete u ocho hilos trenzados de oro, y brilla bajo el alumbrado.

Harry se mece con la fuerza de sus emociones, empequeñecida por una pena repentina y la culpa de ser consciente de que la vida sigue. Extiende la mano y le da a Reggie una palmada cariñosa en la espalda. Deja la mano ahí durante un rato antes de retirarla.

–¿Qué tal los niños y eso? –pregunta quitándole gravedad al asunto.

–No, ellos están bien, sí. Fuertes y sanos, son dos angelitos. Están con su madre. –Reggie sonríe dejando a la vista el oro de su dentadura. Al desplegar la sonrisa, antes de replegarse de nuevo entre las sombras de su barba rala, Harry ve cómo se le prolonga y se le ensancha la cicatriz rosada parecida a una lombriz que le va de la mejilla al cuello. Recuerda la noche en que se la hizo y se siente atraída hacia ella.

–¿Cuánto tienen ahora?

–Michael tiene siete y Rochelle hace catorce en mayo.

–Hostia –silba Harry.

–Y que lo digas.

–Cómo vuela.

–Y tanto, Harry –afirma Reggie con tristeza.

Se quedan quietos y sienten cómo el tiempo pasa volando ante ellos.

–Escucha –dice Reggie animándose–, ¿quieres eme o alguna otra movida?

–Gracias, tío, estoy bien. –Harry se pone en pie. Le da una calada al cigarrillo.

–¿Seguro? Te puedo pasar. Ya sabes que yo pillo del bueno, ¿eh?

–Estoy bien. Gracias igual.

Reggie le da un puntapié al suelo.

–Pues tú misma.

La calle está atestada de gente que entra en bares, que sale de bares. Que sale de la estación, atestada como una arteria obstruida.

–Como te lo cuento, tía, nitrato. A los críos les encanta. Esto es una puta feria. Mira cómo está todo. Mira qué percal, y eso que está cayendo la de Dios. Esto es un puto sueño. Me paso la mayoría de las noches en la calle haciendo esto, después vuelvo a casa de mi viejo para ver si está bien.

Como si estuviera ensayado, un chico se les acerca, rechinando los dientes a causa de las drogas.

–¿A cuanto el globo, tío?

–Cinco uno o tres por diez.

–Guay. Ponme seis, tío.

Reggie le hace un gesto con las cejas a Harry.

–Oye, Reggie, mejor voy tirando.

–Vale. Me ha hecho mucha ilusión verte. Ten cuidado con los *chemtrails*. No bebas agua del grifo.

Harry asiente.

–Hasta luego, tío. Cuídate mucho, ¿eh? –Sonríe con cariño mientras se sube el cuello de la gabardina y se aleja caminando. La lluvia se acumula entre sus rizos; con la otra mano, protege el cigarrillo del chaparrón.

Lleva puesta su ropa de trabajo. Un traje azul marino que le queda raro, como toda la ropa. Lleva la camisa blanca metida por dentro y los pantalones le están un poco anchos de cintura. Su cuerpo delgado se abre paso a través de la concurrida calle y el abrigo se le ahueca con el rebufo de los autobuses al pasar. Se lo arrebuja y se abrocha los botones. Tiene un aspecto elegante.

Avanza con seguridad. De pies ágiles, sus pasos son largos. Es una auténtica londinense: llena de aplomo, alerta ante el peligro, encantadora; lo lleva en la sangre. El rostro de Reggie se repite en todos los desconocidos con los que se cruza. Le escuecen los ojos, parpadea con fuerza. Ve a una mujer sin hogar sentada con la cabeza entre las rodillas, junto al cajero instalado a la puerta de un supermercado Tesco Express. Sus manos, enrojecidas por llagas tumefactas, están vueltas hacia arriba. La mujer levanta la mirada al ver a Harry aminorar el paso y ésta se lleva la mano al bolsillo. Se miran la una a la otra. Harry ve que la mujer es mucho más joven de lo que al principio pensaba. Una adolescente. Sin embargo, tiene la cara llena de grietas y arrugas. Cicatrices, manchas y suciedad le recorren la piel, pero su mirada es firme y clara. En ella no hay miedo, repara Harry, sólo agotamiento.

–¿Estás bien? –pregunta Harry.

–Frío. –La mujer habla en voz baja–. Hambre.

Con el corazón a cien, Harry mira a un lado y otro de la calle, contemplando la vida que sigue su camino ajena a ellas.

–¿Cuánto te hace falta para un albergue?

–Veinte libras. –Se protege los ojos de la lluvia–. ¿Me das un pitillo, porfa? –pregunta la chica, señalando con la cabeza la colilla que humea entre los dedos de Harry.

Harry le da un cigarrillo y le pone un par de billetes de 20 libras en la mano.

–Oye, no te lo gastes en jaco, ¿vale? –La chica se encoge un poco–. Vete a un albergue una o dos noches. Cómprate algo de comida. ¿Lo harás? –le pregunta Harry con desesperación. La chica no responde, sólo mira los billetes que hay en su mano y, tras un par de latidos de su corazón, Harry se marcha, sintiéndose descolocada. La culpa brota en su interior. Se estremece de pena. «Si pudiese, haría más».

Sus pies aterrizan con ligereza mientras se balancea por la calle como un boxeador. Llena de la arrogancia del que sabe que hay trabajo pendiente. La ciudad no la va a pillar como a otros. Lo sabe. Asiente al pensarlo. Agachándose y zigzagueando, se cuela entre la multitud pululante. Cruza corriendo entre el tráfico, la lluvia le da en la cara, la música de los bares retumba y la gente grita para hacerse oír mientras camina hombro con hombro. Esquiva un vómito de kebab y unas patatas tiradas y bailotea, invisible.

Harry entra en un bar en el que nunca ha estado. Echa un vistazo al local, contempla cómo la gente le arranca a la fuerza un rato de diversión a sus corazones rotos y cansados. Siente que alguien la mira, se gira y ve a Leon entre la multitud, subiendo por las escaleras que hay al fondo del local.

Leon es su mejor amigo y su socio comercial. Lo observa todo, prevé cualquier movimiento con antelación, siempre alerta en rincones apartados. El trato es que Harry lleva las ventas y Leon, todo lo demás. Nunca trabajan por separado. Es un buen método. Los dos conocen su función y respetan las virtudes del otro. Por lo general, les encanta su trabajo.

«Toda esta puta gente metiéndose toda esta puta farlopa para fingir interés en lo que le cuentan los demás».

Un hombre suelta carcajadas con una euforia exagerada. Harry siente un escalofrío. Se acuerda de Reggie, allá fuera en la calle, vendiéndole gas de la risa a quinceañeros. Y de la chica sin techo sentada sobre bolsas de plástico, bajo la lluvia.

Se quita el abrigo, una elegante gabardina azul marino impermeable y de corte impecable. De marca, aunque llena de arrugas y pliegues, brillante por la lluvia. Se la entrega al hombre sonriente del ropero, junto con la chaqueta de su traje. Él le da una ficha, ella lee: 111. «Por supuesto», piensa. Aunque el número no tiene para ella ninguna relevancia en absoluto.

Se dirige al baño. Al entrar, como de costumbre, se encuentra con que las mujeres que se están lavando las manos la miran y la vuelven a mirar preguntándose si es hombre o mujer. Dura sólo un instante, pero sucede siempre. Harry es una mujer con aspecto de chico que se pavonea al andar. Su cuerpo es anguloso y viste ropa masculina. Su cara es dulce, una cara femenina, pero endurece el gesto cuando trabaja. Sonríe a las mujeres: ellas vuelven los ojos hacia sus manos o se concentran en sus pestañas ante el espejo. Harry da un repaso a su ropa, se mira la cara. Sus pupilas se contraen con el brillo de la luz del baño. «No le tengo que dar explicaciones a nadie». Toda la violencia que ha visto la golpea como un latigazo en el pecho y la arroja contra las puertas de los retretes. La noche en la que Reggie se ganó la cicatriz. La noche en la que Tony se cayó de la azotea durante una fiesta y murió en la calle con todos los huesos rotos. La sangre en su ropa después de que Leon se encargase del hombre que la siguió fuera del bar. La violencia la abofetea con sus manos. Tiene la cara encajada en el espacio que queda entre el váter y la pared del cubículo, y la violencia planea sobre ella, apartando la

mano. «Lo estás logrando», se dice. «Lo estás logrando, Harry». Se arregla el cuello de la camisa y se abrocha el botón de arriba. Va hecha un pincel.

Un calor suave las lleva a acercarse, brota del entarimado. Va describiendo una trayectoria y las arrastra de los pies por toda la fiesta.

Becky, Aisha y la representante se dirigen a un rincón de la sala. Las cortinas están ribeteadas de oro. Las pantallas de las lámparas son antiguas. La alfombra es de un rojo oscuro. La gente escarba en el suelo como cabestros. Becky mira detenidamente cada rostro, acordándose de sonreír. Hombres que no reconoce la besan en las mejillas que ella les ofrece.

—¡Hola! —dice mostrando los dientes—. ¿Cómo va todo?

Harry examina el local en busca de clientes: los afables juerguistas a los que les gusta meterse más de lo que les hace falta. Un pez gordo y tres ejemplares menores han solicitado su presencia esta noche. Además, están los gemelos aristócratas que se visten con harapos y que acumulan más droga que una aduana. Parece que la noche va a ir bien. Sin ver a nadie conocido, recorre el recinto y se detiene brevemente ante un grupo de personas que hacen círculo en torno a un hombre que está hablando. Le ponen en la mano un cóctel que no comprende, preparado con licores de los que nunca ha oído hablar, servido en un vaso que no está segura de cómo hay que sujetar, y se lo bebe rápido, con el hielo chocando contra sus dientes a cada trago corto que da.

Becky sigue girando la cabeza por encima de su hombro para poder ir diciéndole que sí a Glenda y sonreírle hasta que se detiene, victoriosa, junto a un grupo que se congrega absorto en torno a un hombre vestido de pies a cabeza de falso terciopelo amarillo.

—Marshall Law —le susurra con orgullo a Glenda al oído. Glenda se devora a sí misma a bocados, vomita su cuerpo por el suelo a los pies de Marshall y eleva la mirada hacia la parte inferior de su barbilla.

—Ah, sí, claro. O sea, por supuesto —Marshall asiente con todo convencimiento hacia nadie en particular—. O sea, que estaba yo en Indonesia y ahí lo vi, sacando del mar una barca de pesca, descalzo, con unos *shorts* mojados, ya sabes, muy Mowgli, y pensé: «¡Guau!, pero qué bellezón». Por que sí que lo es, ¿no? O sea, que no son sólo las fotos, ¿no? Al menos en este caso, lo que resulta tan cautivador es *él*, ¿sabes? ¡Es tan *real*!

El corazón de Becky se abre paso a puñetazos desde su pecho y sale

corriendo a gritos por la sala, salpicando de sangre las paredes. Baja la mirada, confundida, y estudia el nuevo agujero que tiene en el pecho. Se ha pasado años sonriendo en las fiestas adecuadas y queriendo no llamar la atención en las salas de *casting*, escuchando atentamente a directores como éste. Está harta. Le duele la garganta, que tiene seca, y dentro de su cabeza un topo escarba tierra a zarpazos.

Recorre con la vista al resto del grupo. Y sus ojos se estremecen ante la mujer de enfrente, enganchados como una uña levantada dentro de un calcetín. Prendidos. Aparta la mirada pero comprueba que inevitablemente vuelve hacia la mujer. Algo ancestral que tira, hiere y agrada a Becky. No puede apartar los ojos. Se han quedado fijos. La mujer es dulce y tiene aspecto de dura. Digna y desaliñada, distante. Becky siente una debilidad infinita por las mujeres extrañas y desgarradas como ésta. Se fija en sus dientes torcidos. Su pelo esponjoso. Su ceño fruncido. Todas las partes de su cuerpo cantan, líneas separadas que se alzan a la par, los pómulos prominentes y delicados, la naricita aguileña, los pequeños ojos brillantes clavados en su rostro, poderosos. Hay algo en ella. Permanece tranquila y segura, como si se conociese bien a sí misma. Arruga el entrecejo, confundida. Mira a Marshall entornando los ojos, como si viese mal.

Harry siente el cosquilleo de la atención, levanta la mirada y ve que una mujer a la que no reconoce la observa. Hasta su mero atisbo es cegador. La mujer brilla con enorme intensidad a ojos de Harry. Estalla de dentro afuera como una bola de fuego. Cada vez más brillante. Eléctrica y ascendente, su silueta desgarrar el ambiente como un relámpago, quebrándose, incendiándose, estallando, rutilante como luz del sol que se refleja en el agua y se convierte en calor. Hay furia en ella. Resplandece dorada y al rojo vivo, fuego negro, ardiendo azul en el centro. Un nuevo astro abrasando con su esplendor. Harry parpadea, recoge del suelo los pedazos de su cuerpo y los vuelve a armar. Levanta las cejas señalando a Marshall, arrojando un suspiro exagerado. Becky se ríe, cubriéndose con una mano, y no aparta la mirada. Los movimientos de Harry se vuelven rígidos y extraños. Baja los ojos hacia el suelo tanto tiempo como puede y luego los eleva para comprobar que la mujer sigue contemplándola. Ahí está, tenaz e imperturbable. Tez morena, piel suave y nutrida. Harry lo ve todo, como heridas que se abren súbitamente en su pecho. Abrasada por completo. Alza la cabeza y la mira por el rabillo el ojo, y mientras se examinan la una a la otra, el calor suave que las acercó se cuela

entre ellas. Harry siente que se ha vuelto más alta, que le pitan los oídos y que los ojos le arden por el fulgor repentino.

Un hombrecillo malhumorado, con flores en el pelo, aparece junto a Becky y se lleva a Marshall de ahí arrastrándolo por la sala. Todos los del corro los siguen como damas de honor en una boda, en trance, incluyendo a Aisha y a su representante, hasta que sólo quedan Becky y Harry, aturcidas por lo que acaba de pasar, mirando a su alrededor como si hubiera llegado el amanecer a una rave. Harry quiere acercarse para tomarla de la mano y ver qué ocurre. Pero no existe una sola parte de ella que se lo permita hacer, así que vacía su copa de un solo trago y alcanza otra de la bandeja que lleva el sonriente camarero que ha aparecido a su lado.

–Un hombre interesante –dice Becky siguiendo a Marshall y a sus discípulos con la mirada.

Harry contempla la coronilla de Marshall mientras éste se pavonea por la habitación.

–Ha despertado mi interés –dice–. Sin duda.

Becky oye el acento familiar de su hogar: las vocales redondeadas y las pausas glotales del sureste de Londres.

–¿Eres parte del grupo?

–No, soy bailarina. Salgo en el vídeo.

Harry está impresionada. Mira a Becky con los ojos como platos.

–Bailarina, ¿eh? ¿Y de qué tipo?

–De todos –dice pasando de puntillas por el tema.

–¿Estás en una compañía o algo así?

Becky mira a Harry con extrañeza:

–No, por ahora no. Hago videoclips y cosas para la tele.

–¿Y te gusta? –Harry contempla su rostro. Hay algo distante y solitario tras su sonrisa.

Becky asiente:

–Sí, mola mucho... –Deja escapar un hondo suspiro. Se lleva una mano hasta el nacimiento del pelo, se acaricia la frente un par de veces y la vuelve a bajar–. ¿Y tú? –Becky bebe, mira a Harry por encima de la copa–. ¿Trabajas con todos éstos?

Observan a su alrededor a los monstruos ávidos de entrepierna que ríen a carcajadas.

–Sí –afirma Harry–. Estoy en contratación. Curro con un par de tíos de la

discográfica.

–Menuda suerte. –Su sarcasmo está bien ensayado. Reside en lo más hondo de su entramado lingüístico.

Harry también conoce el código.

–Sí, vaya suerte que tengo –responde con fatiga.

Una mano rechoncha se posa sobre el hombro de Harry y se queda palpitando sobre él, como una sanguijuela.

–¡Harry! –exclama un tipo–. ¡Qué alegría verte, preciosa!

Harry se da la vuelta.

–Julian –dice, y un silencio incómodo se instala entre los tres. Julian lo rompe con una sonrisa y trata de llevarse a Harry hacia un rincón de la sala. Harry mira a Julian y luego a Becky y clava bien los pies, lo obliga a retroceder. Se mantiene en sus trece.

Julian, confuso, sonrío a Harry y alza la mano:

–¿Harry?

–No pasa nada –contesta Harry con la boca seca–. Es amiga mía.

Becky siente cómo el orgullo nada a través de ella, haciendo una parada donde menos cubre para sacudirse el pelo y estirar los músculos.

Harry se permite una de las escasísimas rupturas en su rutina: mira brevemente a su alrededor mientras saca cuatro abultadas papelinas del bolsillito que lleva sujeto a la cinturilla del pantalón y, con un gesto sutil, las aprieta contra la palma de la rechoncha mano del hombre. Tan rápido que resulta casi invisible. Se dan un apretón de manos. Enérgico. Amistoso. El dinero pasa de la mano de Julian al bolsillito de Harry. El hombre devora el cuerpo de Harry con sus ojos saltones, y luego el de Becky. El corazón de Harry retumba como un ejército en marcha.

Becky contempla el intercambio como una obra de teatro inmersivo. Se pregunta qué se supone que debería estar percibiendo.

–¿Amiguita de Harry? –pregunta Julian, moviendo su cara hinchada como un pelele.

–Sí –dice Becky, apartando la vista de él.

–¡Qué maravilla, qué maravilla! ¡Menuda estampa! –dice con una sonrisa de oreja a oreja. El destello de un flash. Asiente con entusiasmo. Sorbe por la nariz, traga y gesticula. Su voz es un bramido. Como si no supiese lo que es la timidez. Vocifera–: Y, Y, Y, Y, BUENO, ¿QUÉ TAL, HARRY? ¿CÓMO TE VA? TIENES UNA PINTA ESTUPENDA, ¿EH? UNA PINTAZA ESTUPENDA.

La mira de arriba abajo, sorbiendo ruidosamente por la nariz, sus enormes ojos se clavan en ella, sus labios van más rápido que las palabras que intentan pronunciar, su cerebro palpita casi de forma visible a través del cráneo.

Harry sonrío con paciencia y le habla lentamente:

–Estoy bien, gracias, Julian. Ya sabes, aguantando. Tirando.

–Qué ilusión me hace saberlo, qué ilusión. –Escupe al hablar, gotitas quebradizas escapan de sus eses–. En fin, bueno, me voy, que se me enfría la copa. –Arranca de su gznate un par de risotadas, saluda con la mano, guiña el ojo y se marcha bamboleándose pesadamente.

–Adiós –dice Becky con monotonía, contemplando cómo se aleja. Mira a Harry, que traga saliva nerviosa. La espalda de Julian se abre paso afanosamente en dirección a los lavabos.

Harry siente la mirada de Becky sobre ella, levanta la suya y luego la aparta.

–¿Te llamas Harry? –le pregunta Becky.

–Ajá. –Dentro de los oídos de Harry aúllan sirenas. ¿Por qué ha actuado así? Busca a Leon con la mirada: ni rastro de él. Se lleva una mano a la sien y aprieta con el pulgar.

–¿De Harriet?

–No. –Harry niega con la cabeza, sonriendo a la mujer a su pesar–. De Harry.

–Me vale con eso. –Becky la contempla de cerca, como un niño al escarabajo que acaba de atrapar–. ¿Fumas, Harry? –pregunta.

–Sí. –Harry se sujeta la nuca con una mano, luego inclina la cabeza.

–¿Salimos fuera a echar uno?

Caminan hacia el patio de fumadores, atravesando las puertas de doble hoja que hay al fondo de la sala. El aire es frío. La ciudad titila por doquier. Becky enciende un cigarrillo. Aspira. Le encanta expulsar el humo en el aire frío de la noche. Da otra calada pero ya no sabe igual.

–No tienes pinta de camello –dice sin más, sonriendo ligeramente.

A Harry se le salen los ojos de las órbitas al escucharla. Se frota la mandíbula y le entra una risa breve y ahogada. Habla despreocupadamente. Actúa con naturalidad, pero tiene húmedas las palmas de las manos y le tiemblan las piernas.

–¿Y qué pinta tiene un camello?

–Ya sabes a lo que me refiero.

Se sientan juntas en un banco de cemento junto a una enorme jardinera. Sobre ellas hay un calefactor altísimo que se apaga después de cinco o seis minutos, así que alguien tiene que inclinarse por encima de ellas para volver a encenderlo. Un lugar poco íntimo. Harry se fija en todos los grupos de personas que ríen a carcajada limpia; puede oír lo que hablan y se pregunta si podrán oírla a ella.

—¿Es un trabajo duro? Para una mujer, me refiero.

Harry decide que no pueden oírla. Siente sacudidas eléctricas en la cara y en las manos.

—No más que cualquier otro. —Se queda mirando el extremo de su cigarrillo—. No más duro que ser bailarina.

—¿Cuánto llevas metida en esto? —Harry retuerce la cara incómoda. Becky le toma el pelo—. ¡¿Qué?! —dice—. ¡Que no soy la puta poli!

Harry da una calada, aguanta el humo y lo expulsa.

—Una eternidad —dice—. Bastante, toda la vida.

—¿Y cómo empezaste?

Harry golpea el suelo unas cuantas veces con el tacón del zapato y luego se echa hacia atrás. En todos los años que lleva apareciendo por fiestas como ésta, nunca ha intercambiado miradas con una mujer, ni se ha sentado con ella ni ha discutido los pormenores de su oficio. Nunca. Ni una sola vez. Normalmente aparece cuando hace falta, hace lo que tiene que hacer y se va sin hablar con nadie. Invitada por los clientes, entra sonriendo, hace sus trapicheos y luego pasa a lo siguiente. A veces se queda más tiempo, si el cliente le cae bien. Pero nunca le cuenta a *desconocidos* a qué se dedica. ¿Por qué acaba de pasarle droga a Julian así, delante de esta mujer? Su corazón oscila como un péndulo. Siente que alguien la observa. Levanta la mirada y ve que Leon la está mirando fijamente con los ojos entrecerrados. Lo saluda con un movimiento de cabeza. Él la mira desconcertado. Harry aparta la vista intencionadamente y, cuando se vuelve de nuevo, descubre con cierto alivio que ya no está.

Becky mira a Harry y piensa que tiene el físico de una persona desesperada por escapar de sí misma; no deja un solo momento de colocarse mechones rebeldes ni de estirarse la ropa, y desborda la resistencia tímida y turbada de una mujer en la que las partes se van sumando a un todo incorrecto de por sí desde su mismo nacimiento. Becky lo detecta en ella. La contempla con interés y piensa en cómo puede dedicarse a pasar droga y ser tan pequeña. Se

pregunta si será peligroso. Se imagina a Harry corriendo: le da la sensación de que corre rápido.

Harry siente que una presión vertiginosa va creciendo entre ellas. Si fuese más calmada o más segura de sí misma o un hombre, podría tener las agallas de inclinarse hacia delante y besar a esta chica. Pero, tal como es, no le queda otra que frotarse la cara con una mano torpe, estirar las piernas y cruzarlas a la altura de los tobillos. Nunca sabe si las chicas le están tirando los tejos o sólo están siendo simpáticas. Nunca lo sabe. Siempre se siente como una acosadora por dar por hecho ciertas cosas. Barre de nuevo el patio con la mirada en busca de Leon o de algún cliente que ande dando vueltas, pero, al no ver a nadie conocido, cambia de postura y mira el rostro de Becky el máximo tiempo que puede sin quedarse ciega. Que es más o menos un cuarto de segundo.

–Tengo un proyecto –dice– en el que estoy trabajando.

Becky espera que diga más.

–Pues entonces, adelante –la anima Becky, moviendo el cigarrillo en el aire como un director de orquesta la batuta.

–¿Adelante con qué? –pregunta Harry, riéndose.

Becky pone los ojos en blanco y luego aparta la mirada.

–No me hace ninguna gracia.

–¿Cómo te llamas? –le pregunta Harry.

–Becky.

–Becky –se repite Harry, apuntándolo en su memoria. Alguien se inclina por encima y le da al interruptor del calefactor. Se inclinan juntas hacia delante, agachándose para esquivar el brazo que se acerca, y luego se reincorporan.

–¿Y tú? ¿Cuánto llevas bailando?

–Igual. Toda la vida.

Harry se acaba el cigarrillo, lo aplasta con cuidado y lo coloca en el suelo con esmero, junto a la pata del banco. Becky lo lanza hacia la esquina del patio; la pequeña brasa revive mientras su luz se eleva por el aire. Se quedan sentadas en silencio, escuchando el rumor de la fiesta.

–Bueno, ¿así que para ti las fiestas son siempre así?

Harry se mece sobre el banco, desconcertada por el desparpajo de esta mujer.

–Ni siquiera debería estar hablando contigo –admite, mirando hacia otra parte–. No te conozco de nada, ¿no es así? Podrías ser de la secreta o... joder,

podrías estar trabajando para alguien. –Harry se sujeta las rodillas. Mira a todos lados.

–Sí, pero el caso es que no –dice Becky–. Está claro que no.

Harry la examina de cerca.

–No pasa nada. No te cabrees. No tienes que contarme nada. Era por hablar de algo. La próxima me lo callo. –Becky aparta la mirada, observa a la gente que hay a su alrededor. Atraviesan su pelo, casi negro, restos de un teñido rojo y, cuando se mueve, Harry ve este rojo y se siente atraída por él. Se reclina, cruza las piernas.

–¿Sabes qué? –El corazón de Harry está arremangándose.

–¿Qué?

–Voy a contártelo todo. –Hace una pausa, atesora el instante, contempla cómo unas hebras del cabello de Becky ondean con la brisa–. Pero antes tienes que contarme tú algo.

–¿Como qué? –Becky se echa hacia atrás con las manos en la nuca.

–No sé. ¿Algo que no vayas contando por ahí?

–De acuerdo –dice sin más.

–¿Sí?

–¿Por qué no? –Se aparta el pelo y echa un vistazo a su alrededor, manteniendo la mirada en otra parte mientras habla–. La danza no está bien pagada. No son ingresos regulares y los horarios son una locura. Así que... –Da un trago. Harry observa cómo le palpita la garganta al beber–. Trabajo de masajista. –La palabra permanece durante un buen rato en su boca–. Ya me entiendes, *masajista*. –Se encoge de hombros–. Me pasa lo mismo que a ti con tu trabajo, nadie lo sabe. Aunque no me amarga la vida, como parece que te ocurre a ti.

A Harry le cae como un jarro de agua fría. Por un momento se le corta la respiración y le entra hipo cuando aspira humo. Hace como si no le afectase.

–¿No lo sabe nadie?

–No. Bueno, obviamente, un par de personas sí. Pero por lo general intento callármelo. Menos lío. –Harry le clava la mirada y alza las cejas; Becky se la devuelve, audaz y resuelta–. Así que no te preocupes. Sé guardar secretos. –A Harry le empieza a circular la sangre en sentido contrario dentro del cuerpo–. Te toca –dice Becky con gentileza.

Harry busca a Leon, pero no ve a nadie, mira a su alrededor por si hay

alguien más que conozca en el patio y empieza a hablar en voz baja, logrando que Becky se ponga más cerca de ella.

–Bueno, vale –dice–. Vale. –Se prepara psicológicamente–. Pues voy por las oficinas del centro como si... tuviese una cita concertada. –Habla midiendo las palabras, con voz suave, lenta y tranquila. Un leve ceceo se enrosca al final de sus palabras. Becky estudia el cuerpo junto al que está sentada. Piernas separadas, hombros hacia atrás pero, con todo, femenino, en cierta manera–. Putas empresas de comunicación, agencias literarias... Llevo una «agenda». Tenemos «reuniones». ¿Te lo puedes creer, Becky? Porque es así.

Se han arrimado la una a la otra. Las rodillas de Harry se tocan en el centro como dos remos. Se siente como si estuviera en lo alto de un barranco y se despeñara. Expulsa el aire a través de una débil sonrisa.

–O sea, me llaman las secretarias de dirección. Y, bueno, pues entro, nos tomamos un café, hablamos del tiempo y, después, les entrego una buena cantidad de material. ¡A las once y media de la mañana, en el mismísimo centro de la ciudad! Y luego paso al siguiente. Igual podría empezar a hacerlo por transferencia, hacerlo por lo legal. Darme de alta y declararlo. Porque esto está en auge. Joder, ¡está en puto auge!

Hace una pausa y se queda mirando a Becky a la cara.

–En teoría estamos en crisis, ¿no? Pues nunca he vendido tanto material. ¡Nunca en mi puta vida he colocado tanto material! –Harry levanta las manos para mostrar su incredulidad. Deja que vuelvan a posarse suavemente en su regazo. Echa un ojo a su alrededor. Baja la voz–. No intimido, ¿sabes?, soy puntual... Bueno, soy una *chica*. En fin. Conmigo no hay peligro. Me recomiendan a sus colegas de contabilidad y luego el contable me recomienda a sus colegas galeristas y luego el galerista a sus colegas directores de cine. Y así es como acabo aquí.

Becky juguetea con un pendiente, inclinándose hacia su nueva amiga, centrando la atención en su boca a medida que las palabras salen de ella. Harry se queda callada.

–Entonces, ¿me das? –pregunta Becky.

–¿Que si te doy qué?

–Venga –añade.

–¿Quieres farlopa? –Harry arruga el entrecejo.

–Sí, venga. ¿Te parece bien? ¿Te la compro?

–¿Comprarme? Ni hablar.

Harry sacude la cabeza, se sube la camisa furtivamente y saca un paquetito del bolsillo interior que lleva cosido a la cinturilla del pantalón. Becky atisba la suavidad de su vientre, la caricia cortante de su cadera y cómo se le estira el costado al moverse. Le pone un gramo generoso en la mano. Becky abre los ojos de par en par en señal de agradecimiento, se lo coloca en la palma como una profesional curtida y, con el borde del mechero, coge el equivalente a una raya pequeña. Lo esnifa.

Harry se queda mirándola. «Coño», piensa. Sólo se había tomado un par de cócteles de esos, ¿no? ¿Qué le iba diciendo? Becky aprieta los labios para concentrarse, preparando discretamente otra raya. Se la mete como si nada. Le prepara una a Harry. Nadie se da cuenta. Es toda una experta. Harry se inclina hacia delante y esnifa. «Bésala». La curva de su cuello. «Entera. Bésala entera». La coca está buena. La espabila. Echa atrás la cabeza. Inspira y espira. Pronto volverá a sentirse normal.

–Intento reunir suficiente capital para comprar un local y abrir un negocio, ¿sabes por dónde voy? –Harry asiente después de hacer una afirmación tan seria.

–¿Qué clase de negocio?

–Será restaurante, café y bar, así que se sostendrá solo. Pero también será como... una especie de centro social. Y tendrá un espacio de taller. Ya me entiendes, va a ser un sitio para que la gente vaya y se relaje, pase el rato y aprenda cosas. –Mientras habla, los ojos hacen un barrido de la zona, pega un pequeño bote sobre su asiento y se pone derecha, visualizándolo todo–. Impartiríamos cursos para gente joven, para que aprendan a preparar comida sana por poco dinero, y también tendríamos un comedor para jubilados – atrapa las palabras del aire con los dedos–, ¿me sigues? Comerían todos juntos, los jóvenes y los viejos, para facilitar las relaciones entre la gente del barrio, mi idea era ésa y, bueno, ya sabes, conciertos: daríamos conciertos ahí y también tendríamos un estudio de grabación. Es... –Su batería parpadea y se agota. Se queda sin energía–. Tengo un proyecto enorme entre manos.

Becky se echa a reír.

–¿Y por eso vendes coca? ¿Para financiar un centro social?

Harry está avergonzada.

–¿Y qué? –Apenas le sale la voz–. ¿De qué te ríes?

–No, no, no me río de ti. Me río porque sí. Me hace gracia. –Becky deja de

reírse y sacude la cabeza. Mira por toda la terraza a los chicos guais con su pelo guay, todo estrellato y tedio, y luego se vuelve hacia Harry, con su cuerpo diminuto apretujado como un garabato, una mano agarrando fuerte la otra, el ceño fruncido, los ojos como diamantes hechos añicos—. Me alegro por ti – dice Becky—, Robin Hood.

–¿Te estás quedando conmigo?

–¿Y tú qué crees?

–No lo sé.

–¿Y cómo será? –pregunta.

Harry se inclina hacia delante, lo visualiza y comienza a describirlo.

–Bueno, en mi mente... lo veo como una especie de lugar sacado del Nueva York de los años cuarenta, supongo, con pista de baile y escenario, lleno de espacio y de luz y todo bien montado, con unas mesas delante del escenario. No sé, ¿has visto la peli *Uno de los nuestros*?

–No.

–Bueno, yo la vi muchísimas veces de pequeña. En la peli uno de los protas lleva a su novia a un bar y es como, no sé. Quizá todo me vino de ahí.

–Nunca la he visto. –Becky sorbe un par de veces por la nariz. Su mente divaga.

Harry podría levitar del banco de lo ligera que se siente. Emplea las manos para recalcar cada palabra que estalla desde su interior.

–Te voy a contar de qué va esto, ¿vale? Estoy harta de ese rollo de que si vienes de donde venimos nosotras se supone que no vas a querer disfrutar de un ambiente agradable, buena música y conversación. Como si todo a lo que aspirásemos fuese a cerveza de mierda y silencio, judías de lata y patatas fritas y los putos rasca-rasca de la lotería. A ver, no me entiendas mal. Me gustan los rasca-rasca, las judías de lata, las patatas fritas y el silencio, pero a lo que voy es que quiero abrir un sitio al que vayan parejas, familias y grupos de amigos, gente de todo tipo. ¿Sabes a qué me refiero? Un lugar agradable que no sea un establecimiento pijo donde te claven doce libras por un desayuno. Un sitio acogedor donde todo aquel que vaya se sienta a gusto. Un espacio donde la gente pueda reunirse. Vivimos solos. Vivimos muy solos en esta ciudad. Necesitamos sitios adonde ir, creo yo. Y es que no... –Harry se interrumpe, busca con la mirada a Leon, pero éste nunca se deja ver hasta que desea ser visto. Mira de nuevo a Becky, con franqueza. Joder, está sacándolo todo fuera. Es coca de la buena.

Aunque Harry dé imagen de dura, Becky ve que es amable y demasiado buena para el trabajo que hace.

–Tienes que sacarlo adelante –le dice Becky, mirándola a los ojos.

La cara de Harry se inunda de gratitud:

–Quiero sacarlo adelante, de verdad.

Se asoman a la ciudad. Otra persona vuelve a pasarles por encima para encender el calefactor. Se agachan y vuelven a incorporarse. Harry se gira para mirar, a través de las puertas de doble hoja, en dirección al bar que es el sueño de otra persona. Los atractivos camareros preferirían no estar ahí dentro; todo es tan oscuro, tan rojo y tan antiguo, pero no tiene alma. No es más que la ingeniosa idea de un puñado de hombres de negocios espabilados que toman nota de una tendencia y ponen ahí su dinero. Todo, desde las copas que sirven hasta el color de las paredes de los lavabos, todo está montado con astucia para repeler a determinada clientela y atraer a otra. A Harry se le revuelven las tripas. Cómo está cambiando Londres. Y no sólo a este lado del río. El cambio está llegando al sur. Ya apenas lo reconoce. Es descorazonador. Deja que su mente deambule por su sendero favorito: Harry's Place. El detalle de los azulejos en las paredes del baño, las sonrisas de los camareros, el color de la luz sobre los timbales del escenario, el cantante meciéndose, con los ojos cerrados, dejándose el alma. Dejándose la puta alma. Nada que ver con este invento de moda y sin espíritu. Nada que ver con estos engreídos con ínfulas que imitan lo que ya se hizo en los sesenta y creen que están haciendo algo rompedor sólo porque una vez se la chuparon en un probador. No. En su local no. Lo visualiza. Una pareja sentada a una mesa, contemplando al cantante con la piel de gallina. Una imagen de ella misma, más mayor, sonriente, inclinándose por encima de la barra para abrazar a un amigo. «¡Tío, qué alegría verte!». Lleno de luz, color y gente, gente de verdad, comiendo bien, bailando y riéndose entre ellos, bebiendo y siendo felices. Recibiendo cursillos, aprendiendo idiomas, una parcelita de terreno en la parte de atrás para plantar hortalizas. Harry's Place.

–Nunca se lo he contado a nadie –confiesa agachándose para rascarse un tobillo mientras se le amontonan las palabras–. No, en serio, así no. –Deja la cabeza gacha, rebusca en los bolsillos para ver si encuentra algo con lo que pueda mantener las manos ocupadas. Encuentra el paquete de tabaco. Se pone a darle vueltas en la mano.

Dentro, la gente a su alrededor está histérica, se parten de risa y el aire se les escapa como si fuesen colchonetas pinchadas. Todo el mundo aquí es guapo y se junta en grupitos o bien conversa en parejita, buscando ser el centro de atención. Dejan paso a un hombre menudo, de rasgos pronunciados, que languidece bajo un espeso bosque de copas de champán. Lleva el pelo cardado. A Becky se le ocurre que parece una presentadora de las noticias de principios de los noventa. Tiene los ojos rojos y el chaleco con el que se adorna le queda demasiado grande. Les ofrece champán sin mirarlas. Le dan las gracias y cada una coge dos copas, pero él no presta atención a nada, tan sólo vuelve a integrarse en la multitud.

Becky gira su copa en la mano, con el cuerpo vuelto hacia Harry.

–Voy a esos hoteles de negocios chungos que quedan a las afueras en mitad de la noche. Por Slough, New Malden, el quinto coño.

–O por Erith.

Así es.

–O pegando ya con Reading.

A Becky le entra la risa.

–Exacto. Es sobre todo gente un poco extraña, que viaja por negocios. Trabajan en impresión o en ventas o en algo tan aburrido que ni siquiera saben cómo explicártelo, y se pasan la vida entre aeropuertos, hoteles y salas de juntas y llevan semanas, meses, o incluso años sin que los toque nadie. *Meses* sin que los toque un puto ser humano. O se sienten tan alejados de sus mujeres que les resulta más fácil pagar a una desconocida para que los acaricie. –Hace una pausa, gira de nuevo su copa y mira a Harry–. Así que voy y les doy un masaje. Y yo también disfruto con ello.

A Harry no acaban de cuadrarle las cosas. Desconcertada, interrumpe.

–Pero, espera un momento, ¿cómo va esto? O sea, ¿tú qué es lo que haces?

Becky se lo piensa, juguetea con su pendiente.

–Los toco –dice sin más– con el cuerpo y con las manos. –Mira a Harry y esboza una sonrisa–. Puede resultar muy hermoso –dice acomodándose en el banco–. Y, sí, a veces, a ver... si te encuentras con uno que te mira como un trozo de carne, entonces sí que resulta... –Pone cara de asco, frunce el ceño y sacude la cabeza. Hace como que se encoge–. Ya sabes, ¿no? –Harry asiente para hacerle ver que la escucha–. Tampoco es frecuente que el tío te mire así, pero a veces pasa, sobre todo cuando está forrado; si es un tío rico de verdad, se porta como un cerdo, te trata como a una mierda. Pero la mayoría son

majos, muy respetuosos. –Se encoge de hombros en el silencio que sigue a sus palabras. Harry traga champán demasiado rápido; no está acostumbrada a beberlo y las burbujas hacen que le pique la nariz—. Con éstos no tengo ningún problema, pero otros se crecen y se suben a la parra, ya sabes cómo son algunas personas.

–Sí. –A Harry le da vueltas la cabeza. Está borracha. Intenta que su cuerpo no se balancee sin que ella se lo ordene.

–Es un trabajo honrado –dice Becky, mientras intenta buscar en el rostro de Harry un gesto despectivo. Al no ver ninguno, prosigue–: Está claro que lo hago por dinero, pero además me encanta. Y si quiero hacer menos trabajo de *esta* clase... –Abarca la sala con un gesto de la mano. Harry sigue el gesto y capta la desesperación servil y lastimera. Harry escucha con sincero interés. Confirmando, mediante un sonido que no llega a salir de sus labios, que la entiende—. Pero aun así, no le cuento a nadie a lo que me dedico. –Becky se queda mirándola y a Harry la coca le pega un subidón—. En realidad, hace mucho que no se lo cuento a nadie. Sólo un par de colegas lo saben y ya. – Harry asiente, no dice ni mú; su corazón late a ritmo de tecno—. Y ahora tú. – La boca se le crispa por efecto de la cocaína. Levanta la barbilla hacia el techo mientras habla—. A veces es un poco como si le estuviese pasando a otra persona. Sigues siendo tú, pero... diferente.

–Como si tuvieses dos vidas. ¿Y cuál es la real? ¿Cuál es la que vives de verdad? –La voz de Harry se hace más aguda y los ojos se le abren cada vez más. Becky se queda mirándola, sin sonreír, más bien escudriñando su rostro. Escuchando—. En mi caso, a veces es superior a mis fuerzas. ¿Sabes lo que digo? –Becky tiende la mano con decisión y le toca el lóbulo de la oreja. Lo sostiene, lo acaricia un par de veces y después aparta la mano del mismo modo abrupto. Ha captado su atención un hombre vestido de tela vaquera ceñida, de color blanco, que pasa de puntillas frente a ellas apretando un maniquí contra el pecho. El maniquí tiene pintados dos ojos que no parpadean desde los que las mira fijamente mientras es arrastrado.

La música está alta, ahora hay más gente en el bar y se ven obligadas a pegarse más la una a la otra. Detrás de ellas, Marshall Law echa hacia atrás la cabeza, dando gritos.

–¡Corazón! Si nunca le has hecho un dedo a una colegiala en una estación de tren, es que no has vivido. En serio. Esos labios chiquititos, esas lengüitas tan cachondas. Es como si creyesen que has nacido para darles placer. Guarrillas.

Suena escandaloso, corazón, y tanto, pero te lo digo en serio, ¡sin duda va a ser lo más de lo más! De instituto de verdad, en estaciones de tren de verdad. Niñas de dieciséis años, por supuesto. Imagínatelo: estaciones de tren rurales, desiertas... Niñas con barro en las rodillas. En serio, corazón, todo muy sensual, ¿a que sí? Imagínate.

Harry está muy colocada. El corazón le late muy fuerte, tiene la garganta rígida y no le llega el aire. Su cerebro está caliente y tenso. Hace tiempo que no se mete, y no alcanza a comprender cómo se las ha arreglado para hablarle tanto a esa mujer. La mente comienza a fallarle, el efecto de la última raya se le está pasando, el brillo se apaga y la fiesta se está revelando en todo su tedio. Mueve la cabeza a su alrededor mientras dos mujeres se abren paso entre la multitud armando follón. Harry cree que van a pasar de largo, pero se detienen justo a su lado.

—¡Becky! ¡Qué rollo! —cantan al unísono. Una es delgaducha y no para de reírse, con una melena lacia por los hombros de un rubio tan pálido como su piel. Lleva la ropa perfectamente limpia y planchada: unos pantalones que le llegan justo por encima de los tobillos y unas Nike Air Max de colores pastel. Bajo el resplandor de las luces, los enormes aros de sus orejas despiden los mismos destellos que el esmalte de sus dientes. Su acompañante tiene unos rasgos más suaves, está más rellena y también es más alta. Se contonea al moverse, segura de sí misma y, por ello, resulta difícil de olvidar. Pantalones negros ceñidos y una holgada camiseta del mismo color. Unas Adidas Superstar negras y doradas. Un anillo de oro besa cada uno de sus nudillos. Del cuello le cuelga una hoja de cannabis de oro y lleva las orejas adornadas con pendientes de oro, con la forma en w del logo de WuTang Clan. Harry siente cómo la observan para juzgarla y se encoge ante su feminidad y una amistad íntima que resulta evidente.

Se toca la cicatriz de la frente, dos pequeñas líneas que se cruzan y forman un rombo a la izquierda de su frente, justo donde le nace el pelo, fruto de un golpe con un bate cuando tenía doce años. Le recuerda que ha de mantenerse centrada mientras que a su alrededor estas caras mullidas y vociferantes se emborronan y chillan y temblequean.

La más baja de las dos se llama Charlotte; la más seria es Gloria. Da la sensación de que han aparecido de la nada, cogen a Becky por los hombros y

hablan a la vez. Charlotte rezuma la clase de seguridad que los tímidos adquieren cuando se emborrachan.

–Esto es una mierda –dice–. Vámonos de aquí.

Gloria interviene:

–Sí, creo que ya toca. ¿Nos vamos?

Becky se aparta de Harry y se pone frente a ellas con una sonrisa amplia y cálida.

–¡Hola! Sí, podemos ir yéndonos. ¿Estáis bien?

–Sí. –Charlotte se inclina hacia Becky y pronuncia las palabras igual que un pájaro picotea unas migas del suelo–. Estoy muy pedo y aquí los tíos son todos gais o psicópatas. Así que...

Gloria mira a Harry, la ve ahí de pie, muerta de timidez, tambaleándose después de todo lo que acaba de confesar.

–Hola –dice Gloria, mirándola con desdén.

–¿Todo bien? –Harry sonrío a las dos mujeres. Se le ha secado la boca.

–Un placer haberte conocido. –Becky le habla directamente a la cara, con un brillo en los ojos y con Charlotte colgada de ella.

Harry le responde moviendo la cabeza. Becky se inclina y le da un beso en la mejilla, lentamente, cerca de la boca. La mitad de sus labios roza los de Becky, como si no tuviese mayor importancia. A Harry le arde la cara. Las llamas se elevan y le nublan la vista. Intenta actuar con naturalidad.

–Ya nos veremos –dice, manteniendo a duras penas un tono despreocupado, consciente de la mirada de esfinge de Gloria, preguntándose si ésta puede ver las llamas que envuelven su cabeza.

–Sí –dice Becky, mirando hacia atrás, ya marchándose–. Adiós, Harry... –Y Harry está segura de que le ha guiñado el ojo. La visión fugaz y oscura de unos labios y del guiño de un ojo. Se queda de pie, aturdida, mirando hasta que la pierde entre la masa de cuerpos. Una muñeca fina se estira y agarra una botella de vino de la barra, un brazalete brillante arroja su destello bajo las luces y después ya no están.

Respira rápido y con dificultad. Sofoca las llamas con manos raudas. Las ascuas crepitan. Se dispone a tocar el lóbulo que Becky le ha acariciado, pero descubre que se ha derretido, sólo quedan sus pendientes, dos pequeños aros que giran en torno a nada. Alza los ojos y descubre que Leon la está mirando desde el otro lado de la sala, súbitamente visible, sacudiendo la cabeza, sonriendo para sus adentros. Harry se estira la camisa, encuentra la mirada de

Leon y le da un sorbo a su copa. «A ello, pues». Sus piernas parecen hallarse a kilómetros de distancia del suelo. Las paredes se estrechan a cada segundo. Cada respiración es un dardo arrojado que hay que arrancar de la diana antes de poder lanzar de nuevo. Se aparta de la barra y se dirige hacia las mesas de la esquina, en dirección al hombre que la espera de pie con las piernas separadas, meciéndose adelante y atrás.

–Morris. Hola. –Harry habla con cortesía, como una mujer de negocios–. Un placer verte de nuevo.

–¡Harry! ¡Qué bien que hayas venido! –Morris le sonrío a la cara de manera vacua y le pone la manaza en la parte baja de la espalda, sosteniéndola por la cadera–. Ven conmigo.

LA VERDAD

El piso que Becky comparte con Charlotte está en un bloque de aspecto limpio y agradable detrás de la calle principal del área de Deptford. Todo el mundo tiene plantas en el alféizar y los jardines comunitarios relucen con tulipanes y campanillas. Pero tras los jardines, a pie de calle, los colores palidecen radicalmente. Todo es de un gris paloma y está salpicado de huellas de escupitajos y chicles resecos.

En algún lugar cercano, dos mujeres se gritan y sus voces resuenan por las calles vacías. Por encima de ellas, un tren de mercancías sacude con su traqueteo la osamenta del puente que atraviesa, mientras que más abajo, entre callejones oscuros y tras puertas cerradas, reafirmaciones adolescentes reciben, a la vez, una paliza, un bofetón empapado en fluido corporal.

Las chicas salen trepando del taxi. Las mujeres enzarzadas en su discusión están dándolo todo y entre la avalancha de chillidos no se distingue ninguna de sus palabras. Por la calzada hay desperdigadas costillas roídas hasta el hueso y un tenue olor a meada de borracho se entremezcla con la podredumbre dulzona del humo de marihuana.

Mientras las chicas suben las escaleras, sus voces rebotan en las paredes de cemento e inundan el inmueble con su presencia, arrastrando al anciano del piso de abajo hasta el descansillo para dirigirles una mirada de reproche.

En el salón, un minúsculo sofá amarillo se aprieta contra la pared pintada de negro; ante él se sostiene una pequeña mesilla cuadrada. En la pared de enfrente hay un par de estanterías con un equipo de música, unos cuantos libros y la tele. Si hay más de dos personas en la habitación, da la sensación de que estás retenido dentro de una boca con demasiados dientes.

Se sientan en el sofá amarillo y escuchan rhythm and blues de los noventa. Esnifan el resto del gramo que Becky se ha traído y se sueltan el mismo rollo que se sueltan todas las veces que una noche termina de esta manera.

Justo antes de las cuatro de la madrugada, Becky se retira a su habitación. Se echa sobre la cama, con el cerebro como un saco de taladros eléctricos encendidos y vibrando a la vez. Harry sigue flotando en su mente: su peculiar pose, sus brazos larguiruchos, su manera de atusarse el cabello, tirando de él

para después dejar que vuelva a su forma original. La mente de Becky se embravece como un mar oscuro, formando espuma, arrastrando hacia sus profundidades objetos perdidos. ¿Cuál es la Becky real? ¿La bailarina profesional que nunca se queja? ¿La chica del sureste de Londres que se mete farlopa en su piso? ¿La sobrina obediente que lava los platos en la cafetería de su tío? ¿La masajista erótica con tacones y pintalabios que cruza la ciudad para ganarse un dinero?

Podría habérsela traído a casa.

Sin ataduras, sólo ligues y rollos de una noche, no busca nada más. Prefiere no complicarse la vida. Le gustan los chicos y las chicas. Si algo es emocionante, deja que suceda. Pero en cuanto la gente se encariña demasiado, corta en seco. Sólo puede manejar historias pasajeras. Si no, todo acaba causando demasiado daño. Entregas demasiado, te arrebatan demasiado, desean demasiado o no lo bastante y, de repente, te encuentras vacía y con las manos abiertas, intentando atrapar un poco más.

No le gusta pensar en su madre, pero por las noches, cuando se encuentra sola y de bajón como hoy, a veces le sucede que, colocada y echa polvo, le bajan las defensas. La escena que siempre se repite es que intenta huir, tomando impulso, del ancestral *crescendo*. Y entonces, entre la mar oscura y batida, acechando desde las profundidades, siente que los malos pensamientos se aproximan. Intenta huir de ellos, nada con todas sus fuerzas contra la corriente, pero es derrotada por la tenebrosa marejada y no puede escapar, y siente como se aproxima, trabajosamente, un temor sin forma definida.

–Vete a la mierda, papá –dice, y las palabras caen suavemente. Su voz suena pegajosa en la oscuridad, con la garganta en carne viva por el tabaco. Se permite pensar en él por primera vez en meses, quizá en años. Intenta recordar su cara. Si se concentra y obliga a su cerebro a visualizar una imagen, existe una que aún le ronda, instalada en algún lugar recóndito tras sus pulmones. Su padre, joven y sonriente, guapo y con el pelo rizado, lo suficientemente grande como para tapar el hueco de una puerta, en la butaca del salón del apartamento en el que vivían, sonriendo, tal vez a ella o tal vez a la cámara de su madre.

Se da la vuelta en la cama, agonizando, retorciéndose, sin saber qué hacer con las manos. Tan agotado el cuerpo y a la vez tan ajetreada la cabeza, doliéndole tanto, tan espabilada, reconcomiéndosela sin parar.

Se levanta, arrastra su cuerpo como plastilina hasta la estantería de la esquina donde guarda la cajita con drogas y rebusca entre piedras de costo y

pastillas partidas a la mitad hasta que encuentra el paquete de diazepam. Saca uno y lo aguanta en la boca, encuentra un buche de agua en un vaso junto a la cama y espera a quedarse inconsciente.

En el espacio que queda entre la cocaína, el alcohol y el diazepam, su cerebro se expande anegándola de pasado.

La madre de Becky era una mujer llamada Paula –pronunciado como en italiano: Paola– y había sido fotógrafa profesional. Su padre, John –pronunciado como en Elton: John– había sido profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Londres.

John Darke era un joven y brillante estudiante de doctorado que trabajaba en un libro que, sin duda alguna, iba a cambiar el pensamiento político del país. La madre de John era una intérprete de sitar natural de Jaipur y su padre, un intérprete de contrabajo natural de Bromley. Se habían conocido en el verano de 1952, tocando juntos como parte de un programa de intercambio de orquestas organizado por músicos jóvenes de la Sinfónica de Londres.

John se había criado en Carford en los años sesenta. Era el único niño mestizo de su clase. Niños blancos delgaduchos con pasamontañas verdes metían bolsas con mierda de perro en el buzón de su madre. Le prendían fuego a su mochila en la parada del autobús y le daban empujones en los columpios.

Cuando cumplió los trece se ganó el respeto incondicional del patio al devolver el golpe y dejar fuera de combate de un puñetazo a un abusón. Algo cambió en su interior después de aquello. Se quedó mirando a su agresor mientras éste se recobraba del golpe. Observó cómo lloriqueaba en el suelo como un perro lastimero y comprendió, para su asombro, que no experimentaba sensación de victoria: sólo tristeza. Tras ese día, se podía acudir a John Darke para defender a cualquier alumno del colegio. Se convirtió en un héroe. Con el respeto que acababa de adquirir, estableció alianzas. Todo sufrimiento le dolía, no sólo el propio. Pero quería que los abusos también formasen parte de ella. Quería que todos los niños del colegio se apoyasen.

Lo azotaron. Ponían la frente tensa y apretaban los dientes. Echaban chispas por las narices y su piel colgandera se les desparramaba en torno al cuello de la camisa mientras echaban hacia atrás los brazos para coger impulso. John Darke sentía cómo aumentaba su ira, avivando la rojez causada por los golpes.

No derramó una sola lágrima ni dejó escapar un quejido de su boca. Su estoicismo no pasó desapercibido. A la semana siguiente, lo expulsaron por abusar de otros.

Lo enviaron a una escuela para chicos «conflictivos» a quienes consideraban «con dificultades de aprendizaje». Quitando uno —Jamie, un pirómano tarado al que se le notaban los huesos bajo la camisa—, ninguno de ellos era blanco. Veía cómo sus amigos volvían el lunes por la mañana cojeando, con los pómulos inflamados a causa de sus encontronazos con porras o botas durante el fin de semana. Ahí estaba él, arrojado a lo más bajo del escalafón. Sus compañeros y él eran vistos como criminales. John rechazaba la idea de que había que culpar a los niños «conflictivos» de sus errores. Si los chicos robaban, se daban navajazos por asuntos de deudas o se sentían obligados a ir armados cuando caminaban por la calle, ni siquiera se barajaba la posibilidad de que fuera culpa de las estructuras sociales en las que vivían. En cambio, la culpa era siempre de los propios chicos. «Es tarea *nuestra*, de los de abajo», comprendió John, «arreglar las cosas para *nosotros*, aunque seamos nosotros los que más sufrimos las decisiones de los que están arriba».

Por aquel entonces, su mejor amigo era un chico llamado Duane, más brillante que nadie a quien John hubiese conocido nunca: escribía en verso rimado y resolvía ecuaciones de memoria. Jugaban al fútbol, comían patatas fritas y se sentaban juntos en las paradas de autobús. Un día, Duane no apareció. Pasaron varios meses hasta que John se enteró de que la policía lo había detenido, lo había registrado y le había colocado droga entre la ropa. Estaba cumpliendo una larga condena en un correccional para delincuentes juveniles de Surrey. Esa tarde, de vuelta a casa, con la noticia atragantada, tres chicos empezaron a perseguirlo, a escupirle y a llamarle «*paki* de mierda». Lo alcanzaron donde acaba Lewisham High Street y comienza Bromley Road y lo derribaron a golpes. Se quedó sin respiración. Le daban arcadas mientras le pateaban la espalda y el estómago. Cuando al fin vomitó, se echaron a reír y se fueron corriendo. Quedó tendido en la acera: eran las cinco de la tarde, aún había luz en el cielo y bastante gente en la calle. Nadie se detuvo para ver si estaba bien. Se pasó diez, tal vez quince minutos, tirado en el suelo, recobrando el aliento, hasta que al fin recogió sus doloridos huesos y caminó a casa, limpiándose la sangre de los labios con el puño de la camisa de su uniforme.

Los profesores lo convocaron a la sala de reuniones para deliberar acerca de su carácter cada vez más beligerante. Regaban con té tibio sus encías pestilentes y resoplaban sobre sus bigotes amarillentos mientras marcaban en sus formularios un punto negro junto a su nombre: «Radical en potencia».

El 13 de agosto de 1977, John Darke tenía 23 años y hacía tiempo que había salido del colegio Park Hill para alumnos con dificultades de aprendizaje. Andaba metido en un grupo de jóvenes socialistas de New Cross Road y enfrentado al Frente Nacional, que trataba de organizar una marcha desde New Cross a Lewisham, una de las comunidades de antillanos más grandes de Londres. Los vecinos del barrio y gente de toda la ciudad se congregaron para detener la marcha. Se vieron envueltos en unos enfrentamientos con la policía que más tarde serían conocidos como la Batalla de Lewisham. El Frente Nacional fue humillado. Gente de todas las razas, codo con codo. John vio a blancos al lado de negros y asiáticos, los vio caer ante los caballos encabritados, los vio llevarse la peor parte de los golpes de los escudos antidisturbios, los vio luchar, a miles de ellos juntos, unidos contra el fascismo, el racismo y la brutalidad policial. Durante un instante extraño y fugaz, John se encontró apoyado contra un escaparate, secándose el sudor y restregándose el humo de los ojos. Se asomó al escenario de la lucha. Las calles y la gente, todos cogidos por el brazo, y sintió que una esperanza brotaba a través de él: «Por fin», pensó.

En aquel momento se juró que dedicaría su vida a la política.

Con los años se convirtió en un hombre convencido de sus opiniones, pero con la humildad necesaria para escuchar con atención a sus detractores y debatir educadamente con sus correligionarios. Era un orador extraordinario y un hombre atractivo. Sus clases atraían a jóvenes ajenos a la universidad. Se le podía encontrar dando apasionadas charlas en la trastienda de pubs abarrotados o en cafés, subido a un par de sillas, con un pie en cada una y meciéndose ligeramente al hablar o, durante las tardes de invierno, dirigiéndose a un gentío de madres solteras en bibliotecas que permanecían desiertas el resto del tiempo. Era un defensor de las convicciones firmes y el optimismo. Tenía una meta e irradiaba esa ansia por alcanzarla que hacía de él alguien cuya presencia resultaba portentosa.

Tenía sus detractores. Le parecían un tropel de cenizas amargadas sobre los que había llegado a la conclusión de que nunca habían conocido la pasión en sus vidas y que se dedicaban a odiar todo lo que tenía que ver con él. Eran

profundamente suspicaces. Criticaban su vida sexual. Escribían artículos para revistas universitarias donde le sacaban defectos a su tono de voz, a su barba, incluso a su manera de tomarse el café. No les agradaba su popularidad o el hecho de que ésta no parecía menguar su capacidad de trabajo. Le tenían envidia y su éxito les incomodaba porque les recordaba las veces que no habían perseguido sus sueños o adoptado principios a los que mereciese la pena adherirse. A John le parecía que las universidades estaban llenas de inmovilidad y aversión. Intentó sacudirse de encima tanto una cosa como la otra, pero las dos persistían.

En los largos meses y años que John pasó trabajando en el borrador de su libro, *Cómo podemos alcanzar el poder sin que el poder nos alcance*, el proyecto lo consumía y le impedía relajarse. Tenía la mente tan llena de ideas que comenzó a sufrir espasmos y le salieron tics. Se sorprendía frotándose las manos y meneando la cabeza con rabia cuando estaba a solas. Todo su cuerpo se sacudía violentamente y él apretaba los dientes, pues no le quedaba otra opción que vivir con ello. Pasaba por estos arrebatos en silencio, encerrado dentro de los baños de las estaciones durante cinco minutos seguidos. Después, recobraba la compostura, estiraba su boca en tensión, sacudía los dedos como si los tuviese mojados, se recolocaba la ropa y salía al caos del andén. Patidifuso.

Una despejada noche de septiembre, después de un largo verano de gira y una dura semana en la universidad, asistió a un concierto ofrecido por un amigo suyo, el famoso violonchelista Marco Abbadelli, y se sintió más sereno de lo que nunca se había sentido en meses. Marco y John habían pasado muchas horas departiendo sobre la vida y el sentido del temperamento artístico. El significado de la belleza. El lenguaje de la música. Una vez hicieron el amor y había sido algo sincero y maravilloso, pero sólo sucedió esa vez y nunca volvieron a hablar de ello. Se tenían un enorme cariño y cada vez que Marco estaba por Londres, nada les hacía disfrutar más que verse y beber hasta el amanecer.

Paula Shogovitch se había enamorado de la idea de capturar los instantes a los cinco años, jugando en el jardín de la casa de sus abuelos. Se echaba encima la tarde y las luces se encendían en el interior de la casa. Volvía dentro cuando divisó a través de la ventana a sus dos hermanos, Ron y Rags, que robaban

golosinas del armario de su abuela. Había algo tan perfecto en el porte de sus cuerpos en tensión, atentos a las pisadas, listos para echar a correr. Como era la pequeña, estaba acostumbrada a ver a sus hermanos mayores hacer cosas que pensaban que ella no podía comprender. Comenzó a buscar momentos como éste. Momentos que desprendiesen tanto. Aprendió a capturarlos. Una pareja discutiendo en un vagón, una casada caminando con el cascarrabias de su marido mientras se le van los ojos tras un joven apuesto con el que se cruzan en un paso de cebra, un niño sonriendo en medio de una pelea, dos mujeres dentro de un teatro bebiendo a escondidas de una botella. En las fotos de Paula había intimidad. Algo cuidadoso en la manera en la que captaba a la gente de Londres. Fuese o no consciente de ello, estaba haciendo algo que nunca antes se había hecho. Fotografías con tanto amor hacia sus retratados que, al pasar la mirada por ellas, daba la sensación de que uno estaba contemplando las fotos de unos familiares.

Paula iba en ascenso. Londres bullía de belleza, talento y actividad. Y ella era joven y visionaria. Se abrió camino en el mundo. Nunca tuvo que dejar que le sobaran las tetas. Nunca tuvo que hacerse la tonta para no parecer una amenaza. Se permitía ser ella misma y dejaba a la gente encantada e impresionada. Paula Shogovitch tenía un trabajo y su trabajo era su vocación y su vocación era su amor y su amor era su oficio y le permitía pagar el alquiler al día.

El motivo favorito de Paula era Marco Abbadelli. Posiblemente, la mejor fotografía que sacó fue la icónica imagen de Marco desnudo tocando el violonchelo. Desde entonces, otros han intentado componer fotos similares, pero la razón por la que la suya salió tan bien fue que no había sido ensayada. Habían pasado la noche juntos y, en los momentos finales de su pasión, Marco parecía cantar. Al apartarse y quedar tendido sobre la cama, en reposo, Marco prosiguió con la melodía, con suavidad, mientras exhalaba aire. Paula tomó su cámara. Le fascinaban las fotos de hombres tomadas justo después de hacer el amor. Estaba jugando con distintas aperturas de diafragma cuando Marco, sumido en una profunda calma, se levantó y cruzó la habitación desnudo para coger su violonchelo. Abrió la funda y se puso a tocar, sin molestarse en coger una silla, medio de pie, medio en cuclillas. Enmarcado a la perfección por la ventana que permanecía entreabierta y las cortinas que el aire henchía ferozmente a su alrededor. Sacó la foto. Y ésta la convirtió en una estrella.

En el invierno de 1985, Marco Abbadelli finalizó una larga gira por Europa

que culminó con el mayor recital que dio nunca en Londres, en el Royal Festival Hall. Para celebrarlo, ofreció una cena a su mánager y a algunos de los amigos más cercanos que tenía en la ciudad en El Gran Toro, su restaurante preferido, no muy lejos del auditorio. Estaban sentados a una mesa larga dentro de un reservado en el exclusivo sótano del restaurante. La ennegrecida pared estaba tapizada de barricas y toneles de buen vino de Jerez. Los camareros le hicieron todo el número de inclinar la cabeza e ir describiendo los aromas de cada barrica a Marco, que los atraía hacia sí con la mano y les hablaba en voz baja, permitiéndoles acariciar sus manos cada vez que le pasaban una copa.

Entre los amigos de Marco presentes aquella noche se encontraban la notoria estrella del análisis político John Darke y la joven y famosa fotógrafa Paula Shogovitch.

En el momento en que Paula vio a John, sintió que se le estrechaba la garganta y se le espesaba la sangre de las venas. Él lo sentía en sus folículos capilares y bajo la superficie de las uñas. Había algo en ella que le provocaba dolor por todas partes. El aire que se interponía entre ellos estaba cargado. Comieron en extremos opuestos de la mesa y evitaron cruzar las miradas.

Al acabar la comida, durante la sobremesa, Paula se levantó y acercó su silla al otro extremo de la mesa. La colocó al lado de la de John y se sentó. No se dijeron nada, no se miraron a los ojos. Se sentaron uno junto al otro, casi rozándose, ignorándose completamente entre sí.

Acabados los cafés y los coñacs, los invitados reposaban la espalda y se daban palmadas en las pantorrillas a cada anécdota de Marco. Paula se puso en pie y, sin pensárselo dos veces, John la siguió fuera del comedor hasta el interior del lavabo de señoras. El silencio tupía el aire, lo que les hizo tener la sensación de que el mundo se había detenido para ellos. Flores de un blanco hueso se descolgaban de jarrones rojos de cristal colocados encima de pedestales, junto a espejos que cubrían toda la pared. Cuadros de mujeres lidiando toros bravos en traje de flamenca colgaban junto a los secadores de manos. John y Paula lo vieron todo y nada a la vez. Se desvistieron mutuamente en silencio tras la puerta atrancada de una cabina de baño negra e hicieron el amor por primera vez en los baños de El Gran Toro.

Paula y John estaban enamorados. Cada uno encontraba inspirador el trabajo del otro y disfrutaba de sus manías. Vivían en un bloque de viviendas de ladrillos amarillos copropiedad de una cooperativa inmobiliaria unas

pocas calles más allá de Lewisham Way. El edificio motivo de su orgullo tenía cinco plantas y daba a otros tres bloques idénticos repartidos por un césped desmochado con una balancín chirriante y un par de columpios en un rincón. Su piso, el número diecisiete, tenía una pequeña terraza donde plantaban dedalera y boca de dragón, cultivaban marihuana en grandes macetas y habían logrado que una enredadera de jazmín se les prendiese a la barandilla.

Cuando, finalmente, salió publicado el libro de John, la política ya olía a podrido. Corría el año 1989 y Thatcher estaba en el Gobierno. John sentía que el mundo se hallaba en los estertores de su muerte y los corazones de los británicos habían sido empujados al límite.

A comienzos de la primavera de aquel año, Paula Shogovitch se quedó embarazada. Al principio estaba convencida de que seguiría trabajando durante el embarazo y que tener un bebé no implicaría necesariamente tener que abandonar la fotografía. John le aseguró que la apoyaría tomase la decisión que tomase, pero, a medida que se desarrollaba el embarazo, a Paula le quedó claro que John, fuese consciente o no, no tenía intención de hacer ningún sacrificio. Por mucho que lo intentara, sentía que él veía su trabajo como un objetivo y el de ella, como una afición. Comenzó a decir que no a algún que otro encargo, aceptando cada vez menos hasta que se extendió la noticia y, a medida que iba aumentando de peso y cansándose más, dejó de recorrer las calles a la caza de momentos ocultos, los mismos que volvían su nombre atractivo. Le parecía que ahora iba a llamar demasiado la atención. Comenzó a fotografiar su propio cuerpo dentro de casa, pero se dio cuenta de que esto no acababa de inspirarle. Un vientre creciente en el espejo de un dormitorio no transmitía la misma fuerza que un policía a caballo persiguiendo a dos hinchas prepúberes a través de un callejón estrecho, a la fuga con las bufandas anudadas a la cabeza, sin soltar los petardos de las manos.

Fue un proceso gradual aprender el significado de ser mujer. Su novio no tenía tiempo material para su desánimo. Intentaba alentarla diciéndole que seguro que iba a retomar el trabajo cuando naciese el bebé.

—Cuando nazca el niño podrás sacar un montón de fotos mientras lo paseas en el cochecito.

No pretendía ser condescendiente, pero no tenía ni idea de todo lo que dejaba de estar al alcance de Paula. Se quedaba sentada durante horas con ese bulto hinchado, resignándose a una nueva vida. Se sentía culpable de cada puñalada de celos que sufría en el rostro de su pujante carrera. Sabía que John

intentaba hacer del mundo un lugar mejor y que estaba sufriendo horrores por ello. Pero esto dejaba de tener importancia cuando se quedaba encerrada en casa tanto tiempo, durante aquel caluroso verano; incómoda, sola y aburrida, mientras que él perdía la cordura por el trabajo, y llegaba por las noches borracho a casa.

El invierno extendió sus solemnes manos sobre la ciudad y le arrebató al cielo todo su colorido. Frente al edificio de la maternidad, la acera estaba húmeda y fría. Llamó a su hija Rebecca por su tía favorita, que había sido poeta, tenista y la primera cerrajera que hubo en Inglaterra.

Paula sostuvo al bebé entre sus brazos y comprendió el sentido de la vida. Rebecca tenía los ojos severos, color encina, de John; y Paula reconoció a su madre en la forma de la boca de la niña. Paula le entregó el bebé a John, que lo sostuvo mientras miraba su carita rechoncha, consciente de que había encontrado algo que no sabía que le faltaba. El amor fue inmediato y más profundo que nada de lo que hubiese conocido antes. En ese momento, mientras Paula, agotada tras el parto, contemplaba a su novio con el bebé de ambos, albergaba un millar de fantasías efímeras sobre cómo se desarrollarían sus vidas, las de los tres, juntos. John, entretanto, miraba las diminutas manos de su hija, sintiendo sólo el impulso de machacarse más en su tarea para así poder mejorar las cosas para ella. Sus fantasías eran de éxito político y la construcción de un futuro mejor.

La carrera de John despuntaba. Su libro tuvo una buena acogida en la prensa y resultó tremendamente popular, vendiendo decenas de miles de ejemplares en los primeros meses, lo que era muchísimo para un libro de ciencias políticas. Los de izquierdas lo celebraban, los de derechas lo ridiculizaban y fue objeto de mofa de políticos que consideraban su enfoque poco ortodoxo y flor de un día. No estaba casado, vivía con su novia y su hija. Se le tenía por un hombre de moral dudosa. Estaba convencido de que su éxito iba a fundarse en sus ideas y políticas, no en su vida personal —o en la versión de sí mismo que se esperaba que vendiese a la prensa—, pero ese convencimiento lo convirtió en blanco fácil. Se negó a acomodarse, acicalarse o amoldarse, era mordaz contra el Parlamento. Su mensaje era claro: «¡Hay que cambiar las cosas, estamos en estado de emergencia!». No quería ser otra marioneta de mandíbula floja en el certamen de la popularidad, alineado contra la pared ante la prensa como si lo fuesen a fusilar.

Siguió adelante, recorriendo el país en una furgoneta descacharrada,

durmiendo en la parte de atrás, sobre un colchón medio helado, en los aparcamientos de los supermercados. Conducía toda la noche, con las tripas hechas una porquería por culpa de las hamburguesas de las áreas de servicio y el whisky basto y barato. Estaba empeñado en marcar una diferencia. No podía soportar lo que le sucedía al mundo. Ni a su país. Era sólo cuestión de informarse, estaba seguro. La gente tenía que saber y ése sería el comienzo. En lugar de llenar los estadios, podríamos ocupar las instituciones que nos mantenían en esta miseria. Ojalá la gente supiese que lo que sucedía no era la única opción y aunque así fuera, que supiese que no era la adecuada.

Se ponía enfermo viendo a la gente enfrentada entre sí, negros contra blancos y norte contra sur, y tantos muriendo y tantos pobres, demolidos, demonizados y mantenidos en estado de abatimiento. No descansaba, ni siquiera un momento. Podía ver con nitidez lo que el Gobierno y las multinacionales estaban haciendo: esclavizando el país en nombre de la libertad y saliéndose con la suya. Estaba dando clase a los alumnos más brillantes que nunca había tenido; acudían en manada a estudiar política. Era un tiempo convulso, lleno de oportunidades, dolor y caos.

Abordaba el asunto de la única manera que sabía: de tú a tú. Se pasaba todo el día conduciendo para hablar con un centenar de jóvenes ansiosos incapaces de encontrar trabajo y, luego, conducía toda la noche de vuelta a Londres para dar clase a la mañana siguiente. Se dirigía a la gente, sin cámaras y sin discurso. Se ponía delante de madres solteras, oficinistas, inmigrantes y reclusos y hablaba, escuchaba y les infundía esperanza.

Mientras John recorría el país y caía rendido sobre el suelo de su despacho de la facultad, intentando obtener unas pocas horas de sueño reparador, Paula y Becky vivían en el piso y se pasaban el día juntas. La marihuana dejó de crecer en la terraza. Tuvieron que podar sus preciadas plantas por temor a la prensa o a que los detuviesen. Había muchas cosas que Paula ya no podía hacer: no podía cotillear con las vecinas en bata ni salir de marcha con sus amigas. No podía tomar el sol en *topless* en la terraza. Sus vidas no eran suyas, sino que pertenecían al trabajo de John y a la sombra acechante de una potencial pérdida del favor público.

En cambio, podía contemplar cómo crecía su hija y sentir el arrebató y la paz de la maternidad. Veía cómo iban creciéndole los dedos de la mano, los dedos del pie, las pestañitas. «Mi niña crece». Todas las cosas repetían lo mismo. «Tengo una niña». Paula cogía a veces la cámara, trasteaba con ella en

las manos, modificaba la velocidad del obturador, se la llevaba a la altura del ojo y miraba por el objetivo. Pero cada vez que lo hacía, antes de que le diese tiempo a decidirse a disparar, al bebé le entraba hambre o reclamaba su atención y la cámara se le antojaba un capricho. La idea de alcanzar sus anhelos se volvía banal. Lo importante era que Becky estuviese atendida, feliz y abrigada. Becky aprendiendo palabras. Becky pintando. Becky tiene hambre, Becky tiene sed, Becky duerme bien. La furia de su impulso creativo pertenecía a otra que no era ella. A veces se paraba a pensar en ello, intensamente, mientras se dedicaba a la interminable limpieza de la casa, la colada, el cambio de pañales, la comida; ¿lo echaba de menos? No podía afirmar con total sinceridad que así fuese.

John volvía a casa por las noches, con el ceño fruncido y amohinado. Parecía vacío por dentro. Apenas se fijaba en las cosas que hacía Paula. Pequeñas cosas para que la casa se viese más bonita al llegar. Él cenaba, sonreía, la acariciaba, pero nunca estaba presente.

En 1992, John Darke tenía treinta y ocho años y se había convertido en una fuerza avasalladora dentro de la opinión pública. La inquina con la que era fustigado por el *establishment* sólo servía para demostrar a sus seguidores que estaba entregado al cambio. En las universidades se formaban asociaciones para debatir sus líneas de pensamiento; a lo largo del país, en pubs y cafés, se congregaban sus círculos de seguidores y, con las elecciones municipales a la vuelta de la esquina, se instalaba a la puerta de los centros comerciales, sin pancartas ni folletos, sólo con una mesa, atendiendo las preguntas de la gente. Los medios lo detestaban, el Gobierno lo detestaba, pero la gente lo adoraba, así que constituía un peligro. El peligroso John siguió dando guerra. Se expresaba con la claridad de alguien que dice la verdad. El consenso general era que John Darke estaba a punto de hacer algo que nadie había hecho antes. Por todas partes flotaba esta sensación.

En casa no era nada comunicativo. No dormía bien por las noches, se acostaba mucho después de que Paula se quedase dormida y ya estaba levantado antes de que ella despertase. No mostraba interés en cocinar, o en sentarse a hablar con Paula por las noches. Era una carcasa arrugada que a menudo se desplomaba en la entrada nada más cruzar la puerta. Paula lo veía haciendo campaña por la calle y respondiendo a las preguntas de los

reporteros y le atravesaba la envidia al ver que a ellos les dedicaba una mirada tan vivaz mientras que para ella apenas podía esbozar una sonrisa. Sobre él había caído una soledad como nunca había experimentado en su vida. Nada podía sanarla: ni su novia, ni su hija, ni sus amigos, ni sus estudios. Sólo se disipaba momentáneamente cuando daba discursos. Pero después lo dejaban, ya en privado, más consumido que nunca.

«El día Darke», como llegó a ser conocido, fue el 22 de febrero de 1995. Becky tenía poco más de cinco años y se pasaba todo el tiempo bailando. Paula asistía junto a Becky a una clase de claqué y jazz en el centro social del barrio. Su hija era todo un portento. La profesora de Becky sonreía a Paula. Ésta, a su vez, se ruborizó y se puso a enredar con el extremo de sus calcetines.

John había prometido que aquel día les haría la cena. No estaba preparada para perderlo por culpa de sus ideas políticas. Mientras contemplaba a Becky dar sus pasos, estaba segura de que las cosas iban a cambiar para bien. Él era su hombre y el padre de su hija y Paula había decidido que esa noche iban a hablar en serio. No podía seguir obviando el hecho de que había dejado de ser él mismo y de que las estaba perdiendo a las dos.

Mientras Becky seguía de puntillas el ritmo de la música, John Darke estaba en su estudio, corrigiendo el arranque de un discurso que tenía que pronunciar al día siguiente. Estaba dándole vueltas a si merecía más la pena empezar con un saludo cordial que maldiciendo las estadísticas cuando oyó que llamaban tres veces a la puerta. La abrió y vio a los habituales estudiantes apilados en el descansillo, esperando, como llevaban haciendo los últimos meses, un encuentro con él. Pero a la cabeza de esta multitud, con ademán impassible, destacaban tres inmensos policías con las piernas separadas y los brazos al costado. Dos de ellos iban de uniforme; el tercero, que a todas luces era miembro de los servicios de inteligencia, llevaba una gabardina que quizá un día llegó a ser elegante y zapatos gastados. Sus labios apretados se desplegaron bajo su bigote caído.

—¿El señor John Darke?

Lo crucificaron. Lo pintaron como un villano. Apareció en la prensa como un drogadicto, un alcohólico y un maníaco-depresivo. Un crápula depravado que atentaba contra la juventud británica. Acechando en las aulas de la facultad donde enseñaba, envenenando mentes y seduciendo cuerpos. Varias figuras televisivas escribieron reportajes en los que se le acusaba de ser un

insaciable perverso sexual. Columnistas, corrillos de cotillas y periodistas políticos, todos parecían tener vela en aquel entierro y esto no ocurría sólo en los periódicos de derechas. Se puso de moda odiar a John Darke. Condenándolo, uno quedaba absuelto. En las páginas de opinión se debatían sus inclinaciones homosexuales. Arrasaron con su reputación.

Se le imputaba haber mantenido relaciones sexuales con menores. Seis cargos por violación. Negó las acusaciones. Durante semanas, no hubo un solo periódico que no hablara del carácter sospechoso de John Darke y de sus conductas depravadas.

Nunca había mostrado interés por las menores, pero había sido un hombre que disfrutaba enormemente del sexo. Antes de esta etapa ya sería de su vida, se permitía el placer de tener relaciones esporádicas, pero, desde que conoció a Paula, todo había cambiado. ¿O no? El jurado no podía obviar que era un hombre que estaba recorriendo el país como una estrella del rock de gira, conociendo a chicas jóvenes en quienes causaba una honda impresión. ¿Quién podría estar seguro? ¿No había testimonios? Chicas jóvenes y llorosas, de catorce y quince años, sollozando en los tribunales, mientras John permanecía sentado, callado, mirando con sus ojos oscuros, devastado.

Paula se puso de su lado tanto como pudo, pero él permanecía tenso y callado durante las visitas. Cuando el río suena, agua lleva, y no podía soportar la idea de que las manos del hombre al que más amaba del mundo, manos que había tenido entre las suyas y que adoraba, eran las de un hombre capaz de hacer tales cosas. Se tragó la duda, pero el anzuelo se clavaba en el interior de su boca, tirando hacia arriba, alejándola de él. «Esto es una encerrona», le dijo él, y ella asintió y le respondió que ya lo sabía. Pero si suficiente gente cree en una mentira, la verdad deja de importar.

El 7 de noviembre de 1995, John Darke fue declarado culpable por un jurado compuesto por compañeros de su facultad. Algunos mantenían que la histeria de los periódicos había enturbiado la perspectiva del jurado, pero estas voces fueron acalladas cuando los acusaron de defender la pedofilia y de conspiradores.

Paula y Becky metieron su ropa en bolsas de basura y dejaron el piso. Paula sujetaba a su hija con una mano y arrastraba las bolsas con la otra. Juntas caminaron sin rumbo aquella noche. Becky contemplaba a su madre danzar entre los flashes de los *paparazzi*.

¿Quién podría saber si las acusaciones eran o no ciertas? ¿Era realmente un

violador de menores? ¿Podría haberlo hecho? Había quienes no creían en la condena, quienes seguían leyendo sus escritos y reuniéndose en secreto, intentando movilizarse. Pero el daño ya estaba hecho. No podrían coger impulso tras semejante envite. Sus seguidores estaban desolados, destrozados. Percibían que las clases dirigentes les habían mostrado lo que les sucedía a los que no seguían las normas. Se extinguió la llama del movimiento. Los seguidores de John Darke fueron tan vilipendiados como su cabecilla.

Después de tres semanas sin saber adónde dirigirse, Paula y Becky se mudaron a la casa donde vivía Ron, el hermano mayor de Paula, con su mujer Linda y su hijo Ted, que tenía sólo un año menos que Becky. Ron y Linda vivían en un dúplex de tres habitaciones en una tranquila calle privada alejada del bullicio de Lewisham Way, en dirección a Charlton. La casa daba a un parque público en cuesta y si uno se ponía de puntillas en la parte más alta, podía ver el Támesis abriéndose paso trabajosamente hacia Greenwich.

Su tía Linda era una mujer bien proporcionada, con el cabello de su color natural y la piel del tono de la arcilla cocida. Vestía muy bien y se enorgullecía de su habilidad para encontrar auténticas joyas en medio de un mercadillo desvencijado. Descendía de jamaicanos e irlandeses y oscilaba entre ambos acentos cuando decía algo importante pero, normalmente, hablaba pronunciando las vocales redondeadas del sur de Londres. Era una mujer agradable que no se mordía la lengua. No toleraba la estupidez y cuando se topaba con ella la llamaba por su nombre. Se preocupaba siempre por todo: por la ciudad, por su familia, por su negocio, por el tiempo que iba a hacer, por la salud de su marido... Tenía la costumbre de mirar hacia el infinito y chasquear la lengua siempre que ocurría algo, convencida de cierta profecía que cada día se hacía más cierta. Todo lo que sucedía en las noticias, en la calle, en casa, alimentaba su sentimiento de temor creciente. Pero conservaba un sentido del humor gamberro. Era el ser humano favorito de Becky.

Ted era un niño atolondrado con ricitos, hoyuelos y un carácter afable. Con el tiempo se convirtió en lo más parecido a un hermano para Becky. Le daba empujones, le retorció la muñeca y la encerraba en los armarios.

Su tío Ron era bajo y rechoncho, y su risa sonaba como un motor averiado: gutural y a empujones. Era un judío del sur de Londres y estaba orgulloso de sus orígenes. En el fondo era un buenazo, pero en público se movía con

chulería. Ponía cara de perro y asesinaba con la mirada a cualquiera cuyas pintas no le agradasen. Linda le escogía la ropa. Llevaba su cabello oscuro largo por arriba y corto por los lados, peinado hacia atrás formando un pequeño tupé. Tenía una cara risueña y llena de dientes roídos por todo el *speed* barato que se había tomado en su adolescencia y amarillentos por el tabaco y los dulces; unos ojos azules penetrantes, encajados en la cara, que brillaban cuando se concentraba; y una frente que sobresalía como un titular de prensa. Caminaba con los brazos enlazados detrás de la espalda, sacando pecho y saludando a los conocidos con un gesto de la cabeza.

Ron había conocido a Linda a principios de los ochenta. Él estaba metido en el ambiente del ska y ella pinchaba en los bares que solía frecuentar. A la historia no le faltó su parte dramática, pero todo acabó bien: ella consiguió al chico, él a la chica y ella todavía se derretía en sus brazos. Ron llevaba tatuajes en las muñecas que Becky sabía que tenían algún significado, pero nunca lo preguntó, y poseía una hosquedad que sacaba a relucir, de repente, cuando lo provocaban, y unas manos lo suficientemente grandes como para partir caras.

Ron y Linda regentaban juntos un café llamado Giuseppe's en la calle principal del barrio de Lewisham. Había un mercado al lado, mucha gente, tiendas y bullicio. A Becky le gustaba ir a Giuseppe's a la salida del colegio, sentarse en la barra y beber los batidos que Linda le preparaba.

Paula le contó a Becky que su padre estaba en la cárcel porque la policía le tenía miedo. Tras la detención de John, su familia le escondió los periódicos durante semanas y eran cautos con la tele.

Nunca se hablaba del tema. Cada vez que ella lo intentaba, a su madre le entraba el pánico, se tiraba del pelo y los ojos se le llenaban de lágrimas, así que Becky comprendió que era mejor dejarse de preguntas y, muy pronto, el silencio que rodeaba la ausencia de su padre se había hecho demasiado presente y doloroso como para romperlo.

En los primeros recuerdos de Becky, su madre aparecía siempre fuerte y divertida, hermosa y con talento, y con la cabeza bien amueblada. Fumando cigarrillos en la ventana de casa de Ron y Linda. Gritándole al televisor cuando veían un capítulo de *EastEnders*. Cogiendo a Becky de la mano mientras aprendía a patinar, caminando en círculos por el parque mientras

comían helados que parecían no tener fin. Mostrándole fotos de toda la gente famosa a la que había retratado: momentos hermosos en blanco y negro de un tiempo en el que Becky no había llegado aún al mundo. Yendo juntas al centro a tomar té con tarta, ojeando en las páginas de las revistas de lujo los colores y la ropa. Recordaba a su madre llevándola a clase de danza y quedándose cuando las demás madres se habían ido, sentada en silencio mientras contemplaba todos los pasos que iba aprendiendo su hija.

Pero Becky la oía llorar de noche. Y cuando no había nadie más en casa, Paula se ponía en la puerta de la habitación que compartía con Becky, borracha, con la mirada gacha y la voz chillona y repetía el mismo monólogo que Becky había oído cientos de veces:

–Pude haber sido una leyenda, ¿lo sabías? Antes de conocer a tu padre yo era famosa. Estaba destinada a grandes cosas...

La madre que lloraba y la que era feliz eran dos personas distintas; nunca existían en el mismo espacio ni en el mismo tiempo, pero ambas vivían dentro de Paula y nunca se sabía cuál iba a aparecer. Con el tiempo, Becky fue cogiendo miedo al momento de llegar a casa del colegio, no fuese que su madre estuviese aún metida en la cama, borracha y llorando. Cuando se ponía así, nadie estaba a salvo, se presentaba en bata de seda, con el maquillaje descorrido, fumando pitillos y cubriendo de insultos a las personas que no estaban presentes y a las que sí.

Fue una mañana de sábado a mediados de diciembre. Becky acaba de cumplir los trece y Paula quería que la acompañase a patinar sobre hielo, como de costumbre. Pero a Becky le avergonzaba que la viesen con su madre con ese carácter que tenía, borracha, escandalosa y con su costumbre de coquetear descaradamente con hombres a los que pillaba por sorpresa. Becky estaba sentada en el salón viendo la tele. Paula estaba apoyada en el marco de la puerta.

Paula había sufrido un mazazo esa mañana. Llevaba los tres últimos meses intentando contactar como loca con sus antiguos editores y compañeros de profesión y al final había dado con el número de móvil de Katarina Raphael, una antigua reportera gráfica como ella que ahora era jefa de edición fotográfica en la *Vogue* británica. Quince años atrás, Paula consideraba a Katarina su amiga. A pesar de llevar una década sin hablarse, Paula había

seguido desde lejos su ascenso. Toda la publicidad que había recibido el nombramiento de Katarina alimentó el último intento de remover las ascuas de su carrera. Pero Katarina no se acordaba de ella. No recordaba ni el nombre de Paula, ni la voz de Paula, ni las fotos de Paula. Le dijo que lo sentía, pero que debía haberse equivocado de número.

–No me apetece ir a patinar. –Becky no apartaba los ojos de la televisión: estaba viendo una serie de instituto americana.

–Pero si te encantaba. –Paula se apoyó contra la pared, observando a su hija con la mirada clavada en la pantalla.

–Prefiero quedarme aquí sentada, mamá. Estoy cansada.

–¿Quieres pasarte el día entero viendo la tele?

–Sí. –Becky se encogió de hombros, molesta por la interrupción.

–Salgamos un rato. –Sus palabras sonaban deslavazadas por la bebida–. Vamos a la Portrait Gallery a ver fotos.

Becky miró a su madre, hablando con firmeza, con la voz cansada.

–No quiero.

Paula comenzó a moverse delante de la tele, sacudiendo la cabeza, respirando hondo, apretando los dientes tras sus labios fruncidos.

–¿Me dejas ver esto, mamá? Me gusta esta serie.

Becky se inclinaba hacia un lado y hacia otro para poder ver por detrás de su madre. Paula se dio cuenta de lo que estaba haciendo Becky y se plantó delante de la pantalla, intentando llamar la atención de su hija. Becky miró hacia la moqueta.

–Soló la ponen una vez a la semana.

–¡No! –gritó Paula. Apagó la tele y se colocó victoriosa delante de ella, con las manos en las caderas. Se quedó mirándola, echando chispas por los ojos, pero su hija no le hizo caso. Becky se quedó clavada en el sofá y se puso a contar los hilos de la moqueta.

Paula se acercó a ella y juntó su cara con la de Becky. Tenía la voz tranquila, pero sus movimientos eran abruptos.

–Mamá... –se quejó Becky–. Mamá, por fa... –Apartó la cabeza.

Paula la señaló con el dedo, hablando a un volumen desahogado.

–Te he dedicado mi vida –comenzó.

Becky puso cara de hartazgo y hundió el cuerpo en el sofá, resoplando exageradamente para mostrar su aburrimiento.

–Ya me lo has contado –canturreó, tapándose la cara con un cojín.

–Tu padre y yo. Podría haber tenido mi propia vida. Pero lo dejé todo por ti y mira cómo me lo estás pagando... Ya ni me diriges la palabra. Y él, encima... –La bata se le iba ahuecando con sus aspavientos, dejando a la vista su ropa interior. Y las cortinas del salón estaban descorridas.

En cuanto lo nombró, a Becky se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las tragó de un suspiro sin que su madre lo viese y se marchitó por dentro al pensar en los vecinos. Contempló cómo la cara de Paula se contorsionaba, se inflaba y se desinflaba.

–Tu puto papaíto de mierda. –Paula llevaba pelos de loca; siempre eran una maraña hasta que los domaba con productos, cepillos especiales y rulos. Su piel era fina y tirante y bajo la superficie aparecían líneas azuladas.

Becky miró a su madre y vio un monstruo. Se encogió de miedo en el sofá, con la esperanza de no llegar a tener nunca ese aspecto. Paula permanecía con una mano en la cadera y la otra sujetándose la cabeza. Llevaba la bata abierta, una teta se le salía del camisón. El estómago de Becky escapó por el ombligo y echó a correr hasta la puerta. Huía descalzo por la calle.

–¿Crees que él es mejor que yo? Porque, ¿qué?, ¿porque yo me tomo una copa de vez en cuando para calmar los nervios? De vez en cuando, ¡jojo!

Becky respiraba sin hacer ruido.

–¿Qué es? ¿Que no me oyes?

Becky se quedó mirando la esquina del cojín que apretaba contra el pecho. Se prometió a sí misma que no iba a llorar. No merecía la pena llorar, sólo empeoraría las cosas.

–No te muevas de aquí –dijo, levantando un dedo y señalando con dureza a su hija–. Tú no te muevas de aquí.

Salió del salón. Becky la oyó correr hacia la habitación que compartían, dar un portazo y ponerlo todo patas arriba. La puerta se abrió con brusquedad, golpeando la pared, y se oyeron pisadas por las escaleras. A continuación, su madre, sin resuello, tapándose la boca con una mano, con los ojos abiertos de par en par y haciendo una entrada con determinación en el salón, le entregó a su hija un periódico viejo.

–Ahí lo tienes –dijo–. Ahí tienes a tu papaíto de los cojones.

Paula se quedó mirando fijamente a Becky con resquemor, herida, pidiendo cariño. Quería que Becky leyese el periódico. Becky no se inmutó. Paula aguantó tanto como le permitieron sus nervios, pero al ver que su hija no pensaba ni mirar hacia el periódico, lo estampó a los pies de su hija y lo dejó

desperdigado por el salón antes de darse la vuelta y largarse a otra parte. Becky oyó un portazo y la música comenzó a sonar. «*You don't have to say you love me...*». ¹

Becky se inclinó sobre el periódico, se dejó caer desde el sofá y se sentó junto a él agazapada torpemente en el suelo, se ovilló, con las rodillas clavadas en el pecho, y lo leyó, llorando hasta que le dolió la cara, de la portada a la contraportada y vuelta a empezar.

Tras este episodio, Becky comenzó a amedrentarse en presencia de su madre. No podía dejar de pensar en aquello que acababa de descubrir. Veía a su padre por todas partes. Cada rótulo en el que se fijaba al pasar por delante de las tiendas tenía la palabra «John» escrita en él, cada programa de televisión que veía trataba sobre padres e hijas. Todas las clases del colegio hablaban sobre personas castigadas por sus creencias. Y luego, algunas chicas de su curso con las que se escapaba a fumar empezaron a presumir de los chicos mayores con los que se acostaban y Becky no podía evitar imaginarse a las chicas con las que, al parecer, su padre había tenido relaciones. Habían sido seis. ¿Qué aspecto tendrían? No podían haber sido mucho mayores que ella. Tenía pesadillas con eso. Se sentía culpable por echarlo de menos. Se sentaba ante los ordenadores de la biblioteca para buscar sus libros y descubrir que todos habían sido retirados del mercado. A la hora de la comida, se escondía en el aula de informática, se conectaba a internet desde los viejos ordenadores del colegio y se empapaba de todo lo que pudiese encontrar. Cada minuto libre que tenía se sorprendía a sí misma volviendo a conectarse, buscando información y odiando todo lo que acababa de leer y deseando poder olvidarlo. Se volvió retraída, perdió peso. Comenzó a faltar a clase de danza como un castigo autoimpuesto.

Una tarde, en lugar de ir a clase de danza, estuvo sentada a solas sobre el muro de la zona de columpios del parque, contemplando cómo caía una fría lluvia de febrero. Miró fijamente, durante tres horas, la cortante lluvia que caía de soslayo, empapándose hasta los huesos. Se pasó una semana en la cama con fiebre, perdida en intensas pesadillas sobre monstruos, celdas, salas de ordenadores y su profesora de danza llorando. Fue entonces, enferma en la cama, sintiéndose demasiado mal para encender la tele o coger un libro, cuando se prometió que esto no iba a arrebatarle lo mejor de sí misma. No

volvería a faltar a otra clase de danza y no iba a buscar el nombre de su padre por internet, daba igual lo tentador que fuese, porque sólo lograría sentirse como una mierda. Decidió que se centraría en lo que más amaba y, poco a poco, comenzó a sentir que el anhelo por su padre se convertía en una indiferencia que agonizaba moribunda. Se dijo a sí misma que no tenía padre. Se obligó a olvidarlo. Iba a ser bailarina y huiría de sus padres, tan lejos como pudiese. Paula no podía soportar la distancia con su hija que ella misma había creado. Pero cada vez que intentaba disculparse, se veía desde fuera y el odio que sentía hacia sí misma la consumía. Comenzó a asistir a un grupo de debate de una iglesia de la zona, uno que se anunciaba como un buen lugar para hallar respuestas, y para cuando Becky cumplió los catorce, Paula podía considerarse una cristiana renacida de pleno derecho.

De pronto, su madre siempre estaba ahí, a su lado, necesitada de ella y pidiendo perdón por todo, nostálgica del pasado y aterrorizada por el presente y dependiente de Becky para todo. Así que Becky comenzó a hacer lo que hacen los adolescentes cuando su universo está compuesto de adultos desequilibrados: no pisar su casa y dejar de ir a clase.

Comenzó a pasar tiempo en los bancos que había en la entrada del centro comercial de Lewisham. Había una zona de césped llena de calveros y frecuentada por borrachos que a Becky le gustaba especialmente porque desde ahí podía ver a todo el mundo subir y bajar del tren. Otros chicos también andaban por ahí. El parquecillo lindaba con los arcos del viaducto sobre el que pasaba la vía del tren y al otro lado había una pequeña urbanización. Los niños que no iban al colegio pululaban por aquí, se liaban canutos o se sentaban en los bancos a esperar a que sucediese algo interesante.

Becky estaba sentada en su banco de siempre. Iban a dar las doce del mediodía y el cielo estaba plomizo. Aparecieron dos chicas. Una era rubia y menuda, tosía sin parar y se movía como un pajarito, cabeceando al hablar, brincando sobre un pie y luego sobre el otro. La otra era alta y morena, tenía la piel del dorado de una avellana y en sus ojos había incontables anillos de ámbar, negro y castaño. Sorbía con una pajita de un brik de zumo de fresa y se movía como un gato, con lentitud y aplomo, estirándose a cada zancada.

La más grande se quedó un rato mirando a Becky y a continuación se sentó junto a ella en el banco. La pequeña se quedó de pie en un extremo, mirando a todas partes. Becky se puso tensa: parecía que buscaban follón. La grande le

dio un buen sorbo a su zumo. Sopló hasta hacer burbujas. La bajita se reía. Becky no reaccionaba.

–Te he visto mucho por aquí. ¿No tienes otra cosa que hacer? –le preguntó la morena, contemplándola de perfil.

Becky no se inmutó, siguió con los ojos puestos en el barro gris endurecido bajo la suela de los zapatos que se ponía para ir al colegio.

–No me pienso ir de aquí. Estamos en un país libre.

A la chica del zumo le entró un ataque de risa y comenzó a sacudirse y a mecerse adelante y atrás sobre el banco. La otra sonrió a Becky con ternura y tosió con fuerza contra la mano mientras se apoyaba en un pie y luego en otro.

Becky comenzó a sentir calor y se le pusieron rojas las mejillas.

–¿De qué os reís? –Se quedo mirando a la alta, poniéndole mala cara, a punto de enfadarse.

–De nada. –La chica dejó de reírse y sonó como una aspiradora desenchufada de repente–. Relájate un poco.

Becky no se movió. Se quedó totalmente quieta. Tenía la esperanza de que acabaran aburriéndose y se largaran de ahí.

–Oye, ¿por dónde vives? –le preguntó la chica mientras le daba una patada a una bolsa vacía de patatas y veía cómo salía volando.

–Por ningún sitio.

–¿No vives en ningún sitio? –La voz de la que parecía un pájaro era pausada y tenía un ligero ceceo.

–¿Por qué me preguntáis? Dejadme en paz.

La que parecía un gato echó la cabeza atrás y comenzó a desternillarse de risa

–Me haces gracia –dijo–. ¿Cómo te llamas?

Las manos de Becky se agarraron al borde del banco. Se sentó sobre los pulgares, se echó hacia delante y puso rectos los brazos.

–Yo soy Gloria –se presentó la más alta– y ésta es Charlotte, mi amiga. Pero yo la llamo Chips. ¿Por qué no estás en clase?

–¿Por qué no estáis vosotras en clase? –dijo Becky. Las miró. Charlotte tenía la cara cubierta de pecas, como una pera madura. Gloria tenía el pelo recogido en un montón de moñitos por toda la cabeza, atados con gomas de colorines. Los mechones que no le cabían en los moños los llevaba engominados en forma de tirabuzones que le caían por delante de las orejas y por la nuca. A Becky le causó cierta impresión.

–Porque no nos gusta ir –sentenció Charlotte–. ¿Qué música escuchas?
Becky miró a las dos fijamente y se apartó el pelo de los ojos.

–Garage y tal –contestó.

El sol brillaba entre las escasas hojas de los arbustos que cercaban el borde del sendero. Le estaba dando a Becky en los ojos. Los entornó un poco.

–Pues a nosotras también nos gusta el garage. ¿A que sí, Glory?

Mientras hablaba, Charlotte se sentó en el minúsculo espacio entre el cuerpo de Gloria y el borde del banco. Apartó a su amiga hacia un lado ayudándose del trasero y el codo y se tendió a lo largo para poder ver bien a Becky. Se quedó con las puntas de los pies rozando el suelo.

–¿A qué instituto vas? –le preguntó, parpadeante y pecosa.

–Al St. Saviour’s. Queda subiendo la cuesta. –Becky señaló detrás de ella la calle que llevaba al instituto.

–¿Conoces a un chico que se llama Reece? –Gloria columpiaba los pies, raspando las suelas de los zapatos contra el suelo. Llevaba unas Kickers negras con cordones azul pastel. A Becky le gustaron mucho.

–¿Reece qué? –dijo.

–¿Reece McKenzie? –Gloria se puso muy seria al decir el nombre.

–Sí. ¿Por qué? –preguntó.

–Porque salgo con él. Vive cerca de mí –dijo Gloria sin rodeos.

–A mí me cae fatal. –Charlotte desaprobó con la cabeza–. No me gusta una pizza.

–¿Últimamente has oído algo de él por el instituto?

Gloria se quedó mirando hacia sus Kickers, que seguían balanceándose.

–¿Algo de qué tipo?

–Alguien me dijo que hizo algo y quiero saber si es verdad.

Becky se quedó mirando fijamente el suelo un rato. No sabía qué decir. Charlotte sacó dos cigarrillos de su mochila. Era Nike y muy pequeña, casi como un hoja de A5, y con largas correas. Los cigarrillos estaban al fondo, aplastados y reblandecidos. Los recompuso con cuidado. Le ofreció una a su nueva amiga.

–¿Entre las dos? –dijo dándole el otro a Gloria. Gloria partió una mitad, se la puso tras la oreja y le devolvió la otra.

–¿Tú fumabas maría? –le preguntó a Becky. Becky dijo que sí, pero sólo lo había hecho una vez.

Gloria se metió la mano en el top y sacó del sujetador un cogollo pequeño envuelto en papel de fumar. Becky fingió no estar muy interesada, pero sentía que el corazón se le ponía a cien por hora. Charlotte le dio un mechero, Becky encendió el cigarrillo y miró hacia el parquecillo cutre. Observó a una madre joven pasar, tirando con una mano de un niño berreante y cargando con la otra seis bolsas de la compra. El hijo iba agarrando un helado pero, a mitad de camino, se le cayó la bola y sólo le quedó un cucurucho vacío. Se quedó contemplándolos hasta que se alejaron tambaleándose. Vio a un chico haciendo acrobacias sobre una bicicleta mientras pasaba por delante de un grupo de cuatro chicas sentadas contra un muro que ni siquiera se fijaron en él. Reparó en un hombre vestido de traje, sentado en un banco junto a la parada de autobús, inclinado hacia el suelo para ofrecer su sándwich a dos palomas gordas mientras a su espalda un hombre sin techo yacía desplomado sobre el suelo junto a un cartel que decía «TENGO HAMBRE. UNA AYUDA, POR FAVOR». Allá donde posase la mirada, veía las fotos de su madre.

Se acordó de Reece McKenzie. Se portaba fatal con ella y las demás de su curso. Siempre les revolvía los bolsos, les sacaba los tampones, los cubría de ketchup y se los arrojaba a la gente a la cabeza.

—Le dio a Kirsty, la de octavo, un poco de hierba y luego la obligó a hacerle una mamada —dijo con solemnidad.

—Así que es cierto. —Gloria se secó los labios con el dorso de la mano y sostuvo el cogollo entre ellos con delicadeza. Extendió el papel sobre la palma, alisando las arrugas. Sacudía la cabeza.

—No sé si es verdad, es lo que he oído. —Becky jugueteaba con el cuello del uniforme y se hacía agujeros en las medias a la altura de las rodillas.

—Es un guarro, Gloria. Olvídate de él. —Charlotte escupió en el suelo.

—Es gilipollas. —Gloria comenzó a desmenuzar el cogollo. Durante un momento, nadie se movió.—¿Cómo era tu nombre?

Gloria no apartaba la vista del papel.

—Becky.

—Becky. —Gloria la tanteó. Un ráfaga de sol se le posó en las rodillas—. ¿Quieres ser amiga nuestra, Becky?

Charlotte asintió con tanta energía, echándose hacia delante y hacia atrás, que Becky creía que se iba a caer del banco. Le caían bien estas dos. Asintió.

—Vale, sí.

Fueron a raves clandestinas para menores, besaron a chicos y probaron las pastillas por primera vez. Tenían una pandilla enorme con la que se sentaban a beber, cotillear y cometer pequeños delitos. Eran amigas íntimas y cada una de ellas estaba pendiente de las otras. El resto de chicos las temían y estaban enamorados de ellas al mismo tiempo, y les regalaban cosas porque no sabían qué hacer con los sentimientos que albergaban.

Pero pasase lo que pasase, Becky seguía yendo a sus clases de danza. Se apuntó a hip hop y a street dance en el centro social con otras chicas de la zona. Veía el *Moonwalker* de Michael Jackson en vídeo todas las noches. Se aprendió los pasos de todas sus canciones. Michael y las clases del centro social fueron su mayor influencia hasta la edad adulta. A medida que crecía, se iba interesando por la danza contemporánea; llegó a ella desde este enfoque y eso afianzó sus movimientos, manteniendo la intensidad, el vigor, sin salirse de tono, sin caer en la excesiva rigidez o el envaramiento.

Becky iba a dormir la mayoría de las noches a casa de Gloria o de Charlotte. No aguantaba los discursos sobre el cielo y el perdón que escuchaba en casa. Su ausencia provocaba que su madre la acorralase cuando la casa estaba en calma y le rogase pasar algo de tiempo con ella. Becky no podía soportar los ojos ensayadamente preocupados seguidos de la mención a su padre.

Pero entonces, cuando Becky cumplió quince años, Paula se fue de casa. Guiada por su pasión por un Dios en el que sí podía creer, entró en un convento que prescribía un programa de renacimiento consistente en horticultura, rezo, canto y austeridad; un refugio para los *salvados* en las montañas del Medio Oeste americano. Y mientras se despedía en el aeropuerto, Becky respiró.

La vida continuó. Ron y Linda asumieron un papel más importante en su cuidado. Teddy y Becky se reían viendo juntos la tele, se pegaban y se robaban las cosas. Se sentían tan divididos y cercanos como cualquier otra familia. Por primera vez en años, Becky tenía su propia habitación.

En Navidades, cumpleaños o después de algún acontecimiento importante, Becky pensaba en su padre, en dónde estaría y en qué andaría haciendo. Cuando esto sucedía, le escribía cartas. Cartas largas y complejas sin principio ni fin. Las retomaba con lo que le apeteciese contarle y proseguían hasta llegar a ningún punto, pero abarcándolo todo. A su madre le escribía cartas similares; en ocasiones las dirigía a los dos. Las guardaba dentro de una

caja de zapatos escondida en su armario, y cada pocos años, cuando la caja cogía peso, las sacaba y las leía, sentada a solas en el suelo de su habitación, permitiéndose el capricho de llorar. Después, secas ya las lágrimas, las llevaba de noche al parque y les prendía fuego.

En su piso de Deptford, Becky patalea violentamente. Gime palabras a medias y da vueltas, retorciendo las sábanas con el puño. Después de dar una patada espasmódica, su cuerpo se apacigua y se sume en un sueño más pacífico. La frente se le empapa de sudor y la brisa hace que las persianas entrechoquen.

DÍAS DE NEBLINA Y SOLEDAD

Las ocho llegan demasiado pronto. Despertando de un mal sueño, Pete se ve arrastrado hacia la vigilia. Está en el sofá del salón, le palpita la cabeza, respira rápido por culpa de una pesadilla. Gime en voz alta y rebusca entre los resquicios de los cojines para encontrar el teléfono. Lo localiza, mira la hora y suelta un quejido. A continuación se levanta, sujetándose la cabeza, corre al baño, se lava la cara, se cepilla los dientes e intenta evitar las arcadas. Tiene una cita en la oficina de empleo y si falta le impondrán una sanción, y si lo sancionan, va jodido.

Becky apaga la alarma, se levanta y se restriega la cara. El cansancio le asciende por debajo de los párpados. Siente náuseas por el alcohol, tiene una costra blanquecina en el borde de una de las fosas nasales, se suena con un *kleenex* y saca mocos espesos y con sangre, coge un par de analgésicos de un blíster y los traga con calma antes de meterse en la ducha, donde permanece hasta sentirse persona de nuevo.

Harry está de pie, con la cara pálida y desencajada tras una noche de alcohol y drogas, delante de la puerta, esperando a que Leon encuentre las llaves. Fuma deprisa. Traga deprisa, arruga la nariz. Sostiene un periódico entre las manos.

–Yo creo que está todo montado por ellos, ya lo he dicho y lo repetiré. Es todo un montaje hecho a propósito, ¿no crees? Quieren meternos miedo para poder arrebatarnos nuestras libertades. Es eso, tío. Es eso a lo que se están dedicando. Al fin y al cabo, se trata de tenernos a todos controlados.

Leon no responde, acaba encontrando las llaves en el primer bolsillo en el que rebuscó. Abre la puerta.

–Tienes una caja de Valium en la repisa del baño.

Se queda en el umbral de la puerta terminándose el cigarrillo, dando cabezadas.

–Tiempos oscuros, Leon. Menuda mierda de época nos ha tocado vivir, tío.

–Buenas noches, Harry –le contesta Leon dirigiéndose a la cama–. Vete a sobar un rato. Ya es de día.

Pete es alto y desgarrado. Se mueve de puntillas con andares inseguros que hacen que parezca que no puede soportar su propio peso y esté a punto de tropezar. Tiene el pelo tan fuerte que le crece de punta en lugar de hacia abajo, así que lo lleva rapado. Encuentra unos pantalones de chándal y se embute en ellos medio dormido, atontado; se frota los ojos para intentar espabilarse y, bostezando, se pone una camiseta blanca holgada con el logo de su *sound system* favorito, Valve, dibujado como un grafiti, de los días de gloria en los que solía ir de rave y la vida no lo había apaciguado aún.

Becky espera a que el autobús se aleje y a continuación cruza la calzada en dirección a Giuseppe's. La calle rebosa de las cosas que siempre ha conocido. Señoras mayores que intimidan a frutereros y verduleros. Gente vestida de oficina con la cabeza hundida en sus móviles, caminando unos al compás de los otros hacia la estación mientras los viejos borrachos se apiñan sobre sus bancos, con sus ojos sinceros hechos un asco, sacudiendo sus sucias cabezas, señalando con el dedo.

–No –dicen–, yo nunca dije eso, nunca. Lo que yo dije es que... No... Yo nunca.

El mobiliario de Giuseppe's ha conocido días mejores, pero es acogedor y la comida está buena. Becky entra en el enorme local. Las mesas y las sillas están separadas por un pasillo en el medio. Al final del pasillo hay un mostrador enorme con secciones para comida fría y caliente, y a un lado está la caja. En el otro extremo hay una pequeña barra de bar –con el espacio justo para que una persona quepa de pie– formada por una pequeña trampilla de madera que se baja. Hay un par de dispensadores de licor y un grifo de cerveza. Detrás del mostrador, en las dos esquinas del fondo, están la cocina y la nevera. Entre ellas, a lo largo de la pared del fondo, se encuentran el fregadero y la superficie de trabajo.

Las paredes son de tonos claros; las maderas, oscuras. Los manteles son de un color verde bosque, con ribetes dorados. En cada mesa hay un cuenco con sal, un pequeño pimentero y una vela en una botella de cerveza. En la pared de

la derecha hay una pizarra enorme con el menú. En la pared de la izquierda, para orgullo de la casa, hay una gran fotografía enmarcada de Giuseppe, con su nombre grabado sobre una placa. En la foto, lleva puesto su uniforme, y su espeso pelo negro está peinado hacia atrás con elegancia. Luce un bigote impecable y no demasiado largo. Los ojos oscuros, guardan cierta distancia el uno respecto al otro. Tiene las mejillas y las sienes con arrugas de haber sonreído mucho. Un hombre apuesto. Su mandíbula, ancha y afeitada, se va estrechando a medida que desciende hacia el pequeño bulbo que es su barbilla. Esos ojos, profundos, brillantes y llenos de buen humor, miran hacia algo divertido que está sucediendo a la espalda de la persona que contempla la foto.

–Buenas, Giuseppe –dice Becky mientras apaga la alarma y sube el toldo, dejando que entre la luz.

Pete llega a la oficina de empleo. El guardia de seguridad tensa los músculos y mira su reflejo en las puertas de cristal. El lugar está saturado de gente. Tubos fluorescentes, bebés llorones y tarjetas de felicitación clavadas en corchos.

Pete se sienta y observa a un hombre mayor: le faltan algunos dientes, tiene la cara sucia y el pelo largo, las cicatrices le estropean el rostro, se marcan como meadas sobre la arena. Lleva una gorra en la cabeza y una lata en el bolsillo. Murmura para sus adentros. Pete siente un terror pasajero. «¿Soy tú?». Aparta la mirada y descubre a un hombre joven bien vestido que mantiene la voz calmada, intentando no alzarla contra el orientador laboral que le habla como a un niño afeitado. Esa horrible falsa paciencia que se gastan. A Pete le sube un escalofrío por la espalda.

–Todo eso está muy bien –dice el orientador–, pero como bien sabes, las normas son las normas, me temo. Si tenías que ir al hospital, debías haber avisado con antelación.

Pete contempla el techo. El estómago se le encoge y protesta. Intenta ignorar al hombre con la tarjeta de la oficina de empleo, que no deja de darse aires, como si ejerciendo su autoridad sobre todo el que puede intentara reconciliarse con el hecho de que no hizo amigos en el colegio. No para de soltar clichés y eslóganes prefabricados de carrerilla como si fuesen propios. Fórmulas memorizadas para tratar con clientes difíciles.

Pete mira su formulario de demanda de empleo. La clase de trabajo que

busca viene impresa en la casilla adecuada: «Prestación de servicios bibliotecarios. Hostelería y turismo. Servicios postales».

–Hola, Peter, ¿cómo andamos esta mañana? –A Pete aún le lloran y palpitan los ojos por culpa de las pastis que se tomó anoche en el bar y todo le parece muy distante—. Espero que esta semana hayamos rellenado bien los formularios.

La orientadora laboral tiene un corte de pelo sin gracia y una blusa blanca abierta hasta el tercer botón que revela un cuello arrugado como un acordeón y un eczema que grita por debajo de los pliegues. Respira y puede oír el quejido de su sinusitis. Usa gafas, frunce los labios, hace gestos de desaprobación y resulta evidente que su trabajo le pone. Pete asiente sumiso y se odia por ello.

–Bueno –se dirige a él–, me acaba de llegar esto y seguro que te va a encantar, ya que veo que has marcado «Hostelería y turismo» como una de tus áreas de interés, ¿no? ¿Cocinas? Porque acabamos de recibir una vacante en una empresa de menaje para hacer demostraciones, como comercial. «Habilidades sociales» has puesto aquí. Así que eres bueno tratando con gente, ¿no? Veo que lo hemos marcado en la hoja de competencias. ¿Le echamos un vistazo?

Tres años perdiendo el tiempo en la facultad, chupa de cuero, el cuello subido, fumando para hacerse el rebelde. «No valéis para nada». Escucha las sugerencias y espera a que acabe todo.

Una mujer se acerca a la barra con un niño que llora; el hijo golpea a la madre con los puños cerrados y exige un donut relleno de mermelada.

–Jasper, cielo –dice–, pero si ya te has tomado hoy un *muffin* de chocolate, no puedes querer a estas horas un donut relleno.

Sonríe débilmente a Becky. Becky no dice nada. Espera.

Jasper grita:

–¡Es que yo QUIERO un donut relleno!

La madre le sujeta las muñecas antes de que pueda darle otro golpe y le dedica una sonrisa temblorosa a Becky.

–Vamos a estarnos quietos, ¿a que sí? –le pregunta al niño–. Vamos a parar ya, ¿a que sí?

Intenta hablar con calma, pero su voz tiembla.

–¡NOOO! –chilla Jasper, arrojándose al suelo.

La madre mira a Becky, que alza las cejas.

–Y también un donut de mermelada, por favor.

Becky les lleva el pedido a la mesa.

–A ver –dice–, aquí tiene su capuchino, y el *babychino* para él. Y aquí los sándwiches de palitos de pescado, sin corteza para él, y el donut de mermelada.

La mujer no le da las gracias. Incluso la ignora.

–Jasper –pregunta–, ¿estamos listos para comernos el sándwich?

Becky cruza la barra para atender a un hombre que lleva esperando diez segundos exactos. Viste traje, lleva colgada una bolsa para el portátil y no deja de mirar la hora y de mover los pies con impaciencia.

–¿Cuánto vas a tardar? –pregunta. Becky vuelve la mirada hacia él–. Vamos, que si te puedes dar prisa.

Se dice a sí misma que el hombre no pretende ser maleducado. Probablemente llega tarde a alguna cosa importante. Está estresado por algo. Se lo imagina intentando comprar un regalo de cumpleaños para un hijo al que apenas conoce.

–Es que tengo una reunión muy importante y ando con muchísima prisa, así que... –vuelve a consultar su reloj–, venga, espabila.

«Vete a la mierda», piensa. «Vete a la puta mierda».

Ve los próximos veinte años desfilando ante ella en el espacio que hay entre el mostrador y la barra y las llamadas para los *castings* y las pruebas que no pasa y las oportunidades perdidas y la empanada con puré y el pub y las heridas y su cuerpo ante el espejo. Actualizando su perfil, feliz en las fotos, sonriendo ceñida, vestida de lentejuelas, semana de las divas en *Factor X*, chupitos para aguantar en pie y rayas y pastis y abrazos a las amigas porque no pasa nada, nada. Pero sus músculos tienen fecha de caducidad y siente celos de todos los bailarines que intentan hacerse hueco en una compañía. Pasarán veinte años y aquí seguirá, limpiando el local, intentando demostrarle a la tía Linda que puede confiarle el aliño de la ensalada. Veinte años en los que nada cambiará salvo el coste del alquiler. Igual no tiene agallas suficientes. Se obliga a apartar estos pensamientos, pero su madre monta en cólera borracha en el interior de su mente a medida que unos dolores agudos alrededor de su hígado la corroen por dentro.

Pete sale de la oficina de empleo. El seguridad sigue mirándose al espejo, recorriendo de vez en cuando la sala con poses amenazantes, con sus ojos aburridos y achinados, deseando que pase algo.

El vejete de dientes estropeados ha salido fuera y discute con un comerciante. Fuma y da cada poco un trago a una lata de sidra. Unas chicas de instituto se arrojan huesos de pollo las unas a las otras, chillando por la calzada, sin apartarse ante los coches. Unos fundamentalistas religiosos gritan en la entrada del McDonald's, observados por un grupo de adolescentes con mala leche, mientras unos agentes de proximidad buscan a niños que salvar o denunciar. Pete se queda mirando a una pareja de ancianos que camina con cuidado entre el caos, cogidos del brazo, y se siente más aliviado.

Saca medio cigarrillo de la cajetilla que lleva en el pantalón, lo enciende, siente que se le revuelven las tripas. Da una calada y luego lo tira. Entra en el café de la esquina y cierra la puerta tras él. Hay una chica retirando platos. Contempla cómo se mueve por el local. Vaqueros claros y un jersey negro largo. Sus collares y sus pendientes resplandecen con un brillo dorado ante los ojos de Pete. Se contonea al caminar, como un león bajo el sol. Espera a que vuelva a la barra, sonriendo con educación cuando sus miradas se cruzan.

Es el primer cliente que deja la puerta cerrada en todo el día. Becky le envía su gratitud más profunda.

—Hola —dice—. ¿Qué te pongo?

El chico mete las manos en los bolsillos de la chaqueta y se vuelve hacia la pizarra. Becky examina el perfil de su cara y la forma de sus hombros. Tiene las mejillas hundidas. Lleva unos pantalones de chándal negros y una chaqueta de Fred Perry gastada, con el cuello subido. Una gorra negra. La ropa le cuelga como velas en un día de calma. Su rostro es largo y demacrado, cubierto por una barba de varios días. No es exactamente un hombre guapo. Tiene los ojos oscuros, redondos y lacrimosos, como un delfín. Habla lentamente, pensando las cosas antes de decirlas.

—¿Me pones, por favor, un café solo, cargado, y un sándwich de beicon con huevo en pan integral?

Becky asiente. El tiempo pasa hoy con la lentitud de una tortuga. Contempla cómo las letras se engarzan sobre el cuaderno de notas. «Beicon». «Huevo». Vuelve la mirada hacia él.

—¿Dónde te vas a sentar?

—Por ahí —señala—, junto a la ventana.

—Muy bien. Ya te lo llevo yo —le dice.

—Gracias. —Sonríe y el sol arrasa el paraje desolado de su cara y le otorga una calidad de imagen cinematográfica.

Le sorprende la transformación. Pero la sonrisa se desvanece y sus mejillas vuelven a hundirse y a mostrarse furibundas. Sus extraños ojos redondos parpadean pausadamente al mirarla. Espera a que él diga algo. No lo hace, sino que hunde la cabeza entre los hombros. Se sostiene inseguro sobre sus piernas, como si le sorprendiera lo largas que son. Camina hasta la mesa de la ventana. Lleva un libro en la chaqueta; parece que intenta escapar del bolsillo. Oye el ruido sordo que hace al dejarse caer sobre la mesa. El chico se quita la gorra y se pasa las manos por la cabeza y la cara, restregándose las. Parece que no ha pegado ojo en toda la noche, el pobre.

Una sensación de náusea arrastra las manos de Pete por su estómago. Se fija en la vela encajada en una botella que hay en el centro de la mesa y pasa los dedos por la cera derretida, recorriendo sus rugosidades. Siempre le lleva un rato recuperarse de la visita a la oficina de empleo. Todo lo que hay allí le da ganas de escupir, gritar y matar a gente. Estira las piernas por debajo de la mesa y mira Facebook en el móvil. Se entera de cosas que no necesita saber sobre gente que hace años que no ve. Absorbe todas esas opiniones escritas con rabia y su mensaje cuasipolítico de odio. Ve una foto de su ex con su nuevo novio, sonriendo en un pícnic y se da cuenta, con un vacío que cae en cascada, de que está embarazada y de que lleva un anillo de compromiso. Los comentarios son eufóricos. Lee cada palabra antes de obligarse a soltar el teléfono.

Una sensación de soledad cae sobre él. Siente sus espolones, que ya conoce bien, arrancándolo violentamente de su silla, colgándolo, balanceándolo desde el techo.

A Pete le rompieron el corazón hace año y medio y aún no ha logrado recomponerlo: está instalado dentro de su pecho, con los brazos cruzados, pálido. Pete deja caer la cabeza en el hueco que forma su codo y mira de lado por la ventana. Se siente viejo, alcoholizado y aburrido de sí mismo. Un torrente de toses se abre camino a puñetazos desde sus pulmones. Las contiene

con el puño, la mano le brilla llena de flemas amarillas. Se la limpia con un *kleenex* y se lo mete en el bolsillo. Le arde el pecho.

Mira hacia la camarera. Es tan deslumbrante que lo marea, aparece ante él como la luz del día que irrumpen en un cuarto a oscuras y le sacude una tremenda patada en las tripas. Nada hacia ella con rosas entre los dientes.

La chica echa un vistazo a sus espaldas, lo pilla observándola y sonrío en agradecimiento. Con eso le basta. La sonrisa es suficiente para transformar todo este vomitivo mar de vacío que se agita en su interior. La ilusión de acostarse con ella hace que truene el cielo y que llueva con fuerza contra la ventana. Ensayo su actitud más caballeresca, pero se da cuenta, muerto de vergüenza, de que ella ya no está mirando.

Platos, tenedores, pan, ketchup. Vajillas infinitas con manchas de té. La espátula de Becky se mueve con maestría sobre las tiras de cerdo que se fríen sobre la plancha. Sirve el café, combustible denso que humea dentro de porcelana blanca, y se dirige, con la seguridad que irradia siempre, hacia la mesa donde está sentado el chico.

Esa mañana le habían tocado dos obreros que le ladraban los pedidos, no le prestaban atención y ni le daban las gracias. Después apareció una pareja que entró discutiendo. Huevos servidos entre una nube de estrés y furia, y abandonados sobre el plato en un profundo silencio. Al menos los hombres a los que da masajes la miran a los ojos. Este último había cerrado la puerta al entrar. Y encima esperó pacientemente a que volviese a la barra antes de pedir.

—Aquí tienes, cariño —dice, depositando con delicadeza el plato y la taza. Él se incorpora de un brinco y se frota las manos de contento.

—Gracias —dice, rezumando gratitud—. Qué buena pinta. —Coge la taza—. ¿Qué tal llevas el día?

Una sonrisa de asombro despegas sus alas y cruza volando su cara.

—Lo llevo bien —dice con aire de felicidad. La respuesta típica—. ¿Y tú?

El chico pone cara de resignado y suspira exageradamente.

—Bueno, no va mal.

Se fija en el libro abierto sobre la mesa. Tiene una encuadernación simple, con una portada amarillo pálido. Sin una ilustración, sólo una tipografía color rojo oscuro en caracteres resaltados. La lee a cámara lenta y luego la relee a

toda velocidad, quince veces por segundo, y sus ojos tartamudean con cada una de las letras: *Cómo podemos alcanzar el poder sin que el poder nos alcance*. Y encima, como si nada: «John Darke».

No sabe hacia dónde mirar. Echa a correr hacia la barra, se agacha torpemente, en dirección al almacén. Todo le da vueltas. Apoya la frente contra la pared, tiene la garganta seca, le cuesta respirar.

La campanilla sobre la puerta tintinea y un repentino torbellino de clientes no tarda en mantenerla atareada, pero incluso mientras los atiende está todo el tiempo pendiente de él. Lo ve dar el último mordisco, limpiarse la boca y quedarse sentado en silencio durante un largo rato; se pasa la lengua por los restos que se le meten entre los dientes. Comprueba si aún le queda café y apura el fondo, manteniendo la taza en el aire mientras se enjuaga con él la boca. Todo ocurre a cámara lenta. Lo ve ponerse en pie y acercarse a grandes pasos por el rabillo del ojo. Su cuerpo oscilante como el trazo de una frecuencia. Un retumbar grave e informe. El mundo va lento, y se siente mal.

—¿Me cobras? —Se coloca, balanceándose levemente, delante de la foto de Giuseppe.

—Sí —dice. Su voz brota extraña. La reprime y baja el volumen, más comedida. Clava los ojos en el vacío—. Tres con noventa, por favor.

Rebusca en el bolsillo para sacar un billete de cinco. Se lo entrega. Se queda mirando con cara de tonto las ensaladas colocadas sobre la barra mientras Becky enreda en la caja.

—Aquí tienes —dice dándole el cambio.

Lo coge despacio y se queda parado demasiado tiempo, preguntándose qué decir. Está seguro de que ella le ha echado el ojo.

La presión dentro de la cabeza de Becky es inaguantable. Cree que va a desmayarse, o a morir, o algo así. Quiere arrancarse la piel y mostrarse tal cual, sangre y entrañas, palpitantes pulmones manchados de tabaco y un pobre y agotado corazón. John Darke. John Darke. John Darke. Sus uñas lo repiten. Sus pestañas lo repiten. Se aclara la garganta.

—Pues hasta luego. —Mantiene la voz baja y su tono apacible y agradable.

—Hasta luego —dice, mirando hacia atrás mientras cierra la puerta al salir.

Lo contempla a través del escaparate a medida que se aleja por la calle.

A solas, cuando termina su turno, Becky se sienta a tomar una cerveza frente a la foto de Giuseppe. La mira fijamente. Hay algo en la expresión de su cara que le recuerda a su madre. Aplasta la botella fría contra la frente y se la pasa por la nariz y la boca.

—¿De qué va esto, Giuseppe? —Su voz suena extraña en el local vacío y le aterra su forma.

Becky proviene de un largo linaje de personas que lucharon como poseas por todo lo que tenían. Que se abrieron camino hasta lugares impensables.

Su padre dio la vida por las palabras de aquel libro. Y ahora debe tachar los días en el calendario, encerrado en una celda solitaria. Se pregunta si aún vive. Está segura de que, de no ser así, lo sentiría.

Las imágenes aletean a su alrededor, instantáneas congeladas de puertas de celdas, comedores color azul pálido, alambre de espino agazapado en lo alto de muros elevados, la claridad del sol bañando un patio de ladrillo, meras rendijas como ventanas, el brazo de un hombre pasando por ellas, colgando de ellas, apenas espacio para que sus muñecas sientan la brisa. Imágenes heredadas de internet. Lo odia tanto que no es capaz de soportarlo.

Su madre tuvo el sueño imposible de llegar a ser fotógrafa sin ayuda de nadie. Nunca logró alcanzar la meta, pero estuvo a punto. Estuvo tan a punto...

Les debe a los dos no ir tanteando a ciegas, sino elegir la senda y recorrerla.

Se le tensan los músculos de la cara y se frota la mandíbula y la sien. Siente un resquemor dentro. Tan grande es su convencimiento que le duele la garganta. Cuando baila, necesita ser todo lo que siempre ha necesitado decir. Ha perdido tanto tiempo lamiendo culos, aparentando, partiéndose el alma para conseguir un papel, manteniendo el tipo detrás de vulnerables estrellas del pop. Las chicas con las que baila son todas majísimas, se llevan fenomenal y dicen que son una piña, hasta que se acaba el trabajo. Luego le pisotearían los huesos para conseguir un papel por encima de ella. Debería ser todo más auténtico. Tendría que ser más atrevido e intenso, como los sentimientos que tiene en la garganta y en sus tripas vacías. Necesita algo que le sacuda en la cara y le inunde el cráneo de luz. Quiere crear un número de danza para una compañía que infunda pavor al público y lo haga sentir a base de golpes. ¿Pero cómo? Ni siquiera se deja ver por los *castings*. Se pasa por el estudio después de las clases, charla con los bailarines sobre pasos que se le van ocurriendo y algo se remueve en su interior. Habla con los profesores. Los

bailarines están agotados, tienen ojeras, la piel ajada, los pies cansados y machacados, pero tienen una fuerza interior que a Becky le falta. Una seguridad, una sonrisa, que han sacado de tener que apegarse con todo. A diferencia de las chicas con las que trabaja, que tienen el cabello brillante, labios sexis y unos ojos saciados y en paz.

Quiere entrar en una compañía. Formar de verdad parte de algo. Bailar bajo la batuta de un coreógrafo que la respete. Dar el máximo antes de que sea demasiado tarde. Por cada miembro de su familia que ha pasado por este mundo.

Solía vomitar todas las comidas. Se le había estropeado el esmalte de las muelas por culpa de los jugos gástricos. Ahora se da cuenta de que era todo una cuestión de control. Su cuerpo le obsesionaba por aquel entonces. Los fantasmas de sus padres habitaban en él, en cierto sentido, con mayor intensidad que ella y, al mismo tiempo, con menos, y todo el mundo lo contemplaba. Los instructores le daban pellizcos en los brazos y ella se los retorció después, bajo la ducha, en estado de *shock*, contemplando las partes de él que odiaba. Este cuerpo. Era lo único que tenía. Necesitaba que trabajase para ella. Pasaba hambre y se daba atracones. Las puertas de los baños. Allí todo era triste y solitario. Pero era de ella. Todo de ella.

Sería más que la suma de sus partes.

Bebe de su cerveza y dos finos hilos de espuma le caen por la barbilla. Deja que le baje por la garganta, tragando con rapidez, hasta que vacía la botella.

Giuseppe era el padre del tío Ron. Su nombre real era Louis, pero durante una época todo el mundo lo llamaba Giuseppe.

En 1939, Louis era un joven que vivía en Mánchester, el hijo de dos inmigrantes judíos pobres. Su padre había enfermado y muerto, dejando desamparados a su madre y a sus siete hermanos. Sus hermanas pequeñas tenían que acercarse al menos un día a la semana hasta la sinagoga para pedir comida. Louis estaba aprendiendo el oficio de sastre. Era un joven con carisma, que despertaba simpatías y estaba trabajando duro para formarse en su profesión.

Cuando estalló la guerra, Louis le había pedido a su novia Joyce que se casara con él, pero la madre de Joyce se negó.

—Tiene toda la pinta de que no va a volver con vida —decía, preocupada, al tiempo que recalaba su inquietud dándose cachetes en la frente y vertiendo sobre la colada de ropa toda su preocupación—. ¿La menor de mis hijas y ya quiere quedarse viuda antes de cumplir los diecisiete?

Así que Joyce le dijo a Louis que se las arreglara para volver a casa y, si lo lograba, se casaría con él. Él le prometió que así lo haría y partió a la guerra.

Estuvo en las playas de Dunquerque. Morían y mataban, morían y mataban, y la arena se pudrió con las entrañas humanas. Sangre, sudor y mierda, el hedor pútrido de la guerra. Se le ordenó permanecer en el puesto y defender su posición mientras el resto del batallón buscaba ayuda. Ahí se quedó con otros veintinueve, y se atrincheraron con todo el arrojado posible, pero su compañía nunca regresó. Años después, Louis repetiría a menudo que aprendió más de la vida en ese par de horas que en ninguna otra ocasión. Mataron a siete de aquellos treinta hombres y los veintitrés que sobrevivieron fueron hechos prisioneros. Incluido él mismo.

Durante los días siguientes, más de 200 000 soldados británicos fueron evacuados de la playa ensangrentada, pero Louis no se encontraba entre ellos.

El mejor amigo de Louis en el regimiento era un hombre alto, delgado y desproporcionado que se llamaba Joseph. Tenía el pelo negro como el ónice y su sonrisa arrojaba a quien se la brindara. Su risa constante sonaba como si se hubiera tragado una sirena y nunca estaba quieto, siempre botaba como una pelota, daba igual lo que estuviese haciendo. Todo el mundo lo llamaba Giuseppe porque se había enamorado de una chica italiana y, a veces, cuando se emborrachaba y perdía la cabeza echándola de menos, le daba el arrebatado de ponerse a cantar en plena noche en un italiano macarrónico.

Giuseppe era uno de los veintinueve hombres que acompañaban a Louis cuando los abandonaron en la playa. En el poco tiempo que llevaban siendo amigos, habían pasado juntos por mucho y a Giuseppe, que se desangraba en la arena atravesado por un disparo en el estómago, le había llegado la hora. Louis se acurrucó a su lado y le susurró en sus oídos agonizantes las siguientes palabras: «Vas caminando con toda la gente a la que quieres. Es un día soleado. Están todos reunidos en un sitio al que hace mucho que no vas. Todo es hermoso, la brisa hace que ondeen los árboles, tu familia está ahí, también tu chica, cogiéndote de la mano. Todo el mundo sonrío y está feliz y el cielo es azul, muy pero que muy azul. Estáis celebrando un pícnic con la comida que

más te gusta y botellas de cerveza bien frías. Tu chica te está dando un beso precioso. El sol cae sobre tu cabeza. Es un día hermoso de verdad».

Mientras los alemanes reunían a los prisioneros, Louis se vio obligado a pensar rápido. Sabía que Hitler hacía matar a los judíos. No conocía la magnitud de lo que ocurría en los campos, pero lo que había oído bastaba para saber que no quería que los alemanes descubriesen su identidad. Le dio un beso en la frente a Giuseppe e intercambió sus placas de identificación. Dejó a Louis Shogovitch muerto en la playa y se unió al resto de los prisioneros como Joseph Jones, «Giuseppe» para los amigos.

Los despojaron de sus armas, los hicieron colocarse en fila y emprendieron la marcha hacia el campo de prisioneros de guerra. Aquella lastimera hilera de cautivos, demacrada y castigada por el fuego enemigo, iba encabezada por soldados alemanes vestidos de punta en blanco e impecablemente afeitados, que marchaban portando sus armas, sus perros y su dignidad. Aparte de los soldados apostados al comienzo y al final de la fila, había otros dos que patrullaban a lo largo de ella, cada uno sujetando un temible pastor alemán. Caminaban a ambos lados de los prisioneros, uno a la derecha y el otro a la izquierda, partiendo de extremos opuestos, de manera que uno comenzaba desde la cabeza y el otro desde la cola y se cruzaban en el medio.

El terreno sobre el que caminaban era uniforme. Cada uno de ellos iba pensando o sin pensar, mirando fijamente la coronilla del hombre que tenía delante. Entraron en un bosque. Era espeso y, tras el hedor de la batalla, los árboles olían frescos y limpios. El aire era más liviano, la luz se enredaba en las hojas y caía entre las ramas que se engarzaban como manos que rezan.

Louis estudiaba a los soldados que le pasaban a izquierda y a derecha. Se fijó en que caminaban al paso y que, cada vez que recorrían la fila, les llevaba exactamente el mismo tiempo llegar al final, dar la vuelta y desandar el camino.

Cuando cruzaban delante de él, contaba los segundos que transcurrían hasta que volvían a hacerlo. El intervalo era exactamente el mismo. Contó cuarenta segundos entre el soldado que pasaba a su izquierda y el que lo hacía a su derecha. Y cada uno de esos cuarenta segundos le tensaba un poco más la piel.

Pensaba en los perros y en sus colmillos, y pensaba en las armas. Había visto la sangre y el humo durante las batallas que había librado esos días. Después pensaba en el otro final, el de la fila. Cuando alcanzasen su destino, averiguarían su identidad y no llegaría vivo a casa. Lo matarían. Se acordó de

su madre, de su rostro. Rememoró las caras de sus siete hermanos. Susurró sus nombres. Recordó a su Joyce y la promesa que le había hecho. No tenía otra opción: debía volver a casa.

Y aquélla era su oportunidad.

Louis siguió contando, y el desajuste entre el cruce de los dos guardias cada vez resultaba más significativo, se iba haciendo más acusado. Tomó aire, esperó a que el soldado de su derecha pasase delante de él. Pasó. Contó diez segundos para dar tiempo al otro guardia a llegar al extremo de la hilera, echó la vista atrás para controlar al otro, que estaba a treinta segundos de él, y entonces el tiempo se detuvo. Saltó de la fila. Se arrojó con tanta fuerza como le fue posible hacia el bosque al borde del camino. Frondoso, verde y acogedor tras la adustez del mar, la sangre y la arena. Notó cómo lo protegía y sintió que empezaba a respirar de otra manera. Echó a correr. Podía oír los disparos de las armas, los ladridos de los perros, los gritos de los hombres. Podía sentir la tierra batida por las pesadas botas alemanas, pero corría con el bosque, no a través él, esquivando las ramas antes de verlas, y siguió corriendo hasta que al final, con los brazos y piernas cortadas a tiras por los espinos y las zarzas, con los tobillos torcidos, con el pecho y la garganta encharcados de sangre, vio que había oscurecido y que todo estaba en silencio. Habían dejado de perseguirlo.

Comenzó su vuelta a casa. Su intención era llegar hasta París y luego dirigirse al sur, hacia España y hasta el Estrecho de Gibraltar, donde sabía que podía colarse en un barco y regresar a Mánchester.

Vivía de lo que encontraba y de la hospitalidad de la gente. En especial de los niños, que solían ser amables con él y le daban toda la comida que podían escamotear a sus padres. Logró llegar a París. Vivía a diario bajo la identidad de Giuseppe. Tal como se imaginaba, y ayudado por su aspecto, le resultaba más seguro pasar por un italiano que huía de Mussolini que por un soldado judío británico escapando de Hitler.

A pesar de la ocupación alemana, París se portó bien con él. Le ofrecieron un cuarto en un burdel donde descansó un tiempo. Consiguió trabajo tocando el piano para la coristas de un cabaret y se pasó unos meses felices dando gracias a Dios por la vida y recuperándose de los horrores de la guerra. Pero el hogar lo llamaba y emprendió de nuevo la marcha.

A Mánchester habían llegado noticias de la heroica muerte de Louis Shogovitch en las playas. Había combatido con bravura y defendido su

posición con honor. Era un héroe que había muerto luchando por la salvación de la patria. Sus familiares dejaron caer sus cabezas y las sacudieron con dolor.

Cuando Giuseppe llegó por fin a casa, llovía y tenía las botas llenas de agujeros.

Entró por la puerta de atrás, que siempre se dejaba abierta, pero no encontró a nadie. Miró por todas partes, boquiabierto. Se impregnó el rostro de los olores de la cocina de su madre. Se maravilló ante el papel de la pared, regado de manchas de humedad, pálido por los bordes, tan familiar que un sutil y placentero dolor lo atravesó. Pasó las manos sobre todas las superficies, con lágrimas en los ojos. Se quitó las botas y las dejó sobre el felpudo. Fue en calcetines hasta el salón, se sentó en su sillón favorito, hundió la cara en los cojines y se quedó dormido; la primera vez que dormía plácidamente desde que se había marchado.

Cuando muere alguien en una familia judía, se entierra el cuerpo y un año después se coloca la lápida. Cuando la madre de Giuseppe llegó a casa después de la colocación de la lápida y encontró las botas de su hijo sobre el felpudo, se desmayó.

Louis se despertó cuando oyó caer el cuerpo de su madre sobre el suelo de la cocina. Abrió los ojos de par en par, esperando ver explosiones, carne humana, humo negro y un caos ensordecedor, pero lo que vio en su lugar, con alivio irrefrenable, fue que se encontraba en casa, sentado en su sillón. Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta, donde encontró a su madre. La levantó con cuidado, contempló su rostro con lágrimas en los ojos. El primer avistamiento de tierra tras un año de naufragio. La meció entre sus brazos hasta que recobró el sentido y contempló a su hijo pequeño resucitado, dedicándole dulces palabras en el resplandor de la cocina. Seis meses después, se casó con Joyce y permanecieron juntos el resto de sus vidas.

Tras estar tan cerca de la muerte, quería vivir para sí mismo, pues le parecía que era lo más adecuado. Joyce y él trabajaron mucho. Ahorraron y viajaron por todo el mundo. No tuvieron hijos hasta bien avanzado el matrimonio. Joyce tenía treinta y cinco cuando nació Ron, su hijo mayor. En los cinco años siguientes, vinieron Rags y luego Paula. Y aunque por aquel entonces Louis llevaba mucho tiempo siendo de nuevo Louis, el espíritu de Giuseppe perseguiría siempre a la familia.

Cuando Ron tomó las riendas del café, sabía que no podría cambiarle el

nombre.

Becky echa el cierre. La calle aún está llena de gente, los de los puestos entonan sus arias. El viento sopla cortante y con ganas. Puede sentir la presencia de todos los miembros de su familia apelotonándose a su alrededor, diciéndole que se conozca a sí misma y deje de malgastar el tiempo.

Nunca antes había visto el libro de su padre. Estaba segura de que su madre debía haber conservado un ejemplar en alguna parte, pero nunca había visto uno, y menos tan de cerca. No de verdad. Se dirige a la estación, saludando con una sonrisa a rostros con los que lleva toda la vida cruzándose.

Aquella tarde, Becky está en el Hanging Basket, esperando a que Gloria acabe su turno. Charlotte tiene delante de ella una pila de trabajos de tercer curso de secundaria. Debería haberlos corregido, pero no les ha echado ni una ojeada en las últimas tres horas. El pub está cerrado. Charlotte está fumando un peta y juega un solitario con una baraja de cartas pornográficas de los setenta que hay siempre guardada tras la barra.

Becky se está tomando un gin-tonic.

–Hoy en el café entró un tío –dice.

–¿Era *este* tío? –le pregunta Charlotte, enseñando una sota de corazones en la que aparecen dos rubias con permanente y tacones brillantes de color rojo haciéndole una felación a un hombre con una permanente rubia y unas relucientes botas de vaquero de color rojo.

–No era ése, pero quizá algún día podría llegar a serlo.

–Quizá todos podríamos si nos empeñásemos. –Charlotte vuelve a su partida. Espera a que Becky siga hablando, pero ésta permanece callada.

–En fin –dice Charlotte–, que hoy entra el tío este en el café... ¿y?

Becky apoya la cabeza contra la mano, siente el dorso en su cráneo.

–Nada. Eso es todo lo que iba a decir. –Se echa el pelo por la cara, se lo peina con los dedos y enreda con las puntas.

Charlotte se queda mirando las cartas. Habla monótonamente.

–Una historia estupenda. Cuéntamela otra vez.

–Cállate. –Becky empuja a su amiga suave en el hombro.

–No, no, si era muy interesante –dice Charlotte socarrona, fingiendo

entusiasmo pero sin mover un músculo de la cara—. Era *muy* interesante.

—Venga —las llama Gloria mientras pasa por delante, cogiendo el abrigo y el bolso de los ganchos que hay detrás de la barra—. Yo ya he acabado, así que vamos.

—¿Hay que irse de verdad? —le pregunta Charlotte.

—A mí es que no me apetece —dice Becky.

—Nunca os apetece ir a ningún lado. —Gloria le arranca el porro de la boca a Charlotte y le da el último par de caladas.

—Es que trabajo un montón —le cuenta Becky.

—Es el cumple de Jemma, hay que salir. No se hable más. —Gloria aplasta la colilla contra el cenicero, lo vacía en el cubo de basura y las mira—. Anda, venid.

Va hasta la puerta, la abre y la aguanta hasta que las otras se ponen el abrigo.

—¡Me cago en tu madre! Llevamos tres horas esperándote —dice Charlotte.

Becky se acaba la copa, se acerca a la barra para dejarla sobre el lavavajillas y la sigue afuera.

Es la una de la madrugada, a Pete le toca hacer de puertas en el Mess debido a una macrofiesta que ha montado un colega. La ha llamado La Gran Movida. Se está quedando helado y se muere de aburrimiento.

Un grupo de chicas recorre el camino que atraviesa el patio delantero y Neville, uno de los porteros, le da un codazo mientras se frota las manos.

—Fíjate cómo van éstas.

Siete u ocho chicas, todas borrachas, caminan hacia ellos. Cuando se acercan, Pete se fija en que sólo una o dos van de verdad borrachas, las otras parece que se lo hacen. Más rezagadas van otras tres, que caminan cerrando el grupo, hablando entre ellas. Se queda contemplándolas. Deben de estar celebrando un cumpleaños o algo. La última es delgada y morena y le gusta cómo camina, con la cabeza baja y meneando las caderas. «Ésta debe ser tela». Se fija con más detalle. Todo se detiene. Abre la boca y grita. Vuelve a sentir de nuevo todo. «No seas gilipollas». El cuerpo de la chica es una catarata que lo ahoga. La chica anda con la barbilla apuntando hacia el suelo y al hablar con sus amigas emplea la mano con la que sujeta el cigarrillo para

dar énfasis a sus frases. Se mueve por la acera totalmente al margen de cuanto la rodea. Atrayéndolo todo. Camina directa hacia él.

Becky está en el patio cerca de la entrada del Mess, apurando su cigarrillo.

–¿Entonces entramos? –pregunta a las chicas. Jemma, la cumpleañera, está cantando a voz en grito la canción del comienzo de *Home and Away*.² Le dirige un par de estrofas de la canción a Becky.

Tiene una mano sobre le corazón y levanta la otra en dirección al firmamento.

Becky suspira.

–Ya os veo dentro –dice mientras camina hacia la puerta–. ¿Todo bien? –saluda al portero. Busca el monedero dentro del bolso. –¿Me cobras mi entrada y la de esa chica de allí? –Señala a Jemma, que está sentada en el suelo, arrancándose la ropa con emoción.

–Faltaría más –dice el portero.

Cuando va a pagarle, lo mira y su mano se detiene.

–¿Tú no pasarías hoy por mi café?

–Sí, sí. –Pone su mejor sonrisa y saca pecho –. ¿Qué tal?

A Pete le martillea el corazón y le duelen las plantas de los pies.

–Bueno, bien. Mal no. –Becky lo mira a la cara.

Intenta ordenar su cabeza, envía un mensaje urgente a su nariz, sus ojos, sus labios y su mandíbula: «Estate quieto. Sé natural».

–La gran noche, ¿eh? –Apunta a las demás con la mirada. La emoción crece en su interior. La chica le ha clavado una dolorosa esperanza.

–El cumpleaños de Jemma. –Señala a la que va más borracha. Jemma lleva a Gloria cogida por el hombro y la arrastra por la acera mientras le dice: «Te quiero, Gloria, te quiero muchísimo». Fuma dos pitillos a la vez.

–¿Os estáis divirtiendo? –le pregunta con las manos en los bolsillos, los hombros encogidos de frío, mirándola a la cara.

–Me parece que sí –dice Becky, apuntando con la cabeza hacia Jemma antes de adelantar la mano que sujeta el billete de diez libras y entregárselo. Él lo aparta con la mano.

–No, no, está bien así –dice. «Adelante», le exigen sus tripas, «dile algo»–. Ahora te lo guardas y luego me invitas. –Pero ella no responde. Se queda

mirándolo con ojos brillantes. Se le pasa por la cabeza repetírselo, pero Becky ya ha entrado en la discoteca.

Dentro está hasta arriba de gente. Todo resulta muy familiar. Neones y escenas desoladoras por doquier. Los críos vomitan con disimulo por los rincones mientras trapichean con las drogas que llevan encima. Hombres con cara de viejo que sonrían como malos de dibujos animados a jovencitas con baja autoestima y secretos horribles. Gloria se acerca a la barra.

–¿Me pillas algo? ¿Una copa? –le grita Becky. Gloria asiente con la cabeza.

–Andamos por esta zona –dice Charlotte señalando los altavoces.

–Vale –confirma Gloria con el pulgar.

Charlotte coge del brazo a Becky con una mano y a Jemma con la otra y se abre paso a empujones entre los cuerpos y el ruido. Se quitan los abrigo y los meten detrás de las columnas de los altavoces. El DJ pincha drum ‘n’ bass. Suena Technical Itch.³

Charlotte la llama con la mano para que se acerque más.

–¡A darle caña a ese cuerpo! –le grita al oído deformando la cara. Becky sacude la cabeza fingiendo estar hasta las narices. Charlotte se ríe. Se ponen a bailar.

La mente de Becky se relaja a medida que su cuerpo comienza a moverse. Pero no puede abstraerse del todo. «Vinimos aquí porque en el otro lado sólo dejaban entrar y salir de uno en uno».

Pete se queda un rato fuera, bajo el frío. Tiritando de emoción. Caminando de un lado a otro. Levantándose su pelo cortado al uno con la mano y aplastándoselo de nuevo.

–Neville, tío, ¿me sustituyes diez minutos?

Neville contesta que sí. Pete le pasa el sello y entra.

Hay gente por todas partes. Cuerpos, espaldas y cabelleras. ¿De qué color iba vestida? Llevaba puesto un abrigo. Recorre todo el lugar. Aparta a gente de su camino. Repasa cada rincón. Nada. «¿Es esa chica?». Se dirige hacia ella. «No, no es ella». Se pone de puntillas y mira por encima de las cabezas. Se arrima a las paredes, examina cada silueta. Inspecciona cada cara que ve

en los reservados del fondo. «Joder, nada de nada». Se apoya en la barra, con decisión. Todo le va dando empujones.

El DJ pierde el culo por meter temas de blip core⁴ de autor desconocido.

Becky le da un toque a Charlotte en el hombro.

–Voy ayudar a G a traer las copas –grita.

Charlotte asiente con la cabeza. Becky se abre paso entre la masa y se coloca junto a la barra para buscar a Gloria. No la ve.

Siente que alguien le palpa el hombro. Se da la vuelta y su cuerpo se cuele por el agujero que se acaba de abrir en el suelo. Es él. Le dice algo, inclinado hacia ella. Huele su aroma. Sudor y *aftershave*, cigarrillos, aire frío. Retira la cabeza y mira hacia ella aguardando una respuesta. Se señala el oído y Becky dice que no con la cabeza. «NO TE OIGO», articula con la boca. El chico se golpea la frente con la palma de la mano. «MÓVIL», dice por señas, poniendo la mano como si estuviese cogiendo un teléfono y señalando. Él saca su teléfono y se lo da. Se van arrimando entre los envites de cuerpos tibios. Le palpitan las sienas. Escribe «BECKY» en un mensaje. Se inclinan sobre la pantalla. Sus hombros se rozan. Becky ve que tiene los labios suaves. Él coge el teléfono y escribe «PETE». Becky sonríe y le devuelve el teléfono. «ENCANTADA PETE». Están frente a frente, pero no se miran a los ojos. A Becky le arde el cerebro dentro de la cabeza, visiones de un tiempo lejano; de su padre escribiendo en la mesa de la cocina, con los pies desnudos, la chaqueta raída colocada en el respaldo; de ella gateando, sentada entre sus pies, jugando con bloques de colores. Los columpios que había al lado de su antiguo apartamento; su madre ahí, tan guapa, sonriendo, con la cara enrojecida por el calor, con los collares colgándole del cuello. Becky escalando por la estructura en forma de araña, subiendo las escaleras de una en una, con los brazos de su padre para sujetarla y aquellas manos tan grandes como el mundo.

Becky escribe su número y le devuelve el teléfono. Pete puede oler su ropa, su piel con aroma a almendras molidas. Pero es algo más profundo, como la tierra tras la lluvia; más ahumado, como el interior de una planta que crece. Becky le clava la mirada. Él la aparta: no puede resistirse a ella.

Son las 4:18 a.m. Harry vuelve de otra fiesta. Horas transcurridas con el piloto automático puesto, sonriendo a cretinos.

Lo ha reducido todo a una maniobra impecable, pero algunas noches se le

hace más cuesta arriba que otras. Después de su largo turno de día de encuentros con directores de empresa en el Soho, Harry y Leon cenaron en Alberto's, en Greek Street. Nada más entrar, salieron a recibirla con besos de alegría. El propio Alberto dejó desatendida la barra para darle un abrazo.

—¡*Ciao, ciao*, tortolitos!

Los condujo hasta su mesa de siempre y les contó la preocupación más reciente que le había causado el bala perdida de su sobrino. Pidieron la oferta del día y cada uno se bebió una copa de vino. Durante la sobremesa se tomaron unos expresos y chuparon después unos caramelos de menta. Pagaron en efectivo, dejaron una buena propina y salieron, de vuelta al alijo para reponer existencias. Harry sólo retira la cantidad exacta que necesita y prefiere atravesar la ciudad tres veces al día para aprovisionarse antes que trabajar dos turnos llevando un bulto grande encima.

El turno de esta noche incluía una fiesta en un antiguo almacén en Hoxton, reconvertido en casa. Harry llegó, saludó afectuosamente a su cliente, un productor teatral llamado Raj. Harry se puso a despachar en la habitación del hijo pequeño de Raj. El niño estaba en casa de su madre. Tras las ventas iniciales, Harry se paseó por la fiesta durante unas horas, bebiendo agua con gas, devolviendo sonrisas y pasando de vez en cuando por el cuarto para vender a los amigos más íntimos de Raj uno o dos gramos por aquí y por allá. Bailó durante un buen rato. Se reencontró con un par de actores a los que solía pasarles material cuando conseguían un papel. Le contaron que andaban buscando trabajo y le susurraban desesperados si podía recomendarlos ante Raj. Harry esperó a su aire hasta el momento inevitable en el que Raj quiso comprarle otra dosis. Después de eso, se despidió de todo el mundo y se metió en un taxi para acudir a la siguiente fiesta.

Se sienta en la cocina a mirar locales comerciales por internet mientras toma sopa vietnamita. Ve un enorme local con dos fachadas en Peckham y le gusta la pinta que tiene. Pero Peckham ha cambiado y está irreconocible. Había oído rumores cinco o seis años atrás de que Peckham se estaba poniendo interesante, de moda. Pero no se los había creído. Pensaba que el sur de Londres mantendría siempre su esencia. Pero su ciudad natal se muere; ya anda medio muerta. Todo lo que siempre ha dado por cierto se ha vuelto falso de repente. Barrios de toda la vida arrasados para convertirlos en ciudades dormitorio.

Cierra el portátil y se acerca a la nevera. No queda cerveza. Se calza, coge

las llaves y cruza la calle a paso rápido para llegar a la licorería. Hace frío.

Paga la cerveza, la abre y se sienta apoyada contra la tapia de un jardín, mirando a la luna, tratando de sacudirse de encima la repetición a cámara lenta de ese momento en el que le abrió las entrañas a esa chica de la fiesta y que lleva persiguiéndola desde que se despertó. Expulsa aire. Sacude la cabeza. Le entra un escalofrío.

–Qué idiota –dice con tristeza.

Una pareja pasa por delante, cogida por la cintura. Le atormenta ver esto. Se rasca la cabeza. Se estruja el pelo. Deja escapar un suspiro y mira hacia las farolas. Se dice a sí misma que lo está haciendo bien. Que lo está petando. Que lo está logrando. Sentada, siente el murmullo de las incontables casas entre las que ha vivido desde que nació. Se aferra al amparo que le ofrece esta calle, este muro, este rincón. Es suyo. Mira en torno a ella. Los hogares están llenos de gente. La gente está llena de hogar.

La ciudad bosteza y se cruje los nudillos. Arroja algunas cuantas almas perdidas hacia una espiral descontrolada: una chica escarba en un contenedor con las manos heladas buscando piezas de fontanería de cobre, otra está leyendo en su casa. Otra chica duerme profundamente. Otra se ríe en el piso de una amiga, dejando que le arreglen el pelo. Otra chica está enamorada de su novia y yace a su lado y la siente respirar. Otra chica pasea el perro por el parque, echando la cabeza hacia atrás para escuchar cómo gime el viento que recorre las calles.

Becky baila con Charlotte y Gloria. Pete está en el sótano de la discoteca examinando el polvo amarillo que Neville le acaba de requisar a un adolescente. Leon se acuesta con una chica que se llama Delilah. Harry se bebe su cerveza apoyada contra el muro. Todo el mundo busca su pizca de relevancia. Su algo fugaz y perfecto que le haga sentir acaso más vivo.

POLLO

El sol se alza y nada queda de la noche. La gente se levanta, bebe agua, se sacude la resaca y se dirige al centro comercial. Es sábado. Los padres reciben la visita de sus hijos, las parejas planean sus bodas y viejos amigos hablan de finanzas en un campo de golf.

Pete y Harry caminan por una calle en calma, uno al lado del otro, en dirección a la nueva casa de su madre. La mugre que se incrusta en los muros es la misma con la que han compartido toda su vida. Pasan por delante de ladrillos sucios, antiguas puertas de verjas señoriales, tejados de pizarra ennegrecidos por el carbón, con antenas de televisión sobresaliendo como cabellos mal peinados. Pasan delante de postes de farolas cubiertos de grafiti, un póster del UKIP pegado a un escaparate, palabras en polaco escritas sobre las fachadas de las tiendas y un grupo de hombres con túnica árabe que conversan en la entrada de un café.

Se desvían por una bocacalle que se adentra en un área residencial y va a dar a un callejón privado. El cielo está gris y hace bochorno. Quiere llover. A lo largo de la acera, crecen árboles escuálidos metidos en jaulas y la basura suspendida de unos setos raídos tiritita al viento. Dos niñas juegan al fútbol en la calzada, su padre está lavando el coche. El balón pasa rozando el parabrisas, el padre suelta la esponja y les da un grito: «¡COMO VOLVÁIS A HACER ESO, OS ARRANCO LA PIEL A TIRAS!». Sus hijas chillan y ríen, recogen el balón y se marchan corriendo. «¡NO OS ALEJÉIS MUCHO!», grita el padre. «¿ME OÍS, NIÑAS?». Reducen el paso y deambulan por el bordillo de la acera.

–¿Cómo está papá? –le pregunta Harry a su hermano.

–Bien.

La voz de Pete suena tan plomiza como el cielo. Pete es alto y Harry, baja, pero tienen la misma pose, la misma falta de soltura al andar. Los mismos brazos huesudos que se balancean al mismo ritmo al caminar.

–¿De verdad? –pregunta.

Pete le pega una patada a una piedra apuntando al tapacubos de un coche aparcado. Acierta. «Gol». Harry admira su destreza.

–Ya vuelve a vestirse, ya va a trabajar... –dice Pete, dedicándole un gesto

desganado con los hombros.

–¿Cuidas bien de él?

–¿Por qué no te pasas por ahí y así lo ves, ya que estás tan preocupada?

–Ando ocupada. Sabes que estoy muy liada. –Harry repite la cantinela habitual.

Pete sacude la cabeza:

–Yo también ando liado.

Harry lo mira. Parece indispuesto. Tiene ojeras, la piel reseca y no deja de toser y de sorber por la nariz. Quiere que su hermano se centre un poco. Que salga de casa de su padre y tome las riendas de su vida. Pero si lo que le apetece es creerse su propio cuento, allá él.

–¿No puedes coger, no sé, aunque sea un trabajo físico?

A Pete se le tensa la frente. Se sacude la pregunta con la mano, como si al molestarse en responder se rebajara. Se sumen de nuevo en el silencio y escuchan a las niñas cantar juntas por el bordillo de la acera.

Pete comprueba los números de las casas que van quedando atrás.

–En fin –la sonrisa se Pete se le clava en las tripas–, por lo menos hoy has hecho el esfuerzo de venir. –Gira el cuello como a espasmos hasta hacer restallar las vértebras.

–¿Crees que no he hecho un esfuerzo? –dice Harry evitando alterarse.

Pete pega una patada a otra piedra, pero falla. No dice nada.

–¿Pete? –A Harry se le agudiza la voz.

Pete suspira hondo.

–No empecemos. ¿Vale?

–No, ¿qué es lo que me quieres decir? Sí he hecho un esfuerzo para venir. Pete, me he... –Se ve interrumpida por un ataque de tos de Pete, que lo deja doblado. Él se tapa la boca con la mano mientras Harry contempla cómo se le hincha el cuerpo con cada estertor.

Harry se lleva las manos a los bolsillos y escucha las pisadas de los dos.

–Es ésa, la de ahí –dice Pete, recobrando el aliento, a la vez que señala la casa de la esquina.

La cocina es alegre. Hinchida de orgullo. Las encimeras son de haya; los armarios, color turquesa. Hace poco que fue reformada con todo tipo de modernidades. Es la cocina de David.

David está sentado a la mesa, observando a Miriam por la espalda mientras ella prepara unas verduras. Habla con él sin darle la cara.

–No pasa nada –dice ella–. Una comida de nada, eso es todo. No hay que preocuparse por nada.

Él está cortando una cebolla. Nunca se le ha dado bien. Se le escurre por la tabla. La cocina resplandece. El sol baña las superficies.

–¿Tú crees que les caeré bien? –Se apoya contra el respaldo y levanta la cara de la cebolla.

–Pues claro que sí. Sólo quieren que sea feliz. –Su voz es amable y melódica. Tiende a elevar el tono al final de las frases. La forma de hablar que David asocia con las peluqueras. Es el tono de voz femenino que más le agrada.

–¿Y lo eres? –Espera su confirmación con la cara alzada para no perderse nada.

–Sí, David. –Lo mira por encima del hombro–. Ya sabes que sí.

David vuelve a su tabla de cortar, satisfecho. La cebolla acaba cediendo. David parpadea rápido y abre la boca para combatir las lágrimas. Hace muecas sin ruido durante un rato, esperando a que se le pase el escozor.

–¿Harriet es la mayor? –le pregunta frotándose la nariz con el dorso de la mano con la que sujeta el cuchillo.

–David, no hagas eso, que te vas a sacar un ojo –le dice sin darse la vuelta. Él baja la mano obedientemente–. Sí, Harry es la mayor.

–Entonces el pequeño es Pete.

–Sí. –Su voz es serena, su tono es cálido.

–Pete, vale. –Almacena la información en su cerebro–. Y Harriet trabaja en contratación. ¿Y Pete anda buscando trabajo?

–Eso es.

–Y a Pete le gusta... leer, ¿no? ¿Y el fútbol? ¿Le gusta el fútbol?

Miriam da un hondo suspiro y se limpia las manos en el delantal.

–Tranquilo. –Vuelve la cara hacia él–. Todo va a ir bien. Y pásame las pastillas de caldo que hay en el armario.

Se levanta, va hasta el armario y se pone a buscar las pastillas.

–¿Crees que les va a gustar la casa? –No las encuentra. Nunca encuentra nada.

–Es una casa agradable. –Lo observa pelearse con el armario.

–Igual a ellos se les hace raro. ¿La casa nueva de mamá? A mí se me haría

raro si fuese mi madre, lo sé.

Miriam se acerca al armario, estira la mano detrás de un tarro de cristal con pasta y da con las pastillas sin mirar.

–Ya está organizado así y llegan ahora, así que sólo nos queda ver qué pasa, ¿no? –Su rostro es una máscara de calma imperturbable, pero sus ojos palidecen de miedo.

David regresa a su silla, repasa el desastre que ha montado con la cebolla. El sol que entra por la ventana es cegador; cierra los ojos y se queda contemplando las formas que aparecen bajo sus párpados.

«El gato», es lo que le decía su padre. «Parece que te ha comido la lengua el gato».

Cuando David tenía quince años, su padre lo abandonó y nunca volvió a verlo. Nunca, ni una vez. Ni siquiera en el funeral de su madre. Imagina que pasas toda tu vida con una mujer, tienes un hijo con ella y, de repente, un día sales por la mañana a trabajar y no se te ocurre volver a casa. Ni para enterrarla.

Cuando su padre llevaba una semana desaparecido, David salió a buscar trabajo. Acudió a la óptica que había en la calle principal del barrio, Bright Eyes. Entró vistiendo su mejor camisa, peinado con la raya a un lado y después de haberse limpiado bien las gafas con el fular de seda de su madre. La encargada se llamaba Susan, tenía unos ojos grandes y hermosos y unos hombros anchos. Al reírse, lo hacía desde el tórax y los pechos le brincaban. Le dio trabajo. Nunca había tenido uno antes. «No vales para nada», es lo que le decía su padre.

«No vales para nada, absolutamente para nada. No das pie con bola, vago redomado. Quince años y no has dado golpe un solo día de tu vida. Parece mentira que seas hijo mío. Me niego a creerlo. Seguro que eres hijo del lechero».

–Abrirás la puerta a los clientes, barrerás el suelo y limpiarás los expositores –le explicó Susan. Y eso hacía. Dejó la escuela y se puso a trabajar con dedicación y orgullo. Y a Susan le gustó.

Se pasó esa primavera, el verano y el otoño trabajando a destajo y entonces, Isaiah, el óptico de la tienda, se lo llevó a tomar su primera pinta de cerveza en el Horse and Groom, el pub de la acera de enfrente. David no tenía muchos

amigos, pero Isaiah se portaba bien con él y no le molestaba lo lento que se bebiese su primera cerveza o cualquiera de las que vinieron después. Aquel día le dijo:

–Al principio seguro que no te gusta, pero luego te acostumbras. Es mejor de lo que crees.

Cada dos viernes recibía su paga, la llevaba a casa y se la entregaba a su madre, que la recibía llena de cariño y orgullo. Siempre viendo la telenovela, preparando la cena o leyendo sus novelas rosas o de crímenes. Siempre libros grandes, de tapa dura, que sacaba de la biblioteca y leía sin parar. Dejaba los libros abiertos junto a su sillón, al lado de las gafas, mientras le quitaba el polvo a los adornos de la casa o lavaba la ropa. David nunca se los tocaba, pero al llegar del trabajo siempre leía la página por la que iba, encorvándose sobre el libro, sin cogerlo nunca. Era feliz así. No era un joven muy sociable. La única novia que tuvo en su vida era una chica nerviosa de veintidós años que se sentaba a comer en el mismo banco que él, a la puerta del supermercado. Era tres veces más grande que David y en torno a la boca tenía la piel seca e irritada, por lo que se pasaba todo el tiempo aplicándose bálsamo labial. Tenían relaciones sexuales en el Honda Civic de ella, acurrucados en un oscuro rincón del *aparcamiento* del centro comercial que había en Lewisham. En la tercera planta. Aún recuerda subir las desgastadas escaleras, sin apenas mediar palabra, dejando distancia entre los dos, mirando fijamente hacia los techos bajos y la espiral de la rampa, mareado por los vapores de la gasolina. El aire caliente dentro del coche cerrado, la interminable ropa interior de ella, la palanca de cambios, el volante, los reconfortantes pliegues de su cuerpo.

Había pasado un año. Isaiah dejó Bright Eyes para irse a Canadá con su joven esposa canadiense, su cuñada y el novio de su cuñada. Iban a comprarse una casa, plantar un jardín, abrir su propia consulta y pensar en tener hijos. David y Susan se quedaron solos hasta que entró Hong, el nuevo óptico. Los años pasaron volando. David cumplió los veinte. Hong y Susan se reían en el almacén a la hora de la comida. David, más feliz que nunca, sacaba brillo meticulosamente a los expositores y llevaba la paga a su madre.

David ascendió de puesto. Ya no se dedicaba sólo a barrer, sino que ayudaba a los clientes a escoger las mejores monturas para su tipo de cara. Miraba cómo les quedaban las gafas que él les había recomendado. Hablaba de formas faciales con hombres de negocios a los que les fallaba la vista y les

mostraba sus modelos preferidos a madres con niños nerviosos que querían monturas decoradas con personajes de dibujos animados.

La ropa de las tiendas de segunda mano mejoraba, se volvía más cara. Las cafeterías sustituían a las casas de comidas y una plaga de *bistrots* y *boutiques* con nombres que David no podía pronunciar sin sentir vergüenza surgió de la noche a la mañana. Subió el precio del alquiler y Susan dejó de parecer tan risueña.

Comenzó con leves olvidos; luego aparecieron los arrebatos de ira. Un día llegó a casa y se encontró a su madre en el jardín, con ropa que era de él, gritándole a las capuchinas que tenía plantadas. Se quejaba de jaquecas. Le salían moratones inexplicables en los brazos, que después desaparecían. A menudo veía cosas irreales. Personas en miniatura sentadas encima de sus gafas, dos galgos durmiendo en un rincón del baño.

Los médicos le hicieron análisis de sangre y le tomaron el pulso, pero no encontraron nada fuera de lo normal. A David se le rompió el corazón al verla en el hospital, conectada a unas máquinas.

La llevó a casa, la acomodó; le preparaba sus platos favoritos, le leía sus libros en voz alta y pensaba que iba mejorando, hasta que una mañana bañada de luz se despertó y la encontró muerta en la cama.

Parecía dormida. El sol que entraba por la ventana le inundaba los ojos como un líquido blanco y brillante.

La autopsia reveló que tenía un tumor cerebral.

David tenía treinta y un años. Hasta ese momento de su vida, nunca se le había pasado por la cabeza que tarde o temprano su madre iba a morir.

Le dejó dinero en herencia. Era algo incomprensible. Todos esos años entregándole todo lo que ganaba y, ahí estaba, devolviéndoselo. No se había gastado ni un penique. Había estado recibiendo dinero del padre de David desde el día en que se fue. Fue un hallazgo sorprendente y perturbador el descubrir que su madre le ocultaba secretos. Después de una vida de realidades seguras e inmutables, de pronto nada era cierto. Se imaginó las cartas y las llamadas que se habrían cruzado. ¿Por qué no le dijo nada? ¿Escribiría anhelante a su padre, rogándole que volviese a casa? ¿Cuándo acordaron que él tenía que entregar dinero mensualmente? ¿Se pusieron de acuerdo entre ellos? Lo único que sabía es que su padre había desaparecido

sin más. La idea de que siguiesen hablándose sin decirle nada lo atravesó como una estaca, desde el recto hasta la yugular.

El funeral fue sencillo. Incineración. Una ceremonia discreta a la que asistieron ocho ancianas –que resultaron ser unas amigas que David ignoraba que su madre tuviese– y los únicos tres parientes con cuyos números de teléfono logró dar: un primo al que había visto dos veces en su vida; su tío abuelo, que apareció con su nueva esposa filipina y sus dos hijos adolescentes; y la única prima viva de su madre, Irene, que llegó con su spaniel Samuel. Después, en el velatorio, nadie habló mucho con los demás, aparte de las ocho ancianas que conversaban entre sí en voz baja.

David vio a estos desconocidos en su casa comiendo volovanes y se sintió como si aquello estuviese sucediendo por la tele. Al final se despidió, fregó los vasos, los guardó en su sitio, sacó la basura, puso a hervir agua para prepararse una taza de té y durante todo el tiempo no pudo quitarse de encima la sensación de que se encontraba en otra habitación, contemplándose a sí mismo desde detrás de un cristal.

Pasaron semanas. Un mes. Pensaba que lo iba superando. La gente le aseguraba que sí. Una tarde volvía del trabajo. Aquel día no había sucedido nada fuera de lo normal pero, al entrar en casa, se oyó gritar: «Me quedo solo, mamá», mientras cerraba la puerta.

El silencio que se tragó sus palabras era tan absoluto que se desplomó en la entrada y se quedó tendido boca abajo sobre el suelo. Se echó a llorar. Le dieron arcadas, tembleques y golpeó la moqueta, pegó puñetazos a las paredes y se sentó brevemente a tomar aliento, negando con la cabeza y golpeándose las pantorrillas. Se pasó horas así. Llorando, calmándose, y llorando de nuevo, dando alaridos, lamentándose, gimoteando, hasta que se quedó dormido. Permaneció tirado en el suelo durante un buen rato, pudo haber sido un minuto, un segundo o una hora, y se despertó con la sensación de que alguien lo llamaba desde la lejanía. Se encontró en ese esquivo instante de duermevela que existe antes de dar alcance a la realidad. Podría haber estado en cualquier parte, en cualquier momento de su vida. Hasta que parpadeó y vio el rodapié. La casa estaba a oscuras; fuera era de noche. El recibidor de la casa, lleno de un doloroso silencio; él, tirado en el suelo, con calambres en la cara de tanto llorar. Y la alfombra húmeda, empapada de mocos y lágrimas.

Y entonces vino reunirse con el contable y volver a casa de su madre, con cada rincón lleno de su ausencia. Se sentó en su habitación, recordándose que

ella no estaba abajo leyendo sus novelas. Fue el momento más desolador y confuso de toda su vida.

Vendió la casa y alquiló una nueva, sólo para él: un apartamento de un dormitorio. Lo recorrió entero, desenvuelto, decidiendo lo que iría en cada sitio. Más vivo a cada minuto. Y sintiéndose culpable por ello.

Un par de meses después de la mudanza, Susan le dijo que se pasase por su despacho. Hacía calor fuera y el aire estaba cargado del sudor de la gente. Un sudor que se evaporaba de la piel tan pronto como hallaba la oportunidad de salir a la superficie. Los pechos de Susan estaban más decaídos que de costumbre. Hong llevaba días sin pasar por ahí.

–David, cielo, me temo que no hay buenas noticias. Y ya sabes el cariño que te tengo. Llevamos trabajando juntos buena parte de las dos últimas décadas. Dieciséis años. Eso es mucho más tiempo del que algunas personas han pasado con su familia. –David asintió, cogió unos clips de la bandeja que había sobre la mesa, jugueteó con ellos. Susan tenía los ojos húmedos—. Tengo la sensación de haberte visto crecer, David. Te has convertido en un joven estupendo y ha sido un placer estar presente para contemplarlo, David. Pero, mira, las cosas no marchan muy bien, como me imagino que habrás podido comprobar. La gente ya no le ve sentido alguno a ir a la óptica de toda la vida, que no puede competir con las cadenas de moda que tienen dinero para invertir en publicidad, diseños de marca y tecnología puntera. El alquiler no deja de subir y, por mucho que yo crea que esto es beneficioso para alguien, para nosotros no lo es, ¿verdad, David?

David permanecía callado, escuchando. Se quedó en silencio, esperando a que Susan acabase de hablar. Nada se movía, se podía oír hasta el vuelo de una mosca.

–Susan, no entiendo lo que me quieres decir. –Tenía una expresión distendida y atenta. No había ni una pizca de ironía, ni sarcasmo en sus palabras. David decía siempre lo que pensaba, sin dobleces, sin significados ocultos, sin tensiones latentes, sin la menor falta de sinceridad. Susan se aclaró la garganta y bajó la vista a las rodillas.

–En fin, me apetece tan poco hacer esto como a ti que yo te lo haga. –Una pausa se abatió sobre ellos, de la misma manera que un edredón cubre una cama entera. Susan lo miraba fijamente. Él permaneció inalterable.

–Lo siento, Susan, pero es que no me estoy enterando de nada –volvió a insistir, pacientemente.

–Vamos, David.

Susan se levantó de la silla, se acercó hasta él y, por primera vez en dieciséis años, le pasó el brazo por el hombro y le acercó la mejilla a la cara. Olía a manteca de cacao, arroz con leche y desinfectante de manos.

–Se acabó, David –dijo con tristeza –. Hay que dejarlo. Bright Eyes echa el cierre.

A David le quedaba el dinero de la venta de la casa, pero ya nada era estable, no reconocía ni un solo elemento de su vida. Estaba aprendiendo a cocinar, a lavarse los calzoncillos. Había perdido el único trabajo que había desempeñado en su vida. Lo invadían el temor y la alegría.

Era martes. Llamó a Susan a casa:

–Hola, Susan. Soy David. Quiero comprar Bright Eyes.

Se cerró el traspaso. Bright Eyes era suyo.

Se empleó a fondo. Una nueva mano de pintura en las paredes. Un cartel nuevo sobre la entrada. Sacó brillo a los expositores y ordenó las nuevas gamas de gafas de diseño conforme al grado de redondez de sus lentes.

La mañana de la reinauguración llegó a la tienda inmediatamente después de amanecer. No había nadie más que él y los barrenderos. Era temprano hasta para los de los puestos del mercado. Se situó delante de la tienda y sintió el peso de las llaves en su mano. Las introdujo en la cerradura. Notó que todo encajaba como era debido. Giró la llave, abrió la puerta y entró en su tienda.

Su.

Tienda.

«Nuestra tienda, mamá», pensó para sus adentros, disfrutando del agradable olor a limpio, no a limpieza química e impersonal, sino a limpio de verdad, como un lugar donde uno se siente a resguardo. Como si alguien se preocupase por cómo está todo.

David colgó su abrigo, se quitó la bufanda y se quedó de pie con las manos en los bolsillos del pantalón, repasando con la mirada las hileras de gafas y pensando en su madre con infinito cariño, arrepintiéndose de todos los platos que había dejado sin probar, de todas las tazas de té que no se le ocurrió prepararle. Y comenzó a hablar con ella.

–Ay, no sé, mamá –dijo –. Vaya día más tonto el de ayer, ¿verdad? Pero ya es agua pasada, ¿no crees?

No dijo nada de importancia, se limitó a charlar distraídamente con las

monturas mientras pasaba la escoba por el suelo impoluto, barriendo el aire, una y otra vez.

Las manos de Miriam le acarician las mejillas. Están frías y huelen a guiso y jabón.

–No te preocupes, Dave –le tranquiliza–. Acuérdate del otro día, de lo nervioso que estabas porque iba a conocer a tu hijo Dale, pero luego estuvimos todos muy a gusto, ¿a que sí? Encajamos todos bien.

Asiente. Es cierto. A David le preocupaba que Miriam fuese a conocer a su único hijo, ya que Dale tiende a ser bocazas y maleducado. Pero Miriam, como siempre, tiene razón: al final encajaron bien.

–Estate tranquilo –lo calma Miriam–. Les vas a encantar. Y a ti te van a encantar ellos.

Y a continuación le acaricia la cara y David siente cómo la habitual orquesta comienza a sonar en el interior de su pecho.

Pete mira a su madre y ve en ella una placidez a la que no está habituado. Nadie ha pronunciado palabra durante los últimos minutos. Pete mira descaradamente a su hermana. Harry siente los ojos de su hermano clavados en ella, pero no reacciona. David los observa a todos, sonriendo, intentando captar la atención de alguno, sujetándose las gafas sobre la nariz.

–Mamá, el pollo está muy rico.

Miriam mira a Pete, agradecida de que alguien haya roto el silencio.

–Gracias, mi amor. Lo he preparado como siempre, como llevo haciendo toda la vida.

Pete le sonríe. Harry se estremece por dentro.

David encuentra su oportunidad de intervenir:

–Pues, bueno, eh... ¿cocinas mucho? –Se coloca bien las gafas.

–Ojalá, David –dice Pete–. Parece que últimamente no voy más allá de las alubias de lata con pan tostado.

–¿Ah, sí? ¡Pues yo hago unas tostadas con alubias encima que me salen buenísimas! –David vuelve a ponerse las gafas en su sitio. Da la impresión de que pronuncia todas sus frases entre signos de exclamación–. ¡Es que a mí lo que me gusta es espolvorear un poco de queso rallado por encima! ¡O a veces

por debajo! ¡Ya sabes, antes de poner las alubias encima! ¡Así se va derritiendo más uniformemente!

Harry se queda mirando a David, su pelo ralo, repeinado y engominado, con las puntas encanecidas; su cara vacía como un cuenco que mira con expresión embobada, preguntándose qué más podría comentar sobre alubias. Siente que su propio labio va dibujando una mueca de asco. Harry no se quita a su padre de la cabeza. A él, su trato difícil y su parquedad. A él y a su conversación elevada.

Se siente como una impostora cuando está con Pete y su madre. Se da cuenta de todo lo que ha sacado de su padre. La postura encogida y el carácter retorcido, frente al niño bonito de su hermano.

—Sí, ya lo he hecho. Ya he puesto queso encima alguna vez. Está bueno, sí.

Pete podría decir cualquier cosa, no importa el qué. Palabras. Mientras se hable, todo va bien, su madre se sentirá mejor.

Cada segundo de nerviosismo desplaza al siguiente. Los ojos ansiosos de David buscan un tema para comentar. Miriam respira relajada, preguntándose cómo puede hacer para que David se calme un poco. Los ojos de David se encuentran con los suyos, pero es incapaz de leer en su mirada.

—¿Y qué tal el trabajo, Harriet? Estás en contratación de personal, ¿no?

Se encoge como siempre hace cuando la gente la llama Harriet. Le parece el nombre de otra persona. Un recuerdo constante de todo lo que le sale mal. Pero su madre no piensa llamarla Harry. «Te puse un nombre por algo», le había dicho. «Y al fin y al cabo, eres mi hija».

—Sí, eso es, David, eso es. Pues me va muy bien, gracias, todo como la seda. Me van a ascender a un puesto de dirección. Trabajo con un equipo muy bueno, ya sabes, gente muy prometedora. —Suelta la retahíla habitual.

—Ah, qué bien suena. Pues eso es lo que hice yo, empezar desde abajo e ir subiendo. Si quieres saber mi opinión, es la mejor manera de llegar a algo en la vida.

David saca un enorme pañuelo del bolsillo y se suena sin apartar los ojos de Harry. Harry se queda mirándolo, sin saber si le está dando a entender algo con ese gesto o no. David acaba, retira el pañuelo y la anima, con una sonrisa de entusiasmo y una leve inclinación de cabeza, a que continúe hablando.

—Como trabajo está bien —dice Harry, un poco alterada—. Tengo un contrato fijo. No me puedo quejar, que en estos tiempos que corren cuesta encontrar algo.

–Tienes razón. Tienes razón en eso. Muchísima razón. Yo creo que actualmente hay muchísima gente peleando para conseguir un puesto. Mi hijo Dale ha tenido suerte. Trabaja en la empresa que lleva la pareja de su madre. Lleva metido ahí desde los dieciséis. Se dedica a poner andamios. Se le da muy bien. Pete, ¿no andas buscando trabajo ahora?

–Sí, sí. Bueno, estoy inscrito en la oficina de empleo –responde Pete.

–¿Y a qué te gustaría dedicarte? ¿Tu trabajo ideal? Tu madre dice que eres inteligentísimo.

–¡Claro que sí! –Miriam sonríe a Pete–. Siempre ha sido un lector voraz, una lumbrera. ¿A que sí, Pete?

Harry se queda con los ojos clavados en su madre. Es como si le hubieran aplastado el corazón bajo la pata de la mesa, pero mantiene una apariencia inmutable.

–Para serte sincero, Dave... –Pete sigue sosteniendo los cubiertos–. No tengo ni idea. Vamos a ver, yo antes pensaba que sí. Pero es que ahora...

Pete se queda apagado, vencido.

–¡Oh, vaya! ¡Qué pena! –exclama David con toda la alegría del mundo.

–Lleva años sin trabajo –explica Harry–. Piensa que no hay nada a su altura.

Pete mira a Harry con mala cara y comienza a quejarse con énfasis, pero sin alterarse.

–No es que piense que no hay nada a mi altura, es que ya no acepto cualquier cosa. Ya no estoy por la labor de trabajar por el salario mínimo y con contratos de cero horas.⁵ De trabajar sin descanso y que no me llegue ni para pagar el alquiler y mucho menos para ahorrar algo. Lo que quiero es labrarme una carrera profesional como cualquier otro.

–¡Sí! ¡Los jóvenes tenéis que labraros el futuro!

–¡He hecho de todo! He hecho chapuzas en un hotel, he sido dependiente en una zapatería, he cortado jamón en la charcutería de un hipermercado, he trabajado en mensajería, he servido copas... Pero David, soy licenciado en Relaciones Internacionales, aunque te parezca mentira. Pensaba que quería meterme en política, pero no sirve para nada. Para lo único que vale, y perdona la expresión, es para cagarse en todo. No tengo ni perspectivas, ni estabilidad. Ya no me queda ni confianza en mí mismo. No tengo un puto futuro laboral. Mírame, voy a cumplir los veintisiete, vivo en casa con mi padre.

Estoy pelado. Estoy en el paro. Mucho me temo, David, que ésa es mi realidad.

Pete respira con dificultad, con una flema dentro del pecho que lo enronquece. Se queda sorprendido por el exabrupto.

–Bueno –le consuela David –, las cosas se acaban encarrilando.

Pete comienza a hacer ruido con los cubiertos sobre el plato.

–Podría ponerme a estudiar algo más, retomar la universidad, pero necesitaría que alguien me lo financiase. Necesitaría una beca completa y ni por asomo soy tan brillante ni tengo unas ideas tan interesantes como para que me den una. Y, en todo caso, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene dedicarse a aprender si no puedo poner comida en el plato ni un techo sobre mi cabeza? Lo que digo es que he pensado en meterme en la enseñanza.

–¡Estoy seguro de que serías un profesor estupendo!

¿Ha sonado sarcástico? No era su intención. David escucha con el mayor entusiasmo posible.

–Igual algún día, pero en este momento, si tirase por ahí, resultaría tan mal profesor como los que me tocaron a mí y a los que tenía tanta rabia. Se necesita vocación para un trabajo así. Si no, acabas como ellos.

–¡Quizá te apetezca ponerte a trabajar con nosotros en Bright Eyes! –Se le escaparon las palabras de la boca antes de ser consciente de lo que decía y las vio brincar de un lado a otro, como una rana friéndose al sol sobre una acera.

El primer día que Miriam entró por la puerta, David vio algo en ella, cierto toque de dignidad que tanto anhelaba y que llevaba sin ver desde el fallecimiento de su madre.

–¡Hola! –se presentó–. Me llamo Miriam Chapel y llevo veinte años sin trabajar, pero aprendo rápido. Soy una persona muy entregada y estoy dispuesta a ayudarles con lo que necesiten. Soy muy sociable, disfruto con la compañía de los demás, bueno, vamos, que me gusta ayudar a la gente, de verdad lo digo. Y he llevado gafas toda la vida, así que entiendo perfectamente lo importante que es que la gente escoja la montura adecuada. Y me preguntaba si les hace falta que les echen una mano con algo.

Llevaba puesto un jersey gris, un abrigo azul marino, pantalones oscuros y zapatos planos. El cabello sedoso y bien arreglado, enroscado alrededor de

las orejas. Sonreía intensamente, desde las suelas de los zapatos, desde debajo de ellas, desde la moqueta de la tienda. Le tendió la mano.

—¡David Fairview! —respondió él—. Encantado de conocerte. Deja que te diga, antes de nada, que es una casualidad enorme que hayas entrado así, porque, fíjate... —Levantó un trozo de papel en cuyas esquinas había estado pegando masilla adhesiva. Era un cartel de «SE BUSCA EMPLEADO/A»—. Mira —señaló—. Y yo no creo en las casualidades, Miriam. Creo en los mensajes. —Y sostuvo su mensaje en la mano.

Volvió la vista hacia ella, hacia sus ojos y le sostuvo la mirada. Vio algo tan familiar y embriagante en los colores de su iris que sintió una carga eléctrica que lo recorrió por entero y que le hizo olvidarse de su existencia. Miriam sonreía.

—¡Vaya casualidad! —observó—. ¿No es una coincidencia?

Y David, aún sonriendo y lleno de electricidad y mirándola a los ojos, rompió el cartel y lo tiró a la basura.

—¡Estás contratada, Miriam Chapel! —exclamó—. Me gusta cómo te desenvuelves. Creo que puedes aportar mucho al negocio.

Miró a su alrededor y luego, otra vez, a Miriam.

—¿Puedes empezar mañana?

Miriam se colocó las gafas. Se sintió un poco aturullada. Quizá tenía que ver con la manera en que David la contemplaba, fijando los ojos sobre su cara, clavándoselos en las pupilas. La hizo sentirse mirada de una manera en que nadie lo había hecho en mucho tiempo. En años, quizá.

—¡Sí! —respondió—. ¡Por supuesto! —Alzó las manos al aire, dio unas palmadas con ellas y las puso delante de la barbilla—. ¿A qué hora empezamos?

—A las nueve y media. —Sonrió, peinándose hacia atrás con los dedos y metiendo barriga.

—¡Muy bien! —respondió—. ¡Bueno, bueno, esto es fantástico! ¡Es el primer lugar en el que entro a preguntar! ¿Se lo puede creer? Muchísimas gracias, David. Nos vemos mañana.

Sonrieron, se dijeron adiós con un soniquete y, mientras las hojas de la puerta batían a su paso, su perfume flotó en el aire que se había levantado. David olió el frescor de los pétalos y la densidad del almizcle.

Pete mastica la comida con parsimonia.

–Gracias, David, muy amable, pero no quiero que te sientas en un compromiso. Y estoy seguro de que algo me saldrá.

Se instala el silencio, espeso y pesado. Pete siente que pela finas capas de piel del tejido de la realidad y que se asoma a la textura rosada que se extiende por debajo. El universo se le acaba de revelar en todo su frágil dolor.

Las drogas.

Traga. Logra evitar que se le desencaje la mandíbula.

–Harriet. –Miriam intenta sonar curiosa y cercana al mismo tiempo, pero su tono está entrecortado de recelo—. ¿Y a ti cómo te va? –A Harry de pronto le entra sordera. Pone la mente en blanco. Madre e hija se miran precavidamente. Harry pone los labios en posición de ir a articular una tímida palabra.

–¿Estás...? –Miriam comienza a preguntar algo, pero no se le ocurre qué—. ¿Qué tal Leon? –acaba diciendo.

–Está bien, sí. Los dos bien. –Harry se pregunta si debe aceptar este hilo y tejer un tapiz con él. Vuelve la vista al plato. Le da vueltas a un poco de puré de patata.

El cerebro de Harry aún está asimilando imágenes de la fiesta de hace dos noches: esos ojos esa barbilla esos labios sonrientes cómo se marchó de ahí y le guiñó el ojo y se marchó y lo que sería tener a alguien al lado. Existía alguien extraño y opaco como ella. Las cosas que se contaron. Una esperanza que pinchaba y dolía como clavos hundiéndose, un rostro abofeteado en medio de esa agonía. Tose un par de veces. Miriam le pasa un poco de agua sin mirarle a la cara. Harry se la bebe sin darle ni las gracias.

A Miriam le gustaría saber si su hija está bien. Si está enamorada o si va a conciertos con sus amigos a la salida del trabajo, pero algo le impide construir las palabras. Ha existido un profundo silencio entre ellas desde que Harry era pequeña y Miriam le dijo que dos chicas juntas estaba mal. No podía funcionar a la larga, le había dicho. No era «de verdad», eran las palabras que había empleado. Esas palabras, aunque a Harry se le quedaron tatuadas en el cerebro, se han desvanecido de la mente de Miriam. Harry a menudo se pregunta: si dos personas recuerdan la misma situación de forma totalmente distinta, ¿cuál de los dos recuerdos es de fiar?

–¿Harriet? –insiste Miriam; su hija alza la vista. «No es cosa tuya educarla», se dice Harry. «No pretende hacerte daño»—. Qué bonita es la camiseta que llevas.

Una procesión de insultos del pasado desfila por la pasarela de su memoria. Su madre despreciando su manera de vestir cuando pasaba por delante de ella a toda velocidad para salir de casa. «Vas hecha una pordiosera» decía. «¿Quieres que te confundan por ahí con un chico?» o, la más habitual, «Eres guapísima de cara, ¿por qué te tapas así?».

Harry no puede ofrecerle una respuesta, ni siquiera una sonrisa. Pete la reprueba con un gesto de la cabeza: piensa que se ha puesto tozuda. Al menos su madre hace un esfuerzo.

Miriam, con la cabeza inclinada a un lado, espera a que alguien le dé las gracias. Confusa, como siempre, por el comportamiento de su hija. Vuelve la vista al plato y come con delicadeza. Corta la comida con equilibrio y precisión, de manera que siempre tiene en el plato una cantidad proporcional de todo lo que tenía al comenzar.

—Nada —le dice a Pete—. ¿Lo ves?

Alza las cejas y hace una mueca. Harry se muerde la lengua.

Pete sufre. Le estalla la cabeza. Tiene el cerebro hecho un guiñapo, reseco, la mandíbula le duele por culpa de las pastillas que le machacan las mejillas, le empachan y le producen unas arcadas que no acaban en nada; un recuerdo de la noche de ayer. Pero no importa lo maltrecho que se encuentre, todo va bien porque la chica le dio su número. Borra la sonrisa que se empieza a dibujar en sus labios, aparta el pensamiento de ella y contempla la incómoda escena que se desarrolla ante sus ojos: el pobre David haciendo lo que puede para caer bien. Harry y Miriam intercambiando silencios. De repente, a Pete le entran unas ganas de reír que es incapaz de reprimir. Y se deja llevar.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta Miriam, contagiándose un poquito de la risa.

Pete se ha tapado la boca, ha cerrado los ojos, los hombros se le desencajan de la clavícula.

—Lo siento —se disculpa—. Lo siento.

David sonríe con entusiasmo, pero su sonrisa proviene de otro sitio. Deja escapar una risa que suena como una bocina. Sólo un «JA». Esto provoca que Pete casi se ahogue al intentar recobrar el aliento para reírse aún con más fuerza. Se carcajea hasta dolerle la tripa. Miriam se acerca para frotarle la espalda a Pete y también se echa a reír, meciéndose suavemente, ahogando una risotada. Se le ponen las mejillas rojas, tiene lágrimas en los ojos. Le tiembla

todo el cuerpo. Pete se recupera y en ese momento se da cuenta de que a su madre también le ha entrado la risa. No se había percatado antes porque es muy discreta, pero estalla de nuevo al verla temblequear sentada en su sitio, con la boca pequeña, justo como se pone cuando se está desternillando. Parece que se va a echar a llorar. Se abanica la cara. David sonríe de oreja a oreja. Harry está clavada en la silla, jugueteando con las manos, sin saber adónde mirar. Pete y Miriam se calman. Pete termina de tragar. Harry se estira para coger su cerveza.

«Estupendo», piensa David. «Mejor no podría ir».

Cuando Pete vuelve a casa, está oscureciendo. Una luz violácea acerca el cielo a la acera y todas las formas de la calle se vuelven siluetas. Lleva una bolsa de plástico llena de cosas que le dio su madre. *Tuppers* con sobras y más comida para congelar, una barra de pan, algo de queso, un brik de zumo, pasta de dientes, desodorante y dos pares de calzoncillos nuevos. A medida que se aproxima a su casa, Pete ve un montón de cajas apiladas en montones corcovados. Cuando se acerca ve que las cajas est n llenas de libros. Se detiene ante ellos y los examina, los toma entre las manos, les da la vuelta, los hojea y los vuelve a dejar en su sitio. Son los libros de mamá. Está también su lamparilla de noche. Y sus guantes de jardinería.

Entra y encuentra a su padre sentado en el sofá a oscuras.

–¡Shhh! –le ordena su padre–. Ven acá. Ag chate, amomiado.  No ves que estoy haciendo algo? –Lo llama con la mano para que se acerque al sofá y le tira del brazo para que se siente a su lado.

Graham es un hombre fornido y echado hacia delante, pero la edad y el estrés lo han hecho encogerse. Tiene los hombros separados, como dos reinos enfrentados; su cuello es el extenso puente que los une. Camina con pasos largos y pesados. Se mueve con lentitud y aplomo, pero aún tiene la capacidad de embestir cuando hace falta. En presencia de gente que no conoce bien, se hace el pijo al hablar. Es un rasgo que provoca que sus hijos pasen mucha vergüenza cuando van con él a un restaurante.

–Pero  qu  hacemos?

–Shh. –Graham se lleva un dedo a los labios–. T  espera y mira –dice, intentando no hacer ruido. Pasa un minuto. No sucede nada. Pete observa a su viejo. Tiene un rostro noble y alargado, con la nariz regular y recta, ojos

marrones, redondos y grandes como los de una vaca. Los tiene hundidos y parpadean desde un fondo de arrugas de cansancio. Tiene la piel gruesa y, aun en invierno, de un color oscuro como el cuero.

–¿Papá?

–Ya te he dicho –susurra su padre–. Shhh.

Pete le pone mala cara.

–Papá, ¿qué haces?

–Escucha. –Graham le tira a Pete del lóbulo de la oreja–. Escucha. –Pete oye pisadas por la calle. Reducen el paso. Suenan frente a la puerta de casa.

–Ésta es la casa que te contaba –indica una voz de mujer. De unos treinta años. Acento del sur de Londres–. Mira –dice–, se pueden sacar veinte peniques por cada uno en el rastro.

–Ay, estos de aquí no sé. –Hay alguien más. Un hombre. Un hombre mucho más mayor, quizá su abuelo–. No estoy muy seguro.

–Bueno, ¿y este otro?, ¿eh? Éste me suena.

Pete puede oír cómo va sacando libros y poniéndolos en el suelo.

–Ah, sí, ése también me suena, creo.

–*Cumbres borrascosas* –lee la mujer en alto.

–*El breve libro de los mitos de fertilidad de la Europa Oriental* –responde a su vez el abuelo.

Pete mira hacia su padre:

–¿Estás tirando sus libros? –susurra.

A Graham le chispean los ojos y su susurro es áspero como un cepillo de cerdas.

–Ya no los quiere. No va a venir a por ellos. Ha pasado ya un año. Es parte del proceso de curación, hijo. Tú no lo entenderías. No hasta que te deje tu mujer. Lo que espero es que a ti nunca te pase.

Pete hunde la cabeza en el sofá, disfrutando de la oscuridad del salón.

–Haz el favor de echarte un poco más hacia abajo, que si no te van a ver la cabeza por la rendija de las cortinas. –Pete se repanchiga aún más sobre el sofá. Aparta la cabeza a un lado.

–¡Mira, *Guerra y paz!* –exclama el abuelo–. Siempre he tenido ganas de leerlo.

–No son para leer, son para venderlos.

–Y, ¡anda!, *La llamada de lo salvaje*.

–Ooh... –dice la mujer–. *Practique yoga con su mascota*. –Oyen cómo los

abren y los hojean—. Éste trae unas fotos preciosas.

—Vamos. —Graham se levanta del sofá tan silenciosamente como puede y, agachado para que no lo vean, echa a andar hacia la cocina.

Pete se alza poco a poco y lo sigue, también agachado. Se ponen cada uno a un lado del hervidor y escuchan bullir el agua. Resulta extraño la de cosas que se oyen en una casa vacía. Pete contempla el vapor, pasa los dedos a través de él, toqueteándolo.

—¿Y cómo es él?

A Pete le viene a la mente la sonrisa entusiasta de David.

—Muy majo —dice.

«Muy majo». A Graham le da un tirón en el intestino delgado.

—Y en una pelea, ¿quién ganaría?

—Papá, no pienso responderte a eso.

—No hace falta, ya lo sé.

—¿Estás borracho? —le pregunta Pete, pero la pregunta en realidad sobra.

—Lo que estoy es viejo. Ése es el problema. *Aquí* es donde tienes que estar con la mujer a la que amas. *Ahora*. Cuando se te pone así la cara, cuando te haces más viejo de lo que nunca imaginarías que llegarías a ser. *Éste* es, precisamente, el momento de quererse. No, a ver, lo que digo es que...

Echa la mano al armario que hay encima de él, da con dos tazas, enreda los dedos entre las asas. «Sus tazas. Las escogió ella». Las baja hasta la encimera y las coloca una al lado de la otra. Víben hasta quedarse quietas. Pone las bolsitas de té.

—Hijo, imagínate dentro de cinco años. Estaré viejo, gordo, lleno de canas y frágil y, si algún día consigues trabajo, me quedaré solo en esta casa. ¿Me entiendes, campeón?

Graham mira a su hijo con los ojos empañados y le da una palmadita cariñosa en la espalda, le acaricia una mejilla. Pete no se inmuta. No responde. Sólo mira.

Graham se sube los pantalones por encima de la panza y empieza a explayarse a gusto, ilustrando sus palabras en el aire con las manos.

—Tantos años de casado se aguantan para poder acabar juntos, llenos de arrugas los dos, para darnos mimos mientras vemos la tele, ir a comer *fish and*

chips a la playa, llevar gorros de lana y usar la tarjeta dorada para el transporte. ¿Quién me va a querer ahora? ¿Eh?

–Si te lo planteas en serio, te podemos apuntar a una página de ligar por internet.

–Internet, bah. –Escupe. No de verdad, sólo hace el gesto–. Si con veinte ya cuesta encontrar novia, ponte con...

Comienza a llenar las tazas.

–Debería haberla amado más cuando tuve la oportunidad.

Deja de verter el agua y sostiene el hervidor en el aire.

–Pete, que te sirva de lección en el futuro –dice volviéndose hacia su hijo–. Fui demasiado egoísta. –Alza un dedo para destacar la importancia de lo que se dispone a contar–. Que te sirva a ti de lección, ¿vale, hijo? Tienes que trabajártelo, ¿vale? Tienes que tratarlas bien cuando están contigo. Porque cuando se van, ya es tarde. –A Graham le arden los ojos mientras los mantiene fijos en el rostro de su hijo–. Aprende la lección que yo no fui capaz de aprender. –Remarca las palabras–: *Tú* serás un *yo* mejorado, ¿de acuerdo? –Se balancea sobre los dedos de los pies–. ¿De acuerdo? –pregunta, señalándole–. La evolución va de eso, ¿verdad?

–Siéntate, papá. –Pete le saca una silla –. ¿Has ido hoy al pub?

–Igual un ratito, puede ser –responde Graham–. Es sábado, ¿no?

–Siéntate aquí. –Pete toma el azúcar, echa dos cucharadas en cada taza y revuelve.

–Te digo una cosa, hijo –insiste Graham–. Yo sólo quería hacerlo bien.

Graham Chapel llevaba de abogado toda la vida. Creía en la bondad innata de la gente y, a pesar de todos los horrores que había presenciado, mantenía la creencia de que las personas sólo acababan yendo por mal camino por culpa de los abusos de una u otra clase que habían sufrido. Era la insoportable violencia *de* la vida lo que generaba la insoportable violencia *en* la vida.

Para él era como poesía. Una poesía elevada y difícil que buscaba ofrecer la paz a todo el mundo. Graham sabía en su fuero interno que era absolutamente cierto que las personas no debían asesinar, robar, torturar, someter, defraudar o mentirse unas a otras. Pero en una sociedad desigual no había aire suficiente para respirar. Por esa razón se hizo abogado defensor y

se veía absorbido por los desgarradores detalles de cada uno de sus casos, procurando aferrarse con todas sus fuerzas a su fe en la bondad de la gente.

Se desplazaba en su destartalada bicicleta desde la prisión de Brixton hasta la de Wormwood Scrubs, con sus casos metidos como podía dentro de su mochila andrajosa. Al principio trabajaba para una calamidad de bufete que tenía las oficinas encima de un pub en Elephant and Castle. Los ficheros estaban amarillos y las paredes temblaban cada vez que pasaba un tren. El despacho se llamaba McCallum, Diamond & Strauss. Diamond y Strauss llevaban tiempo muertos. McCallum, el jefe de Graham, era un ancianito entrañable con el cabello despeluchado y pasión por Chaikovski que exprimía a Graham porque sabía que éste se dejaba.

No tenía fines de semana, ni cogía vacaciones. En plena madrugada se sentaba, hasta arriba de café, en la sala de interrogatorios de la policía. Aceptaba casos de turno de oficio a favor de gente avasallada por sus caseros, sus jefes o su ayuntamiento. No podía evitar implicarse personalmente en cada pleito. Cada fracaso lo asumía como propio y la culpa machacante que seguía a la derrota lo arrojaba a largas noches de alcoholismo y silencio.

Finalmente, consiguió trabajo en el West End, en un bufete más grande con casos de mayor enjundia. Tenía dos niños pequeños en casa y, aunque sus fotografías estaban encima del escritorio, la mente la tenía en las alegaciones presentadas contra sus clientes. Sabía que Miriam llevaba mal sus preocupaciones –discutían constantemente a causa de ello–, pero desde su punto de vista, aquella era su vocación y la libertad de las personas yacía en sus manos. «¿Y qué hay de mi libertad, Graham?» le preguntaba ella. Pero él no entendía qué tenía que ver aquello con lo que estaban hablando y le decía que no pensaba entrar al trapo. Tenía trabajo pendiente y estaba cansado.

Había adoptado la costumbre de llevar zapatos con finas láminas de metal fijadas a los tacones, para que así, al avanzar por los silenciosos pasillos de los tribunales, con sus suelos de mosaico de mármol, sus pisadas resonasen y el eco retumbase por las paredes como si a sus espaldas marchase un ejército invisible. Cuando pisaba con fuerza, saltaban chispas. Los jueces en sus despachos enviaban a sus secretarios de dedos delgados para ver qué era ese ruido. Volvían con la cara pálida diciendo: «¡Su señoría, ahí fuera hay un hombre con fuego en sus pies, un verdadero Daniel⁶ venido para litigar!».

Pero todo aquello sucedió cuando era más joven. Sus creencias hacía

tiempo que habían perdido vigor y ahora lo único que le importaba era llegar a casa al final del día para poder sentarse en paz. Tenía muchos proyectos en mente. Estaba escribiendo una obra de teatro, creando un sintetizador y construyendo un barco en el garaje, que planeaba echar a navegar. Había aceptado aquellos restos despedazados de un hombre que no podía abonarle sus honorarios. Consistía apenas en un casco podrido pero, aun así, era su proyecto personal y el disfrute estaba en el trabajo inmediato, no en llegar a terminarlo. Actualmente trabajaba de abogado de empresa en la estación de tren de St. Pancras, donde nadie lo tomaba demasiado en serio y donde podía salir del paso sin esforzarse demasiado.

El mundo, con toda su desquiciada injusticia, le parecía un problema ajeno. Hizo todo lo que pudo mientras pudo, había criado a dos hijos, había enterrado a sus padres y había perdido el amor de su esposa. Contempló con impotencia a su único hermano hundirse en la locura y la adicción. Vio a inocentes ir a la cárcel y a culpables salir impunes. Sentía un repelús que le subía por la palma de la mano cuando los asesinos volvían a casa con sus novias porque él se había hecho cargo de su defensa.

Incluso de niño había tenido un sentido arraigado de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, y a menudo lo llamaban para zanjar disputas en el patio. Pero ahora, en su madurez, ese apremiante sentido de la justicia se le había agotado. Estaba quemado de llevar el odio del mundo sobre sus hombros. Sólo quería armar su barco, escribir su obra de teatro, crear su sintetizador y, siempre que sus hijos estuviesen sanos, para él el mundo iba bien. El dolor de los demás había perdido su intensidad. El mundo más allá de las paredes de su garaje era un caos repulsivo y febril y los días de intentar dejar su huella en él habían pasado hacía mucho, mucho tiempo.

DE COLOR BEIS

Pete observa el humo azul enroscarse en dirección al techo como un dragón chino. En su mano brilla la pantalla del teléfono con mayor viveza que el mundo real. Se queda mirando el mensaje que le ha llevado una hora escribir:

hola soy Pete estuvimos juntos ayer. Quedamos luego? Bs

En un arrebato de convicción, le da al botón de enviar y sonrío con fuerza. La ola tarda dos minutos en desplazarse y luego rompe, batida y espumosa, colmándolo de una duda cargada de desprecio. Anda como un perro con pulgas por la habitación en penumbra, con una mano en los calzoncillos y la otra puesta sobre sus ojos cerrados. Tiritando. Veinte minutos pasan en silencio. Atormentado, y perdida la esperanza, se odia hasta que siente el zumbido sobre el colchón, la breve puñalada que le hace enderezarse, y mete la mano a ciegas bajo el edredón.

Sí, estaría bien. Trabajo por el centro hasta las diez. ¿Nos vemos por el Soho?

Se pone en pie de un brinco y da unos puñetazos en el aire. Se lo toma ya con más calma. Se hace el indiferente todo lo que es capaz de aguantar, pero en cuestión de minutos ya le está enviando la respuesta.

encuentro un bar y t escribo. 10:15? Bs

Espera, temblando, dándose bofetones en las mejillas y tocando la percusión en su barriga. Recorre la habitación y se distrae hojeando un periódico tirado en el suelo. El tiempo es una puerta giratoria. A medida que pasa, se siente cada vez más imbécil por haber escrito y comienza a odiarse por todo lo que ha hecho o dicho. Imágenes fugaces de sí mismo en el café, fisgando por la barra, sin nada que decir, hacen que se estremezca de vergüenza.

El teléfono le vibra en la mano. Lee:

Qué decidido. Nos vemos.

Y es el dios de todas las cosas.

Becky vuelve a guardar el teléfono en el bolso y mira el semáforo que tiene delante. Está abollado por el medio y derrama su zumo de naranja barato sobre un charco de la acera. Unas calles más lejos, aúlla una sirena. Un hombre con un bigote enorme y un gran sombrero de piel pasa a su lado y sus pisadas forman un eco húmedo. Hay un toldo sobre el escaparate de enfrente. Tiene las esquinas rasgadas, los bordes están hechos trizas, epilépticos por el viento.

Entra en el vestíbulo del hotel. Es amplio y luminoso. El suelo resplandece como una pista de hielo, portamaletas de color dorado que parecen jaulas vacías. La recepcionista se sienta tras un mostrador enorme. Su uniforme es violeta y gris. Becky pasa por delante y la saluda con un gesto. Ella se queda mirándola mientras revuelve unos papeles. Lleva las uñas limadas en forma de cuña, pintadas del color de la sangre seca. Un grupo se está registrando, europeos, estudiantes quizá, se ríen de algo. Uno lleva melena y la sacude en el aire.

Se dirige al bar y se sienta en el taburete libre que hay más al fondo de la barra. El bar da a la calle. Detrás del barman, sobre un expositor impoluto, se alinean las botellas, con bastante separación entre ellas. Todo es simétrico. No hay una mota de polvo. Todas las sillas son cuadradas. Todo es violeta claro y blanco y gris. Líneas largas y oblongas. Se arranca un hilo de los vaqueros. Tira de él hasta que queda tenso.

Recuerda su nombre. Recuerda su silueta entre la multitud, pegada a ella. Recuerda su cabello, su oreja y su cuello. Tiene que ser una señal. Aprieta las palmas de la mano contra la superficie de la barra y estudia las líneas que surcan el dorso. Se pregunta cómo será el cliente con el que ha quedado. Se pregunta dónde estará su madre ahora. Al otro lado del océano, en algún desfiladero majestuoso. Las colinas americanas de piedra roja. Se pregunta si sus padres siguen en contacto. Si se envían postales. Puede sentirlos, su presencia es hoy más fuerte de lo que lo ha sido en años. Antes, su madre le escribía. Todos los meses; pero le pidió que dejase de hacerlo. Se mudaba de piso en piso y nunca le daba a Paula su nueva dirección. Sabe que Linda

guarda las cartas. Sabe que están amontonadas en una balda del armario que queda encima de la estantería de libros que hay en el salón de Linda. Tal vez debería leerlas.

Se pone en pie y va hasta el baño para retocarse el maquillaje. Pasa delante de la ventana. No es capaz de apartar los ojos del toldo. Contempla cómo ondea al viento.

A medida que Pete desciende a las profundidades del metro sobre las escaleras mecánicas, siente que lo va invadiendo la inquietud. «Hay túneles que horadan la ciudad, hay túneles y en esos túneles la gente se sienta en tubos metálicos y va adonde necesita ir». Desciende poco a poco, nivel a nivel, cada vez más hondo, nota cómo cambia el aire, nota en las mejillas cómo aumenta el calor. Se quita el abrigo y lo cuelga sobre el brazo. Comienza a tiritar en mangas de camisa, pero el sudor jadea en sus poros, como corredores en la línea de salida, esperando a que el arma dispare.

Se sube al vagón, pisando con tiento, y se sienta entre extraterrestres y se siente morir, pero se centra en el lugar al que se dirige y en lo que va a hacer y, mientras emerge al aire de Oxford Circus, vuelve a sentir júbilo. Aterrorizado pero, gracias a Dios, sin llegar a perder la cabeza. Al menos, no por ahora. Entra y sale de siete bares distintos intentando hallar el apropiado.

Acaba encontrando un sitio: un restaurante de moda que tiene bar en el sótano. Baja las escaleras y va a parar a una sala de techo bajo, con una vieja barra de madera a lo largo de la pared del fondo. Las sillas son viejas butacas de cine, tapizadas de color púrpura, con los brazos gastados por el uso. La luz es tenue. Hay grupos de clientes sentados bebiendo y charlando, dándose golpes en la espalda cada poco. Hay una o dos personas bebiendo solas. Suena Joy Division. Camina hasta la barra para pedir una pinta de cerveza.

Becky lo ve al otro lado de la sala. No lo ha tenido delante las veces suficientes como para reconocer su aspecto a la primera. La forma de sus piernas, ligeramente combadas. La coronilla de su cabeza, que le clarea un poco. Los ojos de Becky se van posando en todo mientras se acerca a la barra: la textura del terciopelo ajado de las butacas parece tan cansada como ella. La

gente que bebe, el hombre de aspecto solitario que intenta no mirar a la pareja que se besa a su lado.

Pete se da la vuelta y la ve caminar hacia él. Esbelta y ágil, como una serpiente, llena de movimiento. Lleva una camisa holgada y vaqueros rotos, contonea las caderas al andar y puede apreciar el contorno de su cuerpo bajo la ropa. En ese momento es la mujer más hermosa que ha visto nunca. Lleva el pelo recogido, pero algunos mechones más largos le caen por la cara, castaño oscuro intenso, casi negro. Pete intenta sonreír, pero las facciones de su cara son agua escurriéndose por un desagüe. Se detiene a su lado. Le da un beso en la mejilla.

—¿Una copa?

—Sí. Voy pidiendo yo —dice.

Impone una seriedad a la que Pete no está acostumbrado. Hay tanta intensidad en la manera en que habita su cuerpo y el espacio que, de un tajo, corta a Pete por la mitad. Pero conversan con desenfado, saltando de un tema a otro, sin prisas ni sensación de incomodidad. Beben cerveza, luego vino, después whisky y, a continuación, ginebra.

Están prácticamente borrachos cuando, por fin, Becky decide que es hora de buscar las palabras.

La habitación se desdibuja y se oscurece. No hay bordes que contengan las formas. No hay bordes que contengan los sonidos. Todo es arcilla y vacío. Becky se desliza hasta el objetivo de su conversación. Su boca es la bocina de un gramófono; su pecho, un vinilo que gira. Sus palabras son lentas, salen empapadas de cieno.

—El libro que estabas leyendo cuando entraste ayer en el café...

Nada en dirección a la superficie desde el fondo del mar, a punto de atravesarla y volver a la vida.

—¿Sí? —Pete no es consciente de la agonía de Becky.

—¿Qué era? —dice, y el tiempo regresa y se queda desorientada. Un chasquido en los oídos y el cuello y las cosas vuelven a moverse a su ritmo. Los objetos recuperan su contorno.

Pete se queda pensativo. La bruma del alcohol lo exagera todo.

—Igual era un libro de John Darke, si mal no recuerdo. Un libro sobre política. ¿Por qué?

–¿Lo habías leído antes? –pregunta con precaución. Su respiración es un ala quebrada.

–No, acabo de conseguirlo. Hace siglos que andaba detrás de él. ¿Te suena John Darke?

Están sentados uno enfrente del otro, en una pequeña mesa junto a la pared. Él se echa hacia delante, apoyándose sobre los codos; ella se echa hacia atrás, apoyándose en el respaldo, con los pies puestos en la silla de enfrente.

–¿Dónde lo conseguiste?

–Por internet.

–¿Qué? ¿Lo buscaste sin más? –Su voz tiene un ligero temblor.

–No, es más bien... Es que estoy suscrito a una web sobre, bueno, esto... libros prohibidos, autores censurados... Ya sabes, todo ese rollo. Y... eh... me van notificando cuando encuentran material impreso y cosas por el estilo.

Se queda mirando a Becky. Ella se sienta y se queda pensando un rato, contemplando la nada. Pete espera. Bebe un poco de ginebra.

–¿Por qué me lo preguntas?

Becky retira los pies de la silla y se gira para quedar frente a él. A continuación, empieza a examinarlo. Pete no le sonrío, sino que se queda quieto. Los ojos de Becky le hacen derretirse hasta quedar tierno. El corazón de ella resbala en aceite. Becky es un cuadro de Francis Bacon que gime en silencio con los ojos desorbitados. El rostro de él es inocente. Tiene una nariz, dos orejas y dos labios como cualquier ser humano, pero transmite algo que logra acercarla a su padre más que nunca.

–John Darke.

–Sí.

–¿Y quién es?

Pete aprieta los labios y tuerce el gesto.

–Bueno... –Su tono está lleno de entusiasmo—. Es una leyenda. Menudo hombre.

–¿Por qué? ¿Qué hizo?

–Pues, bien, ya que me preguntas... ¿Era político? Bueno, yo diría que sí. Y escritor. Y también profesor. Era... eh... una mente brillante. Sin duda alguna. Quiero decir, el libro, lo que llevo leído de él hasta hora, es algo asombroso. Este hombre tenía una idea sobre cómo hacer que la democracia fuese responsable, sobre cómo reimplantar la democracia en Occidente y arrebatarse el poder a las grandes empresas y devolvérselo a la gente. Pero... ¿qué pasó

con él? Una cosa terrible. Se la jugaron. Lo acusaron de algo. ¿Asesinato? Algo horrible. ¿Violación? Su reputación hecha pedazos, hundido hasta el fondo. Lo encerraron durante una buena temporada, pero su legado sigue vivo. Sus ideas, vamos. Creo que aún lo tienen metido en algún lado.

El corazón le palpita. Se queda clavada en su asiento, con la boca ligeramente abierta, apretando su copa.

Pete extiende los brazos:

–Vaya tío. –Sacude la cabeza–. Pero bueno, es que yo estoy muy metido en esto, como ves. Puedes buscar sobre él en Wikipedia o por ahí.

Becky mantiene la mirada durante más tiempo de lo que él es capaz de aguantar. Pero él es incapaz de leérsela. Se levanta de repente.

–Voy un momento al baño, Pete –dice, con las piernas temblando dentro de sus vaqueros.

Camina con tiento hasta el lavabo de señoras, se pone delante del espejo y se queda contemplando los rasgos de su cara durante un minuto entero.

Están ya en la calle, embotados por la bebida, fumando. Hablan en tono amistoso sobre los colegios a los que han ido y los trabajos que han tenido. Se dirigen hacia la parada de autobús, Becky se ha cogido del brazo de Pete, se agarra a su manga, siente su costado.

Mientras el autobús cruza el puente, de vuelta al sur, ambos sienten la sacudida y el chorro a presión del hogar.

Becky quiere llevárselo a la cama. Pete se ha venido arriba con el alcohol y le pasa el brazo por el hombro mientras ella camina junto a él por la ululante avenida principal del barrio. Se enroscan en la escalera, salen al pasillo de la cuarta planta y se asoman a las calles, a las encías sangrantes de Londres. Pete entra en el apartamento detrás de ella y espera a su lado en la diminuta cocina a que Becky abra el whisky y encuentre un cacharro limpio donde servirlo. Cruza por delante de él para alcanzar los vasos y Pete siente la carga eléctrica de su proximidad, extiende los brazos hacia ella y Becky reacciona. Se detiene lentamente, retrocediendo hasta ponerse a un centímetro de su cara, rozándole la piel con la nariz. Él se queda paralizado, contemplándola. Comienzan a besarse y se arrojan al suelo a la vez, desvistiéndose con ímpetu, dando con las rodillas contra los duros azulejos de la cocina y con la cabeza en los muebles. Riendo, zafándose uno del otro, buscándose de nuevo.

Por la mañana, Becky se despide de él en la calle principal con un beso. Un beso en la boca que hace que el mundo a su alrededor se encoja y que ellos se estremezcan por dentro. Se aleja, su cuerpo parece un engranaje. Pete se fija en la simetría perfecta de cada golpe de tacón que da, de cada pisada que eleva, atravesado por lo contenido de sus movimientos. Ella no se gira en ningún momento. Él la contempla abrirse camino por la calle hasta que la pierde de vista. Y aun entonces, admira el último espacio que ocupó hasta que le duelen las cuencas de los ojos.

Becky va pensando ya en otros asuntos. Se dirige al café de su tío. Se pregunta si sus tíos se portaban bien con su madre cuando eran pequeños. Si su madre recuerda los días anteriores a su llegada a casa del tío Ron, cuando dormían en una cabina de teléfonos.

Se acuerda de un grupo de bailarinas que iban a clase con ella y que presentan un espectáculo en el centro. En el folleto visten de negro de pies a cabeza, iluminadas por potentes haces de luz. Se rio de la imagen cuando la vio en internet, pero ahora le vuelve a la mente y le duele. Se las imagina reuniéndose, ensayando juntas. Siempre había considerado que sus ideas eran simplonas, y a sus rutinas les faltaban elementos de innovación. En clase eran personalidades dominantes que armaban follón y carecían de imaginación. Era más fácil reírse de ellas que reconocer que, desde el primer momento, se había sentido en un plano superior. Pero estas chicas se dedican ahora a la danza y ella, no.

Se acuerda de Kemi Racine, con su ceja única, oscura y hundida sobre el rostro como la de Frida Kahlo, muriéndose de ganas de bailar, hablando de todos aquellos que llegaban a las audiciones más obsesionados con ser bailarines que con bailar de verdad. Racine es la coreógrafa actual favorita de Becky. Nunca se hace con los encargos importantes. Sólo la conocen los que la buscan. No es famosa ni se la tiene en alta estima precisamente. Con frecuencia plagian su trabajo y lo hacen pasar por obra de compañeros masculinos de mayor éxito. Da clases en una escuela de poca monta en Copenhague. Becky había leído el artículo de prensa que publicó la semana anterior. Era una llamada a las mujeres para no abandonar la coreografía, ni echarse atrás por falta de oportunidades, financiación o apoyo. Tiende tus propias redes, decía. Alimenta tu propio motor.

Becky contempla a la gente por la calle, oye el bullicio, siente la acera y se

atreve a pensar en todo lo que le gustaría contar algún día, con su cuerpo, en una pieza creada por ella misma.

Pete echa a andar. La ciudad se tambalea a su alrededor. La gente lo empuja al pasar, lo insulta; se siente perdido entre el marasmo. Las imágenes súbitas de su cuerpo junto al de Becky lo colman de una alegría secreta, pero siente el temor cerca. Lo mantiene a raya, aunque siente la presión. Nunca sabe cuándo le pondrá la zancadilla.

Decide hacerles una visita a Nathan y Mo. Son dos de sus amigos más antiguos y lleva meses sin verlos. Viven como a un cuarto de hora, yendo hacia Honor Oak Park. Abandona la calle principal y enfila por la amplia alameda flanqueada por caserones antiguos maltratados por el tiempo, elevando la mirada hacia los tejados engalanados y los grandes ventanales. Deja atrás la iglesia, gira a la izquierda, internándose entre la porquería y el polvo de edificios de ladrillo achaparrados, marcos de ventana rotos y fachadas ennegrecidas por el humo de la carretera. Niños que gruñen. Perros que sonrían. Pasa con lentitud por delante del establecimiento de *fish and chips*, del quiosco, de la licorería, de unas niñas montadas en bici que se gritan unas a otras, del local de pollos, de la barbería, de tres hombres vestidos con túnicas apoyados sobre los aparcamientos de bicicletas que hay delante de la cooperativa de consumo, del restaurante jamaicano, de la panadería, de la funeraria, del bloque de viviendas, de un hombre trasladando una nevera sobre dos monopatines, del garaje en el que atiende la taquilla una mujer que es tonta del culo, del autolavado, del kebab, de las casas de muros encalados y senderos de gravilla, del pub, del otro pub. Del agradable restaurante caribeño. Pete se cuele por la cancela de hierro y ataja por el cementerio. Descuidado y comido por la maleza. Árboles por doquier. Se queda contemplando cómo se mecen entre los rayos del sol. Las losas resquebrajadas, los ángeles y los panteones. El crujido del sendero de gravilla bajo sus pies raudos. El olor a primavera en el aire.

Nathan es recio y corpulento. Lleva barba. Toca el bajo, crea bases de música electrónica y habla como un *subwoofer*. El cuerpo de Mo es tan desgarrado que da la sensación de que se sostiene precariamente. Camina a zancadas y su

cara es todo sonrisas. Trabaja en el *call centre* de una compañía eléctrica. Están los dos tirados en el sofá, viendo lo que dan por la tele. Van por la mitad de un programa de citas. Pete se sienta entre los dos, estira las piernas y comienza a liarse un porro.

–¿En qué andas últimamente? –le pregunta Mo, mirándolo con los ojos rojos.

–Poca cosa –responde Pete. Mo asiente con la cabeza.

–Guay entonces –añade Nathan, y vuelve a repantigarse en el sofá.

Pete clava la mirada en los colores del monitor de plasma que tiene delante. Contempla cómo los píxeles se desfragmentan y se entremezclan de nuevo. Todo comienza a moverse a gran velocidad y puede sentir el pavor acechando desde un rincón del salón: una sombra con las fauces abiertas, la cabeza echada hacia atrás y que deja escapar una carcajada de loco. Parpadea. Vuelve la mirada a la tele. Pero el mundo se ha acelerado y todo aquello en lo que consigue fijar su concentración reduce la marcha. Se mira las manos: están lejos de él. Siente que suceden cosas fuera de su vista. Le empieza a picar la piel, el sudor se prepara bajo sus poros para salir. Su visión se vuelve apresurada, abrupta, violenta. «Respira». Pero es una respiración pixelada, demasiado rápida. «Calma». Latidos violentos. Dolores en el pecho. «Tranquilo». Los ojos puestos en la tele y luego en el papel de fumar.

–Este tío es gilipollas –protesta Nathan–. ¿A esta gente de dónde la sacan?

–Es la tele, hombre –dice Mo–. A esta gente se la inventan.

Ven el programa en silencio, poniendo cara de desprecio.

–Deberías ir a esto, Mo. Lo petarías fijo –lo provoca Nathan.

Pete recibe la ocurrencia con una amplia sonrisa. Parpadea un par de veces. Siente que recobra su rostro.

–¿Eso crees? –Mo mira por encima de él, en dirección a Nathan.

–Sí, seguro que les encantas –asegura Nathan –. Imagínate. Serías el puto amo.

Los tres miran la pantalla. Un hombre con un chaleco abierto sobre un pecho aceitado y unos pantalones chinos amplios se desliza por una barra en medio de un plató de televisión mientras que treinta mujeres situadas detrás de unos podios indican si tendrían una cita con él encendiendo o apagando unas luces. Pete se mira las manos: sigue respirando. Está sentado entre los otros dos, recordándose quién es él, quiénes son ellos. Le gustaría decirles algo, pero el silencio dentro de su boca es una descomunal manzana que le impide hablar,

encajada en su garganta. Está convencido de que existe algo terrible que va a venir a por ellos. El temor va creciendo desde un lugar de su interior. Todo lo que podría salir mal sale mal en un bucle que reproduce los detalles más escabrosos. Su cuerpo vuelve a ser suyo poco a poco. La forma en la que Becky ha escalado por él ha dado un vuelco a todo. La manera en la que lo agarró del cuello. Sorbe por la nariz y se limpia con la manga.

Pete tenía doce años cuando empezó a fumar porros. Comenzó a andar con los chicos de su barrio, que se lo llevaban a hacer pintadas con ellos. Sus nuevos colegas eran unos conspiranoicos entusiastas. Se colocaban y hablaban durante horas sobre las organizaciones ocultas que controlaban el mundo. A Pete todo le cuadraba a la perfección. Había razones y pruebas, había profecías antiguas y evidencias irrefutables y un relato sobre el advenimiento del fin. Se iniciaría con la creación de un gobierno mundial. Unidos bajo una misma moneda. Existiría una policía mundial. Un sistema de justicia universal. Un ejército bajo el control de la Bestia. Cuando esto ocurriese, nos hallaríamos ante los últimos días y los últimos días sólo hallarían su fin cuando únicamente sobreviviesen en el mundo dos buenas personas, las dos últimas que se negasen a llevar la marca de la Bestia: un chip que el gobierno mundial nos injertaría en las manos. Estos chips, proseguía el relato, quedarían justificados en nombre de la seguridad pública y la conveniencia. Una economía sin dinero en metálico. Un chip y se acabaron los billetes. Ya no te podrían robar. Haría de carnet de identidad y de tarjeta de crédito. Sería también tu nuevo móvil. Tu tarjeta de transporte. ¿Qué tendrías que esconder? Sería tu pasaporte. Sin él no podrías cruzar fronteras, comprar víveres o pagar la factura del agua. No podrías subsistir. Lo harían poco a poco para que creyésemos que era elección nuestra. No acertaríamos a verlo como una imposición: lo veríamos muy ventajoso, sería el nuevo accesorio imprescindible. La solución a todos nuestros temores infundados. ¿Por qué no ibas a querer uno?

A medida que fue cumpliendo años, Pete contemplaba la creciente omnipresencia de los chips portátiles con un temor angustioso y estridente. También observaba los avances de la llamada guerra contra el terrorismo con el corazón encogido: la consideraba el inicio del aplastamiento de toda nación que desafiase el dominio mundial de Occidente.

Las teorías decían que, una vez que nos implantasen estos chips, el mundo

entero quedaría dividido entre los que aceptasen el chip y los que no. Se acabaría el racismo, la lucha de clases, la desigualdad entre los sexos... Sólo los que portasen el chip y los que no. Los que no, serían considerados terroristas, enemigos del progreso, estarían sujetos a tortura y vigilancia constante y, finalmente, morirían. Vivirían formando bandas en medio de la naturaleza, serían cazados por soldados con balas rastreadoras de calor. Y cuando sólo quedasen dos, los últimos dos del mundo que hubiesen rechazado el chip, todas las almas de los que habían muerto volverían a la Tierra para luchar entre sí, el bien contra el mal. Marcados contra no marcados.

Pete se pasaba todo el tiempo sentado a oscuras con sus colegas, metidos en sus habitaciones con las paredes forradas de pósteres de bandas de metal y raperos hardcore, en lóbregos pisos del barrio de Catford, acariciando a sus perros. Dedicaban el tiempo a mover la cabeza, hablar entre susurros y ver documentales con las cortinas echadas en pleno día. Y estaba convencido de que aquello era verdad. Estaba seguro de que sería uno de los dos últimos.

Cuando creció, se apartó de ese ambiente, pero éste nunca lo abandonó a él. No del todo. Comenzó la universidad y no podía evitarlo: todo lo que aprendía lo hacía a través del filtro de aquellas densas e interminables historias para no dormir. Era como una fe oculta que no podía mencionar. Leía sus libros de texto o asistía a clase y cuanto más aprendía sobre el funcionamiento del mundo, más convencido quedaba.

Evitó utilizar la *Oyster card*⁷ todo el tiempo que pudo porque no le gustaba que fuese obligatoria. Daba igual que no desease que sus movimientos quedasen registrados. No podría coger un autobús hasta que no lo hiciese como ellos querían. Pero al final se rindió, y cada vez que la usaba para desplazarse o prepararse una raya, sentía que se le caía la cara de vergüenza.

Sabía que iba a suceder así. El chip llegaría y él le haría frente tanto tiempo como hizo con la *Oyster*, pero acabarían poniéndoselo como a todos los demás, sin ni siquiera darse cuenta.

Pete le da una calada a su porro. Tiene la cabeza hundida hasta el fondo entre los almohadones del sofá. Fuma a grandes bocanadas. En la tele ponen anuncios. Mo baja el volumen.

Nathan se remueve en el sofá e inclina la cabeza hacia Pete.

—¿Está bueno? —le pregunta, señalando el canuto sin emplear las manos y

poniendo la cara más lastimera que sabe.

–Sí, está bueno, gracias, Nathan –responde Pete.

–¿Cómo no iba a estarlo? –dice Nathan reflexionando un instante–. Y me imagino que una rica taza de té le iría genial. ¿No te parece?

Pete lo mira con los ojos entreabiertos y le da un rotundo no por respuesta.

–Vamos, hombre, ponnos un té, *porfa*, Pete.

–Estoy en tu puta casa, el té me lo sirves tú, tocahuevos.

Nathan finge asombro:

–Tampoco es para que te pongas así, ¿no?

Miran los anuncios con el sonido aún bajado.

Nathan no aguanta ni un minuto:

–Anda, Pete –suplica–. A nadie le sale el té como a ti.

Sonríe complaciente. Habla con una devoción exagerada.

–Tu té es perfecto. Perfecto. Inmejorable. Con la bolsita puesta el tiempo exacto, con el punto justo de azúcar. Con su lechecita...

Nathan le da una chupada a su porro, aguanta el humo y lo expulsa lentamente, con los ojos medio cerrados.

–Mierda, Pete –se queja–. Es que haces del té un arte.

Le ofrece el peto a Pete y asiente con cara seria.

–¿Yo? –prosigue–. A mí no se me da bien. ¿A que no? No tengo ninguna maña.

Se quita una hebra de tabaco del labio.

–¿Pero a ti? –concluye–. ¿Tu té? ¡Buah!

–Pues tío, lo que hay que hacer es practicar más, eso es todo. Seguro que algún día te sale, Nathan. Te lo prometo –le anima mientras le da golpecitos en la rodilla para redondear el sarcasmo.

–¡No! –niega Nathan–. No, oye, atiende. –Se lleva el canuto a los labios y gesticula con las manos–. Ni años de práctica harían por mi habilidad para preparar el té lo que el talento innato ha hecho por la tuya.

Pete pone cara de derrotado, sacude la cabeza, le pasa el peto a Mo y se pone en pie.

–¡Hombre! ¡Gracias, tío! –exclama Nathan–. Sabía que podía contar contigo. –Nathan le regala una sonrisa, amodorrado y con los ojos brillantes, rezumando gratitud.

Pete se dirige al otro lado de la moqueta, donde la cocina se une al salón.

–Eres el mejor, Pete, de verdad –le dice Nathan mientras abandona la sala–.

Llevaba una hora dándole la chapa a Mo para que fuese a preparármelo.

Mo sube el volumen ahora que han terminado los anuncios, estira las piernas y le da una calada al porro de Pete.

–Te podrías hacer tú el té, puto vago.

No vieron su silueta aproximarse, pero cayó sobre ellos. Paulatinamente, inmensa y cubierta de sangre. Hizo que se precipitasen el uno hacia el otro.

Ella tenía dudas. Le decía que no quería nada serio y él respondía que sí, que claro, que él tampoco. Pero él comenzó a pasarse por el café casi todos los días.

Besarla era como abrir la puerta de un horno de fundición.

Ella no dejaba de decirse a sí misma que no tenían nada. Que estaban viendo cómo se desenvolvía la cosa. Sin ataduras. Sin compromisos. Ya tenía mucho encima. No quería novio. Le dejó claro que ella iba a seguir viendo a otras personas. Él le dijo que sí, que también era lo que él quería.

La ciudad se abrió a ellos. Todo les pertenecía. Envolvieron mutuamente sus cuerpos, sintieron el amanecer contra su piel desnuda, juntos en la cama, sin medida del tiempo, íntimo rojo, lúcidos esplendores de relámpago, nubes de lluvia estallando en el exterior. Entretanto, dentro, la exploración sin fin. Cada vez más cerca el uno del otro.

–Dame tu boca –le decía ella, metiéndole los dedos dentro, atrayendo su mentón con las dos manos.

Ella hizo de él un hombre, una mujer, un niño. Él nunca había conocido algo así. Se sorprendió sentado sobre el regazo de ella durante una fiesta, haciendo monerías para su regocijo, disfrutando de lo que los ojos de ella provocaban en su cara. Una mirada hacía que le entrase una risa tonta y lo llenaba de vitalidad. Otra mirada lo hacía ponerse circunspecto y arder de deseo por dentro, una pasión oscura que ella despertaba con el movimiento de sus pestañas. Las cosas por las que lo hacía pasar. Ella era como un cuerpo extraño dentro del suyo. Metal alojado en un órgano vital. Una impredecible metralla ahí clavada desde el instante en que posó los ojos sobre ella y sintió la ráfaga.

Pasaron varias semanas. Las cuatro de la madrugada en su piso de Deptford. Cuerpos descoyuntados después del sexo. Yaciendo sobre sábanas empapadas de sudor. Sabían que estaba ahí en ese momento: un vértigo novedoso, oscuro

e informe, pero presente de noche en la habitación, presente en la manera en la que él ansiaba su perfil y los contornos de su figura.

Ella le contó quién era su padre. Le dijo que su madre la obligó a cambiarse el apellido. Que se había pasado quince años imaginando que nunca había tenido padre. Él no creía que fuese verdad.

Se cogían de la mano en el cine, bebían cervezas en los pubs, paseaban por la orilla de los ríos; hacían todo lo que hacen las parejas.

Le contó quién era su madre. Cómo había renunciado a su vida y lo desgraciada que había sido. Le dijo que ella no sería capaz de hacer lo mismo. Nunca sacrificaría sus sueños por nadie. Él le dijo de todo corazón que no, que nunca debería hacerlo. Ella le habló sin lágrimas ni sentimentalismo del día en que su madre se fue; él no podía creer las cosas por las que ella había pasado.

—¿Por qué no vas a visitar a tu padre, Becky?

—Nunca tengo ganas de verlo. —Y lo decía con tanta naturalidad, con tanta sencillez, que no cabía decir más. Los padres de Pete no estaban en la cárcel ni se habían fugado a un convento. Su madre trabajaba en la óptica que quedaba calle abajo y su padre estaba en su oficina del centro. Toda su vida había confiado plenamente en ellos. Nunca tuvo que plantearse si sentir amor resultaba seguro.

Cuando ella le contó lo que hacía para ganar dinero, a él le costó asimilarlo. Pero, teniendo en cuenta todo su pasado, había que comprender que el sistema de valores de Becky fuera distinto al suyo. Dejó su moral a un lado y puso en cuestión su procedencia. Podía sentir a su padre dentro de él, la obsesión de su padre con lo que gobernaba la brújula moral de las personas. Le daba vueltas y vueltas en la cabeza al trabajo de ella. Con paciencia, ella le explicaba una y otra vez que no todo lo que pensaba sobre el tema era necesariamente cierto.

—Es como dice mi tía Linda —le contaba—. Lo que para un hombre es el destello de un relámpago que desgarrar el cielo a su paso, para otro es una estrella fugaz que apenas alumbra.

Están en el parque, la última brisa de la primavera sopla entre los árboles. Impetuosa. Como un redoble de timbales, como océanos que entrechocan.

Todos los árboles al unísono, bailando. Acompasados como una fila de borrachos tambaleándose de un lado a otro.

–Pete, es muy importante para mí mantenerme por mis propios medios. Tú estás viviendo del paro. No es por meterme contigo, pero es la verdad.

Pete y Becky miran fijamente hacia el ondulante verdor, roto lo que les unía. El viento les echa el pelo hacia atrás. Becky bebe té de un vasito de poliestireno. Su superficie se bate y forma ondas.

–¿Quieres que deje la danza?

Él se queda mirando sus manos.

–No digo eso.

–Sí, lo dices –le recrimina. Y a él estas palabras lo abren en canal. Contempla sus entrañas retorciéndose, sorprendido de ver de qué pasta está hecho en realidad.

–Si dejo de dar masajes no puedo permitirme bailar.

–Pero habrá otras cosas a las que puedas dedicarte, ¿no?

Becky le habla despacio, como si fuese un niño, como si se lo explicase por milésima vez.

–Puedo trabajar dos horas dando masajes y ganar lo suficiente para una semana. Eso me da libertad para ir a los ensayos. Estoy yendo a clase. Y encima tengo que trabajar en Giuseppe. Se lo debo a mi tío, pero no me pueden pagar una mierda, Pete. Ya sabes cómo va esto.

Se estira para coger su té, ella se lo pasa. Bebe pensativo.

–No tendrías por qué sentir estos celos. –Pete se sienta al borde del banco, intentando escucharla sin sentirse enfadado–. A mí no me supone ningún problema, ¿por qué a ti sí?

–Sabes muy bien por qué –dice Pete, sintiéndose diminuto.

–No sé exactamente lo que te da miedo, pero no es como imaginas, Pete. Es sólo una persona tocando el cuerpo de otra. –El viento retumba con más fuerza–. ¿No lo ves? Esto no tiene por qué suponer una amenaza para nuestra relación. Es mi trabajo. Y no voy a dejar de hacer lo que siempre he querido porque tú te pongas celoso.

–Si yo con la danza no tengo ningún problema. –Se siente desesperado. Tiene todas las de perder.

–Pues las dos cosas van unidas –afirma –. No pienso dejarlo. Así es como me gano la vida.

Busca los ojos en aquel rostro, pero es incapaz de encontrarlos. Él sigue

con la mirada puesta en el regazo.

–Estoy sola –dice–. Llevo sola desde los quince. No tengo ahorros, no puedo recurrir a mis padres, como bien sabes. No les puedo pedir dinero a mis tíos porque ellos tampoco lo tienen. Ya les cuesta lo suyo mantener el café abierto. Estoy yo sola, Pete, sólo tengo lo que puedo conseguir por mí misma.

No dice: «A diferencia de ti», pero Pete oye cómo lo piensa.

Le devuelve el té a Becky.

Se sienta en el pub con sus amigos. Es un fantasma metido en una sudadera. No tiene nada que decir: se limita a pasar el rato. A sus amigos les comienza a aburrir su perpetuo abatimiento. Llega a casa y espera a que ella acabe el turno. Son las tres de la mañana. Está leyendo. Dibuja bocetos en su cuaderno. Se encuentra bien. No piensa en habitaciones de hotel, ni en las caras de esos hombres, ni en sus cuerpos, ni en cómo ella toca sus pollas. ¿Les pone la misma sonrisa cuando se corren que la que le pone a él? No piensa en eso. Ella llamando a la habitación del cliente. No piensa en eso. La voz de ella en su cabeza. «No es para ponerse celoso». Y sabe bien que «no supone ninguna amenaza». Pero no es que esté precisamente en disposición de decir: «No trabajes esta noche, yo te pago el alquiler este mes, tú céntrate en la danza». No tiene una puta libra. «No supone ninguna amenaza». Se está desmoronando. Se pega a sí mismo un buen rapapolvo.

Una hora después, ella lo llama para decirle que ya ha salido. Abre la puerta y sabe dónde ha estado y es una alegría ver su cara bajo la luz de las farolas, esos ojos que ama, la sonrisa que dibujan esos labios que son los mejores labios del mundo; aunque sabe dónde ha estado y le duele; no puede evitarlo.

–Dame tu boca –dice ella.

Y él se la entrega, pero sin entregarse.

SEGUNDA PARTE

«A la tacha siempre es el amor ciego,
siempre inclinado su espíritu al goce,
Sin cárcel, con alas, sin ningún fuero,
del pensamiento las cadenas rompe.

Las almas se venden de hombres,
por oro en su tierna infancia,
la juventud, a un matadero llevada,
la belleza, por un mendrugo entregada».

WILLIAM BLAKE, «Libertad y cautiverio»

CÁLIDA NOCHE, FRÍA NAVE ESPACIAL

Harry sujeta un fajo de dinero. Se dispone a contarlo por cuarta vez. Los calcetines le quedan demasiado grandes, flojos por los tobillos. Eso le repatea pero no le ha dado tiempo a poner una lavadora y siempre usa primero los mejores que tiene. Lleva los labios pintados de rojo brillante. A veces, cuando cuenta el dinero, le gusta ponerse barra de labios y engominarse el pelo hacia atrás como un torero.

Leon baja las escaleras y entra en el salón. Sus pisadas son suaves, pero Harry las oye de la misma manera que uno oye el roce de sus propias piernas al moverse. Su intuición lo localiza dentro de la casa. Leon se planta en la puerta de la cocina.

–¿Todo bien? –le pregunta Harry, sin apartar los ojos del dinero.

–Todo bien –responde, se acerca a la nevera, la abre y se inclina para echar un vistazo dentro.

–¿Una cerveza? –pregunta.

–Venga –dice mientras cuenta.

Leon saca una, la abre y se la pasa. Saca otra para él y se sienta a la mesa, enfrente de Harry.

–¿Cuánto tenemos? –pregunta sin apartar la vista de la botella.

–Seiscientos setenta mil libras –Harry resopla a través de sus labios apretados—. Entre esto y lo que tenemos apartado. En unos siete u ocho meses ya nos ponemos ahí, si no antes.

Leon pega un pisotón contra el suelo de linóleo.

–¡Joder! –dice, y hace que la palabra dure un rato largo.

Leon se había criado en el edificio de apartamentos que quedaba junto al área comercial al comienzo de la calle donde vivía Harry. De niños los dos eran inseparables. Jugaban a las peleas y al fútbol y tramaban planes para ganar millones: iban a comprarse un submarino en el que vivirían, y del que tirarían una flota de tiburones que acudiría a la llamada de su silbido como si fuesen perros.

Leon era un niño tranquilo de cara bonita. De madre inglesa y padre indígena venezolano, poseía una fuerza que iba creciendo constantemente bajo su piel. Con diez años se pasaba las tardes leyendo sobre revoluciones y guerras civiles. Se metía bajo las sábanas con libros de la biblioteca y leía a la luz de una linterna. Algunas noches, hasta la hora del desayuno. La Historia le fascinaba, quizá porque no sabía nada de la suya.

No llegó a conocer a su padre, nunca vio una foto de él, nunca oyó su nombre. No conocía ni un retazo de su vida, pero cuanto mayor se iba haciendo, más se asemejaba a él y más se atenuaba el parecido con su madre.

Sus padres se habían conocido en una época muy distinta. El padre de Leon, Alfredo, había viajado hasta Inglaterra con dieciocho años, de la mano del célebre activista ecológico y periodista británico James Peake, que había convivido en la región amazónica del Orinoco con la etnia de Alfredo, los wotjuja, durante tres años, aprendiendo sus costumbres y documentando su lucha.

James era un inglés cargado de buenas intenciones pero rematadamente inconsciente, con una enorme fortuna heredada y complejo de héroe. Su interés antropológico era sincero, pero su reverencia hacia los pueblos indígenas rayaba en lo malsano. En el fondo, estaba ansioso por ayudar, pero tendía a ser paternalista e idealizar a la tribu. Encontró en Alfredo una oportunidad para «marcar la diferencia» y la atrapó con todas sus fuerzas.

A Alfredo se le endureció el espíritu tras años de ser testigo de la destrucción de todo aquello que tenía por sagrado. Eran los últimos días, los que cantaban los sacerdotes y poetas. Sentía que la selva se encogía y gritaba. Sus tíos le habían contado la historia del día en que los hombres de la gran empresa estadounidense habían llegado con sus contratos, sonriendo a los ancianos mientras les entregaban sacos de azúcar y arroz blanco y barriles de gasolina a cambio de una equis sobre un trozo de papel. Y de cómo luego, al cabo de unas semanas, llegaron con sus camiones y sus máquinas y abrieron las minas. Vio a los suyos caer enfermos de males que los chamanes eran incapaces de sanar empleando las hojas con las que siempre habían curado a su pueblo. Había visto a los mineros desgarrar la tierra, arrancar las raíces de los árboles y matar a los dioses que habitaban en su interior y que protegían la selva. Los había visto rasgar los cielos e incendiar las nubes. Había visto el cáncer descender de las gigantescas nubes de humo negro que día y noche brotaban de la mina a raudales. Y había visto nacer a niños con ronchas rojas

en la cara, ronchas que lloraban y sangraban y que significaban que el niño iba a morir.

Alfredo era joven y, como le sucede a muchos jóvenes de todas las partes del mundo, contemplaba la injusticia y le provocaba dolor. Su furia se desbocaba y se revolvía en su interior como un animal. Aún no tenía edad para decirse que no había nada que hacer.

En un esfuerzo por proteger su hogar y a su gente de la destrucción total, Alfredo, instruido por James Peake, había aprendido inglés. Se le daba bien y se puso a leer hasta que James se quedó sin libros que proporcionarle. Bajo la diligente tutela de James, solicitó plaza en la Universidad de Oxford. Iba a emprender esta lucha de la única manera que consideraba eficaz: con las armas del enemigo.

Hablaría el lenguaje de su opresor, aprendería sus leyes y comprendería su lógica deleznable. Después, pensaba, estaría mejor pertrechado para explicarles que estaban asesinando a su pueblo y que éste no podría sobrevivir mucho más. Estaba convencido de que una vez que supiesen lo que estaba pasando, cuando entendieran el coste de la destrucción, no habría forma de que el responsable de todo lo que le sucedía a su gente, fuese quien fuese, eligiese el dinero por encima de la vida humana. No si le hacía ver que esa elección era sencilla y no admitía otra solución.

La madre de Leon, Jackie, se había fugado de casa cuando tenía quince años para ir en busca de un tío suyo al que nunca había conocido, pero del que había oído contar historias toda su vida. Alistair McAlister era el mellizo de su madre. Era un famoso *jockey* con una casa enorme que estaba casado con una estrella del pop. Vivía en Londres, donde todo el mundo era guapo y rico. El alma en pena que Jackie tenía por padre había perdido el trabajo y con él la dignidad. Vivía en un pueblo costero cerca de Middlesbrough. Allí no había nada para ella. Sólo el mar, los pubs y su padre buscando empleo. Su madre, enganchada a las drogas, se había ido apartando paulatinamente de sus vidas. Llevaba años sin pisar la casa. No hubo discusiones lacrimógenas, ni portazos. De repente, un día, se fue en silencio. Su adicción era un asunto gradual, triste y silencioso. A veces Jackie la veía sentada junto a otros drogadictos en la calle principal, con la piel plagada de arrugas y delgada como un hilo. No parecía que Jackie la echara de menos, pero su ausencia

volvió distante a su padre. El silencio en la casa era más fuerte incluso que el olor a humedad.

Jackie se sentaba con su padre a ver la vida de los demás por la tele. Las actrices de las series tenían amoríos y vestían chaquetas de cuero. Los estudiantes tenían sueños y aventuras. Los jóvenes tenían amor y moda. Jackie era una adolescente solitaria y no sabía en qué creer. Una oscura tarde de invierno, un anuncio estalló en medio del salón. Su tío Alistair les sonreía desde un plató iluminado. Estaba promocionando un nuevo programa de entrevistas. Personalidades del mundo del deporte se partían de risa mientras le intentaban ganar llevando en la boca un huevo sobre una cuchara. Vestía un traje caro y zapatos brillantes. Los colores se desparramaban como olas sobre sus muebles de tonos apagados. Los dos, sentados en el sofá, se encontraron de pronto bañados en un brillo efervescente y multicolor. El padre de Jackie expresó su desagrado chasqueando la lengua, pero Jackie sabía que se había quedado sobrecogido.

La madre de Jackie siempre había odiado a su hermano y no se molestaba en disimularlo. Jackie sólo lo había visto un par de veces, cuando era demasiado pequeña como para tener un recuerdo nítido. Lo que tanto fastidiaba a su madre era que cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no se le pasaba ni una sola vez por la cabeza la posibilidad de no lograrlo. Su empuje. No confiaba nada en él. Pero ahí estaba, en la tele. Jackie sintió cómo se le aceleraba el corazón. De lleno, sin medias tintas.

Las amistades de Jackie eran pasajeras, si puede hablarse de amistades. Nunca había tenido novios ni mejores amigas; ni tan siquiera amigos invisibles. Era la chica parada de ojos nerviosos. Olía mal y se metían con ella por eso. En casa no había cuarto de baño ni ropa limpia, y sus inquietos ojos de color gris tenían que conseguirse su propia comida. Pero un frío día de junio despertó con una sensación de calor en las sienes; quizá de fiebre, quizá de ira. Al llegar el mediodía, se encontraba ya corriendo sobre los adoquines húmedos de su pueblo para llegar a la estación. Vio un repentino resplandor en el cielo. En su interior sonó una sirena. Estaba segura de que el resplandor tenía forma de disco. Una luz blanca y brillante. Siempre había creído en los extraterrestres. Sabía que estaban ahí y que estaban de su parte. Volvió a mirar pero el cielo volvía a estar gris y vacío. Sabía que era la forma que tenían de decirle que hacía bien en echar a correr. Esto provocó que sobre su cara se

extendiese una sonrisa culpable mientras pasaba a toda prisa por el torno de la estación. Pegada a la mujer que tenía delante, se coló sin billete.

Jackie llegó a Londres con lo puesto. Se había ocultado del revisor en los lavabos durante todo el viaje. Petrificada. Se bajó del tren, se internó en el amplio vestíbulo de la estación de St. Pancras y, de repente, le cayó encima todo el peso de su huida. Todos aquellos desconocidos, adultos, extraños y más altos que ella. Apresurándose para coger trenes que los llevarían a lugares que Jackie imaginaba llenos de amor y *top models*. Comenzó a reñirse a sí misma. Escuchó las vocales entrecortadas del acento de su padre dentro de su cabeza y se pellizcó los brazos como castigo. Intentó combatirlo, pero ya lo veía venir. Se echó a llorar.

Lily Peake, la esposa de James Peake, se dirigía a casa tras visitar la tumba de su madre. Ensimismada, atravesaba el vestíbulo de St. Pancras sintiendo a su madre con más contundencia de la que jamás había experimentado cuando vivía. En vida, su madre sólo le hacía sentir vergüenza. Un ser peculiar, que parecía tener tanta fijación por las debilidades ajenas que Lily apenas podía soportar sus visitas esporádicas, merendando pasteles de nata en un salón de té en Londres. Pero ahora que estaba muerta, Lily veía a su madre bajo una luz distinta: se dio cuenta de que no era la debilidad sino la sinceridad aquello a lo que otorgaba tanta importancia. Iba recorriendo la estación mientras sentía el deseo irreprimito de estar de nuevo junto a su madre, de contemplar cómo se movían sus arrugas, revelando las expresiones hacia las que había alzado los ojos desde que se abrieron por primera vez. Experimentó una ternura desoladora y se dio cuenta de que daría cualquier cosa por una incómoda hora escuchando las opiniones trasnochadas que tenía su madre. Lily no pudo aguantar más y rompió a llorar.

Ahí estaban, una mujer llorando y una niña llorando. A menos de treinta metros de distancia. Jackie iba medio agachada, pero continuaba desplazándose entre la multitud. Lily, mostrando mayor compostura, pero dejando que las lágrimas corrieran por su rostro. Y, de pronto, a través de su llanto, se fijaron la una en la otra. A Lily le causó impresión la niña asustada. Aquella niña que sollozaba con la cara sucia, raquítica, esmirriada y desesperada, pero con una calma que no había visto desde la última vez que contempló los ojos de su madre. Lily siempre había creído en las señales. Se

secó los ojos, se recompuso un poco y le brindó a Jackie una sonrisa desde lo más hondo de su ser.

Jackie se asustó. Echó a correr por toda la estación, tropezando con las cintas de las bolsas de viaje y pasando a toda velocidad por delante de unos adolescentes refunfuñones. Sus hombros huesudos chocaban contra vientres abultados. La gente le gritaba mientras ella los iba esquivando y se dirigía a la salida. Lily, impactada y moviéndose con cautela, observaba a la niña huir. La cabeza le iba a mil por hora. Sin darse cuenta, se lanzó tras ella.

–¡Oye! –Lily oyó una voz–. ¿Pero adónde te crees que vas?

Un hombre pretencioso y con la cabeza como una bola de billar. Gordo y ofendido, con el contenido de su maletín desperdigado. Documentos importantes por el suelo, levantados por los aires y arrastrados por el rebufo de los trenes que partían de la estación, revoloteando por doquier. Lily emergió de entre la multitud y vio que estaba agarrando a la chica por el hombro.

–¡Mira la que has armado!

La chica parecía débil y paralizada. Lily acudió en su ayuda. Compartía algo de la tendencia de su marido a erigirse en salvador. Era resultado de su fortuna, su educación exquisita, su firme moral y las genuinas, aunque con frecuencia mal dirigidas, ganas de hacer el bien propias de las personas progresistas.

–Se le debería caer la cara de vergüenza –le dijo al hombre gordo–. Tratar así a una pobre niña.

–¿Va con usted? –Aún la tenía agarrada por el hombro. Con fuerza. Jackie sintió el dolor de huesos bajo su pulgar. No movió un músculo.

–Sí, viene conmigo –respondió Lily guiñándole el ojo a la chica.

–Pues contrólela. Salió de no se sabe dónde, me embistió, me hizo soltar el maletín y mire la que acaba de armar.

–Oh, lo sentimos muchísimo. ¿A que sí, corazón? –Lily le pasó a la niña el brazo por el hombro. En ese momento, el hombre se lo soltó–. Es que perdemos el tren.

Dicho esto, Lily, con el corazón latiéndole como nunca, echó a correr con la niña. Juntas salieron disparadas de la estación y se metieron en el primer local iluminado que encontraron. Un pub. Lleno de humo, *tweed* y carcajadas. Recuperaron el aliento y se sonrieron.

–Bueno –dijo Lily, secándose las lágrimas–. Ya que estamos aquí, ¿por qué

no pedimos algo de comer?

Esa noche, Jackie acabó yendo a casa con Lily Peake, y así fue cómo, a la mañana siguiente, conoció a Alfredo, el joven amigo de James, el marido de Lily. Alfredo era un extranjero que vivía en el ático anexo a la enorme casa junto al parque. Las cañerías estaban repletas del agua que calentaba la caldera del sótano. James le compraba los huesos de las aceitunas sobrantes al dueño de la tienda de productos griegos que quedaba al final de la calle y alimentaba con ellos la caldera que daba calor a la casa. Jackie se emocionaba con todo lo que veía: pasaron días enteros en los que estaba segura de no haber parpadeado ni una sola vez. Por las noches se tendía sobre la cama agotada y confusa.

También se emocionaba con la compañía de Alfredo. Cuando lo veía, sentía un dolor en el paladar y en el fondo de su estómago. Era tan callado como ella. Caminaba a tientas, como ella.

Alfredo encontraba fascinante a Jackie. Se hallaba tan fuera de lugar como él, con el mismo arrojo y tan llena de dolor. Se sentaban a la mesa con Lily y James Peake, la amable y acomodada pareja sin hijos que los había acogido.

Cruzaban el vestíbulo y sentían que el cuerpo del otro cambiaba en la cercanía. Había algo dentro de ellos aflorando, deseando la proximidad del otro. Alfredo sentía la pequeñez de ella y eso lo empujaba a querer tomarla en brazos. Él mismo era un hombre pequeño. Bueno, apenas un hombre, más bien un chico.

Y así es como se enamoraron. A su silenciosa manera. Apenas hablaban, pero Jackie se colaba de noche en la habitación de Alfredo, incapaz de estar lejos de él.

Caricias mudas y desesperadas. Los ojos de él como pozos de tierra húmeda y negra. Los de ella, azules y vertiginosos como el viento.

Escaleras arriba, en su anexo, Alfredo repetía frases y aprendía textos de memoria, preparando su examen de ingreso bajo la orientación atenta y pausada de James. Escaleras abajo, junto a la puerta trasera, Jackie –invadida de temor– se escabullía en plena noche y corría, corría y corría.

Nunca encontró a su tío. Ni siquiera lo buscó. En lugar de eso, tuvo que apañárselas sola –una adolescente más, embarazada y sin nadie a quien acudir, por las desalmadas calles de Londres.

Leon creció hasta convertirse en un chico delgado, tan alto como bajo era su padre, con rasgos como los de los reyes mayas que había visto en las imágenes de sus libros. No sabía nada del encuentro entre sus padres. Nada de la tribu de su padre. Lo único que conocía era Lewisham, a su callada madre y a sus hermanas de distintos padres. Y su piel parda y las mechas cobrizas que brotaban entre el negro de sus cabellos y que a las chicas les encantaba descubrir con sus dedos.

No tenía la menor idea de que su padre hubiera entregado su vida a una vocación o que hubiera peleado y combatido por su pueblo. Lo único que sabía era que se trataba de un tema que no podía sacar a colación. Desconocía a los grandes hombres y mujeres que habían llevado su luz desde los albores y cuyo fuego portaba con el único fin de transmitirlo a la generación siguiente.

Cuando tenían trece años, a Leon, con un poco de esfuerzo, se le podían echar unos nueve, pero Harry podía pasar por alguien de veinte. Había algo en su cara que le hacía parecer mucho mayor de lo que era, y eso a pesar de su cuerpo diminuto y su piel de bebé. Harry era la única del colegio que podía conseguir que le vendiesen tabaco. Un auténtico chollazo. Quizá algo tenía que ver la mujer que trabajaba en la tienda que quedaba detrás del campo de fútbol. Harry entraba, con sus facciones angulosas y sus torpes andares, su ropa holgada y su balanceo, y con la cara tiesa de vergüenza. La mujer de la caja —de veintimuchos años, con sonrisa de haber pasado la noche de juerga, pelo azul, brazos tatuados— era siempre muy amable con Harry y la llamaba «preciosa», lo que hacía que le empezasen a rugir las tripas descontroladamente.

Harry y Leon comenzaron vendiéndoles cigarrillos a sus compañeros de clase por cincuenta peniques la unidad. Podían colocar dos cajetillas de diez en un buen recreo y volver a casa con diez libras en el bolsillo. Esto era cuando aún se podían conseguir diez Sovereign por 1,25 libras. Guardaban el dinero dentro de una lata que escondían en la habitación de Harry. Le pusieron un candado y cada uno tenía una copia de la llave.

El instituto al que iban era uno normal, lleno de sexo, drogas y abusos, estallidos de histeria y enfrentamientos melodramáticos. La mitad de los compañeros de Harry nunca había visto el mar, pero absolutamente todos habían visto un porro.

Cuando acabaron el instituto llevaban vendidos suficientes cigarrillos como para comprarse media piedra de costo. En el momento en que empezaron a venderle chinas a la gente, el mundo se abrió ante ellos. Habían encontrado su lugar en la sociedad. Y más tarde llegaron las fiestas, las llamadas de teléfono y los ajetreados días yendo en bicicleta de un lado a otro. Tenían dieciséis años y eran populares. Al fin la vida les pertenecía. Tenían algo por lo que vivir, con lo que trabajar, en lo que involucrarse. A los veinte años cambiaron los gramos de maría por los de cocaína y asumieron los riesgos que esto conllevaba. A medida que el dinero iba alcanzando cifras cada vez más respetables, se encontraron ante la posibilidad de ahorrar y comenzaron a mirar hacia el futuro. No iban a fundírselo todo en ropa nueva y cadenas de oro. Iban a montar su propio negocio: un bar, un restaurante, un local nocturno. Algo que fuese de ellos, donde nadie pudiese molestarlos y donde todo el mundo que acudiese se sintiera guarecido.

Harry y Leon perfeccionaron su servicio, consiguieron la mejor mercancía y la pasaban sin llamar la atención. El amor que se profesaban el uno al otro era la clase de amor que florece mejor en las partes más deprimidas de la ciudad, entre amigos que quieren algo más que drogas baratas, sexo de mala calidad, violencia esporádica y monotonía final con los que parecía conformarse la gente de su quinta. Una relación fraternal que iba más allá de la sangre, porque se basaba en la supervivencia, la superación personal y la confianza ciega del uno en el otro.

Eran astutos y precavidos: nunca se compraban cosas caras, sólo vendían a conocidos, usaban varios números de teléfono y trasladaban el alijo día sí, día no. Se habían puesto como objetivo una cifra y cuando la alcanzasen se retirarían del negocio. Querían conseguir un millón.

Leon siempre había sentido pasión por la gastronomía. A los diecinueve consiguió trabajo en una cocina y comenzó a aprender la profesión. Algo en ese ambiente lo hacía sentirse él mismo más que nunca. Le encantaban los cuchillos, el ritmo de trabajo, el hecho de que partiendo de unas pocas cosas, y haciendo todo correctamente, se acababa creando algo que era mucho más que la suma de sus partes.

Se metió de lleno, echando las mismas horas que le echa cualquier chef. En sus días libres iba al gimnasio y entrenaba duro. Dejaba en manos de Harry el

grueso del trapicheo. Harry era melosa o espabilada según le tocara. Sabía leer e interpretar bien a la gente, y a todos los desarmaba con su carácter. Era dicharachera, daba conversación. Se fiaban de su criterio. Leon era el músculo. Detectaba el peligro en cualquier parte y sabía cómo frenarlo. A menudo se mantenía escondido hasta el último minuto.

Leon se consagró a estar preparado para cualquier imprevisto. Se instruyó en tres artes marciales distintas y practicaba tai chi para ganar fuerza y agilidad. Levantaba pesas, corría por el parque durante horas y saltaba a la comba cuarenta minutos todas las noches. Se pegaba con cualquiera que buscara pelea. Pronto se ganó fama de estar pasado de rosca. De ser alguien de pocas palabras y con el ojo avizor. Los que más miedo dan. Pero nunca iba a por nadie a menos que fuesen a por él.

Al cabo de unos años, a medida que el asunto iba exigiéndoles más dedicación, Leon tuvo que dejar el delantal. El día que colgó la chaquetilla fue un día triste, pero estaba entregado a Harry y a su proyecto. Y algún día, cuando lograsen su propio local, Leon tendría su propia cocina.

Cuando Leon cumplió los treinta, miraba a su alrededor y se daba cuenta de que, cada vez que salía con sus amigos, llegaba un momento de la noche en el que se le colgaban del hombro y se enjugaban las lágrimas de los ojos mientras le confesaban lo infelices que eran.

—La vida —declaraban, convertidos en refinados poetas, tras unas copas de más y unas rayas— no es más que rutina y apariencias. Nada cambia. Trabajar, comer, dormir, follar, beber, bailar y morir.

Pero Leon nunca había visto la vida de esa manera. Leon sabía que la vida podía ser repulsiva o hermosa. A menudo, las dos cosas a la vez, pero nunca mediocre. Sabía que cada cosa que sucedía, aunque fuese una minucia, tenía que ser tenida en cuenta, sentida, disfrutada, combatida o defendida.

Pasan un rato sentados en la cocina, bebiendo sus cervezas.

—Y entonces, ¿cómo es la movida? —le pregunta a Harry mientras juguetea con la etiqueta de la botella.

—Bueno, pues al parecer —Harry alza la mirada y con ella las cejas— todo nos va a salir de perlas.

Leon la mira con escepticismo. Van a reabastecerse pero a Pico, el camello

con el que llevan casi siete años trabajando, lo han metido en la cárcel, así que tienen que ir a ver a su sustituto. A Leon no le hace mucha gracia.

–El material es el mismo –le tranquiliza Harry–, el proveedor tampoco cambia. Es simplemente un enlace nuevo. Eso eso todo.

–¿Tú te fías? –duda Leon, sin dejar de enredar con la etiqueta.

–Sí –le responde Harry–. ¿Tú no?

–A mí todo esto me da un poco de mala espina, tía. Pero, en fin –Leon deja la cerveza sobre la mesa y se pasa la mano por la cabeza, siente el abombamiento de su pelo al roce de su mano–: si te pones a darle vueltas, todo es así. ¿No te parece?

Harry le dice que está de acuerdo con él. Mete hacia dentro los labios hasta formar una línea muda sobre su cara.

–Eso es precisamente lo que iba pensando esta mañana –dice–: justo eso.

Leon tiende la mano en dirección a Harry, sin mirarla, y ésta le pasa el cigarrillo. Leon le da una calada, expulsa el humo, le da otra, corta, y se lo devuelve.

–Al tío este no lo conoces de antes, ¿no? –le pregunta.

–No –responde Harry, cogiendo el cigarrillo.

–¿No te parece que esto es andar jugándosela un poco? ¿Con Pico entre rejas y tal?

–¿Sabes qué, tío? La gracia de todo esto es que –Harry da un pequeño sorbo, sonriendo al tragar– la pasma no tiene ni idea de quién es en realidad. ¡Lo encerraron por no pagar multas!

–¡No jodas! –dice Leon.

–¡En serio! –exclama Harry con entusiasmo–. Aparcaba el coche donde le daba gana. Se decía que si le costaba 60 libras aparcar ahí, pues lo pagaba y a tomar por culo. Ya me entiendes. Iba dejando las multas en el salpicadero y luego, a final de mes o así, se las pasaba a su contable para que se hiciese cargo de ellas. No iba a andar dando vueltas buscando aparcamiento si tenía que ir a algún lado.

–Sí, bueno, no me parece mal.

–Pues bien, resulta que el contable se fue de vacaciones unas cuantas semanas con la familia. Y a la vuelta, pues, no sé, igual tenía cosas más urgentes en ese momento y se le pasó... Total, el caso es que al cabo de un par de meses ya nadie se acordaba de lo de las multas. Y un día, poco tiempo después, llaman al timbre y resulta que es una puta citación judicial.

Los dos sonríen y niegan con la cabeza. Se recrean en la ironía de la situación.

—¿Y por qué no se limitó a pagarlas?

—No lo sé —le reconoce Harry—, pero escucha —le da a su voz un tono de lo más informado—: la cantidad total de la multa ascendía, al parecer, a varias decenas de miles de libras. —Se queda mirando a Leon con los ojos brillantes, recalcando con la cabeza y mordiéndose los labios.

—¡No me jodas! —exclama Leon, incrédulo.

—¡Que sí! —La voz de Harry suena como una trompeta chirriante.

—¿Decenas? —pregunta Leon, escéptico.

—Eso parece. —Harry pone las manos boca arriba y se encoge de hombros.

—¡Me cago en todas las plazas de aparcamiento!

—Resulta que no quería llamar la atención apareciendo con esa cantidad de dinero. De cara a Hacienda, Pico es interiorista y trabaja como autónomo. Me imagino que no le quedaría otra que comerse el marrón.

—¡Joder! —dice Leon, digiriéndolo todo, con las manos en las rodillas, echándose hacia delante—. ¡Joder!

—Eso es lo que me han contado —dice Harry mientras comienza a meter el dinero en la bolsa.

Leon se inclina para apurar el cigarrillo. Harry se lo entrega sin mostrar ninguna reacción.

—Bueno, ¿y quién se queda guardando el fuerte?

—Un tío cualquiera, debe de ser un familiar suyo. —Harry guarda los manojos con cuidado. De uno en uno.

—¿No tiene nombre?

—Rags. Se llama Rags.

Sus corazones laten acompasados, con el mismo ritmo calmado. Llevan tanto tiempo metidos en esto que les resulta reconfortante, como practicar con un instrumento que uno lleva tocando toda la vida. Pero esta vez, la sensación es distinta.

Leon mira hacia el suelo y da golpecitos con el pie.

—¿Sabes algo de él?

—Nada aún. ¿No se te hace raro?

—Habrá que verlo, ¿no? —Leon evalúa el cigarrillo. Mira la colilla para calcular cuánto le queda.

—El caso es que, a ver —Harry se detiene un momento para causar más

impacto, busca la mirada de Leon—: nunca he conocido a nadie del equipo. Nunca. Sólo a Pico. Trato con un par de matones de vez en cuando, pero de pasada. Les hago un gesto con la cabeza o tal, pero nunca he tratado con nadie más. ¿Sabes a lo que me refiero, Leon? Extraño, ¿no? ¿Tú qué piensas?

Harry mira fijamente a la persona que más tiempo lleva siendo su amigo. Espera un consejo del que sabe que podrá fiarse.

Leon se lo piensa. Le da vueltas. Lo sopesa.

—¿Estás segura de que no podemos esperar un tiempo? —sugiere—. Hasta que salga de ahí, quiero decir.

Harry asiente con convencimiento.

—Es que no sé cuánto le va a llevar esto. Y andamos sin material, y encima justo en este momento hay un boom de ventas y mi teléfono no deja de sonar en todo el puto día. Te lo juro por lo que más quieras, si hacemos esto y luego levantamos el campamento, que es lo que creo que vamos a hacer, estoy segurísima, Leon, de que podemos abandonar esta puta movida dentro de seis meses.

Se miran el uno al otro desde extremos opuestos de la mesa de la cocina. Fijamente. Piensan en lo que significan esas palabras. *Seis meses*.

—Y digo abandonarlo en serio. Después, calculo yo, podremos quedar limpios e invertir nuestro dinero en comprar un local para antes de fin de año, tío, te lo juro.

Se quedan pensativos. Dos décadas trabajando para alcanzar una meta y, de repente, ahí está, a la vista.

Leon indaga en sus sentimientos, siente un respingo.

—Pues habrá que ponerse manos a la obra, ¿no? —dice dando un trago con calma, tomándose su tiempo.

—Eso es —dice Harry—. Me lo acabas de quitar de la boca.

SINTONÍA DE BECKY

Becky alza el mentón y contempla el sol helado que rebota sobre las ventanas en lo más alto de los edificios, dejando gotear su yema por la piedra pálida y el cristal. Las hojas de los árboles se han desmenuzado en un millar de fragmentos. Aún cuelgan de ellos algunos jirones desbriznados. Observa las ramas desnudas, salpicadas de yemas endurecidas en su letargo. El sol, descompuesto en fractales, lo motea todo con su luz. Le parece increíble lo hermosos que resultan los cambios de estación.

Pete le ha estado instruyendo sobre las ideas políticas de su padre. Le cuenta que su padre tenía la intención de renacionalizar todos los servicios básicos que habían sido privatizados. Que creía en un desarme nuclear universal. Le explica que John pensaba que la sociedad podía ser dirigida para obtener el bien común, no para el beneficio de unos pocos. Creía en la importancia de la organización.

Tiene que ser Pete quien le lea porque, cuando lo hace ella, no entiende las palabras. Pero en boca de Pete, por alguna razón, cobran pleno sentido.

Ha resultado extraño conocer la voz de su padre de esta manera. Oír en boca de Pete expresiones vagamente familiares. A veces, siente que sus emociones se acrecientan hasta el punto de echarse a temblar. Inspirada y furiosa, desesperada por hallar a su padre, escucha a Pete contarle que todo fue un montaje. Le pide que le explique cómo va el mundo y qué puede hacer ella para salvarlo. Pero estos sentimientos siempre vienen acompañados del amargo resquemor del oprobio. Una empalagosa elegía que la arrastra consigo.

Su madre lleva rondándole el pensamiento durante los últimos días. Se ha pasado toda la mañana mirando sus fotos. Cada año que pasa, se siente más cercana a ella. Su madre tenía veintiséis años cuando la tuvo. Becky tiene veintiséis ahora. Hacerse mayor, aproximarse a sí misma.

Marshall Law se llevó dos premios de la MTV por el vídeo del «nuevo grupo de aire retro». Becky recibió una llamada de su secretaria ofreciéndole tres

semanas de trabajo en su nuevo proyecto. Sin cobrar los ensayos e invirtiendo una cantidad enorme de esfuerzo para no recibir ningún reconocimiento a cambio. Como siempre, le habría salido por debajo del salario mínimo. Percibía el consabido borboteo de histeria, la sensación de que tenía que aceptar cualquier oportunidad que le surgiese, que un día estaría en posición de tomar decisiones propias. Lo sintió por todo su cuerpo, presionando como un caudal de agua que ascendía hacia su boca, como una ola a punto de romper y decir que sí, que por supuesto, que gracias por acordaros de mí. Pero al final lo acalló.

–No puedo –dijo–. No estoy disponible.

La secretaria de Marshall Law se quedó sin palabras. Cuando al fin recobró la voz, ésta estaba despojada de las zalamerías previas.

–Tú entiendes que Marshall no te piensa volver a llamar, ¿no? –dijo en tono amenazante. Y ahí acabó la relación de Becky con Marshall Law, después de cuatro años trabajando en sus rodajes.

Se encontró tirada y con la necesidad de buscar trabajo. Incapaz de que la escogiesen para ninguna audición. Las clases a las que asistía las impartían en The Place, la sede de la escuela donde se había formado. Iba a todas las que se podía permitir: aspiraba a ir a tres a la semana, pero veía cómo su forma física iba decayendo.

Cada año que pasa, un bailarín que no permanece en activo es más propenso a lesionarse y va perdiendo habilidades. Ninguna compañía la admitiría, con todo el trabajo comercial que llevaba aceptando desde que se sacó el título de danza. Nunca la seleccionarían para una prueba por delante de una de dieciocho. Su currículum daba risa y para cada papel que salía se presentaban cientos y cientos de mujeres. No había esperanza para ella. Y todo el mundo con el que hablaba resoplaba y bajaba la mirada.

The Place celebraba todos los años un festival de nuevos montajes. Becky lo vio como el empujón que le hacía falta. Aumentó el ritmo de las clases. Comenzó a acudir a diario. Sentía cómo se le tensaban los músculos, cómo se le alargaba el tendón de Aquiles. No recibía ninguna ayuda: tendría que pagar a sus bailarinas, alquilar los estudios para trabajar, concebir la obra y hacer que las demás se la aprendiesen. Pero The Place lo llevaría a escena y le mandarían un periodista para que redactase una reseña.

Informó a los agentes de la empresa de masajes de que aceptaría trabajo en cualquier hotel a cualquier hora de la noche. Su móvil sonaba, le aparecía el

mensaje y tenía hora y media para prepararse y cruzar la ciudad. Se sentaba en la mesa de la cocina a planificar el show o a ver la tele en pijama con Pete, o se quedaba sentada en el pub bebiendo agua con gas y lima; y le llegaba el mensaje y tenía que abandonar bruscamente su vida y emprender el viaje, transformarse en otra persona.

Cobró su dinero, reservó el estudio, pagó a las bailarinas y acabó extenuada hasta casi quebrarse, pero mucho más viva que antes. Cuando bajaba por los peldaños de su casa, grises como la piel de un caracol, sus músculos estaban enardecidos; tenía que vérselas de nuevo con los calambres en los gemelos.

Montó una pieza para un reparto de cuatro mujeres que evolucionaban sobre las tablas en movimientos abruptos y ondulados que se iban entrelazando. Dolor, pobreza y lucha por salir adelante. Familia e independencia. Recibió buenas críticas y, aunque eso no le proporcionó financiación alguna, ni le ofrecieron directamente papeles, su nombre comenzó a sonar un poco más en las audiciones. La gente que repasaba su currículum tenía la impresión de que, aunque Becky había llevado una trayectoria poco corriente, estaba haciendo las cosas como ella quería y que, sin duda, estaba entregada.

Pete odiaba el tiempo que Becky pasaba ensayando, lo odiaba porque debía estar localizable todas las noches. Consiguió sacarse un certificado para trabajar en la construcción y encontró empleo de peón durante unas pocas semanas. Pero pasaba del ambiente de colegueo que había en la obra. Hacía que se sintiese como un impostor ante los de su propio sexo. Tenía ganas de llevar a Becky a tomar algo por ahí con el dinero que ganaba. Pero Becky nunca estaba. El trabajo se acabó tres semana después y volvió a estar en paro.

Cada vez que discuten acaba llorando. No sabe cómo sucede, pero tan pronto como Becky endurece el tono, siente un ardor que le sube por la cara como si le hubiesen dado un puñetazo desde dentro y entonces le brotan las lágrimas y se le hincha la garganta y acaba moqueando como un tonto. A Becky se le congela la expresión de la cara al verlo sollozar e inmediatamente le lanza una mirada gélida. Ella nunca llora delante de los demás: cree que resulta manipulador.

A Pete le da bastante vergüenza su comportamiento, pero no lo quiere reconocer. Cuando Becky no está, se siente como si nada, contento y

razonable, pero en cuanto vuelven a verse, es incapaz de pensar con claridad y acaba comportándose como un desequilibrado.

Cuando Becky le pregunta por qué, se enfada, se siente humillado, se sume en el silencio y se imagina disparándose un tiro en la cara. Una y otra vez. Disparándose en la boca, en la sien, en el ojo. Una y otra vez.

Bang.

Pete ha curioseado sus cosas. Becky lo sabe porque la última remesa de cartas de sus padres que guarda en una caja en el interior del armario está desordenada y la pila de tarjetas de negocios que imprimió para su servicio de masajes está por la mitad. Pero algo la hace regresar a él.

Se besan en el supermercado y se dan baños de burbujas mientras fuman porros, pero a él cada vez se le está agriando más el carácter y ella comienza a poner distancia. Cuando Pete siente que se aleja de él, entra en pánico. Se presenta sin avisar a la puerta de su casa. Como le da vergüenza llamar al timbre por si responde la compañera de piso, espera fumando en el descansillo exterior. Se la imagina moviéndose por habitaciones de hotel, oyendo el sonido pastoso de las partes de otros hombres en sus manos. Tiene los ojos rojos de fumar hierba y una tos que lo hace doblarse por la mitad.

Cuando ella se va a trabajar, él golpea las paredes hasta que le sangran los puños y más tarde, en el pub –mientras sus heridas gotean y, luego, cuando van cicatrizando–, se odia por lo que le ha hecho. Pero aun así, se desespera por verla, se muere de impaciencia por estrecharla entre sus brazos.

La oficina de empleo está acabando con él. El amor de Becky está acabando con él. Llegar a casa y entrar en el cuarto de su infancia está acabando con él. Todo está acabando con él, pero aun así sigue arrastrando su vida: llega la mañana y ahí está, despierto de nuevo. Vivo.

Tras la presentación de su pieza en *The Place*, Becky asistió a unas cuantas audiciones de libre acceso: un centenar de chicas en una sala, las escogían una por una y a las que no, las enviaban de vuelta a casa. El día se dividía en tres segmentos: clase de ballet por la mañana para comprobar si poseían la formación adecuada. Después se les mostraba una rutina que debían ejecutar para observar el cuerpo y el carácter de la bailarina. Y, finalmente, una improvisación para ver si las candidatas reunían conocimientos y creatividad. Todo el día mortificadas por la presión. El cuerpo tensado como una catapulta.

Había que pagar por asistir a algunas de esas audiciones. Becky llevaba tres años fuera de este mundo pero estaba tan desesperada por destacar que trabajaba más que las demás. Daba igual el esfuerzo que invirtiera: seguía siendo demasiado mayor. Tres meses más tarde, incluso después de presentarse a diario a audiciones, seguían sin seleccionarla para un papel en una compañía. Pero había logrado visibilidad y volvía a ser bailarina.

Mientras el otoño se procuraba su dorada melena y sacudía las hojas de las ramas, Becky recibió la llamada de un director de ensayo que tenía un espectáculo a punto de estrenarse en el teatro de Sadler's Wells. Necesitaban una suplente.

Tuvo que quedarse sentada durante los ensayos y aprenderse cada uno de los papeles del espectáculo a base de mirar. El coreógrafo no tenía tiempo para enseñarle las secuencias. Sus brazos y piernas estaban a solas en la sala. Ella y otros dos suplentes tenían que saberse de memoria cada parte de la obra sin ayuda y por menos dinero que las demás. El resto de bailarines de la compañía los marginaba porque no les merecía la pena perder el tiempo con ellos y porque sabían que, en cierto modo, estaban a la espera de que alguno de ellos se cayese, enfermase o se lesionase. Pero aun así, Becky estaba más contenta de lo que nunca había estado en años.

Cuando Nima se puso mala, Becky tomó el relevo. Había algo infeccioso en el aire. Tuvo un día para preparar su parte. Nima estaba demasiado enferma para enseñarle, así que sólo podía contar consigo misma. Ryan y Mahesh enfermaron también la noche siguiente. Los tres suplentes tenían que estar listos. Ellos mismos se sentían medio enfermos a causa del estrés y la fatiga, pero radiantes. Eufóricos.

Becky está fuera del Sadler's Wells Theater, apurando un cigarrillo. Suelta la colilla, la aplasta con la punta del pie y vuelve a cruzar la entrada de artistas, descendiendo hacia las profundidades del edificio.

Al llegar al pasillo de los camerinos reduce el ritmo durante un instante, se sienta en el suelo, rendida, se lleva las rodillas al pecho, apoya la cabeza sobre ellas y cierra los ojos. Intenta calmar los nervios, pero es incapaz de dejar de golpear los pies contra el suelo, lo que hace que acabe dándose rodillazos en la frente.

Los otros dos suplentes entran por el pasillo. Becky levanta la vista y se

pone en pie:

–Hola, chicos –les dice, frotándose el dorso de las pantorrillas.

Patrice tiene unos serenos ojos marrones y la piel suave. El cabello corto y bien peinado, ondulado y bien pegado a su cabeza. Es de piernas largas, caderas elevadas, tórax amplio; tiene una boca pequeña que a menudo adopta un mueca de repulsa. Camina como una *top model*. Marina, detrás de él, es pequeña y musculosa, robusta, pero los contornos de su cuerpo son suaves. Su pelo rojo se desparrama como un círculo perfecto cuando se lo suelta. No odia a nadie, tiene relaciones complicadas con todo aquel con el que se acuesta y, por las noches, desahoga su rabia escribiendo en su diario, imaginando en secreto que un día, después de muerta, lo publicarán.

–¡Hola, Becky! –Marina siempre saluda a gritos.

–¿Estás bien? –le pregunta Patrice a Becky, sosteniéndole los brazos por las muñecas, sacudiéndoselos y soltándoselos–. ¿Estás nerviosa? –Baja el mentón y le pone cara de mimos.

–No, estoy bien –dice Becky.

Forman una línea entre las dos paredes del pasillo. Becky estira las manos por encima de la cabeza, las une y apunta hacia el techo con las palmas hacia arriba. De puntillas, tan alto como puede, respirando con el estómago, se dobla por la cintura y toca el suelo, echando hacia bajo las palmas, respirando lentamente. Con los ojos cerrados. Contando los segundos. Al otro lado de las puertas de cristal esmerilado que flanquean el pasillo, los bailarines de la compañía se preparan. Becky, Marina y Patrice oyen voces que se elevan y vuelven a callarse, oleadas de risa que remontan y se precipitan.

–Alguien está pasándose de miedo en su camerino –comenta Patrice.

–Algún día –asegura Marina– tendremos nuestro propio camerino y entonces sí que nos lo pasaremos de miedo.

Becky mira el reloj. Marina observa el gesto:

–Faltan veinte minutos –dice, con los ojos brillantes.

–Hace horas que faltan veinte minutos. –Becky sacude con finura las manos, hace girar el cuello de lado a lado y se dobla por la cintura para apoyar las palmas en el suelo.

Marina rota los hombros, haciendo círculos con los brazos mientras trota suavemente, sin moverse del sitio y con pies mullidos. Patrice se agacha para sentarse en el suelo con las piernas estiradas; se sujeta la planta del pie izquierdo con ambas manos y lleva la frente hasta una rodilla, como si rezase.

Cuando Becky sale al escenario, la oscuridad tras los focos es absoluta. Todo queda reducido a movimientos mínimos y precisos. Sus músculos. La música. Los cuerpos en escena. El tiempo se vuelve irrelevante.

El aplauso la devuelve al mundo. Se queda quieta, respirando, contemplando, de vuelta a la vida, sudando como un ser humano. Buscando a Pete cuando se encienden las luces.

Los tres se cambian y salen del teatro juntos, cogidos del brazo. Pete espera en el bar, asomado fuera, encogido de hombros, mirando al vacío. Tiene el pelo más largo; ha pasado ya la fase en la que se le eriza y ahora le cae sobre los ojos. Becky lo mira intentando discernir de qué humor está hoy. Parece estar fumado.

–¡Hola! –dice, acercándose para darle un beso.

–Vale –responde. Un beso casto y desgano.

–Éstos son mis amigos Patrice y Marina. Éste es Pete, mi novio. –Marina sonrío, Pete mira hacia el suelo y luego a Becky–. ¿Te parece bien si nos tomamos algo con ellos aquí? –le pregunta.

Pete se encoge de hombros.

–No faltaba más –dice–. Lo que tú quieras.

Patrice tiende la mano.

–Encantado de conocerte.

–¿Qué hay, tío? –Pete le estrecha la mano. Patrice mira de reojo a Marina y pone caras.

–Menudo apretón –le dice a Pete.

Pete se queda mirándolo. No le responde de forma visible. Sólo se queda mirándolo.

–Vale, vale –contesta Patrice muy despacio.

–Bueno, yo soy Marina. –Marina le pone la mejilla para que le de un beso, Pete se inclina hacia abajo con torpeza, duda y acaba ofreciéndole la mano. Marina retrocede y se echa a reír.

–¡Huy, vaya! ¡Qué situación más incómoda! –exclama. Le da la mano.

–Lo siento –se disculpa Pete–. No soy de por aquí.

–¿Qué te pareció el espectáculo? –le pregunta Becky, desplegando una

sonrisa de oreja a oreja.

Pete mira por encima de la cabeza de ella, a la pared que hay detrás, sin establecer contacto visual. Se mantiene en equilibrio sobre los talones.

–Estuvo bien –se limita a decir.

Becky saca del bolsillo un poco de bálsamo de labios, se lo aplica, frota un labio contra el otro y espera a que Pete diga algo más. No lo hace.

–Bueno, vale, gracias. –El sarcasmo de Becky es discreto, pero inequívoco.

Pete no dice nada. Mete las manos en los bolsillos.

–¿Pedimos? –sugiere Patrice.

Incluso en el bar, los bailarines se agrupan según su estatus. Los solistas están en el centro, sentados con el coreógrafo y el director, formando, literalmente, un círculo interno; los secundarios se disponen en círculos concéntricos a su alrededor. Becky, Pete, Patrice y Marina, que ni si quiera forman parte de la compañía, cogen una mesa encajada en una esquina, junto a los servicios. Los bailarines y miembros del equipo técnico que entran y salen del baño les dedican besos o apretones en el hombro.

El bar está abarrotado. Es un local amplio y luminoso, de techos altos. De las ventanas en forma de arco cuelgan cortinones de terciopelo. Becky, Patrice y Marina conversan entre ellos, las sillas apretujadas contra la mesa, apoyados unos sobre los otros. Pete se sienta más apartado, observa cómo hablan entre sí al tiempo que da largos tragos a su pinta de cerveza, limpiándose la boca con el índice y el pulgar cada vez que bebe.

–Fue una locura de trabajo. –A Becky se le atropella la voz a causa de la emoción–. No me creo que nos haya salido bien. –Se sonríen, orgullosos y desfallecidos de tanto esfuerzo.

–Pues yo creo que metí la pata como tres veces y creo que hay gente que está muy enfadada conmigo –dice Marina sacando hacia fuera el labio inferior.

–Yo sí que estoy enfadado contigo. –Patrice les sirve espumoso italiano en las copas–. Pero es porque nunca he aprendido a quererme a mí mismo.

–Nadie está enfadado contigo. No seas tonta –dice Becky.

Marina estrecha el círculo, mira hacia los bailarines solistas que están en el centro del local y baja la voz.

–Esos de ahí sí que están siempre enfadados con todo el mundo. Sobre todo

conmigo. Creen que soy torpe y encima hoy sí que lo estuve, así que ahora nunca van a querer acostarse conmigo.

Becky se ríe.

–Ésos piensan que todos los demás son torpes. Pero es porque se creen que todos somos torpes comparados con ellos. Y no creo que se vayan a acostar con nadie excepto entre ellos.

–No es justo –se queja Marina –. Tienen ventaja genética respecto a mí. No estamos compitiendo en los mismos términos.

–Tú tienes otros dones distintos, corazón. –Patrice alza su copa para brindar–. Tienes una gran personalidad. –Le sonrío mostrando los dientes.

–No seas malo. –Marina coge su copa.

–Eso es porque te quiero. Ya lo sabes. Ahora... ¡chinchín! ¡A mi salud!

Alzan sus copas. Becky mira a Pete y lo anima a participar. Él sonrío con los labios apretados. La sonrisa se le hunde en la cara. Alza su vaso.

–Salud a todos –dice Becky–. ¡Enhorabuena! –Y todos beben.

–Hoy no me pude agachar lo suficiente. No sé qué más puedo hacer. He practicado cinco, seis horas, ayer, todos los días, siempre, pero llega el momento y no soy capaz. –Patrice se atusa el pelo mientras habla.

–Seguro que te acaba saliendo. Tienes que relajarte –lo anima Marina. Becky asiente con la cabeza.

Mientras beben de sus copas, un silencio desciende sobre ellos. Escuchan el ruido del local.

Marina, a la que más le incomoda el silencio, lo rompe, como es habitual en ella.

–¿Y tú qué, Pete? –pregunta–. ¿A qué te dedicas?

Pete la mira. Encoge los hombros.

–Pues no a mucho.

Cae otro silencio sobre ellos. Nadie le da importancia menos Marina.

–¡Smoothies! –grita–. ¡Ay, se me olvidaba contaros, chicos! Mi madre me regaló una batidora por mi cumpleaños. ¡Ay, tíos, tíos, tíos! ¡Qué emoción! Os cuento: un poquito de raíz de cúrcuma, un buen puñado de kale, algo de piña, almendras, pero sin pasarse. Me preparo uno todos los días, pero *todos los días*, y me sienta genial. De verdad.

–Eso es una moda pasajera –dice Patrice.

–Tú sí que eres una moda pasajera –contraataca Marina.

–¿Que yo soy una moda pasajera? –Patrice frunce el ceño, se acaricia la

barbilla y gesticula para asimilar el insulto.

Pete continúa callado, reclinado sobre la silla, observando, con las rodillas lo más separadas posible. Lleva la chaqueta abrochada hasta la barbilla y sujeta la lengüeta de la cremallera con la boca; y sólo se mueve para apartarse, cada poco, el cabello de los ojos y agarrar su cerveza como si fuese una raíz al borde de un acantilado. Becky se ríe con sus amigos, pero Pete la distrae. Le pone la mano en la pantorrilla y se la aprieta para llamarle la atención.

–¿Estás bien? –Susurra inclinada hacia él. Sabe que no. Él le responde que sí con la cabeza–. ¿Qué te pasa? –pregunta.

Él le aparta la mirada y la dirige al resto de la mesa. Becky se queda mirando su cara de perfil, pero Pete no responde. Le aprieta de nuevo la pierna.

–¿Pete?

Se vuelve, poniéndole una sonrisa, hablándole con lentitud. Le arden los ojos de vergüenza:

–Estoy bien.

–¿Quieres que nos vayamos? –le pregunta con calma.

Él la mira con los ojos en blanco.

–¿Me lo preguntas a mí? –dice inclinándose hacia ella–. Pero si es tu noche. Marina se sirve lo que queda de la botella.

–¿Pedimos otra? –le pregunta a toda la mesa–. Y ni se te ocurra decir que no, que no puedes, Rebecca Shogovitch, porque yo ya llevo dos tabletas de chocolate y un hojaldre de manzana encima. Para compensar el kale.

–Bueno, el caso es que me parece que nosotros nos vamos –dice Becky mirando a Pete y tanteando en busca de su mano. La tiene reposando sobre el regazo. Se la coge.

–¡Vamos, mujer, que acabamos de empezar! –se queja Patrice.

–No. –A Becky se le cae la cara de vergüenza–. Es que Pete y yo teníamos planes. Me parece. Así que igual...

–Si es por mí, quédate –dice Pete–. Yo estoy a gusto –le sonrío con dulzura. Es una sonrisa hueca. Nadie se da cuenta excepto Becky.

–Bueno, vale –le responde –. ¿Tú estás a gusto?

–¡Quédate! –la anima Marina –. ¿A que a ti no te parece mal, Pete?

–A mí no me parece mal. –Pete alza las cejas hasta encajarlas en la frente.

Pone una voz acaramelada—. Yo estoy perfectamente, amor —afirma—. Quedémonos.

Se bajan del metro y se dirigen a coger el cercanías. No se han dicho nada desde que salieron del local. En lo alto de las escaleras mecánicas, Becky se encamina hacia la salida de la estación para fumarse un cigarro. Pete va un par de escalones más retrasado. Ya fuera, Becky se apoya contra la pared y se enciende uno. Él se pone delante de ella, mira fijamente el cigarrillo.

—¿Quieres? —pregunta Becky.

—Sí —dice—. Me quedé sin tabaco esta mañana.

—¿Y por qué no fuiste a por más?

—No tengo dinero.

—Es verdad. —Le da un cigarrillo. Él lo coge y lo enciende. Fuman. Becky suspira hondo. Pete se apoya contra la pared.

—¿He metido la pata en algo? —le pregunta ella.

—No. —Apenas abre la boca para hablar. Permanecen uno al lado del otro sin llegar a tocarse. No se miran a la cara.

—¿Qué es lo que te pasa? —le pregunta.

—Estoy bien. —Su voz suena baja y monocorde.

Fuman en silencio. Observan a los taxis de la parada. Los autobuses apagan el motor.

La voz de Pete suena como una trampilla que se abre bajo los pies de ella. Habla despacio:

—Se supone que íbamos a salir los dos solos.

Becky agita las manos en el aire. No se lo puede creer.

—Lo sabía. —Una risotada sardónica escapa de sus labios.

Pete se hace el inocente:

—¿Sabías qué?

—Sabía que no querías tomar algo con mis amigos. —Los ojos se le han llenado ya de lágrimas.

—No son tus amigos —replica Pete con expresión imperturbable.

—Pues me caen muy bien, Pete. —Le tiembla la voz.

—Y que lo digas. —Su tono es de rencor.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Hablabas diferente. Tratabas de hablar como ellos. —Cuadra los hombros,

fuma un poco y aparta la mirada—. Y vi cómo eras con ese chico, dejando que te abrazase con tanta efusividad al despediros. Haciendo que me sintiese como un cornudo.

—No sé adónde quieres ir a parar. —Sacude la cabeza, parpadea. No piensa echarse a llorar—. Y si te refieres a Patrice, joder, es gay.

Respira por la nariz y exhala por la boca. Le echa una mirada de desprecio. Aparta la cara.

—Si no te apetecía estar ahí, ¿por qué no dijiste nada? ¿Por qué no me dijiste nada cuando te pregunté expresamente si querías tomar algo en ese sitio o preferías que fuésemos los dos por ahí? —Espera a que responda.

Pete echa hacia atrás la cabeza, está fuera de sí. Se frota la frente. Se restriega la nuca. Al final se pone a hablar pausadamente, intentando mantener el tono de voz, pero detrás de cada sílaba se insinúa la amenaza de un grito:

—Coño, es que te tendrías que haber dado cuenta tú de que no me apetecía nada estar ahí. En un sitio así, con gente de ese tipo.

—¿Gente cómo, Pete? Era una noche importantísima para mí. Quería causar la mejor impresión posible.

—Era todo postureo.

—¿Qué era postureo?

—El ESPECTÁCULO. No era más que un pretencioso postureo de mierda.

Respira agitado. Becky se queda mirándolo. No puede creer lo que oyen sus oídos. El pecho de Pete se llena y se vacía de aire.

—Durante el último mes lo único que has hecho es hablar de esta puta mierda. Apenas te he visto. Nunca tienes tiempo para mí. Para *nosotros*. Siempre sacas tiempo para ensayar, para irte a tomar unas putas copas con la panda de pijos esa con la que sales a bailar. —Va elevando la voz. Tiene los ojos abiertos de par en par—. Te pagan una miseria por esto, así que luego tienes que irte hasta un hotel en mitad de la noche a meneársela a un desconocido para luego poder ponerte a pegar brincos en el fondo de un escenario. No se te veía una puta mierda allá atrás, sólo hacías un par de gilipollecés y encima te montas la historia de que estás viviendo tu sueño. —Se golpea la sien con los dedos y le clava la mirada—. No os dedicáis a otra cosa que a dar por el culo, ahí sentados con vuestro puto vino con burbujas hablando de vuestros putos *smoothies* de mierda. No es real. Nada de esto es real. Y a mí me jode la hostia.

Becky se queda mirándolo, impávida, con los brazos cruzados frente al viento. Pete la mira y de pronto se calma. Exhala un hilillo de humo...

Al final, Becky encuentra las palabras:

–Me marcho ahora mismo a casa, Pete –dice–. Y no me parece que debas acompañarme.

–De acuerdo. –Se encoge de hombros con resignación.

Lo mira de nuevo, a la espera. Inclina la cabeza hacia un lado y se muerde el labio. Pero él no reacciona, sólo sigue fumando, haciendo como si ella no estuviese ahí. Becky se dice a sí misma que ya es suficiente y echa a andar de vuelta a la estación para hacer el transbordo con la línea que va hacia el sur. Mira hacia atrás antes de pasar por los tornos. Sólo logra distinguir su silueta. Aún no se ha movido del sitio.

Va sentada en el tren, sintiéndose entumecida. En la mente le parpadean imágenes, sombras, los focos, el público, sus piernas arrugándose como papel justo en el instante anterior a salir a escena y luego fuertes como las patas de un león nada más sentir las tablas. El tren está abarrotado de trasnochadores felices que vuelven a casa después de salir de juerga. Contempla a una pareja darse besos en la nariz.

Pete contempla el cielo: la luna está henchida y voraz. Con un resplandor amarillento en su halo. Se encuentra perdido y no es capaz de sentir nada. Le gustaría verse con algunos amigos, pero es incapaz de recordar cómo se hace.

Está encallado. Tardes amargas, ocasiones echadas a perder, cosas que nunca le dijo. Becky tiene ansia de muchas cosas: independencia, reconocimiento... y ni necesita apoyo ni la ata el amor. Pero salta a la mínima. «No me hagas existir sólo para lo que tú quieres, Pete. Ni se te pase por la puta cabeza que voy a renunciar a mis sueños para hacerte feliz». Palabras duras en la cama en lugar de palabras de amor. Miradas enfurruñadas. Malas caras. Está muy cansado, pero ella es electricidad, fuego, sinuosa como una serpiente, feroz, una mujer intensa que lo obsesiona. «Toda esa hierba que te fumas, no te planteas las cosas con perspectiva, eres como un niño», le dice. Y luego se lo folla y él es incapaz de respirar por culpa del cuerpo de Becky. Su cuerpo. Y mientras, él lo está perdiendo todo. Sus amigos ya lo aburren. Su

hermana... Sus intereses son demasiado grises comparados con el deslumbrante colorido de Harry. Lleva meses sin ser capaz de disfrutar de nada. Todo lo que no es Becky sucede como en otro canal. Pero están ahí, con ellos, cada noche, en la habitación, contemplando cómo se besan, todos los hombres de las habitaciones de hotel, con las pollas fuera, esperando a que Pete la cague. Quiere hablarle a Becky de lo que siente, pero ¿qué palabras hay para eso? No hay más que ruido en su cabeza, hay tanto ruido que no puede ni decir lo que piensa y, cada vez que lo intenta, comienza con mal pie y acaba de esta manera.

Hasta ahora a Becky se la sudaba lo que la gente pensase de ella. Desde su punto de vista, trabajar en un bar resulta mucho más degradante. O trabajar de currante en una oficina.

Para algunas personas, la vida es un traje de tintorería y salas de juntas y hoteles de mierda en ciudades anodinas con plazos que cumplir y somníferos para poder escabullirse del tedio cotidiano. Meses seguidos viviendo de paso. Persiguiendo objetivos. Ventas y cuentas.

Tenía dieciocho años cuando aprendió el valor de su cuerpo. Era una chica que servía chupitos de tequila en garitos del centro frecuentados por hombres que, a falta de verdaderas amistades, mimaban con esmero los zapatos que llevaban puestos. Acudían a relajarse un poco a la salida del trabajo, fingiendo ser mucho más felices de lo que en realidad eran. Becky iba con ropa provocativa y aprendió a apartar de un manotazo a los borrachos sobones que confundían su coqueteo profesional con genuino interés sexual. Odiaba ese trabajo: no le proporcionaba poder. Representaba un papel para vender unos chupitos con los que apenas sacaba nada. Eso sí que la hacía sentirse sucia. El trabajo que tiene ahora, reflexiona, no la hace sentirse sucia en absoluto.

Si Pete tuviese el mismo trabajo, a ella no le supondría ningún problema.

Faltan unas pocas horas para que amanezca. Becky se sienta en el autobús nocturno, reposando la cabeza contra la luna oscura, contemplando recuerdos propios proyectados en las calles a medida que pasa. Beckys más jóvenes riendo, besando, bebiendo, llorando. Por aquel entonces, las mejores personas que conocía estaban llenas de amor. Con los ojos embelesados por el ácido,

jugando con los dedos, retorciéndose de risa como niños pequeños al observar la forma de los objetos domésticos. Pero ahora esos mismos niños son adultos. Padres con hijos propios que supervisan el traslado de cajas en fábricas o engordan en una agencia de viajes, donde responden al teléfono y persiguen ofertas, que zampan bocadillos de albóndigas con tomate y queso fundido a mediodía y que toman dos terrones de azúcar con cada té flojo que se preparan.

«¿Qué diferencia lo que hago yo de lo que hacen ellos? ¿O de lo que hace él? Cincuenta libras a la semana o lo que cobre, que se van en una cajetilla de tabaco, una barra de pan y un montón de preocupaciones por todo. Al menos yo apporto dinero. Como si él no gastase también el dinero que yo gano». Deja de darle vueltas. Ya no importa nada.

Se despierta después de las doce. Por fin sola. Pero no por mucho tiempo. Se da la vuelta en la cama, se sube las sábanas hasta la barbilla y cierra los ojos. A las dos le toca ir a conocer a la familia de Pete. En esos momentos, no hay nada en el mundo que le apetezca menos. Recrea en su cabeza la noche pasada, todo lo que le dijo delante de la estación. Está que echa humo.

Le pesa cada célula del cuerpo. Cierra los ojos y se hunde en el colchón, sumiéndose en el sueño.

Llaman al timbre. Tres veces seguidas.

Cuando abre, ve a Pete en la puerta, nervioso. Le entrega unas flores que le robó a la vecina. Su vecina es una anciana, una viuda cuyo jardín es lo más importante de su vida. Becky se la imagina mirando por la ventana, escondidas, al hombre alto y con malas pintas que le está pisando los parterres y arrancándole las rosas.

Miriam les abre la puerta con una sonrisa y secándose las manos en un trapo de cocina. Recibe a Becky con una sonrisa.

–¡Hola! –dice–. Tú eres Becky, ¿no?

Becky le devuelve la sonrisa.

–¡Hola! –dice con ganas de echar a correr.

Miriam tiene unas delicadas arrugas que a duras penas llegan a flanquear su

rostro efusivo y cariñoso. Becky le da un beso en la mejilla y la sigue hasta el comedor.

–Siéntate donde te apetezca.

Becky toma asiento en un extremo de la mesa, de espaldas a la pared, de cara a la mesa. «Tienen comedor y todo». David está de pie en el otro extremo de la habitación, sosteniendo una botella de vino y revolviendo un cajón en busca de un sacacorchos. Pete se sienta junto a Becky, Miriam se coloca junto al aparador y, una vez que ya ha visto a Pete y Becky instalados, se les une, situándose frente a ellos. David abre el vino, lo pone sobre la mesa, descorcha otra botella y la deja junto a la otra. Las gira para que ambas etiquetas apunten al mismo sitio, sonrío y se sienta a la cabecera, inquieto por la emoción de recibir visita.

–Bueno, ¿y tú a qué te dedicas, Becky? –Miriam se echa hacia delante, con las manos sobre la mesa, apoyando una sobre la otra.

–Soy bailarina. –Becky se fija en lo refinada que es Miriam, en la elegancia de sus gestos–. Trabajo de camarera, pero mi pasión es la danza. –La voz de Becky está orlada de agotamiento. Éste es el último lugar del mundo donde le apetece estar.

–¡Qué emoción! –A Miriam se le ilumina la cara–. ¡Danza! ¿Y de qué estilo? ¿Es como en *Mira quién baila*?

–No, no tiene nada que ver –dice Becky mientras sonrío con timidez–. ¿Veis *Mira quién baila*?

–Huy, sí, a David y a mí nos encanta. ¿A que sí, David?

–¡Sí! –dice David entusiasmado–. Muchísimo.

–En este momento estoy participando en un espectáculo de danza. Es un papel muy pequeño, pero estoy entusiasmada por formar parte de él. –Becky habla con discreción y prudencia.

–¿Un espectáculo? ¿En el centro? –La cara de Miriam se ilumina como un rosetón. Dirige la vista a Pete, que asiente.

–Sí –dice Becky–. Estoy muy emocionada. –Mira a Pete descaradamente, pero éste se dedica a contemplarse las uñas.

–¡Madre del amor hermoso! –Miriam separa las manos y las deja sobre la mesa, en paralelo. Son finas y de aspecto suave, con las uñas arregladas, sin anillo de casada, pero en su dedo corazón lleva una sortija de oro con dos gemas engastadas opacas y de color verde oscuro. Se inclina hacia Becky–. Me gustaría muchísimo ir a verlo.

David la mira, dedicándose una sonrisa a sí mismo.

–A mí me encantaba el ballet.

Miriam levanta los brazos por encima de la cabeza, haciendo que se toquen las yemas de sus dedos. Se ríe.

–¿Ah, sí? –sonríe Becky–. Yo llevo años sin ir. Fui una vez... –la voz se le quiebra en astillas. Respira, tragándose las aristas– con mi madre. –No quiere mencionar el tema de su madre, ni lo que hace ni dónde está, pero ya que la ha mencionado, prosigue–: Cuando era muy pequeña. Pero no he vuelto.

–Vaya, pues habrá que ir –Miriam lo dice convencida–. A mi madre también le encantaban las bailarinas.

Miriam no llega a percatarse de la incomodidad de Becky en ningún momento. Se relaja.

–A mí me haría ilusión –afirma con una voz suave.

–Pete, ¿has ido al espectáculo? –le pregunta David.

–Sí. –Pete aparta la mirada de sus uñas, sorbe por la nariz y asiente.

–¿Y...? –le insiste David.

Pete se aparta el flequillo de los ojos. Da con la punta del zapato en el suelo.

–Sí, estuvo bien.

–A él no le gustó demasiado –le explica Becky a David.

–No le van estas cosas, ¿verdad? –Miriam se cruza de brazos y durante un instante mira a Pete con cara de reproche–. Yo que tú no me lo tomaría muy a pecho. Es muy de sota, caballo y rey para ciertos temas. En eso salió a su padre. Podría decirse que es un poco... –hace una pausa y lanza en un susurro– duro de mollera.

Pete se reclina sobre el respaldo:

–¿Y qué hay de comer, mamá?

–Ya lo verás –le hace callar Miriam, mirándolo con detenimiento por si da con un indicio de la mezquindad a la que su padre era proclive–. ¿Así que trabajas de camarera durante el día y por la noche te vas a bailar al teatro? –le pregunta Miriam con calidez–. ¡Nos estás dejando fatal a todos, Becky!

Becky sonríe apurada. Le apetecería meterse debajo del mantel.

–¡Muy bien dicho! –David suelta una palmada sobre la mesa. Miriam da un brinco. Pete le clava los ojos, confuso–. ¡Esta chica es un partidazo! –le dice a Pete. Pete no le responde. Lo mira fijamente. David intenta aguantar la mirada,

pero no es capaz. Toma el tenedor y se pone a mirar las puntas con detenimiento.

–Bueno, ¿y a qué te dedicas los días libres?

–Lo normal –le explica Becky–. No andamos muy sobrados de dinero, así que tampoco salimos mucho ni nada. ¿A que no? –Se gira hacia Pete.

Sacude con tristeza la cabeza:

–No mucho.

–Pero vamos con amigos y eso, ¿a que sí?

–Sí, claro. –Pete le echa el brazo por el respaldo de la silla y le aprieta suavemente el hombro. Becky le acaricia la mano. Miriam nunca ha visto a su hijo mostrar afecto por nadie. Se derrite, forma un charco y se evapora.

–Pues vamos al pub, a fiestas y otras cosas. Si a Pete le apetece.

–¡Ay, qué bien! –A Miriam se le iluminan los ojos cada vez más–. ¿Te pasea por los bares para presumir de ti?

–Eso es justo lo que hago –dice Pete, con cara seria.

–¿Y qué más? Contadme más. Qué ilusión hace oír cómo vive la gente joven, ¿a que sí, David?

–Oye, cariño, que tú y yo tampoco estamos para el desguace. –David se pica en broma.

–Sí, pero sabes que ya no tenemos veinte años, ¿eh?, y ni salimos a bailar ni vamos a fiestas con los amigos. ¡Qué recuerdos! Eran buenos tiempos. Disfrutad de cada minuto. ¿Me vais a hacer caso, preciosos?

–Eso intentamos –dice Pete.

–¿Y tú vas a clase de danza?

–Sí, a un par de ellas por semana, pero se me junta todo, así que a veces asisto con más frecuencia, a veces con menos, depende de lo que me pueda permitir.

–La profesión de camarera es dura, ¿verdad? A base de propinas, con gente maleducada... –Miriam se inclina hacia ella. Está disfrutando de la presencia de una mujer joven en su casa. Su hija es tan varonil que es casi como si tuviese otro hijo.

Becky se ríe.

–Sí, que me lo digan a mí. Pero el local es de mis tíos, así que me gusta echar una mano.

–¡Ay, pero qué bien que sea un negocio familiar! –Becky le echa una mirada a Pete.

–Encima también doy masajes. Y con eso creo que ya voy bien servida. Vamos tirando adelante. –Pete se queda clavado a la silla.

–Ay, qué bien. Menuda suerte, ¿eh, Pete? –Miriam le dedica un guiño.

Pete hace estallar la bomba que lleva sujeta al pecho y salpica el comedor con todas sus entrañas.

–Sí, qué suerte –dice apretándole de nuevo el hombro a Becky.

–Es que a mí me encantan todas esas terapias holísticas –le confiesa Miriam–. Hago reiki dos martes al mes. Y he experimentado regresiones a vidas pasadas. –Miriam sonrío a Becky buscando su comprensión–. David cree que estoy como una cabra, pero es que a mí me fascinan. Las he tenido un par de veces.

–¿Y qué viste? –le pregunta Becky.

–La primera vez estaba en el Antiguo Egipto.

Pete cierra los ojos, suspira, los deja cerrados durante todo un segundo antes de volver a mirar a su madre.

Becky asiente:

–¿Sí?

–Era un muchacho. Era un muchacho de la nobleza, pero iba corriendo por los arrabales, perseguido por alguien. Había robado un objeto y sabía que había hecho algo malo y me daba cuenta de que estaba acabado.

–¡Qué miedo! –dice David–. De chaval, una vez, tuve que escapar corriendo de una banda de matones. –Nadie responde.

–No sé lo que había robado o por qué, pero corría a través de sucios callejones de color ocre, pasando por delante de obreros, de mujeres que llevaban niños a la espalda y al pecho, de puestos de mercado, de carretas...

–Como en la tele –dice Pete.

–Tú a callar. –Miriam sacude el dedo señalando hacia él–. Estoy hablando con Becky. –Le dedica una mirada de complicidad. Becky, a su vez, se coloca el pelo detrás de la oreja–. Hacía un calor asfixiante. Un grupo de jóvenes arrojó una pelota hacia la sombra y a lo lejos vi unas obras... ¡era una pirámide! ¡Inacabada! Miles de cuerpos por todas partes. Me escabullía por hendiduras, a través de puertas, y tras los rincones, pero al final dieron conmigo. Sentí una mano agarrándome por el pelo y tirando de él. Y ése debe de haber sido el final de aquella vida. –Recupera su postura en la silla, moviendo la cabeza lentamente de arriba abajo, con cara de susto.

–Es lo que siempre he dicho –David extiende la manos, implorante–:

portamos multitudes en nuestro interior.

Pete y Miriam parecen inquietos. Becky lo mira y sonríe, reconociendo su sabiduría.

Llaman al timbre.

–Voy yo –se ofrece Pete, rayando el suelo con la silla.

– Cu ntas veces te lo tengo que decir, Pete? –Miriam le habla a gritos por el pasillo–.  No me arrastres las sillas de esa manera!

Pete abre la puerta y Becky escucha voces. Ella echa un vistazo al comedor. Pete entra seguido de su hermana. Becky alza la mirada y la casa se le cae encima.

–Harry, ésta es Becky –dice Pete, de pie entre ellas. Harry permanece junto a la puerta–. Becky, ésta es mi hermana, Harry.

Harry siente cómo se le revuelven las tripas. Su cuerpo es una esponja seca. Becky siente que sus pulmones se expanden y cada uno de sus alveolos se inunda de aire. De repente se vuelve consciente de que todos los órganos de su cuerpo están funcionando a la vez.

–Hola –dice con calma. El pelo le cae por la cara. Se lo aparta–. Encantada de conocerte.

Harry se inclina hacia ella y besa su mejilla con suavidad.

–Hola.

Su sonrisa es plácida y amable. Becky se siente agradecida por ello. Miriam se echa a un lado para verlo todo. Harry se sienta al lado de su madre y le brinda una sonrisa contenida. Pete se muerde la uña del pulgar. Harry no puede respirar.

–Bueno –dice David–, ya estamos todos.

Y rompe a aplaudir de emoción.

–Pues ahí vamos –dice Miriam, levantándose y saliendo del comedor. Vuelve con manoplas de horno y llevando cinco platos–. Calentitos y agradables –dice contenta.

 Ha calentado los platos . Becky nunca supo lo que era una comida familiar, al menos no una como ésta. Vuelve a su silla y adopta, como siempre, una postura erguida. Mira a Harry de reojo. Su cuerpo apocado se reclina sobre el respaldo de la silla y se frota las mejillas con las dos manos. Los ojos de las dos se cruzan un breve instante y entre ellas fluye una corriente que va dejando a su paso un reguero de cenizas. Harry aparta la mirada, sus manos

inquietas se agarran al borde de la mesa, se repliega sobre sí misma y examina los cubiertos.

Miriam se levanta otra vez, vuelve con una fuente y la deja en medio de la mesa sobre un salvamanteles.

–He hecho carne guisada. No es nada elaborado. Pete me aseguró que no eras vegetariana. Es cierto, ¿no?

–Eh... sí..., no... como de todo –dice Becky.

–Bien, pues eso es lo que yo quería oír –asevera Miriam–. Aunque con un tipo como el tuyo me cuesta bastante creerlo –añade al salir de nuevo.

Becky se sonroja y no sabe adónde mirar. Acaba por posar la mirada en su copa de vino. Miriam vuelve.

–Aquí tenéis puré de patata y verduras de guarnición.

Lleva dos platos hasta la mesa y coloca cada uno sobre dos salvamanteles iguales, a juego también con las servilletas primorosamente dispuestas junto a los cubiertos. Becky repara en todos estos detalles.

–Y aquí tenéis un poquito de ensalada. Sólo un poquito. –Miriam encaja un enorme cuenco de ensalada de mil colores al lado de la carne.

–¡Se me olvidaba! –Sale a la carrera y todos escuchan sus pisadas recorriendo el breve tramo que hay hasta la cocina–. Y aquí llega el aliño. –Lleva un jarrita a juego con la vajilla, la deposita y, a continuación, antes de sentarse a la mesa, quita la tapa a la fuente de la carne y el vapor se eleva como en el anuncio de un hogar feliz.

Pete se echa hacia delante y pasa la nariz por encima de la fuente.

–¡Qué rico huele, mamá!

–Hala, que ya viene el frío –lo mira con cariño– y hay que coger fuerzas.

–Tiene todo muy buena pinta. Muchas gracias, Miriam –dice Becky. Reprime un enojo que hace tic-tac como una bomba en su interior, intenta contener una rabia que se alimenta de cada comida que no celebró con sus padres.

–Ah, es sólo un pequeño refrigerio –dice Miriam, obviamente encantada con los cumplidos–. Y además, David me echó una mano. ¿A que sí, mi amor?

–No, no. A decir verdad, yo no ayudé ni una pizca. Soy un desastre en la cocina. –Hace una pausa, bebe vino–. Sin embargo, en otras estancias de la casa soy extremadamente hábil.

Pete casi se ahoga con su vino. Becky le frota la espalda y se ríe con

disimulo, tapándose con la mano. Se siente mejor. Harry está muerta de vergüenza. No sabe dónde meterse. Miriam se pone roja como un tomate.

David no se da cuenta de lo mal que lo están pasando los demás.

–Sírrete un poco de agua, Pete.

Pete se queda mirándolo. David recoge la mirada y las piezas encajan dentro de su bienintencionada cabeza. Nadie abre la boca.

–¡Ay, Dios, no! –dice de repente–. No, no, lo digo por el salón. El cuarto de estar. Quiero decir que soy muy bueno estirando las piernas y viendo la tele. Ay, por Dios. No. Ni se me ocurriría referirme a eso. Aunque, bueno, ya somos todos mayorcitos.

Nadie dice nada. Becky se aguanta la risa. Se lleva la mano a la boca. Pete bebe agua y sacude la cabeza.

–Bueno, pues vale –dice David–. ¿Quién quiere que le sirva? Id pasando los platos.

Va poniendo comida en los platos y, una vez que todos tienen comida y vino en las copas, se sirve a sí mismo.

Comen en silencio. Se oye el sonido de bocas salivantes masticando carne jugosa. El segundero del reloj avanza.

Miriam era hija de un carnicero. Toda su vida había transcurrido entre carcasas de pollo y piezas de carne; el ruido sordo de los bistecs cortados de la falda de las reses. Sus hermanos y sus tíos envolviendo tajadas en papel blanco y su padre con el delantal puesto. Su primera tienda estaba en Leyton. Su padre se llamaba Raymond y su madre, Annabelle. Su madre era profesora de parvulario y amaba a su marido e hijos por encima de todo. Se conocieron durante la guerra. Ray era piloto y Annabelle trabajaba como personal de pista, haciendo señas a los aviones con banderas de colores para guiarlos durante el aterrizaje. Se casaron en el portaaviones donde estaban destinados, en mitad del océano Índico. Miriam era la hermana menor, la benjamina de una familia numerosa. Se llevaba muchos años con sus tres hermanos mayores. Nació cuando Annabelle había abandonado ya toda esperanza de tener una niña.

Cuando Miriam llegó al mundo, era el orgullo y la alegría de su madre, y Annabelle hizo todo lo que estuvo en su mano para mantener a su hija alejada de los gritos del matadero y de la hoja del cuchillo de su padre. Iba a una

bonita escuela y sus amigos eran niños limpios y educados. Vivían en un barrio ajardinado del este de Londres, en una casa sencilla pero hogareña con un jardín de agradables fragancias. Pero a Miriam lo que le atraía era la carnicería. Acababa siempre ahí metida, enredando por todas partes, rogando a sus hermanos que no le dijese a su madre que la habían visto.

A la hora de acostarla, Annabelle se sentaba junto al cabezal de la cama de su hija a enseñarle postales de bailarinas que guardaba en un sobre que atesoraba en un cajón de la cómoda. Susurraba los nombres de las bailarinas y del ballet que aparecían en cada una de las imágenes.

–Para ser mujer hay que luchar, igual que hace una bailarina. Hay que trabajar mucho. Es una tarea inhumana. Y cuando te salga bien, parecerá que no te ha costado ningún esfuerzo. Pero en lo que nos diferenciamos de las bailarinas, mi vida, es que a ti nunca te van a aplaudir por hacerlo bien.

Miriam escuchaba en silencio, como siempre, pero no le encontraba sentido a esas palabras. Su corazón latía con sangre de carnicero.

Mientras sus hermanos tenían libertad para trabajar, estudiar, salir con chicas y fumar, ella estaba obligada a seguir el ejemplo de su madre y ser complaciente y callada. Llegó a la pubertad y aprendió a sentir vergüenza. Comenzó a desear ser distinta. Llegó a odiar el sonido y el olor de la tienda de su padre. Descubrió que la vida no es lo que decides hacer con ella, sino aquello en lo que perseveras. Sentía que no daba la talla, que, de alguna manera, ella no era lo que se espera de una chica.

A los diecisiete años se fue de la casa de sus padres. Atravesó el río y encontró una habitación encima de un pub en Camberwell. Consiguió trabajo pegando sellos y llenando sobres en un bufete de abogados. Odiaba hasta el último minuto del tiempo que dedicaba a ello, pero le cubría el alquiler y le sobraba para otros gastos. Encontró otro empleo por las tardes como camarera en un bingo y comenzó a ahorrar pacientemente para comprarse una moto cuando cumpliera los dieciocho. Su madre odiaba la habitación, la moto y los trabajos. No comprendía lo que le había sucedido a su hija del alma. Quería que Miriam conociese a un buen hombre y sentase la cabeza.

Por las noches, Miriam leía con voracidad, escuchaba los discos de sus grupos favoritos: los Jam, los Clash, los Buzzcocks y Patti Smith. Llevaba vaqueros negros ceñidos, botas y americanas de hombre. Estudiaba películas, estudiaba poesía, estudiaba a la gente que iba al bingo. Le daba al pedal de su moto y bajaba los fines de semana a Brighton. Se acostaba con todos los

hombres que le daba la gana, pero no quería el embrollo de un novio formal. Tenía un grupo de amigas a las que adoraba, que trabajaban de enfermeras, recepcionistas y modelos. Salían a bailar de noche y se acompañaban a casa al amanecer.

A los veintidós años vivía en una casa okupa sin agua caliente en King Cross junto a dos carteros marxistas, un conductor de metro y un técnico de laboratorio. Se imaginaban que estaban en una comuna, pero Miriam acababa encargándose de la mayoría de las tareas domésticas, la cocina y la desratización. Trabajaba en el turno de noche en la biblioteca del King's College. Estaba ahorrando para viajar. Quería ver las montañas de Afganistán. Se pasaba el día cuidando a niños de familias adineradas de Hampstead y las noches leyendo libros de texto.

Graham estudiaba derecho en el King's College. Por las tardes se entregaba a los libros en medio de una nube de hachís, memorizando casos. Al principio se saludaban con un gesto de la cabeza. Pronto, los gestos se transformaron en sonrisas. Cuando tocaba cerrar, Miriam esperaba cada vez con más ganas el momento en el que tenía que ir a despertar a Graham y decirle que ya era la hora de irse. La tercera vez que pasó, le propuso ir a tomar algo. Encontraron un bar de mala muerte en King's Cross y no dejaron de reír en ningún momento.

Él era torpe y encantador y se perdían entre en los pasillos mientras ella los recorría para devolver los volúmenes a sus estanterías. Miriam se sorprendió a sí misma mirando las páginas de los libros, incapaz de asimilar una sola palabra a la espera de ver la silueta de Graham asomando por el torno de la entrada.

Una noche lo subió a su moto. Él se cayó antes de arrancar siquiera y al verlo ahí, frágil y patoso, tendido sobre el asfalto, riéndose como un bebé, sintió algo en su interior que no había experimentado jamás.

Ella partió a recorrer mundo y él acabó la carrera. Se escribían largas cartas. A Graham le frustraba la distancia. Quería que se fuesen a vivir juntos, emprender una vida en común, el tipo de vida que se supone que llevan las parejas. Pero ella tenía un mundo por ver. Él no sabía si ella volvería con él algún día. Pero lo hizo. Tan pronto como ella dejó de viajar, él se olvidó de amarla.

Durante los siguientes veintidós años, Miriam se dedicó a ser madre y ama de casa, y esto le producía una felicidad que nunca había sentido. Pero, en los

momentos de mayor placidez, la chica que un día había sido se revolvía en su interior.

Su única hija, Harriet, siempre había sido un poco marimacho. Quería llevar el pelo corto, no jugaba con juguetes de niñas ni llevaba ropa femenina. Su masculinidad, inofensiva a los ocho años, se hacía cada vez más extraña a medida que iba creciendo. Con doce años no dejaba de meterse en líos: la violencia la perseguía de una manera que dejaba a Miriam trastocada. Harriet llegaba a casa cubierta de sangre y moratones y no decía una sola palabra. Entraba dando tumbos en la cocina para coger una bolsa de guisantes congelados y subía en silencio a su habitación. Se volvió una adolescente muy independiente y celosa de su intimidad. Miriam no sabía cómo tratarla. Harriet odiaba ir de compras; ni siquiera soportaba poner el pie en el interior de una tienda. Le daba vergüenza acercarse a la sección de ropa de chico donde vendían las camisas que le gustaban y la sección femenina le hacía sentirse una marciana. No le quedaba bien nada y pensaba que era culpa de ella. También detestaba la peluquería. De hecho, observaba Miriam, le costaba desenvolverse en cualquier lugar público.

Miriam estaba convencida de que tarde o temprano Harriet conocería al hombre adecuado, igual que ella había conocido a Graham, y entonces sentaría la cabeza, se convertiría en madre y esposa y se daría cuenta de que ahí es donde residía la auténtica felicidad. No es que no se creyese que su hija se considerase lesbiana. Era más bien que, en el fondo, pensaba que ninguna mujer lo era de verdad.

Con el tiempo, Miriam se fue aburguesando, deslumbrada por el confort, y se dijo que no había absolutamente nada de malo en ello y que, tarde o temprano, las cosas se acabarían encauzando.

—¿Y en qué andas metido ahora, Pete? ¿Alguna novedad en el frente laboral? — David lo mira por encima de sus gafas, con un trozo de espinaca asomándole por la boca mientras mastica.

—Me pasé dos semanas moviendo mobiliario de oficina. Estuvo bien. Y luego le abrí una cuenta de eBay a la abuela de un amigo y la ayudé a vender unos trajes de su difunto marido. Me dio cincuenta libras. Así que bien también. —Habla dirigiéndose al trozo de espinaca.

—¿Y ya vas sabiendo lo que quieres hacer a... a largo plazo? —David se

limpia la cara con la servilleta. Se le sale la espinaca de la boca. Se le queda pegada a la barbilla.

–Eh... No –dice Pete–. Ni idea. –Su familia sigue mirándolo, a la espera. Él les devuelve la mirada–. No encuentro nada que me encaje. –Tiende las manos con las palmas hacia arriba y las levanta poniendo acento italoamericano–: Pero, heeeey, *¿ma* qué cosa se le va a hacer? –La familia sigue comiendo. Pete se termina el vino. Se sirve otra copa–. David, tienes un poco de espinaca en la cara –señala.

–Oh –responde David.

Miriam lo examina.

–Sí, sí que tienes –asegura, y se la limpia con la servilleta.

Harry acaba el último bocado de su plato y deja el cuchillo y el tenedor.

–¿Habéis ido al cine últimamente? –suelta David sin venir a cuento.

Nadie contesta. David los mira uno por uno, paciente, esperando una respuesta.

–No, yo no –dice Harry–. ¿Y vosotros, chicos? –Dirige la pregunta a Pete y Becky.

Becky se queda mirando a Pete.

–No, nosotros no –responde Becky–. ¿Y tú, David?

–No –reconoce con aire pensativo–. Yo tampoco.

Becky termina de comer y deja los cubiertos en su plato. Se limpia la boca con la servilleta. Se da cuenta de que va a juego con la cenefa de la pared. Miriam también ha acabado.

–Me preguntaba si los jóvenes habíais visto algo bueno últimamente –dice David–. Era eso.

Pete deja los cubiertos.

–¿Queda más vino, mamá?

David se pone en pie y se desplaza a un lado.

–Sí, hay otra botella aquí. ¿No llevamos ya dos? Menudos borrachines estamos hechos.

A Pete le da grima la expresión. David abre el vino y sirve a todos otra copa. Todo el mundo bebe.

–Bueno –declara–. Estaba todo de auténtico re-chu-pete.

El resto de la mesa está de acuerdo.

–¿Habéis acabado? –pregunta Miriam. Todos dicen que sí. Se levantan para retirar los platos.

Becky se pone en pie de un salto.

–No, no –dice–. No te molestes.

–No me seas boba, cielo. Eres la invitada, no hace falta que hagas nada.

–Pero me apetece.

Miriam, conmovida, vuelve a sentarse.

–Pero no vas a saber dónde están las cosas –insiste.

–Ya me las arreglo –responde Becky apilando los platos y dirigiéndose hacia la cocina.

Miriam mira a David con cara de severidad, luego a Pete y finalmente a Harry. Pete trasiega su vino con toda la calma del mundo. Lo apura de un trago. Apenas deja un buche en el fondo de la copa.

Harry se levanta de un brinco para ofrecer su ayuda.

–Voy a echarle una mano –declara.

–¡Estupendo, Harriet! –sonríe David.

–¿Más vino, cariño? –Miriam le llena la copa a Pete. Lo mira con ternura.

–Gracias, mamá –dice. Está casi borracho.

–¿Cómo le va a tu padre? –Se dirige a él con el tono cuidadoso que emplea cada vez que plantea esa pregunta.

–Está bien. Trabaja de voluntario en un centro de cuidados paliativos. –Es una mentira, pero Pete se la cree nada más soltarla.

–Me alegro por él. –Miriam parece casi ofendida por lo sorprendente de la noticia–. Qué solidario por su parte.

Becky camina hacia la cocina, relajando al fin la cara. En ningún momento ha dejado de ser plenamente consciente de sí misma y de sus orígenes. La cocina es nueva y todo reluce con intensidad. «Esta cocina», piensa Becky, «me recuerda muchísimo a David». Deja los platos junto al fregadero y abre un poco el grifo. Las dos ventanas rectangulares que hay en la pared que se extiende tras el fregadero dan a un jardín interior, pequeño pero bien cuidado, con frutales plantados en macetas y un enanito pescando junto a la verja.

Harry entra, deja otro montón de platos sucios junto al fregadero, descuelga un paño de cocina de su gancho y se lo echa al hombro.

–¿Lavas tú y seco yo? –le pregunta. El aire entre las dos escuece y retumba a causa de la presión concentrada.

–Sí, genial –responde Becky a la vez que echa un chorro de detergente

líquido en el fregadero que está llenándose.

Harry coge los platos y los vacía en la basura.

Todo se desarrolla con parsimonia y en un ambiente cargado de electricidad estática. Los vuelve a colocar a un lado. Se gira para salir de la cocina.

–Un placer volver a verte –dice con calma antes de regresar al salón a recoger las fuentes. Becky sonríe para sus adentros y cierra los grifos. Harry apoya las fuentes y se coloca a su lado.

–Ya me encargo yo de ellas.

–Sádica –replica Becky sin levantar la vista del fregadero.

Harry no puede evitar espiarla por el rabillo del ojo. El cuerpo de Becky bañado en oro por el sol de la tarde, su boca abierta, sonriente, la luz que atraviesa sus labios, la visión fugaz de sus hoyuelos. El *piercing* en la nariz. A Harry se le derrite el corazón.

–Me preguntaba si volvería a toparme contigo alguna vez –le confiesa Becky, y la presión deja escapar un silbido–. Qué locura, ¿eh? –Las dos se ríen–. ¡Qué puta locura! –Becky echa un vistazo por el fregadero para ver si encuentra un estropajo o una bayeta. Acaba encontrando lo que busca.

–Bueno, ¿y qué tal últimamente? –pregunta Harry. Habla con calma.

–Pues no sé. Bastante bien, creo.

–¿Qué tal la danza?

Harry parece más segura que antes. Más ligera.

–Sí, va bien. ¿Y la tuya?

–Mi danza.

–Ajá.

–Bueno, sigo dominando el baile colombiano.

A Becky se le escapa la risa por la nariz ante lo inesperado de la respuesta. Harry se concentra en el plato que tiene entre las manos. El paño de cocina. El estoico enanito del jardín.

–Es que no me puedo creer que estés aquí –dice.

Becky sacude la cabeza, sonriente.

Harry señala por la ventana. Su cara se disuelve en una máscara de confusión.

–El enanito –susurra–. ¡Fue el enanito!

Y todo el absurdo de la tarde las golpea como un mazo y se ponen a vibrar como dos gongs; las dos estallan en una carcajada incontrolable que se enrosca entre ellas y asciende, desplegando nuevas profundidades con cada

onda que se extingue. Agotadas, se sujetan a la encimera hasta que el ataque de risa pasa. Suspiran como dos ancianas después de un chiste gracioso.

Harry se limpia las lágrimas, se vuelve hacia Becky y se pone muy serio de repente.

–¡Mira, mira! –advierte sin perder la compostura.

Becky vuelve a reírse, cogiendo al vuelo que la severidad de su expresión es parte de la gracia. Pero a Harry no termina de cambiarle la cara y la risa de Becky se va entrecortando hasta que se detiene.

–Sí, lo siento. Hablemos en serio. –Becky deja el estropajo que lleva en las manos y se concentra.

–Las cosas que te conté cuando nos conocimos...

–¿Sí?

–Sobre lo que hago –Harry junta las cejas con desazón, con el pánico instalado en sus pupilas– para ganarme la vida –susurra.

–Sí, me acuerdo –Becky trata de pescar los cubiertos en el agua jabonosa–. ¿Qué pasa con eso?

Pete no deja de echar ojeadas en dirección al pasillo, intentando ver a través del recibidor lo que ocurre en la cocina. Oye una risotada que se eleva, estalla y se extingue. Se derrumba.

–¿Te encuentras bien, *hijo*? –le pregunta David. Pete lo mira. Le clava los ojos en la cara. Se le ocurren algunas crueldades. David se coloca las gafas sobre su nariz prominente.

Pete se pone en pie sin decir palabra ni mostrar ninguna emoción y sale lentamente del comedor.

David mira a Miriam y se encoge de hombros:

–Me he quedado a cuadros.

Miriam pliega las manos sobre su regazo, deja caer la cabeza y suspira.

–Es un chico un poco complicado –le cuenta–. Demasiada lectura, probablemente. –Lo mira a los ojos con cara de desesperada–. *¿Hijo?* –susurra.

David se echa las manos a la cabeza y se cubre el rostro.

–¡Ay, Dios! Ni me di cuenta. ¡Ay, Dios! Espero que no le haya molestado.

Pete se arrastra por el pasillo, sin pensar en lo que hace, sólo dejándose llevar. Se mueve de puntillas, con la espalda contra la pared, hasta que llega a la puerta de la cocina y se asoma por la rendija para descubrir a Harry junto a Becky, con los labios pegados a su oído y los ojos chispeantes.

–¿Se lo has contado a Pete? –El tono de Harry es demasiado familiar.

–No. –Niega con la cabeza–. Claro que no.

–Pues no lo hagas –le implora Harry–. No le digas ni pío. Que no se entere nadie. Por favor, Becky. Es muy importante.

–No pasa nada –le reconforta Becky mirándola amorosamente–. No te preocupes. No deberíamos andar comentando estas cosas aquí.

Un calor súbito ruge en su torso, sus brazos y sus piernas. Las muñecas le hormigean por la tensión, y su pecho, cuello y mandíbula se ponen rígidos, como si en lugar de sangre corriese por sus venas electricidad estática. Su respiración no es respiración, es un remedo, una idea de respiración, pero no es un hálito, no es aire. Traga y boquea, pero el oxígeno no le llega a la sangre. Se le endurece la cabeza. Contempla a escondidas la cocina, sintiéndose como un mirón, como un *voyeur* convulso, espiando por una rendija. Harry se muestra cercana, relajada y sonriente; y Becky respira rápido, tiene los labios entreabiertos, sonrío con ganas, con la cabeza inclinada. El agua jabonosa brilla con la luz del sol; Becky se aproxima a ella, sumerge los platos y Harry está ahí, diciéndole algo; su voz es demasiado baja para que pueda oírla y Becky se ríe sacudiendo los hombros. Parpadea. A Pete le da la sensación de que Becky lleva meses sin reírse de esta manera. Becky nunca disfruta con las cosas que él le cuenta. ¿Qué le da Harry que la hace reír así? ¿Cómo se la ha ganado? Mira a su hermana y ve su cuerpo tallado en alabastro. Sabe que Becky se acuesta con chicos y chicas. Quizá Becky desea a su hermana. Está seguro de que su hermana desea a Becky. Cualquier persona del mundo resulta una amenaza. Prendería fuego al mundo entero para tenerla sólo para él. Pero incluso así, estaría más interesada en contemplar las ascuas que en mirarlo con amor. No queda nada a salvo cuando Becky anda cerca. Él ya no le gusta; no le gusta en lo que se está convirtiendo. Pete no sabe cómo evitar que esto suceda. Las mira y le dan ganas de hacer algo terrible. Intenta sofocar ese impulso tomando aire. El pánico se eleva por su garganta y lo agarra por las orejas. Dentro de él sólo hay un ruido estridente. Se aparta de la puerta, retrocede a

trompicones cargados de culpa por el pasillo y atraviesa la puerta principal. Pega un portazo al salir. «Ya pueden quedarse la una con la otra». Se sujeta el corazón con una mano humedecida. «Pues que se vayan a tomar por el culo las dos». Se echa las manos a la garganta.

La brisa exterior parece demasiado cálida y espesa para ser aire, parece que respirase una papilla espesa. No puede inhalar como es debido, es como si una mano le hundiese el pulgar en la tráquea. Antes le importaban las cosas. Quería mejorarlas. Enfrentarse a ellas. Comprenderlas. Ahora le cuesta horrores retener algo en la cabeza más allá de lo inmediato. No acierta a comprender por qué no tiene ni dinero ni trabajo. Lo único que sabe es que no tiene ni lo uno ni lo otro. Ha perdido la esperanza de una vida gratificante. En su mente sólo existe Becky. Como no acaba de entrarle oxígeno, se revuelve, lo invade la ansiedad, siente que se le estrecha la garganta. Camina rápido, intenta olvidarse del pánico. Se dice que ya logra inspirar y espirar. No tiene que pensar en ello. Ya lo hace. Ya respira.

El portazo hace salir a Harry y Becky de la cocina y a Miriam y David del comedor. Se quedan en el pasillo mirándose unos a otros.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Harry a Miriam.

—¿Se ha ido? —le pregunta Miriam a Harry. Ninguna sabe responder a la pregunta de la otra.

—¿Pete? —llama Becky por las escaleras, pero nadie desciende por ellas.

—¿Se ha ido Pete? —pregunta Harry al aire.

—Ay, David. —Miriam se aparta de él.

—Lo siento, amor mío. —David se vuelve hacia ella, hablándole a la espalda.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Becky a los dos.

—Estábamos hablando y me dio por llamarlo *hijo*. Ya sabes, una expresión. Pero creo que le ha sentado mal.

—¿Cómo no le va a parecer mal! ¡Pobre Pete! —Miriam tiene una mano puesta sobre la cadera y la otra sobre la frente.

—Igual salió a tomar el aire —los tranquiliza Becky—. Volverá en nada.

Los demás opinan igual. Miriam parece disgustada. Harry la escucha sin ganas, se siente descolocada al no tener a su hermano presente para que haga de amortiguador entre ella y su madre.

—¿Pongo a hervir agua, mamá? —le pregunta Harry—. ¿Un té?

–Sí. –Miriam acepta el detalle, pero no sonríe a su hija. Se vuelve hacia Becky–. He hecho postre. ¿Alguien sigue queriendo?

–A mí, por mi parte, me encantaría un poquito de *crumble* –dice David, intentando animar las cosas entre ellos.

–Pero no me parece apropiado –dice Miriam, yendo hasta la cocina para calentar las natillas–. Él pasándolo mal y nosotros comiendo *crumble*. Ay, mi niño...

David la sigue con la cabeza gacha. Becky no dice nada, pero abre la puerta principal y se asoma a la calle vacía.

Harry deambula hasta la cocina, siguiendo a David.

–¿Habéis planeado algo para su cumpleaños? –pregunta.

–Oh, sí. Se me ocurren un par de cosas para regalarle, pero no estoy segura de qué piensa hacer. ¿Has hablado con él?

–Pues he estado pensando que estaría bien organizarle una fiesta. –Harry se apoya en la encimera esperando a que hierva el agua. Miriam está frente a la nevera cogiendo las natillas. Si no se miran a la cara pueden alargar la conversación–. Pero bueno, ya sabes que odia cumplir años.

–¿Cómo dices esas cosas? A nadie le disgusta su cumpleaños. Lo que pasa es que la gente no quiere andar incordiando a los demás –explica Miriam pacientemente.

–¿Así que piensas que es buena idea? –Harry lanza al aire una bolsita de té y la agarra al vuelo. La arroja de nuevo.

–Claro que sí. Ya es hora de celebrar algo. –Miriam le echa una mirada por encima del hombro–. No trates así la bolsita.

Harry pone el té en una taza

–Vale, yo me encargo de todo.

–¿Qué se te ocurre?

–Bueno, pues conociéndolo... –Harry vierte el agua, David monta el numerito para acercarle la leche; incluso desenrosca el tapón antes de pasársela. Harry da un grito en dirección al pasillo: «BECKY, ¿QUIERES TÉ?». Espera una respuesta, pero no oye nada. Prosigue–: Tendrá que ser sorpresa.

–Es una idea preciosa.

–Sí. –David se sube a la encimera y se sienta de cara a la pared, con los pies colgando–. ME CHIFLAN las fiestas sorpresa. ¡Son TAAAN divertidas! ¿Cuántos cumple? ¿Alguna cifra especial?

–No, no, para nada –dice Miriam–. Veintisiete –le informa. Harry le pone en las manos una taza de té. Miriam se queda mirándola–. Está un poco fuerte para mi gusto. –Se vuelve hacia David–: David, ¿me sirves un poquito de leche, por favor?

David se baja de la encimera y acude corriendo a coger la leche, que aún está junto a Harry, la levanta y vierte un poco en la taza de Miriam. Se sonríen el uno al otro.

La rabia se va apoderando de Harry. La apacigua tomando aire hasta que se le pasa. Le acerca a David su té.

–Perfecto –dice David. Harry se lo agradece con un gesto.

Fuera, apostada en la entrada, Becky escudriña con la mirada toda la calle, a un lado y a otro, pero no ve a Pete. Lo llama de nuevo. No responde. Lo intenta por última vez, pero le salta el contestador. Entra de nuevo y se queda apoyada contra la pared del recibidor. Oye a Miriam cacarear algo acerca del *crumble*.

Harry sale de la cocina. Señala con un movimiento de cabeza el teléfono que Becky tiene en la mano.

–¿Te ha respondido?

–No. –Becky se muerde el labio por dentro. Mira el teléfono.

Harry descuelga el abrigo del pasamanos.

–Bueno –dice–. Yo me largo, por si tú también vas hacia la estación. –Harry se mantiene en su desmadejada postura habitual, con los hombros como dos perchas de las que cuelga el resto del cuerpo.

–Voy a despedirme un segundo de Miriam y David. –Becky pasa por delante de ella y le acaricia el brazo a la altura del codo.

En la cocina, Miriam y David están debatiendo sobre si van a acompañar el postre con natillas o con helado. Miriam se ha puesto el delantal y sostiene en la mano un plato de *crumble* de manzana.

–Muchas gracias por la comida –dice Becky desde la entrada–. Pero no voy a quedarme para el postre.

–¿Te vas ya, preciosa? –Miriam deja el *crumble* sobre la mesa.

–Si vuelve Pete, decidle que me llame, ¿vale?

–Por supuesto que sí. Lo mismo, si tú te enteras antes de algo. –Se intercambian sonrisas–. Un placer conocerte. –Miriam camina hacia ella con los brazos extendidos y le da un abrazo. Becky se fija en que el delantal que lleva hace juego con las servilletas y la estrecha aún más. David, apoyado

contra la nevera, y con una tarrina de helado en la mano, se coloca las gafas y sonríe.

Harry camina al lado de Becky. Caminan acompasadas y van contemplando las baldosas de la acera. Ninguna de ellas siente la necesidad de hablar. Becky se aparta la melena de la cara y se sube el cuello del abrigo. Los acontecimientos del día siguen muy recientes. Escuchan los coches al pasar y el trino de los pájaros. Harry balancea los brazos a los lados y arrastra las piernas al caminar. Becky lleva las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Giran a la izquierda al final de la calle. Harry señala.

–La estación queda justo ahí. –Siguen caminando, cruzan la calle, atraviesan la puerta y miran los horarios.

–¿Dónde vives? –dice Becky.

–Por Lewisham Road, en Tanner’s Hill. ¿Sabes dónde?

–Sí, yo vivo al lado. En el edificio de apartamentos que queda detrás de la calle principal –dice Becky, sonriendo sorprendida.

–¿En Deptford? –La voz de Harry da un brinco de emoción.

–Sí –asiente Becky.

–¿Y cómo es que nunca te he visto por ahí?

–Bueno, pues seguro que me verás más, ahora que sabes que ando por el barrio. –Becky examina la pantalla con los horarios de tren. Su pelo se ondula con un ráfaga de aire que penetra en la estación. Le roza el cuello y siente un escalofrío—. Pasa uno dentro de diez minutos.

–Pues vamos.

–Bajan la escalera y cruzan al otro lado de la vía. Becky se echa aliento en las manos y se apoya contra la pared de la estación. Mira el reloj. Uno de los paneles está roto y el 3 parece un 8.

–En tu familia sois encantadores. –La voz de Becky suena suave y susurrante en medio del andén desierto.

Harry se mira los pies. Le está dando corte.

–Tenemos nuestros más y nuestros menos.

–Qué bonito. Os lleváis muy bien. –Harry deja escapar una breve risa—. ¿Qué te hace gracia?

–Pues eso es ahora, porque antes... –Mira a Becky a los ojos. Cae dentro de ellos, lucha por mantenerse a flote. Trepa hacia fuera.

–¿Qué me quieres decir? –Becky siente el viento que se levanta en torno a ellas. Contempla el contorno de Harry.

–Es una larga historia.

–Bueno –Becky dirige la mirada hacia el reloj–, tenemos siete minutos. –Se emboza en la chaqueta. Su rostro está tranquilo y sereno.

Harry se encoge sin darse cuenta y luego se estira lentamente. Nunca ha sabido poner una postura adecuada. Comienza a hablar, palabra por palabra, como unos pies que caminan por un sendero estrecho.

–Me pasé como diez años sin hablar con mi madre. –Las cejas de Becky se elevan. Harry se encoge–. No aceptaba mi... –Se detiene de golpe con un silencio. Busca las palabras pero no las encuentra–. Cómo soy.

–¿Cómo eres en qué? –Becky acomoda su espalda contra la pared y observa detenidamente a su nueva amiga. Sus dedos rascan el mortero que hay entre los ladrillos que tiene detrás: frota las migajas rojas y las aplasta contra la rendija.

–Lo que soy. –Harry adopta la misma postura que Becky y apoya la suela de su zapato contra la pared.

–¿No te sale decirlo? –Becky se inclina hacia ella, con sus ojos abiertos de par en par y redondos como los de un galgo. Harry contrae la cara, un leve pellizco en las mejillas. Un tic casi imperceptible que no puede controlar y que traiciona la fuerza de sus emociones.

–No ¿qué? No es eso. A mí no me importa. No pasa nada. –Becky contempla la cara de Harry de perfil; sus pómulos retienen el sol invernal.

Se ha ruborizado. Aparta la mirada y la dirige a las vías vacías, busca tabaco en el bolsillo. Se queda absorta mientras se lía un cigarrillo. Habla a la lejanía.

–Con quince años me fui a vivir con mi tío. –La voz de Harry crepita al comienzo de las vocales. Habla bajo, con la intensidad de la música, una sonata de castaños. Habla con la rudeza arrastrada del acento del sur de Londres–. Se portaba bien conmigo, pero él no se encontraba bien. Era drogadicto y enfermó. Falleció hace unos años. Fue en su funeral cuando retomé el contacto con mi madre. Ahora nos hablamos, sí. Nos llevamos un poco mejor.

Becky se gira para darle la cara a Harry. La última luz de la tarde se va retirando del cielo. Su piel se ensombrece por la oscuridad que se cierne.

–Lo siento.

–Oh, no. No pasa nada. –Harry quita el pie de la pared y se vuelve hacia Becky, apoyando el hombro; un lado de su cabeza besa los ladrillos.

–La familia... sí, bueno, claro, en las familias pasan esas cosas. –Becky asiente, se cruza de brazos y se pasa la mano por la cabeza, por el pelo—. Me sorprende que Pete no te haya tenido al tanto –dice Harry, y el nombre de Pete abre un pozo en el suelo; un vendaval oscuro y absorbente grita desde sus profundidades y arrastra toda la estación hacia él.

–No habla mucho de vosotros.

Becky no aparta la mirada del rostro de Harry. Su cuerpo es cenizas y barro y arcilla. La trascendencia del momento hace que todo se estremezca. Está a punto de estirar la mano y acariciarle la mejilla a Harry cuando el tren irrumpe. El traqueteo y el estampido sacuden la quietud del andén. El chirrido de la electricidad y el acero. Becky contempla cómo se va deteniendo. Rayas amarillas y azules que se agolpan para formar figuras, puertas, rostros de personas.

–¿Esperamos al siguiente? –pregunta Becky.

Harry parpadea con el rebufo del tren, mira de lado a Becky, percibiendo su sonrisa.

–De acuerdo –dice con calma.

Observan a la gente que se baja de los vagones. Tres chicos jóvenes en chándal negro gritan en su jerga. Una mujer borracha agarra una hamburguesa con las dos manos y trata de llevársela a la boca y darle un bocado, tirando al suelo pedazos de lechuga troceada y pringándolo todo de ketchup. Un hombre trajeado que lleva una bicicleta plegable se detiene a atarse los cordones. El tren parte, la gente se dispersa y el andén vuelve al silencio. Sucumben a él durante un buen rato, cada una por su cuenta. Harry se retira de la pared y se asoma a las vías. El viento le da en la frente, cierra los ojos y los aprieta con fuerza y menea la cabeza con alegría. Becky se ríe.

–Resulta agradable –le dice Harry—. Prueba. –Así que Becky acude al lado de Harry y se pone de cara al viento con los ojos cerrados, se entrega a él, siente cómo le bate las orejas y sonrío.

–¿Lo ves?

–Sí, qué agradable –reconoce, pero justo entonces la brisa amaina.

–¿Y tu familia? –le pregunta Harry.

–Mi familia ¿qué?

–Que cómo son, que si os lleváis bien.

Becky estira la mano para pedirle un cigarrillo liado a Harry. Harry se lo entrega. Becky lo enciende. Contempla cómo las vías se curvan en la lejanía.

—Mi padre está en la cárcel y mi madre en un convento. Es judía, pero ahora se ha vuelto cristiana renacida. Los dos están mal de la cabeza. No me hablo con ninguno de ellos. —Arranca las palabras de una sacudida, igual que si encendiese unas cerillas. Caen delicadamente, ardiendo.

—¿No os escribís siquiera?

—Mi madre escribe cartas, sí.

El pelo le cae por la frente, más largo por un lado; se le va meciendo a medida que le pasa cruzando ante los ojos y le baja por el cuello. Se lo aparta con el dorso de la mano. A Harry le parece de una gran suavidad.

—¿Y tú no respondes?

—Nunca lo he hecho. Aún no.

Le devuelve el cigarrillo. Dos palomas se posan delante de ellas, se picotean las plumas la una a la otra. Buscan huesos de pollo por el suelo. Se quedan con la lechuga que se cayó antes.

—Debe de ser duro.

—Es lo que es —se resigna Becky.

—¿Los visitas?

—No. —Becky niega con la cabeza—. Nunca he ido.

Harry está absorta, escucha atentamente. Las tablillas del reloj de la estación se estremecen, atascadas.

—¿Y te apetecería?

Se levanta un viento que acoge hojas muertas en sus brazos y las deja caer formando un remolino. El corazón de Harry es como una mano tendida.

—A veces me entran ganas de ir. Pero él no sé ni dónde está. —La voz de Becky sale de un lugar situado en lo más hondo de su estómago.

—Eso se puede averiguar, ya sabes. —Harry habla con dulzura.

—Sí, ya sé. —El cielo se repliega, pasa de un rosa oscuro a un púrpura. Se hunde en la oscuridad.

—¿Pero no quieres?

—Creo que no. Ahora mismo no. —Becky le sonríe, sintiéndose con las defensas atravesadas.

—¿Con quién te criaste? —Harry pregunta con consideración. No aparta la mirada de los ojos de Becky en ningún momento. Expulsa el humo del tabaco hacia un lado.

–A mi aire. Con amigas. Con mi tía.

Harry le da vueltas en su cabeza a cada palabra que pronuncia Becky, intuyendo cosas. Becky le vuelve a pedir el cigarrillo, fuma un poco y retrocede de nuevo contra la pared.

Una lata de refresco rueda por el andén, arrastrada por una ráfaga repentina. Repica como las campanas de una iglesia. Ven las copas de los árboles elevarse sobre los techos de uralita que cubren las vías; el anochecer se asienta sobre los patios traseros de las casas. Los postes podridos de las vallas, el alambre de espino, las montañas de neumáticos usados.

–¿Siempre te han ido las chicas?

El rostro de Becky mantiene su aspecto liso en la penumbra de la noche. Su piel canta las salidas y puestas de sol del país de su abuela. Harry siente la belleza de Becky en la boca, como una sed.

–Más bien.

–¿Los chicos nunca?

–Un par de ellos. Pero nada serio, no –le explica Harry.

–¿Y quién fue la primera chica de la que te enamoraste?

Harry deja escapar la misma risa que antes. Baja el rostro. Arruga la frente. La ha pillado con la guardia baja. Mira hacia Becky. La mirada de Becky es firme pero serena.

–Ellie O’Dowd, de un curso por encima del mío. –Habla despacio, estira las palabras mientras se recrea en el recuerdo y contempla el fantasma de Ellie caminando por el andén–. Pensaba en ella cada minuto del día. Solía desviarme antes de cada clase para poder verla aunque sólo fuese un instante. Y luego era incapaz de hablar cuando ella pasaba por delante. –Mueve la cabeza con una expresión de felicidad–. Le gustaba..., ¿cómo te explico...?, sentarse sobre mi regazo cuando no había nadie delante y jugar con la cadenilla que llevaba al cuello. –Sonríe y mira a Becky. Con timidez, pero sin vergüenza.

–¿Siempre has sabido que eras homosexual? –La voz de Becky es un misil dirigido hacia lo más íntimo de Harry que estalla al impactar.

–Sí, eso creo.

–¿Cómo te diste cuenta?

Harry se queda pensativa. Se balancea sobre la punta de los pies. Barre el suelo con los zapatos.

–Bueno, ¿y tú cómo supiste que eras hetero?

–Es que no lo soy.

–¿No lo eres? –A Harry le sale la voz más aguda de lo que pretende.

Becky le pega una patada a una porquería del suelo.

–Me gustan las personas y nada más. Creo que es estúpido ponerse límites.

Harry se lleva las manos a los bolsillos, se echa hacia atrás, estira el cuerpo. Mira hacia un punto indeterminado del cielo. Sonriendo dulcemente.

–¿Cuántos años tenías cuando lo de Ellie?

–No lo sé. ¿Trece, tal vez?

Becky se acerca a ella y se pone a su lado. Los paquetes de patatas del suelo comienzan a dar vueltas y revolotear por el aire. Los altavoces chorrean unas pocas palabras amortiguadas.

–Seguro que eras una monada –dice. El vagón embiste en su dirección. Se quedan mirando los grafitis que van materializándose en los laterales a medida que el tren frena.

Cuando Becky llega a casa ya es de noche y Pete se encuentra sentado en el descansillo de la escalera.

–Ya he llamado a la puerta. Me parece que no hay nadie.

–¿Cuánto llevas aquí tirado?

–No mucho. Tardaste en venir.

–¿Por qué te fuiste de esa manera de la casa de tu madre? –La luna está casi llena, enredada entre las tenues nubes, en lo alto del cielo. Pero Pete no responde.

–¿Pete?

–Tenía que salir de ahí. Me estaban llevando los demonios.

–¿Te apetece entrar?

–¿Puedo?

–Más te vale hacerlo. –Da un suspiro—. Anda.

Le tiende la mano y él la toma. Entra con él en la casa. Pete se arrastra tras ella. Lleva la cabeza gacha. Es todo hombros.

PESTE

Durante la noche se levantó un vendaval que arrastró los tejados de los cobertizos y bandeó las pesadas copas de los árboles.

Leon se asoma a la nueva mañana. Algo le recorre el cuerpo. Huele a hogueras ardiendo en el frescor del aire nuevo, a cebollas, a pasta de curry, a pollo con especias haciéndose al horno, a aceite de motor, a incienso. Las sirenas entonan su habitual canto, chillando cada vez más, desgañitándose, pasando de largo y extinguiéndose a lo lejos. Eleva la vista hacia el cielo. Sólo tiene acceso a un pequeño retal desde el reducido patio de ladrillo; unas paredes altas a cada lado crean un embudo cúbico ascendente. Arde en deseos de verlo extenderse ininterrumpidamente, de verlo arquearse sobre las olas del mar, sin nada que lo detenga.

Harry entra, con el pelo aún húmedo de la ducha, y se encuentra a Leon apoyado contra el marco de la puerta, estirando el cuello.

—Buenos días —dice Harry encendiendo el hervidor.

Leon gira la cabeza y mira a sus espaldas, pero su cuerpo sigue de frente al jardín.

—Vamos a la playa —dice.

Harry se pone a su lado:

—¿A qué playa? —Le pasa un brazo por el cuello.

Señala al cielo.

—Sí. Un poquito de brisa marina nos vendrá de maravilla para relajarnos.

Se asoman y contemplan las palomas posadas en el alambre de espino, frunciéndoles el ceño desde lo alto de los muros que los separan de las vías del tren. Nubecillas redondas se expanden como escopetazos sobre el azul del cielo.

Harry deja caer el brazo contra su costado. Trajina con la manilla de la puerta:

—¿Todavía sigues con la mosca detrás de la oreja por lo de esta noche? —le pregunta sin mirar; nota que se está masajeando los antebrazos, algo que hace cuando se pone nervioso.

Leon se vuelve, sonriente, y va hasta la cocina:

—Anda, vamos a dar un paseo hasta el mar y nos tomamos unos *fish and chips*.

Harry se queda donde está, mirando hacia el cielo, intentando vislumbrar lo que ha visto Leon. La idea la ilumina. El placer de enjuagarse el temor que la ha mantenido dando vueltas toda la noche.

—Vale, tío, venga —dice. El hervidor se tambalea sobre su base, bullendo como loco.

Están girando en dirección a Deptford Broadway, pasado el cruce con la calle principal donde solía haber un ancla, cuando Harry se echa hacia delante en su asiento.

—¡Para! —dice—. ¡Echa el freno de mano!

Leon toma el primer desvío a la izquierda y encaja el coche detrás de un Vauxhall aparcado delante del Salón del Reino, el local de reunión de los Testigos de Jehová.

—Quédate aquí un segundo.

Brinca fuera del coche y echa a correr hacia la calle principal.

Becky está saliendo de una tienda con un paquete de tabaco en una mano y unos librillos de papel de fumar en la otra. Parece cansada y triste, con la misma expresión que pone la gente cuando sabe que nadie la está mirando. El anonimato hace de las calles de la ciudad un lugar seguro para bajar la guardia.

—¡Becky! —Harry la llama mientras va trotando hacia ella.

Becky se gira, ve a Harry y se le cae el papel de liar al suelo. Se agacha a recogerlo:

—¡Vaya susto que me has dado! —se ríe.

Se encuentran plantadas una enfrente de la otra, sin saber cómo saludarse. Becky se inclina y le da un beso en la mejilla. Harry se lleva ligeramente la mano a la cintura al igual que ella.

—¿Qué haces?

—Iba hacia el café, pero hoy no les hago falta, así que no sé muy bien lo que voy a hacer.

—¡Ah, estupendo! —A Harry se le pone cara de haber ganado la lotería. Eleva las manos y abre los brazos.

—¿Qué es estupendo?

–¡Pues te vienes a la playa! –dice, como si fuese algo obvio.

–¿A qué playa?

–Leon y yo nos íbamos ahora a la costa. Igual hacia Sheerness o Camber Sands. –Las palabras le salen como a un locutor de carreras. Becky se ríe de su entusiasmo.

–¿Quién es Leon?

–Es mi colega. Te va a caer genial.

–¿Cuándo? ¿Ahora?

Un trío de madres cruza por delante de ellas, avasallando a su paso con bolsas de la compra llenas a reventar, abarrotadas como el último autobús del día. Sus brazos son como tres troncos que portan ñame, carne, sacos de arroz y latas de alubias. Caminan las tres, juntas, riéndose, en dirección al mercado. Unos niños que llegan tarde al colegio arrastran los pies, con el nudo de la corbata deshecho, enseñándose cosas unos a otro en la pantalla del móvil. Los hombres apostados delante de la frutería hablan en árabe, francés, punjabi, *patois* cerrado, tamil... Los vendedores de fundas de edredón canturrean como buhoneros: «¡A la rica funda de edredón, señora, a la rica funda! ¡A una librita sólo la funda de almohada!». Unos estudiantes rebuscan entre viejos equipos de música, cubiertos de bazar y antiguos adornos de bronce que reposan en cajas sobre la acera, buscando material para sus trabajos de Bellas Artes. Unas mujeres comprueban el tejido de camisas baratas con dedos expertos.

–Sí. ¡Anímate, vamos! Leon tiene el coche aquí al lado. –Apunta con el dedo.

Becky se imagina la luz del sol sobre el mar gélido. La brisa fresca.

–A Pete le ha salido un curro hoy en una cosa de *catering* en la parte oeste de Londres.

Harry asiente. Alza las cejas.

–Muy bien por él –dice–, pero tú te puedes venir con nosotros igual. Sin él. Si te apetece, claro. –Las palabras tienen más significado del que Harry intenta darles.

–Sí, claro. –Becky asiente con entusiasmo, habla poco a poco a través de una sonrisa de oreja a oreja–. ¿Por qué no?

Camina juntas entre el griterío del mercado, por delante de los borrachos y los alumnos de instituto, por delante del mural de la pared, esquivando a las señoras mayores con sus carritos de la compra, y encuentran a Leon

observando a la gente que charla vestida de traje, sombrero y zapatos elegantes a la puerta del Salón del Reino.

Le muestra su sonrisa dorada a Becky, sorprendido de ver a Harry volver con una desconocida.

–¡Hola! –dice–. ¿A la costa?

Y se suben al coche y parten hacia la playa. Becky delante, Harry detrás. Becky no para quieta de la emoción y bailotea sobre su asiento.

–¡A la costa!

Abre la ventanilla para sentir el frío aire de la ciudad. Le dedica una sonrisa, al tiempo que éste le echa el pelo hacia atrás. Contempla cómo la carretera desaparece bajo las ruedas del coche mientras giran en dirección a la autopista. House FM suena a todo volumen; la línea de bajo suena cálida y la luz del sol tiene un color dorado.

–¡Qué bonito! –le dice a Leon.

–Sí –dice–. La carretera ante ti, ¿eh? –Tamborilea sobre el volante–. No hay nada que lo supere.

El sol aumenta de tamaño a medida que se pone en el horizonte. Se sientan sobre las piedras con sus *fish and chips* mientras beben botellas de cerveza. La gente pasea perros y camina cogida de la mano. Harry se queda contemplando la olas, verdes y grises, rompiendo suavemente contra los espigones. El frío mar inglés forma ondas bajo el reflejo de sol. El cielo es el mar es el mar es el cielo siempre.

Leon encuentra una piedra triangular y usa una punta para cavar la arena entre los guijarros de la playa, pegando martillazos sobre el espacio que hay junto a sus pies. Escuchan los cantazos y chasquidos de la piedra chocando contra la piedra. El viento azota lo alto de las barcas de pesca atracadas sobre la arena. El frívolo graznido de las gaviotas. Harry deja caer su cabeza sobre el hombro de Becky mientras se come sus patatas y Becky gira la cara y siente el pelo de Harry contra sus mejillas. El aire huele limpio, templado y dulce. Becky toma una bocanada de aire, los ojos saciados por el mar infinito.

Pasa la mano por las piedras, sintiendo las briznas endurecidas que brotan entre la arena. Recoge unos guijarros, los tiene en la mano y los deja caer, disfrutando de su suavidad.

Las olas acuden a la orilla como cachorrillos atolondrados. Becky reposa la

mano sobre la rodilla de Harry. La llena de un calor callado. Harry levanta la rodilla para apretarla contra la mano. Harry mira de reojo a Becky. Entorna la mirada ante la luz del atardecer. Los cabellos de Becky se revuelven con la brisa, su camisa holgada se inflama con el aire, sus diminutos pies reposan dentro de sus Air Max 95 de color negro. Leon amontona cantos planos, abstraído de todo. Reúne los mejores y corre hasta el agua. Las manos de Harry buscan las de Becky, Becky le entrega su palma y se palpan las yemas de los dedos una a la otra. Se acarician las muñecas. Ardiendo por dentro. Todos los sonidos se ahogan en el sonido subterráneo del tacto. Harry se incorpora de un golpe, con la misma rapidez que daría un volantazo. Se lleva las manos a la espalda y se dobla hacia atrás. Becky mantiene las suyas abiertas, apoyadas aún sobre la rodilla de Harry.

Harry dirige la vista hacia el agua que golpea contra la orilla. Observa a Leon, en posición de lanzar una piedra, con su enorme cuerpo en tensión, y siente un temor que le roe por dentro a causa de la noche que les queda por delante.

–¿Cómo le va a Pete? –pregunta, imprimiéndole un tono despreocupado a su voz.

Becky toma aire, sacude la cabeza. No sabe qué decir. El silencio parece durar un día entero.

–Discutimos todo el tiempo.

Harry la mira fingiendo preocupación.

–¿Y cómo es eso?

Becky se termina las patatas y estruja el papel, gozando del olor a brisa marina, grasa y vinagre. Se toma su tiempo para contestar y lo hace sin énfasis ni sentimentalismo.

–Estoy segura de que sólo quiere que estemos juntos porque tiene miedo de lo que será de su vida si lo dejo.

Les cae encima una pesadumbre comparable a la de un andamio que se derrumba. Decidida a no quedarse atrapada debajo, Harry se pone en pie, se coloca la ropa, se estira el jersey hacia abajo y se sube los pantalones. Se agacha para recoger del suelo sus patatas y su cerveza.

–¿Sabes hacer rebotar piedras sobre el agua? –pregunta.

–Sí –afirma Becky.

–¿Me puedes enseñar? Leon odia explicarme las cosas.

Becky se levanta con un movimiento grácil y súbito. Todo movimiento suyo

es una danza, incluso manteniéndose en equilibrio sobre las rocas.

–Ayúdame a encontrar unas piedras que sirvan –dice–. Tienen que ser muy planas, con eso basta.

Se dirigen hacia el agua con la mirada gacha, buscando piedras.

Dejan a Becky en Streatham. Va a visitar a una amiga que lleva todo el día trabajando en un estudio de grabación que hay cerca. Leon se queda mirando por el parabrisas, contemplando la calle abarrotada, esperando a que la gente cruce por el paso de cebra. Harry echa la cabeza hacia atrás y deja que sus ojos se pongan vidriosos ante la visión de la gente que se mueve a su alrededor. Cogidos del brazo, a solas, con niños, comprando.

Una mujer con muletas, enfundada en una sudadera de Run DMC.⁸ Un señor mayor con la cara pequeña y un sombrero de vaquero roto. Una chica vestida con una trenca enorme, intentando encender el mechero. Harry observa a toda la gente. Dos mujeres jóvenes vestidas con velos bailan y se dan empujones tras la barra de un café vacío. Un millar de colores cantan a través del escaparate de la tienda de telas. Un hombre sujeta un pájaro en el puño, se lo acerca a los labios y le susurra algo mientras pasan ante él.

–¿Y bien? –dice Leon, pisando suavemente el acelerador y soltándolo.

–¿Y bien qué? –le pregunta Harry, más a la defensiva de lo que ella percibe. Leon aguarda con tranquilidad–. ¿Qué?

–Muy simpática –dice Leon enfáticamente, sin apartar los ojos de la carretera.

Harry lo mira y luego vuelve la vista a la calle.

–¿Qué me quieres decir? –le pregunta.

–No, nada –se limita a decir–. Sólo que muy simpática.

–Está saliendo con Pete –le explica Harry.

–Ya lo sé –responde Leon.

No dicen nada más hasta que llegan a New Cross.

–Pues ha sido un día precioso, ¿verdad? –Harry apoya la cabeza y contempla la húmeda penumbra de la noche en el exterior.

–Sí, ha sido un día muy bonito.

–¿Te sientes preparado? ¿Para hacer esto?

–Eso creo. ¿Y tú? –Leon aprieta más fuerte el volante. Comienzan a palparle las manos.

–Sí. Seguro que nos sale bien. –Harry echa el aliento sobre la ventanilla y traza dibujos con el dedo.

–Me parece maravillosa, Leon –dice lentamente.

–Si eso ya lo sabía yo.

–¿Y qué voy a hacer?

–Nada –dice Leon, retrocediendo hasta un espacio libre que hay detrás de los apartamentos y apagando el motor. Se quedan sentados dentro del coche aparcado–. Bueno. –Leon mira la hora–. Nos relajamos un par de horas y, luego, allá vamos.

EL GOLPE

Es medianoche en la metrópoli. Conduce Harry. Leon se sienta atrás, como si viajase en taxi. Escuchan la radio. Todo lo que ponen resulta tedioso e insustancial. Rock genérico, indie genérico, indie rock genérico, dance genérico, rap pop genérico. Ponen cara de dolor con cada cambio de dial. Magic FM reparte baladas rock a diestro y siniestro. Hay una pija en Talk FM riéndose de sus propias gracias. Harry apaga la radio, baja la ventanilla y escucha el motor. Echan el freno de mano una o dos calles antes de su destino. Pueden ver el bar al que se dirigen a través de la luna trasera del vehículo.

–Es éste, ¿no? –susurra Leon dentro del coche. Apenas mueve la cabeza, pero Harry sabe que ya ha ubicado mentalmente todas las entradas, salidas y ventanas. El bar tiene dos plantas y está situado en una esquina. Venido a menos, pero con recuerdos de tiempos mejores pegados a las puertas, como un visón avejentado colgado del cuello de una corista entrada en años. Un cartel encima de la puerta dice Paradise. La P es una palmera.

–Diría que sí. –Harry apaga el motor. Permanecen sentados mientras vigilan la entrada por el retrovisor.

–¿Qué te parece?–le pregunta Leon–. Un poco apartado, ¿a que sí?

Harry lo oye y expresa su conformidad:

–Pero animado –replica–. Parece bastante animado.

–Cierto.

Se quedan un rato vigilando. En el enorme patio de entrada hay grupos fumando en torno a las mesas al aire libre. Las chicas llevan faldas cortas y abrigos largos; y los chicos, vaqueros y zapatos de vestir.

–Mucho gorila –dice Leon, señalando con la mirada a los hombres más corpulentos que están ligeramente apartados de los otros y vigilan a la clientela con las manos en los bolsillos.

–Lo normal en estos casos, ¿no? –le pregunta Harry, tomando una bocanada de aire.

–Sí, tía.

Leon pasa la mano por el hueco entre los asientos con la palma hacia arriba. Harry se inclina y choca la mano suavemente.

–Te cubro las espadas, tronca –dice Leon.

Harry sale del coche, dejando las llaves puestas. Lleva pantalones oscuros, una chaqueta y una camisa de color pálido, con los puños arrugados de tanto remangarla. Una gabardina azul marino abierta, con el cuello subido. El pelo echado hacia atrás. Sujeta un maletín en la mano izquierda y fuma con la derecha. Se encamina hacia el Paradise como si fuese a coger el tren, hace una pausa breve y mira a su alrededor. Le pregunta a uno de los porteros qué se cuece hoy ahí dentro. El portero le sonríe; tiene casi sesenta, es *skinhead* y grande como una catedral.

–Bueno, ya sabes, pincha un DJ, un poquito de baile, copas baratas. Un poquito de soul, un poquito de house; un poquito de pachangueo, ya sabes. Ahí dentro hay mucho cachondeo, bonita.

– Hay que pagar para entrar? –pregunta Harry.

–Nah, hoy no. Las noches entre semana es gratis.

–Gracias. –Harry asiente y se dispone a entrar.

–Ah,  nos dejas mirar lo que llevas ahí dentro, guapa? –El portero le acaricia el hombro, apenas un roce, pero suficiente.

– Por supuesto! –Harry sonríe, dulce como la miel, abre el maletín y dirige los ojos al portero, sosteniéndole la mirada–. Sólo hay papeles. Acabo de salir de la oficina.

–Ningún problema –dice el portero sin ni siquiera mirar dentro–.  A pasarlo bien! –Vuelve la vista al grupo de chicas que mueven las piernas para entrar en calor mientras comparten un cigarrillo.

Dentro hay una barra larga. Dos camareras se pasean tras ella con la misma presencia y la misma resolución que unas lobas. Al otro lado, grupos de chicos que apenas rozan la mayoría de edad se dan palmadas en la espalda y gritan tacos. Mientras tanto, otros cuantos más mayores, más atentos a la moda, con barbas y camisas retro, permanecen de pie, relajadamente, pasándoles el brazo por encima a sus novias y buscando con la mirada algo que les resulte más interesante. Tras ellos hay un par de mujeres bien entradas en la treintena que parecen llevar bastante tiempo sin salir de noche y que se carcajean como históricas y se comunican por señas. Se apoyan en la barra mientras las otras dos de su grupo bailan juntas, pendientes de la impresión que causan, riendo falsamente y esperando a que les sirvan ya las copas.

La sala está iluminada con tubos de neón y luces baratas de discoteca. Hay

mesas en las esquinas y por la pared del fondo, y una pista de baile rodeada de cuerpos parados que no han bebido aún lo suficiente como para olvidarse de lo gordos que se sienten dentro de sus vestidos recién estrenados. Un grupo de cinco o seis niños, puestos hasta arriba de pastillas y tripis, se acarician las mejillas unos a otros y tontean inocentemente. En las mesas, dos mujeres conversan a corazón abierto. Ninguna puede oír bien lo que dice la otra, pero les da igual. El DJ lleva gafas y pincha música dance sin alma, papilla de *vocoder* pasto de lista de éxitos, dubstep de ritmos preconfigurados con sintetizadores de sonido agudo que se imponen a navajazos. La gente levanta los brazos: «¡Ésta me la sé! ¡Sí, ésta es mi canción!».

Harry se sienta en la barra, moviendo la cabeza al ritmo de la música. Deja el maletín sobre el suelo, ente ambos pies. Siente cómo le roza los zapatos. Se desabrocha un botón de la camisa, airea un poco el cuello y apoya los codos sobre la barra, llamando la atención de la camarera. Espera, mira un poco a su alrededor y vuelve a poner los ojos en ella. Repasa su cuerpo, contempla sus hombros, su cintura. La camarera le devuelve la mirada, la examina de arriba abajo y le dirige una sonrisa enigmática antes de darse la vuelta para servir a otro.

Leon espera un rato agazapado en el asiento trasero del coche, vigilando el bar a través del retrovisor. Al cabo de unos minutos, seis, tal vez ocho, sale del coche y se sitúa en el asiento del conductor. Conduce por la calle y entre parques. Se alisa la camisa y el pelo y comprueba la navaja: cuelga imperceptible bajo su axila, metida dentro de su funda, lo suficientemente afilada para atravesar madera. Va hasta la puerta fingiendo que habla por el móvil. Cada poco repite: «Anda, vamos, sí, ya sé, pero... Espera, espera un minuto...», lo que le proporciona la excusa para caminar distraídamente en círculos, mientras que en realidad se dedica a examinar el patio desde todos los ángulos, fijándose en los paneles más flojos de la valla, la cadena suelta de la puerta de atrás, el adoquín con manchas de sangre bajo la ventana más alejada en el lado derecho.

Sonríe fatigosamente a los porteros, sujeta el teléfono entre la oreja y el hombro, mantiene apretado bajo la axila el mango de la navaja, mientras gesticula con las manos. Se camufla bajo un aire de desánimo y frustración, intercambiando miradas de complicidad con los porteros.

–No hay quien las aguante, ¿eh? –les comenta mientras le dan palmaditas de

ánimo en el costado, asienten, sonrén y ponen cara de haber pasado por lo mismo—. No, cariño, no hablaba contigo. No estaba, oye... por favor... No quería...

A los porteros les entra la risa floja, Leon entra en el local.

La pista de baile comienza a llenarse de corrillos dispersos de chicas que bailan torpemente y hacen movimientos sexis en broma y con ironía, pero esperando en el fondo parecer sexis de verdad. Intercambian expresiones sarcásticas y exageradas mientras bailan como llevan viendo hacer a otras personas toda su vida en lugares de más categoría que éste. La soledad campa a sus anchas por el local a pesar de las parejas que se besan y los grupos de mujeres que se pasan los brazos por los hombros las unas a las otras.

Leon repara en un hombre que se aproxima al taburete que hay junto a Harry. Se queda mirando a Harry un poco más de lo necesario. Harry se da cuenta. Leon mantiene los ojos donde tienen que estar, vigilando cada centímetro del cuerpo de su mejor amiga. En los intervalos de oscuridad que deja la pulsación de las luces estroboscópicas, pasan por delante de sus ojos, a cámara lenta, todos los años que llevan guardándose recíprocamente las espaldas. Ve las pequeñas habitaciones llenas de humo de marihuana, risas adolescentes y conversaciones en jerga juvenil. Tardes como eternidades bajo la lluvia, metidos en la parada de autobús, improvisando cuatro líneas de rap y a la vez cagándose en todo el mundo. Cuando su madre lo echó de casa porque no le gustaba a su nuevo novio, lo envió de un empujón al otro lado de la cocina, le dejó marcas en las costillas y le partió el labio; y entonces Harry le pasó el brazo por el hombro y no dijo nada, sino que se puso a caminar a su lado. Lo llevó a casa, le preparó la cama en el suelo de su habitación, fueron juntos hasta el parque y se pusieron a fumar costo. En el coche de Talia, con las ventanillas bajadas, poniendo a todo trapo «It's a London Thing» de camino a la rave que se celebra en el Lighthouse. Con un corte de pelo de macarra y un brazalete de oro. Vaya par de gilipollas estaban hechos. Leon observa, como siempre ha hecho. A punto.

El hombre que se coloca junto a Harry tiene los brazos esmirriados, pero una barriga fofa que le revienta los botones de la camisa, y el pelo oscuro, largo y grasiento a ambos lados de la calva. Lleva un traje azul de brillos y sus hombros descienden en pendiente como una gatería en desbandada. A Leon no le gusta nada las pinta que tiene.

—¿Harry? —pregunta el hombre. Su voz silencia la música y envía un

escalofrío a través de las venas que recorren el cuello de Harry.

–Sí. –Harry le da un sorbo a su cerveza sin darse la vuelta.

–Soy Joey. Soy amigo de Pico.

Harry se queda un rato sin decir nada. Observa a la camarera moverse al otro lado de la barra, recobra la compostura, se gira ligeramente y sonrío al tipo, sin apenas mover los labios pero sonriendo al fin y al cabo.

–Esta noche me toca sustituir a Rags. Y ahora, ¿haces el favor de venir conmigo, Harry? –La voz de Joey es apagada y monótona pero la surca un alarido. Comienza a irse sin esperar a que Harry le responda. Harry se acaba la cerveza y deja con cuidado la botella sobre la barra antes de atravesar el hervidero de gente, siguiendo a Joey. Contempla a la masa humana, que parece un poco más borracha ahora que cuando entró; todos juntan sus cuerpos cada vez más.

Sin dejarse ver, Leon también anda por ahí, sujetando la pared. Ve que el tipo abre una puerta en el extremo opuesto del bar en la que no había reparado. Avanza entre la marea de clientes y sujeta la hoja con el pie justo antes de que se cierre. Se para, toma aire y comprueba la situación de los matones: tres junto a la salida de incendios, dos junto a la barra, otro junto a la pista de baile, hablando con una chica. Tres más a su izquierda. Atraviesa la puerta y pega la espalda contra la pared, tan fría que parece mojada. Unas escaleras que bajan: hay un sótano por debajo de él. Escucha sus propias pisadas y la voz de Harry, que dice:

–Vale, ningún problema.

Suena la voz del otro:

–Mira, Pico va a estar alejado un temporada, como ya sabrás. Así que conviene que nos conozcamos en persona. He oído que has sido una cliente fiel. Yo lo respeto, pero el caso es que no nos conocemos bien, ¿verdad? Yo a ti no te conozco de nada, ¿o sí? Bueno, así que es normal comenzar por el principio.

Harry desciende del último escalón y pone el pie en el suelo abaldosado del sótano. Hay un enorme acuario que ocupa buena parte de la sala, iluminado intensamente desde dentro y con una luz indirecta de neón morado. Una cría de tiburón nada entre barcos naufragados de plástico, fragmentos de coral y varios peces tropicales. A cada lado del acuario hay dos sofás blancos de piel y un par de sillones más pequeños de color negro, también de piel. «A Pico se le pondrían los pelos de punta en este sitio».

Pico era un peruano extremadamente estiloso, amante de la ostentación y con un gusto impecable, una mujer carismática que se llamaba Angela, cuatro hijos preciosos y debilidad por coleccionar mariposas. Ange y él se habían labrado una reputación considerable en el interiorismo. Él trabajaba de *freelance* y ella asesoraba a la mayor empresa del sector de todo Londres. Habían colaborado juntos en la remodelación de la mitad de las tiendas de New Bond Street. Era discreto trapicheando, se abastecía de la mejor mercancía y se la vendía sólo a un número reducido de personas. «Pico se muere antes de meterse en un lugar así». Se le erizó el vello de la nuca.

Hay una descomunal pila de farlopa encima del acuario, un billete de cincuenta enrollado y una cuchilla pequeña para preparar rayas. Harry mira a su alrededor: en la pared, un póster de Marilyn Monroe en ropa interior escuchando una canción en un tocadiscos. No hay más luz que la que emite el acuario. Hay también una mesa, una caja fuerte, una estantería vacía y un arcón en una esquina.

–Por favor –Joey señala al sofá–, siéntate, ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa.

Harry siente un hormiguelo en las piernas. «¿Quién coño es este tío? ¿Y este bar cutre con todos esos matones fuera y un puta cría de tiburón metida en un acuario?». Toma asiento incómoda, con la cara paralizada.

–Bueno, me han dicho que mueves un buen pellizco de material.

Harry no dice nada. Espera a la siguiente mitad de la frase. A Joey el silencio le resulta un poco intimidante. No puede evitar romperlo.

–El caso, tía, es que he estado preguntando por ahí y a nadie con quien he hablado le suenas de nada. ¿Eh?

Vuelve a esperar un rato, pero Harry no dice palabra. Harry lo observa sentarse en el sofá blanco de piel con las piernas cruzadas. Sin inmutarse. Joey se aclara la garganta, aparta la vista de Harry y prosigue:

–Al parecer nadie sabe nada de ti. No me vale que no me sepan decir nada. –Harry se queda mirándolo, el tiburón se desplaza por el agua del acuario–. Así que, en pocas palabras, me apetece saber algo más. –Joey se lleva las manos a las rodillas y se echa hacia delante–. ¿Quién coño es Harry y cómo te las arreglas para mover tanta mercancía sin que nadie sepa nada de ti? ¿Eres poli, Harry? –Harry no dice nada–. ¿Trabajas para los rusos, Harry? –Harry sigue sin soltar prenda–. Joey alza los brazos, muestra la palma de las manos y se endereza más aún en su asiento–. ¿Eres sordomuda, Harry? –Harry se queda

quieta. Observa el agua. La luz. La piel de los peces pequeños—. Vale, muy bien, tía, muy bien. Cara de póker. Conozco la puta cancioncita⁹ de marras. — Joey enciende un cigarrillo—. Eres reservada, ya veo, te gusta guardarte las cosas, ¿no es cierto? Eso está muy bien, pero que muy bien. Yo te lo respeto. — Fuma, vuelve a reclinarsse sobre el sofá, su traje brillante produce un chirrido al deslizarse sobre la superficie de cuero. Sus ojos saltan hacia los de Harry—. Que conste que eso no fue un pedo —aclara—. Fue la piel del sofá. —Harry sigue callada, mirando, pero le brinda una sonrisa comprensiva. Joey retoma el hilo—: No me malinterpretes. Sólo quiero saber un poco de ti antes de ponernos con los negocios. Me entiendes, ¿no? Y como me parece que Pico puede estar apartado un año o así, vale más que nos conozcamos un poco, ¿no piensas igual? ¿Tía? —Harry espera. «¿Qué intenta decirme?»—. ¿Te apetece tomar algo, Harry? —Joey se pone en pie, se le suben los pantalones por la entrepierna. Va hasta la mesa. Encima hay unas cuantas botellas; debajo, una neverita con cervezas—. Tengo vodka, bourbon, birras... ¿Qué te pongo? Yo me voy a tomar un brandy.

Harry se dice a sí misma que debe poner otra cara. Que lo que pasa es que este hortera que trabaja en un garito de mala muerte y que salta a la vista que lo considera un sitio la leche de elegante —porque no tiene ningún gusto— es una especie de pariente de Pico. El marido de una sobrina o vete a saber, o el colega de un colega que tiene esperanzas de medrar y que está desesperado por convertirse en un pez gordo y al que Pico deja que le lleve el negocio durante un par de meses, hasta que salga de la cárcel, pensando que qué daño podría hacer. Y él no parece que intente meterle miedo. Es sólo un hombrecillo extraño que se cree que el mundo tiene una deuda con él. Harry respira hondo. Pero no puede sacudirse de encima el mal presentimiento, la sensación de incomodidad, la tensión que sufren sus tobillos, los movimientos del tiburón dentro del puto acuario.

—Sí, venga, tío —dice—. Ponme otro a mí.

Joey sonrío satisfecho:

—¡Pero si sabe hablar! —Se gira hacia la mesa y arma el gran espectáculo sólo para servir dos copas de brandy con un par de cubitos en cada una y un dedo de sifón. Un toque de angostura. Un montaje enrevesado. Como un niño que presume ante sus padres de algo que acaba de aprender.

El retumbar de los bajos en el piso de arriba se hace notar en los cimientos

del edificio. A Harry le da la sensación de que de un momento a otro se les va a caer encima la pista de baile. Ve la escena en su mente, oye los gritos. Ve al tiburón dándose un festín de michelines a dentelladas mientras se asfixia. Joey sujeta la copa, sonriendo como un pederasta en un parque y se vuelve a sentar frente a ella.

Harry le da las gracias con un movimiento de cabeza y bebe un poco de su copa.

–¿Tienes la misma mercancía? –le pregunta a Joey.

–Oh, sí. Una maravilla. De primerísima calidad. Mejor.

–¿Así que no es la misma? –le pregunta Harry poniendo mal gesto.

–Bueno... –Joey se frota el dedo índice contra la uña del pulgar–. Es una partida distinta, pero sí, es básicamente la misma, con el mismo proveedor.

Harry asiente.

–¿Y tienes suficiente para darme lo que suelo llevarme? ¿Te dijo Pico cuánto?

–Sí, no te preocupes. No te va a suponer ningún problema. –Joey intenta cruzar las piernas pero no se arregla con su traje ceñido. Saca una cajetilla de tabaco del bolsillo de la pechera, lo pone sobre el acuario que hay entre ellos–. ¿Te apetece uno? –invita.

Harry lo rechaza y saca un cigarrillo de su propia cajetilla, pero acepta el mechero que le ofrece Joey. Se sientan y fuman.

Joey vuelve a ponerse en pie, va hasta el arcón de la esquina y lo abre. Incluso en la habitación tenuemente iluminada, Harry puede ver que dentro hay una cantidad descomunal de cocaína. «¿Por qué me acaba de enseñar dónde guarda el alijo?».

–Ya ves, tía –dice Joey–. Sin problemas. Un kilo, dos, cinco, lo que te salga de la breva. No me va a causar ningún problema.

Joey espera que Harry se muestre asombrada por lo impresionante que es su alijo. Harry no dice nada. No hace nada. Joey se siente un poco ofendido, pero no le da demasiada importancia.

«O es gilipollas perdido o piensa robarme y matarme». Harry espera que Leon no ande lejos.

–¿Te apetece probarla? –le ofrece Joey–. ¿Una muestra? –Saca del arcón un fardo pesado, del tamaño de un bebé dormido–. Es para que veas que es la misma calidad, ya sabes, una muestra del mismo paquete con el que vas a salir

por esa puerta. ¿Vale? Pruebe antes de comprar y si no queda satisfecho, bla, bla, bla.

Joey sonrío y es como si le hubiera dado un síncope. La sonrisa chirría en su cara. Harry permanece indiferente, esperando a que diga algo en claro, a que le haga una pregunta directa. Joey suelta el paquete, que cae con todo su peso encima del acuario. A Harry le preocupa que se rompa el cristal, caiga dentro y mate a los peces. No sucede nada. Se queda ahí, entre ellos, durante un buen rato.

Joey hace ruido al esnifar, se limpia la nariz con el dorso de la mano. Se revuelve en el asiento. La piel del sofá hace el ruido de antes.

—¡Otra vez!

—Sí —dice Harry siguiéndole la corriente.

—A ver, tía, la cosa es que —expone Joey— como no está Pico, pues cambia un poco el tema. —Harry se acaba el cigarrillo y deja que la ceniza caiga al suelo. Aguarda—. El precio se ha duplicado.

Harry mira cómo le sonrío. Al fin se ha destapado el pastel. Quiere robarle. «Tendrá morro, el cabrón».

—El material es de mucha más calidad que el de Pico. Tuvo que entrar por una ruta distinta. Yo soy un hombre honrado que intenta ganarse la vida honestamente. —Muestra sus dientes como lápidas relucientes, se pasa la mano por su pelo grasiento y se la limpia en la americana del traje—. Eres libre de marcharte y dejarla aquí, bonita, de verdad, vete, no te lo voy a impedir. Aquí sólo estamos tú y yo.

Joey mira a su alrededor, vuelve a esnifar armando un escándalo; sujeta un cigarrillo entre los dedos, pero no lo enciende. Mira a Harry de cerca, se inclina hacia ella poniéndose firme.

—Pero no vas a encontrar nada mejor ahí fuera, ricura, y lo sabes bien. — Hace una pausa, se pone serio y da vueltas al cigarrillo entre los dedos de su mano derecha—. Esta mierda —usa el cigarrillo para apuntar hacia el paquete que reposa sobre el acuario— la bajaron esta mañana del barco. Nadie le ha puesto un puto dedo encima a esta cocaína desde que salió de Bolivia. — Espera a que Harry lo asimile. Adelanta la entrepierna, corre las pantorrillas sobre la piel del sofá—. Lo que me contaron cuando me estuve informando es que te gusta vender a entendidos, a los que controlan el sarao, ¿verdad? ¿Estás dispuesta a pagar precios *premium* por mercancía *premium*? Es lo justo, ¿no?

De hecho, a esa clase de tíos, cuanto más cara se la dejas, más la disfrutan. ¿Los directivos de las empresas no funcionan así?

Joey vuelve a sonreír, pero esta vez con los labios cerrados. Se lleva el meñique al oído y se hurga dentro un rato. Descubre una bolita de cera, hurga un poco más, da con ella y se la saca.

–Perdón –dice mirando la bolita de cera y limpiándosela en el traje.

Harry permanece en silencio, le da un sorbo a su brandy con soda. «Es el mejor brandy con soda que he tomado en mi vida. Eso te lo reconozco, cabrón asqueroso».

Los rasgos de Joey son toscos y gruesos, sus labios parecen un par de longanizas. Tiene la cara totalmente cubierta de marcas de acné. Lleva botas de piel de cocodrilo. Sus pantorrillas son gruesas y los gemelos enclenques. Suda por las sienes, tiene el paquete apuntando en dirección a Harry, balancea ligeramente la cabeza, como una manzana caramelizada en equilibrio sobre su cuello flacucho e inverosímil.

–Bueno, ¿qué decides? –dice–. Porque llevo todo el día dándole vueltas a esto, guapita, y la única manera que veo de salir los dos adelante, como ya he dicho, es empezando de cero. Tú y yo. Tinglado nuevo. Trapicheo nuevo. Reglas nuevas. Dosis nuevas. Sabes cómo coño te digo, ¿no? Condiciones totalmente nuevas.

Harry se queda mirándolo, da un sorbo a su copa. Traga con dificultad. Joey sigue hablando:

–Mira una cosa –dice–. Vamos al grano: yo te sigo pasando la mejor coca que se puede comprar con dinero y tú me pagas por mi trabajo. Así de sencillo. Todo esto por el doble de lo que le pagabas a Pico. ¡Lo bueno, si es doble, dos veces bueno, je, je! Y eso no se negocia. –Saca un bolígrafo del bolsillo y escribe una cantidad de dinero en un trozo de papel, lo desliza por encima del acuario, alzando las cejas al mismo tiempo–. Puedes probarla si te apetece, como ya te he dicho.

Señala al acopio de coca que se amontona junto a la cifra. Harry no coge el papel, sino que saca otro cigarrillo. Lo enciende, fuma dando hondas caladas. Observa a Joey, al tiburón, la coca puesta sobre la mesa. Percibe la presencia de Leon contra la pared, detrás del sofá en el que se sienta Joey, oculto, acompasando su respiración al ritmo de la música de arriba. «El hombre tiene su coña. Hay que reconocérselo».

–Mira, Joey –le dice Harry, con calma, como si estuviese harta de todo–.

Por lo que yo sé, el importe ya está fijado. Si quieres cerrar la venta, lo hacemos ahora al precio que llevo pagando desde que comencé a trabajar con Pico hace siete años. Si no quieres hacer la venta por esa cantidad, no me interesa.

A Joey se le salen un poco los ojos de las cuencas; hay algo nuevo, algo cambia en su cara. Deja escapar una carcajada que suena como un coche derrapando. Sigue así durante un largo rato. Harry se lo toma con entereza.

–Me caes bien –contesta Joey–. Me caes muy pero que muy bien, Harry. Eres una puta cachonda. –Se vuelve a reír. Se detiene bruscamente–. Muy bien –continúa–. Lo vamos a hacer de la siguiente manera. ¿Te parece bien? –La sonrisa se extiende por su rostro como una urticaria–. Me vas a dar todo el dinero que llesves encima y yo te voy a dar *medio* kilo. ¿Vale? –Joey espera, se queda pensando, se muerde un rato las uñas–. O, si no, lo que podemos hacer es que tú me das ese maletín y yo deajo que te marches sin partirte los huesos. – Se encoge, se arranca un trozo de uña con los dientes y lo escupe–. Si te apetece, podemos hacer eso, capulla canija. –Joey la devora con los ojos–. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con un hombre, Harry? –dice, mientras el tono de su voz se escurre por el fondo de su garganta–. Es curioso que trabajes por tu cuenta, ¿no crees? Teniendo en cuenta lo que eres.

Esto golpea a Harry como si un viandante que pasase por la calle al azar le propinase de pronto un puñetazo en la cara. «Éste *no* es. Éste no es el tío con el que iba a quedar. Éste es un puto aprovechado. Joder, podría ser un mindundi cualquiera». Harry se queda inmóvil sobre su asiento y siente cómo se le revuelven las tripas. Ojalá no hubiesen venido. «Joder, ahora sólo hay una forma de acabar con esta puta locura de noche». Cierra brevemente los ojos. Empieza a dolerle la cabeza, siente una presión detrás de los ojos. Debería ponerse las gafas, pero no se acostumbra a verse con ellas puestas y le aterra la idea de ponerse lentillas. «Me pregunto si Becky llevará lentillas».

En el tiempo que les lleva a estos pensamientos pasar por su mente, en lo que tarda su cigarrillo en consumirse una fracción de milímetro, en lo que su mano tarda en acercarse unos centímetros al maletín que tiene a sus pies, Leon se ha apartado de la pared, ha agarrado a Joey por el cuello y lo mantiene tumbado contra el suelo.

El tiempo recobra su velocidad habitual, el eco de los sucesos a cámara lenta resuena en la cabeza de Harry. Vuelve de golpe a la realidad. Ve a Joey y Leon peleándose en el suelo, demasiado cerca el uno del otro como para soltar

un golpe. Leon se deshace de la presa, se pone en pie, arrastra a Joey con él y con toda su fuerza le pega patadas en la cadera y en la cintura, cuatro puñetazos rápidos en la cara y luego en el pecho. Joey está desorientado, no sabe dónde caer rendido, se le ponen los ojos en blanco, el puñetazo en el pecho ha sido tan fuerte que tiene la camisa manchada de sangre. Leon sigue machacándolo. Harry observa fascinada. El cuerpo de Joey se derrumba. Se desahoga patosamente a insultos, rueda por el suelo, gimiendo como un tren en la lejanía. Leon le sigue dando patadas en el hombro, en las piernas, y se dispone a propinarle una en la cabeza.

—No —le dice Harry.

Leon le devuelve la mirada a Harry, que aún permanece sentada, inmóvil, sobre el sofá.

—¿Qué? —dice—. No es plan de dejar las cosas a medias.

Harry suspira, se levanta y se mueve sin pensar; se dirige hacia el alijo, extrae uno de los inmensos fardos y lo introduce a presión dentro del maletín. Deja el resto y va a por el dinero. Se mete puñados en la goma de los pantalones y el forro de la chaqueta. Se pone a embutir dinero dentro de la camisa y hasta debajo de las axilas. Joey se lamenta tirado en el suelo. Tiene la cara hecha un poema, parece el dibujo de la alfombra. Harry se queda mirándolo, y casi siente compasión. Joey la mira a ella, sus ojos vacíos intentan comprender lo que ha sucedido.

Harry le mete un cigarrillo entre los labios, se lo enciende, le da una palmadita cariñosa en las mejillas.

—No te va a pasar nada —dice—. Vas a salir de ésta, tío.

Se pone el abrigo y recoge el maletín. Leon sacude la cabeza, se lleva un dedo a los labios y la guía hasta la salida de incendios en la que se fijó antes.

El frío nocturno les devuelve las sensaciones de golpe. No dicen nada, caminan lo más rápido que pueden, sin llegar a echar a correr. Después, coche, llaves, puerta, chirrido al abrir, chirrido al cerrar. Leon se pone delante, Harry va detrás. Se marchan sin encender las luces, vigilando a los gorilas. Llegan al final de la calle. Encienden las luces, pasan el cruce, giran a la izquierda en la rotonda y se pierden en mitad de la noche.

Los ojos de Leon se reflejan en el retrovisor. Vuelve la cabeza hacia atrás. Harry, con el cuerpo rígido, siente que Leon se gira, y también lo mira. Sus miradas se cruzan brevemente. Esbozan una sonrisa. Leon vuelve a clavar los

ojos en la carretera. Los dos toman aire antes de sucumbir a una absorbente risotada infantil que deja a Harry tendida en los asientos traseros.

–¡JOOOODEEEER! –Leon golpea el volante con el pulpejo de la mano.

–Estás como una puta cabra, Leon. –Harry está tumbada a lo largo, con una pierna doblada y apuntando hacia arriba y la otra en la alfombrilla. Aguantando la respiración. Se reincorpora. Le cuesta horrores. Los resquicios de risa que le quedan entre los músculos la debilitan.

–Nos la intentaba colar, tía. ¿O es que no lo veías?

Harry se restriega la cara. Después de carcajearse, la realidad la golpea. La náusea y el chute de adrenalina le dan cornadas en las tripas como toros enfurecidos.

–No me tenía que haber llevado el dinero. –Le sale un fino hilo de voz, lleno de angustia y de terror... Le pega una palmada al respaldo de los asientos.

Leon niega con la cabeza. Habla tranquilo:

–Hiciste lo que había que hacer.

–Esto va a ser un problema, Leon. –La tirantez en la garganta, su tono, su voz que se vuelve aguda. La rabia que se cuele por los rincones.

–¿Y qué quieres? ¿Dar la vuelta? ¿Devolvérselo? –Leon le echa un breve vistazo a través del retrovisor.

La ciudad discurre tras las ventanas, impertérrita.

–Joder –dice Harry, presa de un nuevo temor–. Joder, joder y joder.

Pero su entusiasmo se viste y se acicala, preparándose para hacer acto de presencia en el mundo; el dinero comprimido en el interior de su camisa, en el forro de su chaqueta, en la goma de su pantalón, esos fajos de dinero son de verdad. Inclina la cabeza, cierra los ojos. Cuenta hasta diez. Abre los ojos, poniendo una sonrisa extraña.

–A tomar por culo todo –grita, agarrando por detrás el asiento de Leon–. ¿Y ahora qué hacemos, Leon? –La voz se le quiebra de emoción.

–No lo sé –contesta Leon, con voz más firme–. No tengo ni puta idea.

AL VENCEDOR, LOS DESPOJOS

Son las cinco de la mañana. Las luces de Giuseppe's están encendidas. La reja está echada, pero el resplandor de las bombillas se cuele entre las rendijas, inclinándose sobre la calle a oscuras como una banda de jazz enfundada en sus trajes con hombreras.

Ron está sentado en una silla en la esquina más alejada de la puerta. Tiene su voluminosa cabeza apoyada contra la pared, las piernas totalmente estiradas, cruzadas a la altura de los tobillos. Se tapa la cara con las manos. Hince un codo sobre la mesa, mientras que el otro se le escurre. Parece alterado por algo; su cuerpo macizo parece hueco, incluso su característica barriga prominente parece colgarle mustia. Su pelo castaño está revuelto, apunta en todas direcciones y tiene la raya torcida. No ha dejado de pasarse la mano por él hasta que se le ha levantado como una ola.

Su hermano, Rags, está sentado en el otro extremo de la sala, con un pie sobre la silla que tiene frente a él. Preparando otra copa para los dos. Se pasan un minuto en silencio. Dos.

—¿Tú crees que voy a perder el local? —le pregunta Ron a su hermano con la voz enturbiada por la bebida.

—Yo creo que no —le responde Rags con intención de consolarlo.

Rags es más alto que su hermano y también más guapo. Frente ancha, nariz estrecha y unos ojos brillantes de color verde oscuro. La barba de una mala noche comienza a despuntar en torno a la mandíbula. La sombra negra por el cuello le hace parecerse a un tejón. Observa a su hermano con el mismo amor punzante con el que siempre lo ha hecho. Siempre ha sentido la necesidad insaciable de mejorar la vida de Ron y ha lamentado la tristeza que le produce su incapacidad para proteger a los demás de las acciones de ambos.

—Sí que voy a perderlo. —Ron está a punto de romper a llorar. Su voz es un gemido—. Pico se va a lanzar como una fiera sobre mí y voy a perder este sitio. Mi sustento. Me lo va a quitar. —Se le quiebra la voz. Hunde más aún la cara entre sus manos.

—Que no te va a pasar nada, tío —dice Rags—. Tú déjame que te cuente qué paso y luego ya verás.

—¡NO ME DA LA GANA SABERLO! —grita Ron, con aquellas palabras maceradas en la boca—. No me da la gana saber qué pasó. Veo que se acerca el fin y que ya lo tengo encima y no me sale de lo putos huevos saberlo. Así que no se te ocurra contarme nada.

—Ya basta —se limita a decir Rags, totalmente consciente de que no sirve de nada intentar calmar a su hermano. Vale más dejar que se tranquilice solo. Se levanta y va hasta el fregadero, donde tiene una bolsa de hielo metida en agua fría. Pone un par de cubitos en cada vaso y vuelve a sentarse. Ron hace ruido al respirar, de tanto que aplasta la nariz contra las manos. Rags sirve dos copas abundantes de ginebra, disfruta viendo el hielo cuartearse.

—¿Llevas algo de tema encima, Rags? —dice Ron por debajo de sus manos.

—Para ti, que te has quitado, no. —Rags se dirige a las ginebras.

—Estoy borracho —proclama de forma trágica Ron. Se le escurren los codos y tiene que volver a ponerlos donde quiere.

—¿Y qué? —Rags se pone a exprimir limón con un tenedor en uno de los vasos.

—Si no me meto una raya, no aguanto más despierto —dice Ron, explicándolo cuidadosamente, como si fuese una pista importante dentro de un misterio—. Si no me meto una, me quedo frito.

—Eso es todo de boquilla. —Rags se acerca el vaso de zumo de limón a la cara y se pone a buscar pepitas con un ojo entornado.

—No dirás lo mismo cuando haya vomitado todo por el suelo y tengas que limpiarlo porque yo me haya caído redondo. —A Ron se le vuelve a escurrir el codo y acaba dando con la axila contra la mesa. La deja ahí plantada, dándose por vencido.

—¿En serio que quieres una? —Rags encuentra dos pepitas y las saca con el tenedor.

—No me obligues a arrastrarme como un puto gusano.

Rags lo mira.

—Vale, vale —lo tranquiliza—. Aquí tienes. —Saca una papelina apretada del bolsillo de sus vaqueros y se dispone a lanzársela a Ron.

—No me la lances —dice Ron desde detrás de sus manos, sin mirar—. Levántate y tráemela.

—No, te levantas tú, vienes y la coges —le dice Rags, dirigiendo su atención al sobre de azúcar moreno que tiene junto a los vasos.

–No puedo –se queja Ron–. No me hagas esto. –Ron sigue con la cara tapada, apretando la reconfortante oscuridad de sus manos contra sus ojos, que no dejan de darle vueltas–. Soy tu hermano pequeño –masculla con delicadeza–. Protégeme un poco.

–Míralo, recurriendo al parentesco sólo cuando le conviene. –Rags calcula la medida de una cucharilla exacta de azúcar y se la añade al cóctel.

–¿Y cuándo debería hacerlo si no? –le pregunta Ron.

–Pues cada día de tu lamentable vida, Ronald Shogovitch. O eso, o nada –le exige mientras remueve frenéticamente la bebida y sonrío con el esfuerzo.

Ron suspira hondo, aparta las manos de la cara y se queda sentado, expuesto de repente, parpadeando. Cierra los ojos, poco a poco los va abriendo, tanteando el terreno. Muy lentamente, se levanta y echa a andar hasta que se sienta justo enfrente de su hermano. Con manos torpes y pesadas se pone a dividir la farlopa en rayas gruesas y chapuceras. Rags no dice nada, mantiene la atención fijamente clavada en los *gin fizz*.

Finalmente, Ron se mete la raya, tose, vuelve a tomar asiento y espera a que su vista recobre nitidez. Le da la sensación de que acaba de ver una sombra cruzando por delante del ventanal.

–¿Has echado el pestillo a la puerta? –pregunta.

Rags asiente. Añade el sifón. Contempla las copas terminadas, las examina con detenimiento. Satisfecho, le indica a su hermano que coja el vaso que le corresponde, saca su esnifador de plata del bolsillo interior de la chaqueta y se inclina sobre la mesa para meterse él también su raya.

Ron parpadea y traga saliva. Sacude la cabeza unas cuantas veces. Siente que va recobrando nitidez en la visión. Sonríe.

–Aquí estoy –dice.

–¿Has vuelto a la vida? –Rags recoge los restos de polvillo con la yema del dedo y se frota con él las encías.

–Sí, después de un breve paréntesis, he vuelto de manera oficial –declara Ron. Se lleva las manos a las pantorrillas y hace saltar las rodillas arriba y abajo con un temblequeo violento.

–Bien –contesta Rags alzando la copa–. Bienvenido. Se te echaba de menos. –Bebe con un gesto teatral.

–¿Rags? –Ron deja las rodillas quietas.

–Sí. –Rags lo mira.

–Cuéntame lo que ha pasado. –Ron mantiene los ojos a la altura de su

hermano.

Su hermano lo observa detenidamente.

–¿Estás seguro de que quieres saberlo?

–Me siento preparado –le confirma Ron.

–Bien, tío. –Rags da otro sorbo y pone cara de escozor, complacido con la medida de limón–. Bueno, vale. –Espera un rato. Se apoya hacia atrás y mira hacia el techo. Aprieta los labios–. Pues bueno –repite–. Nos han robado.

Ron se queda mirándolo, esperando a que diga algo más. Rags le devuelve la mirada. Se encoge sin mover los hombros, sólo con los ojos.

–Eso ya lo sé –dice Ron, inclinándose hacia él–. Llevo sabiéndolo desde que me sacaste de la cama hace cuatro horas y me arrastraste hasta aquí. Pero lo que yo digo es que... –Ron se vuelve a echar sobre el respaldo de la silla, gira el cuello de lado a lado, se pregunta qué es lo que estaba diciendo y de pronto se acuerda–: Estoy listo para saber qué pasó. Estoy preparado para que me cuentes exactamente lo que sucedió. Estoy dispuesto a escuchar. Tengo los nervios bajo control.

Ron se estira para coger el paquete de tabaco que tiene Rags junto a su codo. Rags se lo acerca mientras le pasa el mechero con la otra mano.

–Muy bien –dice. Se pasa la palma de la mano por la cara, se restriega la nariz, asiente con la cabeza–. Bueno. Pues estaba yo ahí, en ese club de mierda que queda en la parte chungueta del sur de Londres. Esto ya lo sabías. Se llama Paradise. Y estoy esperando a esta tal Harry que según Pico iba a pasarse por ahí.

–Rags, ¿por qué estabas ahí y no en algún sitio conocido? –le pregunta Ron con calma.

A Rags le molesta la interrupción:

–Yo qué sé, Ron. Porque me mandaron ahí.

–Lo digo en serio. ¿Por qué ahí? –Ron le da vueltas. No le cabe en la cabeza. Rags le coge el cigarrillo a Ron y se lo fuma, no se lo devuelve.

–¿De quién es el bar? –le pregunta Ron.

–De una colega –le dice Rags.

–¿Es de fiar? –le presiona Ron.

–Me fío de ella incondicionalmente.

–¿Seguro? –Ron inclina la frente hacia su hermano.

–Sí –replica Rags–. Se llama Lucy. A lo que íbamos...

–¿Lucy qué?

–Tú fíate de mí. –Rags apunta con el dedo a su hermano–. Ella no tiene nada que ver en esto.

Ron señala con su propio dedo al dedo acusador de Rags.

–¿Y por qué te dejó usar su bar? Estoy pensando en voz alta, que conste.

–Mira. –Rags coge la mano a su hermano y la baja hasta ponerla sobre la mesa–. Tiene muchísima seguridad contratada, lleva una tema de peleas ilegales en la parte de atrás.

–¿Qué clase de peleas?

–Pues de todo –dice–. Animales, niños, hombres, mujeres. A veces todo a la vez.

–¡La madre que me parió! –Ron encoge los ojos.

–Es un sitio chungo de cojones, te lo aseguro. Pero es seguro, que no te quepa duda. Si algo tiene es que es la hostia de seguro. –Rags encoge los labios y los hombros a la vez.

–Pues al final no resultó ser tan seguro, ¿no es cierto, Rags? Al menos para nosotros, anoche. –Ron lo mira con un gesto de reproche.

Rags se cabrea.

–¿Pero quieres que te cuente lo que pasó o no?

–Yo no digo nada. –Ron extiende los brazos con cara de inocente.

–Sí que lo dices. No paras de interrumpir.

–Yo no.

–Acabas de hacerlo. –Rags se queda contemplando a su hermano, indignado.

–Bueno, vale, ya me callo –le promete Ron sonriendo con cara de bueno. Rags lo mira con recelo–. Quiero saber, estoy dispuesto a escuchar. Pero ¿qué coño pasó?

Rags le clava los ojos. Busca algo. Se da por satisfecho, dobla las piernas sobre la silla y se frota la nuca. Comienza de nuevo.

–Pues bien –dice–. Estoy ahí, en el bar, hasta los topes de gente.

–¿Hasta los topes? ¿Un martes?

–¿Qué acabamos de decir que te ibas a limitar a hacer? –Rags señala con la palma de la mano a Ron.

–¿Qué? –Ron alza los hombros, mece la silla hacia atrás y se cruza de brazos–. ¿Hasta arriba un martes?

–Ron. –Rags imita inconscientemente la postura de su hermano, echa la silla hacia atrás y se cruza de brazos–. Los bares de este tipo se llenan todas las

noches. Alcohol barato, drogas baratas, música barata y sexo barato. Tío, en estos tiempos que corren la gente ya no se mete en la cama a las diez. Uno ya no sale a dar una vuelta y luego a casa. Sólo existe el machaque del trabajo y la puta alegría momentánea de enchufarte un buen tiro de polvo de la alegría y restregarte contra los genitales sudorosos de un desconocido. –Rags se queda mirando a su hermano. Furioso.

Ron se lleva el dedo a los labios.

–Perdona. Ya no digo más. Palabra.

Rags duda e intenta retomar el hilo de la narración.

–Vale –prosigue–. Hay un tío que curra ahí. Joey, se llama. –Hace una pausa, espera la interrupción, que no llega, y continúa–. Es un resentido de la vida. Trabaja para Lucy, pero todo el mundo lo trata como si fuese gilipollas porque, por lo que me han contado, más gilipollas no puede ser. Está crecidísimo, pero es un pringado. Pues bueno, ese mismo día, hacia las tres o las cuatro de la tarde, me tocó tener que andar trasladando un huevo de mercancía, así que Lucy envió a uno de sus niños. Un tío vestido con uniforme de colegio y todo. Lo metí en el coche y nos fuimos hasta el Paradise. El críajo haciendo novillos, como comprenderás. Como si no fuésemos dando el cante por ahí. El caso es que llegamos sin ningún problema y meto un montón de material dentro del bar. Y llevo encima lo que viene a ser un buen montonazo. El plan era hacerle una propuesta a esta chica, a esta tal Harry, que viene recomendada por Pico. Así que iba a ser en plan: «Mira, guapa, llévate todo porque no sabemos cuánto va a estar Pico fuera. Nosotros te lo fiamos, que son unos cuantos kilos, y luego tú ya vas haciendo cuentas a tu ritmo con Pico a través de Ange».

–¿Quién es Ange? –La interrupción es espontánea, sincera.

Rags se cabrea de nuevo, pero se controla.

–Si ya conoces a Ange.

–¿La mujer de Pico? –pregunta Ron.

–Sí, claro –le confirma Rags.

–Si yo creía que se llamaba Miquerubín.

–La llama «mi querubín», pero su nombre es Ange. –Rags observa que su hermano se queda boquiabierto y se lleva las manos a la cara–. ¿Qué te ocurre?

–No me jodas –dice Ron enterrando la cabeza.

–¿Qué pasa? –le pregunta Rags.

–La he llamado Miquerubín como un millón de veces. Nunca la he llamado Ange.

Rags espera a que se le pase el ataque de risa a su hermano.

–¿Has acabado ya?

Ron dice que sí mediante gestos y deja de reírse.

–Pues bueno, este soplapollas, Joey, me conduce al sótano. Lucy le pidió que me enseñase un poco todo. Es el que tiene las llaves, es lo máximo que le pueden confiar. Lo tienen haciendo de recadero. Se encarga de abrir el local, colocar las sillas, ese tipo de tareas. Así que me lleva a un sótano que tienen, una puta locura de habitación. Con un acuario con un tiburón dentro. La hostia.

–Sí, bien. –Ron asiente

–Lucy le da a todo –explica Rags.

–¿También a la pesca?

–Probablemente –dice Rags–. Bueno, el caso es que ese tal Joey me lleva hasta el sótano.

–¿Al del tiburón?

–Eso mismo. Y yo creo que me ha dejado solo cuando es obvio que se quedó escondido en alguna parte, físgando cómo descargaba el alijo. También dejé dentro un montón de dinero, lo que llevaba recaudado de todo el día, para tenerlo en un lugar seguro. En ese sitio hay la leche de seguridad por todas partes. Así que pienso, estúpidamente, que todo va bien. En cualquier caso, me quedaban todavía un par de asuntos por resolver. Le digo a Lucy que me tengo que ausentar un par de horas y que ponga a alguien a vigilar la puerta del sótano. Me marcho de allí, me dedico a hacer unos recados, ceno... Vuelvo sobre las once. ¿Me sigues?

–Sí, sí, te sigo.

–Vale. Pues el tal Joey me lleva al sótano, veo que todo sigue en orden y en su sitio, justo donde lo había colocado. Me pregunta a qué hora espero que aparezca la tal Harry y si sé qué aspecto tiene. Le digo que hacia las doce y media, minuto arriba, minuto abajo, que va a ir sola y que no sé nada más. Entonces me acompaña a una cabina que hay sobre la pista y me dice que espere ahí y que ya me la trae él hasta ahí. Así que me quedo allí una hora o así, esperando. Quizá un poco más. Estoy a gusto, tomándome algo, mirando a la gente...

–Eso a ti te gusta –dice Ron metido en la historia.

–Sí, me gusta mucho.

—¿Y qué pasó luego?

—Bueno. —Rags da un trago—. Al final me da por pensar que estoy hasta los huevos de hacer tiempo y bajo a ver qué cojones pasa. Bajo de ahí, me pongo a buscar a Joey y no lo encuentro. No está en la barra, no está en la zona de baile y la puerta del sótano está cerrada con llave.

—No puedes entrar.

—No puedo entrar, justo. Así que le pregunto a uno de los cachas que pululan por el local si me puede conseguir otra llave porque el tío que tenía que estar pendiente de mí se ha dado el piro. «Vale», me dice el otro, «no te preocupes, ven conmigo». Así que perdemos bastante tiempo intentando que alguien nos consiga un copia, luego echamos un buen rato perdidos por todos los pasillos raros que hay en aquel sótano y luego, por fin, damos con la habitación en la que queremos entrar. Abrimos la puerta.

Rags hace una pausa para darle suspense. Ron se inclina hacia delante.

—Y ahí está Joey, que parece un puto Picasso, con todas las partes del cuerpo mal colocadas; ahí, tirado en el suelo, murmurando a solas. El dinero se ha esfumado junto con un kilo y medio de coca pura sin cortar.

Se queda callado. El silencio los engulle a los dos. Ron sacude la cabeza. Se pone en pie y empieza a recorrer el café de un lado a otro. Rags lo mira.

—Siéntate, anda —dice—, que me pones nervioso.

—Me pongo a dar vueltas si me da la gana —le responde sin mirarlo, recorriendo el pasillo que queda entre las mesas. Se para en seco. Su cara es una mueca—. ¿Pero cómo cojones pudiste ser tan SUBNORMAL? —le espeta a gritos a su hermano.

—¿Cómo? —la voz se eleva dos octavas—. ¿Yo? —Se señala el pecho, ofendido—. Yo por Lucy pongo la mano en el fuego, ¿te enteras? Pensaba que no pasaba nada si dejaba toda la mierda ahí.

—¿En qué momento desde la existencia de este condenado mundo no ha pasado nada si dejas tantísimo dinero POR AHÍ? ¡LELO! ¡PUTO IMBÉCIL...! —Se pone hecho una furia, se abanica con la mano como si quisiera desprenderse de la noche anterior. Ron camina hasta donde está su hermano, abalanzándose sobre él, a punto de arrearle con el puño.

—SI ME PONES LA MANO ENCIMA, RON, AQUÍ VA A HABER FOLLÓN. ¿ES LO QUE QUIERES? —le grita Rags a su hermano para ponerse a su altura.

Ron suelta una carcajada. Sus ojos parecen un par de timbales resonando.

–¡Sí! Eso es lo que quiero, puto subnormal, puto...

Rags se levanta de golpe, tirando la silla al suelo, agarra a Ron por los brazos. Se los inmoviliza a un lado del cuerpo. Lo mantiene sujeto.

–Estás cabreado y se te está yendo la olla.

Entre sus narices hay apenas un centímetro. Ron respira a bocanadas como un caballo desbocado.

–¿Cómo no se me va a ir la olla si estamos hasta el cuello de mierda? –se lamenta.

–No fue culpa mía –explica con toda la paciencia del mundo mientras sujeta a su hermano, que sigue forcejeando.

–¿Y quién tiene la culpa, entonces?

Rags no contesta. Se limita a mirar a Ron, adrede, tomando y echando el aire a bocanadas e indicándole a Ron que él debería hacer lo mismo. Ron se pone a inspirar y espirar a su lado y Rags le aguanta la mirada hasta que ve que la locura se le ha disipado. Se ponen en pie sin decirse nada, mientras siguen respirando, durante bastantes minutos, mirándose a la cara. Al fin satisfecho, Rags le da a Ron una palmada en los hombros y lo anima. Vuelve a su silla, la coge y se sienta delicadamente. Cruza las piernas y apoya de nuevo la cabeza en las manos. Ron vuelve a dar zancadas por el bar. Esta vez, con más lentitud.

–Mira, tío –comienza a disculparse Rags–, todavía estoy asimilándolo todo, ¿sabes? Yo no pedí asumir esta responsabilidad. Yo nunca le dije a Pico: «Oye mira, por qué no te plantas ocho meses en la cárcel y así tengo la oportunidad de que me suba la tensión». ¿A que no?

–Aquí da igual si lo pediste o no, lo que digo es qué coño se te pasó por la cabeza. –Ron tiene la cabeza entre sus manos y se frota los ojos.

–No se me pasó nada por la cabeza. ¿Vale?

Ron se siente victorioso, echa los brazos a cada lado.

–¿Lo ves? –dice–. Lo que yo decía.

–Es que ya sabes... desde que me dejó Amy, las cosas no me han ido... no he estado... Ya sabes lo que quiero decir.

–¡Dios, Rags! No me vengas con ésas ahora.

–¿Qué? –Rags sorbe un poco de bebida–. Nada, historias mías. –Traga a la vez que habla. Las palabras le salen como un borboteo húmedo.

Ron se fija en él durante un rato, perplejo, antes de retirarle la copa de la

mesa y sujetarla en el aire con mucho ceremonial, como si fuese un trofeo, agitándola.

–Fue esa tal Harry quien lo hizo, ¿no? –Se detiene y se vuelve hacia Rags poniendo las cejas más inquisitivas que sabe poner.

–Bueno... –Rags descruza las piernas y las vuelve a cruzar, estira la espalda–. Pues resulta que salió a la luz después de un interrogatorio particularmente tedioso, que este pichacorta de Joey intentó manganarle precisamente a Harry, ése es el tema. –Rags despliega los brazos con incredulidad–. Eso es lo que pasó. –Mantiene las manos en el aire, sacude la cabeza y las vuelve a poner sobre su regazo–. Le iba a cobrar a Harry el doble y a quedarse la diferencia. O quedárselo todo si podía salirse con la suya. Cuando vio que Harry no estaba por la labor de seguirle el juego, se cagó encima y le dijo que vale, que entonces le diese todo el dinero. Y en ese momento...

Ron le corta, chasqueando el dedo cuando descubre de qué va el asunto.

–Harry le metió una paliza, le robó y se largó.

–Exactamente. –Rags toma aire. Se pasa la mano por la barba de varios días.

–¿No habíamos quedado en que la tal Harry era una chica?

–Sí.

–¿Y le dio de hostias a este tío ella solita?

–Sí.

–¿Pero quién es esa Harry de los cojones?

–Superwoman, visto lo visto.

–Y dada la clase de amistad que tiene Pico con Harry, que sabemos que es extremadamente cordial –Ron retoma sus paseos–, creemos que va a ser bastante comprensivo con lo que ocurrió.

Ron da un sorbo medido, lo mantiene en la boca y se enjuaga con él antes de tragarlo.

–Sí, ése es el percal –dice Rags, aliviado.

–Me cago en su puta madre. –Ron lo mira–. Prepara otra raya para los dos, ¿me haces el favor?

Rags expresa su conformidad y comienza el proceso.

–A Joey le aplicamos disciplina allí mismo. –Abre la papelina, saca una roca y la deshace con la tarjeta de crédito, pulverizando los grumos que quedan–. Nos lo contó todo. Nos describió a la tal Harry. Era delgada, metro y

medio justo, ya sabes, menuda, un poco machorra. Al parecer, con bastante mala leche. Joey dice que salió de la nada. Estaban hablando y al minuto siguiente ya estaba moliéndolo a hostias y metiéndole un cigarrillo en la boca mientras se marchaba por la puerta. Sabe artes marciales y todo. El pelo castaño, más bien corto. Una cara poco corriente. Tiene una nariz peculiar o algo así. ¿O era la boca? Si se arreglase más estaría bastante pasable. Pero sí, una chiflada de pies a cabeza.

Ron va asintiendo con la cabeza a medida que escucha «chiflada», «cara poco corriente», «sale de la nada».

—¿Así que vamos tras ella?

—Bueno... —Rags levanta la vista de las rayas que está preparando y frunce la nariz. Resulta un gesto extrañamente entrañable en una cara tan brutal—. No.

—¿CÓMO? —Ron grita la pregunta como si fuese el nombre de un dios dormido. Las paredes le envían el eco de la palabra.

Rags se encoge y se pasa la mano por la cabeza.

—Pues parece que las instrucciones de Pico son que hay que dejarlo pasar por alto. Que esperemos a que todo se calme un poco, a que él salga de la cárcel y luego ya nos pondremos con ello.

Ron se queda mirando a su hermano, inmóvil. Tiene una mano puesta en la garganta. Rags no le hace caso. Prosigue.

—Lo que piensa Pico es que...

—¿Has hablado con Pico? —le interrumpe Ron.

—Lo llamé en cuanto sucedió esto. —Rags se inclina para meterse una raya—. Conoce a Harry. Opina que esto es... —Hace un alto, esnifa la raya entera de una sola vez, echa la cabeza hacia atrás, frunce las fosas nasales y se quita los restos de coca con los nudillos—... un *malentendido* que puede solucionar, pero no quiere que *nosotros* nos encarguemos de nada. En realidad, está muy cabreado con nosotros.

—Será contigo. ¿Seguro que con los dos?

—Con todo el mundo. No para de cagarse en todo y de echar espuma por la boca. Ya sabes: «Os dejo solos cinco minutos y la cagáis a la primera de cambio, bla, bla, bla». Nos puso al mando y nosotros, en fin, ya sabes...

—Tú —dice Ron con énfasis.

—Bueno, desde su punto de vista la hemos cagado los dos.

—Y bueno, ¿al final voy a perder el local o no? —Ron eleva la voz; le sube

por la garganta y se arroja al aire desde su boca.

–No. Si haces los pagos puntualmente no veo por qué te tendría que largar. Este sitio es un buen negocio.

–¿Y qué más dijo?

–Dijo que vale, que habíamos perdido un buen pico de pasta, pero que no era el fin del mundo. –Rags mira tranquilo a su hermano.

–¿Que no es el fin del mundo? –Ron está furioso.

–No es el fin del mundo. –Rags no entra al trapo.

–¿Y qué pasa con esa tal Harry?

–Bueno, no sabemos quién es, ni de dónde es. Ni siquiera Pico puede contarnos mucho más. Obviamente, tiene ganas de pillarla. Vamos, tampoco puede haber muchas chicas por ahí vendiendo coca a mansalva que se llamen Harry. ¿O no?

–No.

–Y, obviamente, quiere recuperar la pasta, pero la cosa no va con nosotros. Es el puto Joey de los cojones quien va a cargar con todo.

–¿De dónde coño va a sacar tanto dinero para compensar a Pico? –Ron se sienta de nuevo frente a Rags.

Rags se encoge de hombros.

–Lucy me ha asegurado que ella se encarga de que este desgraciado le devuelva a Pico lo que debe. –Se da cuenta de qué significan esas palabras y siente un breve escalofrío—. Obviamente, si al final pillan a esa Harry... –Rags deja el resto en el aire, haciendo que Ron se lo imagine.

–¿No le va a parecer tan mal?

Rags confirma las palabras de su hermano.

–Exacto.

Durante unos segundos, se quedan dándole vueltas al asunto, en silencio. Ron se termina su copa.

–Estaba bueno esto –dice.

–Ya lo sé. Es *gin fizz*. Insuperable.

–¿Nos ponemos otra? –le pregunta Ron.

–Vale. –Rags deja caer la cabeza y resopla con fuerza. Se frota la nuca. Alza los hombros.

Ron se queda mirándolo.

–Me has tenido dando vueltas por el puto local, has hecho que se me fuese

la pinza. Nos dejó al mando, Rags, nos dejó a *nosotros* al mando y ahora pasa esto. No me cuadra.

Rags se pone en pie y se acerca a su hermano. Ron lo observa perplejo.

–Pero ¿qué haces? –le pregunta.

–Darte mimitos –le responde Rags.

–No me apetecen mimos –dice Ron.

–Claro que sí. Los mimos siempre apetecen. –Y se echa sobre su hermano y lo abraza aparatosamente, causándole dolor de cuello y dándole una palmada en la espalda que lo deja tieso.

Ron se encoge.

–¡Apártate de mí! –Rags no le hace caso–. Me estás haciendo daño. –Ron se revuelve y acaba apartando a su hermano de un empujón

Rags se ríe y levanta los puños:

–¡Vamos, vamos! –dice–. ¿Unos ganchos? –Se pone a bailar en torno a la silla de Ron.

Ron lo rechaza con la mano.

–No estoy de humor.

–¡Que no pasa nada, hombre! –le calma Rags–. Lo que necesitas es animarte un poco.

–¿Animarme? ¡Pero serás mamón! Me llamas por teléfono mientras estoy durmiendo a pierna suelta, me traes hasta aquí, me dices que se ha ido todo a la mierda y haces que toda mi puta vida pase por delante de mis ojos. Pensaba que estábamos metidos en un buen lío. Me va a costar un rato que se me pase la mala hostia. –Ron escupe al hablar, de lo excitado que está. Perlas de espuma blanca se le acumulan en las comisuras.

Rags se dirige hacia el lavabo que está detrás de la barra y se remoja la cara.

–Nos estamos haciendo ya viejos para esto –dice a su hermano con tono afectuoso.

–Le pago a ese puto rata de Pico un buen dineral todos los meses –dice Ron, con la nariz taponada de restos de cocaína–. Si puede permitirse pasar esto por alto, Rags, ¿por qué no puede pasar lo mío por alto?

Rags va hasta su hermano, apoya el codo sobre su hombro y se inclina para hablarle.

–Porque hiciste un trato y eres un empresario honrado. Tú mantienes tu palabra y eso está muy bien. Y a esa tal Harry pues se le va a caer el pelo. Si

te enteras de algo, ya sabes, haz lo que tengas que hacer, que te quede claro. Pero mientras tanto, se nos ha hecho ya tardísimo.

Ron señala con la cabeza el cielo iluminado que se ve fuera del local.

–Deberías irte a casa, prepararle a Linda una buena taza de té, hacerle cosquillas en los dedos de los pies y acostarte.

Ron mira a su hermano a la cara, aproximándose a él y reprimiendo las ganas de pegarle un grito. Su cerebro se siente espeso, amazotado y sobreexcitado.

–¿Vale? –pregunta Rags.

–Vale –le espeta Ron, agitado.

–Así se hace. –Rags se revuelve el pelo con la mano, un gesto que Ron ha odiado desde que tiene uso de razón.

La mañana llega pronto. Tan fría e inexpresiva como los desconocidos con los que uno se cruza en hora punta. Con los ojos medio cerrados e hinchados por la falta de sueño, Leon y Harry se miran el uno al otro sentados a la mesa de un *diner* americano abierto las 24 horas, en una parte de la ciudad en la que nunca han estado. Están al borde de un parque que se extiende en todas direcciones, regado de monumentos y esculturas. Las tiendas venden vestidos vaporosos y morteros y almireces de diseño. Consideran que éste es un lugar tan válido como cualquier otro para parar a desayunar.

A pesar de haber compartido toda una vida juntos y gran parte de ese tiempo los dos solos, a Harry le da la sensación de que nunca antes había mirado a Leon directamente a la cara. No sabe dónde posar los ojos. Se rehúyen la mirada y se asoman por la ventana en dirección al coche aparcado. El dinero reposa como un cadáver en el maletero.

Harry comprueba el móvil por décima vez en lo que va de minuto. Leon arquea una ceja por detrás del batido que se está tomando. Echa el cuerpo hacia delante, con la intención de quitárselo de las manos. Harry estira el brazo para entregarle el teléfono, pero se aferra a él quizá con demasiada vehemencia, de modo que se quedan sentados con el móvil sujeto entre los dos como en un juego de tira y afloja.

–Harry –dice Leon con suavidad. Harry suelta la mano un poco sorprendida. Leon saca la batería y retira la tarjeta SIM. Echa la tarjeta y la batería dentro de

su vaso de agua. Harry se lo agradece con los ojos. Contemplan cómo la SIM se sumerge hasta el fondo.

Ante ellos hay platos de comida sin tocar. Leon pidió tortitas con fruta y sirope. Harry, unos huevos con beicon. Harry bebe café solo cargado de azúcar. Leon, un batido de fresa. Llevan toda la noche dando vueltas con el coche, parando en distintos bares para matar el rato. Se pasaron dos horas enteras echando un vistazo a la sección de electrónica de una gran superficie de las afueras que abría de noche. Salieron con una tele nueva y una olla exprés de alta gama. Ahora están en el extremo oeste de Londres y se arrepienten de no estar más cerca de casa. Acaba de amanecer y el pálido cielo se vetea de amarillo. El sol comienza a elevarse, enviando sus primeros colores como heraldos para anunciar a todos su llegada. Harry contempla los tonos del exterior. «Deben de ser cerca de las ocho».

—¿Tú crees que piensan matarme? —le pregunta a Leon con serenidad.

—Matarnos —le corrige Leon.

—Nadie sabe que existes.

—Bueno, quizá no, pero tendrán que matarme a mí primero.

—La hemos cagado de lo lindo, Leon.

—Vamos, tía. Levanta un poco ese ánimo. —Leon tiene una voz resuelta.

Harry se bebe el café y escucha la música que apenas suena por los altavoces. Demasiado baja para que se oiga. Odia que la música suene a ese volumen. Intenta no prestar atención, pero se le acaban yendo los oídos. Se vuelca en su beicon con huevos. Come con indecisión, sintiendo la comida con los dientes mientras mastica. La vida transcurre en piloto automático, demasiado ocupados haciendo cosas para detenernos a pensar en serio sobre lo que hacemos. Mira afuera, por detrás del coche, hacia la calle que bordea el parque, hacia los cafés turcos cerrados, hacia los autobuses llenos ya a estas horas de trabajadores. Los primeros *runners* le dan a las piernas recorriendo el helado perímetro del parque. Cuerpos de gris y fosforito entregados a la idea de superación.

Logra terminar el bocado y se limpia las comisuras con la servilleta de papel. El hambre se despierta en su estómago ahora que ya lo ha estimulado.

—Tendremos que irnos de aquí.

El tono de Harry es suave y sumiso. Tan apagado que a Leon le resulta más

fácil oír la voz de la gente de otras mesas que la de Harry. El pánico de Harry le hace sentir punzadas en el corazón. Ojalá se le ocurriese algo.

–Nos la han metido doblada –dice Leon–. Si pudieses ponerte en contacto con Pico...

Harry lo interrumpe:

–Sí, pero no puedo. No sé qué número tiene hasta el momento en que me llama.

–De acuerdo, pero digo «si pudieses». Igual es compasivo.

Engullen bocados de comida. Trituran huevo, pan y fruta con muelas fuertes.

–Tenemos un montón de dinero metido en ese coche, podríamos huir a cualquier parte.

–¿Y adónde? –Leon reúne arándanos con el tenedor. Se le caen cuando intenta llevárselos a la boca. Vuelve a intentarlo. Se le vuelven a caer.

–Tendremos que andarnos con cuidado con todo ese dinero.

–Podemos dividirlo. Lo iremos cambiando poco a poco. Tengo un colega en Barcelona que podría echarnos una mano.

Harry se estira sobre la mesa, le quita el tenedor a Leon, le clava las púas a unos cuantos arándanos y levanta el cubierto.

–No me encuentro nada bien, tío. No me encuentro bien. –Harry está mareada, se siente como en otro mundo–. Nos llevamos un montón de dinero –susurra Harry con una voz que araña el silencio de la cafetería. Pone los ojos como platos. Se le llena la frente de arrugas.

–¿Y qué hacemos con toda esa mercancía?

–Venderla. De una sola tacada.

–¿A quién?

–No conocen a nuestros clientes. –La voz de Leon es un rumor sordo.

El día de playa la llama a gritos. Sentada ahí sobre las piedras. ¿Y qué pasa con su familia? ¿Qué les va a contar? ¿Estarán a salvo si se va de la ciudad?

–Debería haber tenido más cuidado –lloriquea–. Es lo único que digo. –En sus palabras resuena la tristeza–. Porque ahora nos tenemos que ir de aquí, Leon. Tenemos que irnos de aquí cagando leches, tío.

La idea cruza sus mentes a toda velocidad y se quedan sentados, dejando caer las cabezas inertes hacia atrás.

–Vamos, cabrona, piensa un poco –le recrimina Leon–. Tampoco está tan mal, ¿a que no? Podríamos vivir una aventura. Ir adonde nos salga de las pelotas.

Harry lo mira con recelo, poco convencida.

Incluso a esta hora tan temprana, hay personas desperdigadas por la cafetería. Un hombre solo, en mono de trabajo, se come un bistec con huevos fritos. Tres turistas miran las fotos de sus cámaras con entusiasmo y beben café. Una mujer y un niño están dando cuenta de una copa de helado gigante. El niño lleva una pulsera de hospital y un pijama de Batman. Harry ve todo esto y se desmorona por dentro, siente que se pliega hacia dentro como un castillo hinchable cuando la feria termina. «Ser una persona que lleva una vida normal».

–Bueno, pues ahora a pensar las cosas con calma, ¿vale? ¿Qué saben de nosotros? –Leon pone cara de concentración.

–¿Con suerte nada? –Harry responde como en un concurso de preguntas, intentando acertar.

–¿Sabe Pico dónde vives?

–No –dice Harry.

–No. Bien.

–Nunca se ha pasado por ahí.

–Por supuesto que no.

–Pero irán en nuestra búsqueda igual. ¿No crees?

–No nos va a pasar nada. Sólo tenemos que mantener la calma. –Leon se estira, sostiene las manos por encima de su cabeza y las baja.

–Hemos tenido mucho cuidado hasta ahora. Nadie sabe quién eres. Nadie ha visto el coche. Todos nuestros conocidos creen que trabajas en contratación. – Harry tiene la mirada clavada sobre la superficie de la mesa, escucha atentamente–. Lo único que sabe la gente a la que vendemos es tu nombre y tus números de teléfono. –Leon le da toquecitos con el dedo al vaso de agua en el que ha hundido la tarjeta SIM y la batería–. Y –se le viene de pronto a la cabeza–, seamos francos, mucha de la gente con la que tratamos se cree que eres un tío... –Harry se encoge visiblemente–. No es por quedarme contigo –rectifica Leon–, es que lo creen. –Harry flota de cansancio, navegando a gran altura–. Mira –Leon consigue hilar sus pensamientos–, salimos por patas de una encerrona. Te llevaste el dinero como compensación.

Harry deja que las palabras tranquilizadoras de Leon alivien su temor. Las sorbe como si fuesen leche.

–Sí, sí, vale. –Se lleva a la boca un buen trago de café. Levanta la mirada

con espanto—¿Crees que sus matones lo verán de la misma forma?

Leon no pierde la calma en ningún momento.

—Lo que pasó fue eso —dice llanamente.

—Tienen *armas*, Leon, no se andan con bromas. Esto es un tema muy turbio, tío. Algunos de ellos son incluso antiguos militares, joder. —Se detiene, sus pensamientos hacen que se le hiele la cabeza y siente un escalofrío—. Podemos morir por esto. —La voz de Harry es una ventana rota que deja entrar la lluvia.

Leon toma del brazo a su amiga por encima de la mesa. La mira fijamente.

—Eso son cuentos chinos. No te rayes, hermana, que aquí no va a morir nadie. —La mira con cariño y paciencia. Harry indaga en la cara de Leon en busca de una pizca de miedo, pero no la halla.

—Cómete los huevos —le ordena.

—¿Pero cómo puedes estar tan tranquilo, puto androide?

—Uno de los dos tiene que estarlo. —Suelta el brazo de Harry y se apoya contra su asiento. Es como si el cerebro no le cupiera en la cabeza. Tiene una extraña sensación en el estómago y le pita el oído izquierdo.

—¿Me ves muy acojonada? —Harry pregunta con timidez.

Leon sonríe.

—Un poquito sí.

Harry asiente, se recompone, se mete en la boca un poco de huevo. Le cuesta digerir. La imagen de los huevos se le hace monstruosa de repente y deja el tenedor.

—Lo siento —dice—. Lo siento, tío.

Leon le resta importancia. Mira hacia arriba y se queda contemplando el techo. Harry sabe que eso es lo que hace cuando está pensando. Aparta el huevo de la tostada y se la come a secas.

—Pico es un reputado interiorista con buenos contactos en Perú. No es un gángster ni un asesino. Es un trepa, un listillo. Ama a su mujer y a su familia. No creo que tengas que preocuparte por que te vayan a enviar al otro barrio ni nada por el estilo. —Harry levanta los ojos de la tostada y mira a Leon, dubitativa—. ¿Qué pasa? —pregunta poniéndose a la defensiva. Su tono es un poco tenso.

—Pero querrá recuperar su dinero.

—¿Y qué? ¿Crees que se lo debemos entregar? Aparecer por ahí, devolverlo todo y que todo siga como si nada.

Harry se queda cortada. Se estira para alcanzar el batido de Leon y le da un

sorbo mientras reflexiona.

–No, claro que no –murmura.

Leon está empezando a sentirse frustrado con ella. Lo que pasó, pasó y punto. Ahora toca pensar de forma pragmática. Harry siempre pierde los papeles en los momentos críticos.

–¿Y entonces qué quieres hacer? –le pregunta a su amiga.

Cansada, Harry repasa sus opciones.

–Quiero quedarme el dinero.

Leon asiente efusivamente. Aliviado.

–Gracias –dice.

–Sí –le contesta seria Harry, con los ojos reseco de agotamiento. No puede con su alma–. Quiero salir de este mundo. Dejar todo el tema del trapicheo. Vivir la vida.

–Bueno, pues ahí lo tienes. Eso es lo que vamos a hacer. –Leon tiende la mano sobre la mesa para que Harry se la coja. Ella le corresponde. Se dan un apretón. Dejan juntas las manos durante un buen rato. Leon retira la suya y se limpia la boca con ella. La noche pasada se resiste a abandonarlos. Se sienta con ellos, les pasa el brazo por encima y apoya sobre sus hombros su cabeza ensangrentada. Leon se bebe el batido con los ojos cerrados.

–Tenemos que dormir –dice Harry. Leon está de acuerdo y lo expresa moviendo su cabeza arriba y abajo y abriendo rápido los ojos. Harry apura lo que le queda de café. Se le ha enfriado.

–¿Estaré bien para conducir? –le pregunta. Leon la mira. Harry se muestra ante él sobria y serena.

–Sí, estupendamente. –Leon mete la mano en el bolsillo y saca unos billetes. Deja treinta libras sobre la mesa. Se levantan y caminan con cuidado hasta el coche, sonriendo al camarero al salir.

Para cuando llegan a su piso es plena mañana. Leon saluda a los vecinos mientras Harry busca las llaves. «No es más que un maletín». Cada frenada que oye es la llegada de un asesino. Cada pisada a lo lejos, un policía. El corazón de Harry late con el desenfreno de un zorro que huele la batida. Se ha hecho de día, la calle principal está repleta de trabajadores que madrugan. Ron y Rags están detrás de la verja de Giuseppe's deseando que no hubiera amanecido.

–Oye –comenta Rags. Tras abandonar su elaborado ritual de preparar *gin fizz*, ahora bebe la ginebra sola, con un chorro de agua del grifo–, creo que toca ir levantando el campamento.

–¿Por qué? ¿Adónde vas?

–Bueno, tengo que darle un poco de alegría al cuerpo. Voy al teatro con una chica muy mona que conocí la semana pasada. Y después de eso, si todo va según lo planeado, pues me imagino que me beberé unos vinos en un restaurante pijo y, si hay suerte, tomaré almeja de postre.

Rags tiene la cara como si se la hubiese ensamblado un niño borracho. Nada encaja en su sitio. El alcohol, el estrés, la falta de sueño y las rayas de coca han contribuido a una crispación vacía que se mantiene latente bajo cada uno de sus movimientos, a punto de estallar. Se pone en pie, se despereza, se acerca a propósito hasta la barra y se mira en el espejo que hay sobre la encimera.

–Nada que no pueda arreglarse con una ducha.

Ron está preparándose otra raya. Le está dando a la coca como si no hubiese pasado ni un minuto desde la última vez que se pegó el gustazo. «Las viejas costumbres no se van así como así», piensa para sus adentros.

Rags sale de detrás de la barra, coge su abrigo del respaldo y se lo echa al hombro.

Ron se dobla y se mete la raya por la nariz. Bajo su cara, todo parece de cemento. La mayor parte de la cocaína se le desparrama por la mesa. Desesperado, se sacude la nariz con el pulgar y el índice.

–Putá nariz –dice.

–Tío, limpia un poco esto y vete a casa a ver a Linda.

Ron mira a su hermano.

–¿Linda? No puedo dejar que me vea así.

–¿Por qué no? –pregunta confuso Rags–. Para mí estás estupendo.

Ron niega con la cabeza.

–No –dice–. Tengo que darle vueltas a unas cosas.

–No hay que darle vueltas a nada. Vete a casa a dormir.

Rags rebusca en el bolsillo interior de su abrigo. Saca un blíster de pastillas, extrae una píldora de color azul y la pone con cariño delante de su hermano.

–Valium –dice–. No te preocupes.

Ron tiene ambas manos sobre la superficie de la mesa, los hombros y el

pecho tensos, la cabeza gacha y el cuerpo como un edificio bombardeado.

–Gracias.

–Que tengas buen día, ¿vale? No te quedes aquí con las persianas bajadas, que van a venir los gamberros a pegar golpes. Vete a casa y ponte a sobar. – Rags saca del bolsillo unos guantes de piel de color negro y se los pone—. Ya daremos con ella. Tampoco debe de ser tan difícil encontrarla.

Los hermanos se miran el uno al otro fijamente, sopesando la afirmación.

–¡Vete ya, coño! –dice Ron con cariño.

–Gracias por las copas. –Rags quita el pestillo de la puerta.

–No hay de qué. –Ron se pone en pie, se despereza y hace balance de daños en el café.

Rags abre la puerta y sale por ella.

–No se te ocurra hacer nada por tu cuenta. Si descubres algo, me llamas.

Ron cierra la puerta con pestillo nada más irse Rags y se sienta en la mesa junto a la ventana, echando una ojeada a la calle principal a través de una rendija. En un par de horas será pleno día.

Se levanta, respira hondo y lleva los vasos hasta el fregadero. Pone la radio mientras friega. Suena «China In Your Hands».

CÍRCULOS

Dentro del baño, Harry se sujeta la cabeza, que tiene metida bajo el grifo del lavabo. El agua fría le chorrea por las mejillas y le golpea los ojos cerrados. Alza la cara. El agua le cae por la nariz y las cejas. Tiene la camiseta empapada a la altura del cuello. Le duele todo. Cada uno de sus músculos se queja. Contempla su reflejo sin apartar la mirada. Una cara mojada, pálida y con una dermatitis causada por el estrés la mira desde el otro lado. Tiene las mejillas hundidas. Unos cuantos mechones de pelo le brotan de la cabeza. Una boca de finos labios cuelga abierta. Mira en su interior. La abre lo máximo que puede hasta que siente dolor en la mandíbula y, a continuación, aprieta los puños, se los lleva a la cara, cierra los ojos y, por un momento, siente unas convulsiones violentas. Su boca abierta de par en par grita sin dejar escapar sonido alguno. No es que ignore de lo que es capaz Pico, es que lleva toda la vida siendo lo más cauta posible.

No tiene novia, ni hijos, se gana la vida vendiendo drogas a gente que no soporta. Puede sentir la ciudad desmoronándose. Se levanta por la mañana y mira perfiles de Facebook de gente que nunca le llegó a caer bien del todo y ve las fotografías de sus bodas, de sus maratones solidarios, de las fiestas de cumpleaños de sus hijos y de sus noches locas.

Si viniesen hoy a por ella, si la siguiesen o algo, si averiguasen quién es y viniesen hoy a atraparla y entrasen en casa y la agarrasen con sus manos y se la llevasen en coche y echasen a correr con el maletero lleno de gasolina, ¿de qué habría servido todo?

Se quita la camiseta. Contempla su cuerpo con el sujetador aún puesto. Se mira al espejo, incómoda, y se ve a sí misma. Como si no hubiera estado ahí antes de mirar. Se desabrocha el sujetador y deja que caiga al suelo. Observa. Siempre queda sorprendida al ver lo que habita en el reflejo. Parece tan alejado de la persona que siente ser.

Recuerda cuando tenía unos doce años. Mirándose de esta misma manera. Sin sujetador, con los brazos por encima de la cabeza, juntando las muñecas y tirando hacia arriba lo más fuerte posible para hacer que le desaparecieran aquellos pechos que le habían salido.

Aún es esa niña.

Siente la presencia del peligro. Imagina choques frontales entre dos coches.

Ciertas imágenes arrojan chispas y destellos dentro de su cabeza. Los momentos más vergonzosos de su vida. Todas sus amantes. Montañas de cocaína. Los ojos de Leon. El día que se compró el Ford Cortina. La brisa del mar y cómo se le columpiaban los pendientes a Becky al reírse y esos sagrados hoyuelos que se le forman. Ha trabajado como una burra y para qué. Sólo ha estado moviéndose en círculos. Sin haberse acercado nunca a nada. No realmente. Lleva la soledad que siempre ha conocido enredada en los tobillos, aposentándose.

La atravesaba como un relámpago cuando las chicas pasaban por delante de ella y la vergüenza que sentía la arrojaba contra los muros del colegio, cabizbaja. Los duros huesos de su cuerpo destacaban en forma de moratones bajo su piel después de cada pelea. «¿Qué eres?», le preguntaban, riéndose. Cruzaban corriendo la calle para decirle: «Perdona, ¿qué eres?». A veces, ni siquiera se lo decían riéndose. Creció con ello, como parte de ella, un lado oculto. Y mientras las demás comenzaban a explorarse las unas a las otras, ella no era capaz de soportar la idea de desvestirse. Hizo cosas a escondidas con los chicos de su calle. Les dejaba que tocasen su cuerpo. Que la sobasen sin quitarle la ropa. Se corrió la voz entre los chicos más mayores y ella les dejaba hacer lo que les apeteciese. No iba a contárselo a nadie. No sabía para qué otra cosa servía. Pensaba que cuando creciese se convertiría en hombre.

Había cosas que quería saber. ¿Qué sucedía bajo la ropa de las chicas? ¿Era el resto de la gente como ella?

Tenía catorce años. Sus brazos entrelazados saliendo de diminutos tops bajo el bochorno veraniego. Las chicas, con la curiosidad a flor de piel, se la llevaban entre la maleza y se sentaban con ella. Le sacaban la camiseta por los hombros. Se dejaba besar por ellas, besar y besar hasta que perdían el aliento, labios como nubes de tormenta, abriéndose.

En Leon tenía algo que le infundía confianza. Crecieron durmiendo en la misma cama. Se peleaban. Se protegían el uno al otro. Hasta que se volvió consciente de su propia fuerza, Leon era un niño del que abusaban todos los demás. Los novios de su madre a menudo le daban palizas hasta dejarlo tirado en el suelo. Los chulos del barrio se ponían a la puerta de la tienda de golosinas que había delante de la plaza del bloque en el que vivía para meterse con él. Prefería la compañía de los libros. Lo que Harry le ofrecía a

Leon, lo que Leon le ofrecía a Harry era una relación fraternal que les permitió a ambos convertirse en personas más fuertes de lo que jamás hubieran llegado a ser por separado.

Le encantaba sentir las encabritándose bajo su cuerpo, con los ojos abriéndose a la desesperada, sin acabar de creérselo del todo, mirándola fijamente. Sacudiéndose a causa de la intensidad que experimentaban. Pero sólo eran de ella durante unos instantes. Al final acababan volviendo al mundo real. Las veía en el autobús semanas después cogidas de las manos de sus novios y enredando los dedos en sus cabellos.

Se llamaba Talia. Le sacaba a Harry unos cinco centímetros. Sus pechos eran dos lunas que regían la vida de Harry, la arrastraban tras ella e influían en su estado de ánimo. La curva de sus caderas, la curva de sus caderas. La Curva de sus Caderas era un altar. Su pelo era un espeso óleo negro y brillante y le caía largo, muy largo, por toda la espalda y por los hombros. Sus delgados brazos tenían cicatrices de cortes. Trabajaba detrás del mostrador de una *grow shop*. En el cuello tenía una mancha de nacimiento que parecía dos tibias y una calavera. Era un mito en el barrio. Se decía que su hermana era prostituta, se decía que su padre era asesino: ninguna de estas dos cosas era verdad. Sus piernas eran lava que fluía al andar. Dejaba a Harry clavada en el suelo cada vez que se cruzaban por la calle. Ella se daba cuenta y comenzó a girarse al pasar para sonreírle. Una noche, durante una fiesta, Harry reunió la valentía necesaria para acercarse a ella y se pusieron a bailar. Y nunca antes había bailado así con una chica. Talia se colgaba de los hombros de Harry, le pasaba las yemas de sus dedos por su espalda, se juntaba más a ella y se reía. Honda e inconfesable calada a un opiáceo sublime. Talia. No existía otro ser humano en el mundo. Duró cinco años. Después de quedarse con el corazón roto, llegó la soledad. Después de la soledad, llegó una nueva convicción, una ética laboral que la mantenía ocupada todo el tiempo. Una temeridad nueva con las mujeres.

Nunca iba a bares de ambiente. Nunca pronunciaba las palabras en alto. Había chicas que parecían adivinarlo, que se acercaban y le arrojaban besos como espadas. Pero esa soledad era insoportable. Sonreír a una desconocida, pensar si tal vez, ¿tal vez ella? Todos sus amigos eran tíos. Se sentaba con ellos y escuchaba las gilipolleces que soltaban sobre las chicas y le dolía lo que decían y cómo lo decían.

Había otras mujeres. Tórridos días de verano en los que nada se movía

excepto sus cuerpos. Yaciendo imposiblemente cerca, aprendiendo a percibir lo que les gustaba y alzando las voces hasta arrojar al aire lúbricos gemidos de placer. Pero nunca volvió a enamorarse. Estaba concentrada en su trabajo. Ponía todo lo que tenía en comprar preparar vender dosis. La vida le iba bien. Se reía de todo y esnifaba rayas de nieve sobre el borde de las mesas de billar de los pubs. Impresionando a chicas que sentían su rareza y la deseaban para ellas.

Ve todo esto desnuda ante el espejo.

Quiere ser más de lo que ha sido. Quiere tomar a Becky de la mano y correr juntas por la ciudad colocadas de pastillas y bailar en raves como hacía antes o tomar setas en los bosques, bajo el cielo las nubes la lluvia, y pasarse las tardes haciendo el amor. Quiere detener este círculo sin fin. Quiere ser una adulta con vida propia. Quiere enamorarse, viajar y poner todas las noches un plato caliente sobre la mesa. Se siente una porquería, tan pequeña y delgada. Quiere estirarse bajo las manos de alguien.

Tiene a Becky en el cerebro como avispa atrapada dentro de un aula revolucionada. Es muy propio de ella querer a alguien inalcanzable. Cree que hay conexión entre ambas, pero apenas se conocen.

Quizá hasta les puede salir bien la jugada. Quizá Pico se muestre comprensivo: llevan haciendo negocios juntos mucho tiempo, y ella siempre le había caído bien a Pico, eran amigos, o algo parecido. La idea de abandonar el sur de Londres; a su familia; Honeyjar, el local caribeño de comida para llevar donde va los viernes a recoger su pescado al vapor; el muro de delante de su casa donde todos los viejos se juntan por las tardes, vestidos con sus túnicas y sus gorros, a hablar en un árabe melodioso. Sus amigos. Sus calles, sus avenidas, sus callejones. Su hermano pequeño, aunque sea un pesado. «Pobre Pete». Su mente está desgarrada por la culpa y el terror.

Contempla cómo la piel que rodea sus pezones se eriza por el frío del baño. Tensa los músculos de su abdomen. Se da un puñetazo flojo en el estómago. Si llegasen ahora, justo ahora, derribando esta puerta, no podría hacer nada.

Quizá debería llamar a su madre y decirle que la quiere.

UN MARTILLO

Dale es colosal: los rasgos de su cara son el doble de grandes que los de Pete. Cuando los presentan, Pete se siente en presencia de un monstruo antediluviano atrapado en un par de vaqueros de marca. Tosco, con cara de tonto, incapaz de sonreír, bullanguero. Tiene la piel marcada de viruelas y cicatrices. Pero Pete se ha pasado toda la vida siendo amigo de chicos como éste y sabe que en el fondo se hacen querer. Pete no se explica cómo este hombrón puede ser hijo de David.

–Encantado de conocerte, tío –dice Pete mientras se dan la mano en la entrada.

Dale mira arriba y abajo. Mira a Pete como si pudiese levantar en alto con las manos la casa entera. En principio, no deja de ser una velada tranquila, pero Pete tiene la sensación de encontrarse en una cita a ciegas con sus padres haciendo de carabina. Miriam junta las manos a la altura del abdomen y sale apresurada en dirección a la cocina, sonriéndoles.

Dale come a toda velocidad y sin masticar. No escucha y no para de hablar. Pete come lentamente y contempla el comedor con la misma atención y el mismo recochineo de siempre. David, como de costumbre, parece contento. Pero tras esos ojos tranquilos y entusiastas, Pete puede ver un pavor arraigado, el temor de que en cualquier momento todo se vaya al traste. Esto le inspira cariño por David. Puede confiar en unos ojos así.

La cena es larga y llena de silencios y Pete no logra discernir lo que esperan de Dale y de él. ¿Que establezcan una suerte de vínculo fraternal?

–A Pete le gustan los grupos de música. ¿A que sí, Pete? –le cuenta Miriam a todos.

–Sí, me gustan los grupos de música –afirma.

–A Dale también –añade David, más a Miriam que al resto de la mesa.

–Pues qué bien. ¿Y qué tipo de música te gusta, Dale? –contesta Pete, hastiado de su pregunta antes de terminarla.

Dale levanta los ojos de su bistec.

–Una vez fui a uno de esos bufés de «come-todo-lo-quepuedas» dedicado sólo a carne.

–¿Un bufé de carne? Pues a mí también me gustan. –Pete habla gesticulando con los cubiertos.

–Me habló de él un colega –prosigue Dale, moviéndose un poco sobre la silla, que cruje bajo su peso.

–¿Ah, sí? –Pete hace ver que escucha, aunque no hace falta: Dale no necesita su participación para considerar que lo que dice es interesante.

–Imagina –dice Dale con los ojos abiertos de par en par–. Un bufé en el que se puede comer todo lo que quieras de ¡carne! –Hace una pausa. Mira el bistec que tiene sobre el plato para añadir suspense. Vuelve a mirar hacia la mesa–. Recién hecha, ¿me oyes? Entrás, llega el camarero y le pides lo que te dé la gana. La cosa es que si no te lo acabas, tienes que pagar lo que dejas. Pero si te lo acabas todo, te cobran sólo doce libras y te puedes meter dentro lo que en cualquier otro sitio te costaría cien libras. –Recalca las palabras con la cabeza mientras arquea las cejas–. ¡Yo de una sentada me comí cuatro bistecs y el resto me lo lleve a casa metido en el bolsillo! ¡Estuve comiendo tres días seguidos de un chuletón que llevaba envuelto en un *kleenex*! –Señala a los demás con la cabeza.

–Ja, ja. Ahí estuviste muy espabilado, Dale. –David mastica su carne concentrado–. Te salió muy bien de precio.

El silencio se aproxima hasta la mesa como un camarero impaciente. Sobrevuela por todas partes haciéndoles sentirse observados.

–¿Sabías que mi padre era carnicero? Me encantaba mirar cómo cortaba la carne. –Los ojos de Miriam parecen destellar levemente al viajar en el tiempo hasta esa tienda siempre tan animada. Sus hermanos durante la pausa para el té. El olor a carne fresca y jabón–. Pero incluso con eso en la familia, al final caímos en la costumbre, ¿a que sí, David?, de ir a comprar a Tesco como todo el mundo. –Le sonrío.

David captura la sonrisa y se la prende al pecho como haría un niño de diez años con su medalla de natación.

–Sí –interviene–. Pero después de todo el follón de la carne de caballo, pensamos que vale más comprar en la carnicería del barrio, ya sabes, a alguien de confianza –asegura–. Y en realidad sale más barato –a Pete le da repelús oír la voz de David subirle por la cavidad nasal–, porque sólo compramos lo que nos hace falta. –Todo el mundo expresa su acuerdo.

Miriam deja el cuchillo y el tenedor en el borde del plato, mira por la

ventana, nostálgica, haciendo figuras con las manos en dirección al techo para realzar sus palabras.

–¡Qué pena me da! Recuerdo cuando entrabas en una tienda y conocías al dueño y te ponía justo lo que le pedías. Sabías que encima era de cierta calidad y tenías la confianza de que no te iban a dar gato por liebre. Pero ya pasó la época en que podías estar segura de que las cosas eran lo que eran. Ahora son todo bandejas de plástico sobre baldas. Te pueden colar lo que sea.

David le toma la mano y le acaricia los nudillos.

Dale levanta la vista del plato y se saca algo de entre los dientes con el cuchillo.

–Pues yo no entiendo la que se ha armado –dice encogiéndose de hombros–. En algunos sitios el caballo es una *delicatessen*, ¿a que sí? Para mí es como un dos por uno. –Miriam le sigue con la cabeza y le sonrío–. Pagas por ternera y además de ternera te llevas caballo.

Miriam asiente.

–Ah, pues no lo había visto así.

–¿A alguien le apetece más cerveza? –Pete le pregunta a la mesa, levantándose para ir hasta la nevera.

–No había sitio dentro –mete baza David–. Están enfriándose en un balde delante de la puerta. –Pete mira con fastidio a David y se dirige a la entrada.

Miriam se inclina hacia delante y susurra a toda prisa:

–La semana que viene es su cumpleaños. –David, emocionado, también se aproxima–. Su hermana le ha montado una fiesta. ¿Te apetece venir, Dale? ¡Tienes que venir! Estaremos nosotros y el resto de la familia. Y también amigos. Pero es una sorpresa, así que ni pío, ¿de acuerdo?

–Sí, claro que me apunto –dice Dale en voz alta–. Me encanta la juerga.

–¿Os apetece a alguno ver una peli o algo? –propone David–. Podríamos ver qué ponen en la tele, ¿os parece bien? ¿Vemos un poquito la tele juntos?

Pete puede percibirlo a su alrededor. Quizá Dale no tiene colegas o quizá a Miriam le preocupe que él no los tenga. O lo que sea, pero lo percibe. Algo apremiante y pegajoso en el aire.

–A ver que os parece –responde Pete–. Se ha hecho ya tarde y seguro que os apetece ir pronto a la cama. ¿Por que no me llevo a Dale a tomar una cerveza de camino a casa y así dejamos que os relajéis un poco?

A Miriam se le iluminan los ojos.

–¡Qué idea más estupenda, hijo!

–Yo me apunto, Pete. –Dale da un palmetazo sobre la mesa y se levanta apoyándose sobre ella–. Vamos ya, pero nada de *striptease*, ¿eh? Al menos no en la primera cita. –Risas y cachondeo. «La familia feliz».

En la puerta, David le estrecha la mano a Pete y lo agarra por el hombro afectuosamente. «¿Me piensa dar un abrazo?». Pete permanece de pie incómodo, recibiendo el cariño de David. «No puede ser... espera... mierda... que me lo está dando». Ahí plantado, entre los brazos nerviosos de David, Pete se siente de pronto cercano a su padre. Por mucho que le cueste aguantar a su viejo, al menos no lo apretuja con abrazos empalagosos.

Encuentran un pub cerca de la estación. Ninguno de ellos se ha tomado nunca nada ahí. Abren las puertas de un empujón y Dale saluda al camarero. El barman lleva pantalones de tres cuartos con bolsillos a los lados y un polo con el logo de un club deportivo. Se ríe con los clientes habituales, que ocupan con ahínco su lugar de siempre mientras la camarera pone cara de resignación. Pete mira a su alrededor. «¡Música en directo! ¡Esta noche: Mitch!», dice la pizarra que cuelga sobre la barra. A su izquierda, en una esquina del local, un hombre de unos cincuenta años, con una camiseta de Jack Daniels y vaqueros negros, toca la guitarra eléctrica. Pone a reproducir una pista de apoyo que sale de un portátil minúsculo sujetado con cinta aislante a un atril y toca acompañado de una grabación casera de batería, bajo y su propia voz haciendo los coros. Toca un popurrí de canciones de los Beach Boys. Dos hombres mayores apostados contra un rincón, cantan por lo bajo. Un hombre más joven, con el pelo largo y una chaqueta de cuero se menea sin seguir demasiado el compás. Junto a él, sus dos amigos, vestidos con camisetas de colores chillones y con el pelo muy corto por detrás y por los lados, se cuentan historias que ya han oído mil veces. Hay cuatro mujeres de mediana edad sentadas en unos taburetes que siguen el ritmo de la música con el pie y las palmas. Sus peinados impecablemente esponjosos y sus pendientes brillantes. Sentadas a una mesa junto a una puerta que da a un patio para fumadores, un grupo de mujeres jóvenes, vestidas con tops vistosos y vaqueros ajustados, cotillean mientras beben vino tinto.

Mitch termina su popurrí y se dirige al micrófono:

–Bueno, hemos disfrutado de la espuma de las olas con unas cuantas canciones sobre surf. Y si la encantadora señorita que está en la barra tiene a bien hacerme disfrutar ahora de la espuma de la cerveza, se lo agradecería enormemente. –Sonríe buscando cierta complicidad por parte de la camarera, y esperando que el público deje de hablar–. Después de las olas vamos a surcar un poco la barra, damas y caballeros –dice con entusiasmo.

«El micrófono es un peligro». Pete está fascinado. «¿Por qué hace que la gente suelte chorradas como ésta?». Los parroquianos ignoran a Mitch y la camarera lo observa, desconcertada.

–¿Me estás pidiendo una cerveza, Mitch? –dice.

–¡Oh! ¡Vaya, cómo me mira! –exclama Mitch dirigiéndose a todo el local, aunque la gente no le haga el menor caso–. En casa me echan la misma mirada.

Se desespera por recibir un aplauso, alguna risa, algo que justifique que esté ahí. Lleva treinta largos años cantando esas mismas canciones en los mismos pubs. El silencio no basta para desanimarlo. Se sube los pantalones, se peina por los dos lados e interpreta una versión psicodélica y vagamente parecida a un tango de «Black Magic Woman». En la pared que hay a sus espaldas se puede ver un póster con un gorila que dice: «¡VETE A LA MIERDA!». En la otra pared hay una imagen de una frase escrita con clavos rotos. «CUANDO LA VIDA TE DA UN MARTILLO, TODO PARECEN CLAVOS».

La camarera tiene un rostro amable, unos pendientes enormes que le cuelgan de la oreja y un *piercing* en el labio. Viste pantalón de chándal y un chaleco corto que le deja el ombligo al descubierto. Lleva tatuajes por la cara interior de los brazos y en cada cadera una palabra escrita en lo que parecen ser caracteres celtas.

Mitch termina su canción. Nadie le aplaude. De inmediato, todas las conversaciones parecen sobrar y todo el mundo calla de repente.

–¡Gracias, damas y caballeros! –Una pareja mayor aplaude educadamente.

Dale y Pete se sientan frente a frente con pintas de cervezas y whiskies dobles y dan comienzo al desafío de mantener una conversación. Empiezan con los típicos preliminares: fútbol, el trabajo de Dale, el tiempo. Trabajo en general. Fútbol. La situación laboral de Pete.

–Oh, sí. –Dale está de acuerdo con él–. Te voy a decir lo que es esto, tío: es una puta trampa, eso es lo que es. Te pagan el paro para que vayas tirando *p'alante*, pero no te sale a cuenta dejar de cobrarlo. Coges un curro a media

jornada o lo que sea y estás peor que cobrando el paro. –Dale habla rápido y a gritos.

–Qué me vas a decir. –Pete clava la mirada en su pinta, sacudiendo la cabeza—. Es para mear y no echar gota.

–Lo que quieren es tener a todo el mundo bajo cuerda. –Dale se bebe su whisky de un solo trago, manteniendo el contacto visual. Ni se inmuta al tragarlo. Lo posa de un golpe—. Ahí está el truco. Al Gobierno le compensa mucho más, ¿me oyes?, tenernos a dos velas y pasando miserias. Si no nos sentimos a gusto ni con el trabajo que sale de nuestras putas manos, ¿cómo podemos levantarnos y armar follón?

–Visto así, tienes toda la razón. –Pete tiene los codos sobre la mesa, se apoya sobre ellos, con la cabeza baja.

–¿Has oído lo de la pasta de dientes? –le pregunta Dale, con la espalda recta y poniéndose tieso sobre la silla.

–¿A qué te refieres? –Pete se queda mirándolo mientras coge su pinta de cerveza y le da un pequeño meneo.

–El flúor, lo de la pasta de dientes. –Dale se lleva las manos a las pantorrillas y saca los codos hacia fuera.

–¿Qué pasa con el flúor? –Pete se endereza para no seguir deslizándose hacia abajo. Corrige la postura de la espalda. Pone muecas mientras atiende.

–Bueno, está científicamente comprobado que el flúor no sirve para nada. El flúor no tiene beneficio alguno para la higiene dental. –Dale se inclina hacia delante, recalando con la cabeza sus afirmaciones.

–¿Y por qué se lo echan a la pasta de dientes? ¿Y al agua del grifo? –le pregunta Pete.

Dale mira a Pete, alza un dedo y señala hacia él.

–Para mantenernos en un estado pasivo.

–¿El flúor te hace más pasivo? –Pete se bebe el whisky y encoge los ojos.

–Sí. –Dale se rasca la nuca, se pasa la mano por la cabeza—. ¿A que es para cagarse encima? ¿Y sabes lo de la glándula pineal? –pregunta bajando la voz.

–No –reconoce Pete dejando caer las cejas—. ¿Qué es eso?

–Es tu Tercer Ojo –susurra Dale dándose toquitos en mitad de la frente—. Es una glándula que hay en el cerebro, en el punto exacto donde se encuentra el tercer ojo. Es la parte donde se almacenan las visiones y la consciencia superior. Así es como se accede a la verdad sublime. –Dale recalca sus palabras moviendo la cabeza mientras clava la punta del dedo sobre la frente.

–Ah, sí –asiente Pete.

–El flúor... –Dale hace una pausa dramática para provocar más suspense– calcifica la glándula pineal. La bloquea. –Sus ojos son como dos platos; su voz, un susurro desesperado–. Impide que puedas ver más allá del aquí y el ahora, acceder a mundos más profundos. –Dale cierra los ojos e inhala profundamente. Tiene la frente fruncida y atosigada. Se tranquiliza a sí mismo, abre los ojos y se queda mirando a Pete–. Tío, tienes que fumar DMT.¹⁰ Tienes que acceder aquí dentro. –Se da otro toque en la frente.

Pete asiente lentamente. El silencio se instala mientras piensan. Les queda cerveza en los morros. Se limpian la cara con el dorso de la mano. Dale lo mira a los ojos.

–¿Tú le das?

–¿Qué? –Pete apoya su pinta de cerveza.

–Que si te apetece una rayita.

–Vale, venga.

Colocan los posavasos encima de las cervezas, las dejan sobre la mesa y Pete sigue a Dale a los lavabos mientras Mitch le da a reproducir en su portátil.

–Ahora vamos con una de Neil Young.

«Sin parar ni a respirar», observa Pete. «Todo un *showman*».

El cubículo del baño es pequeño y Dale es enorme. Pete se apoya borracho contra la pared de azulejos y asiente con interés mientras Dale habla y rebusca su papelina.

–Había un tío, ¿no?, creo que lo vi en un artículo en la web de *Vice*, me parece, que se bebía dosis controladas de veneno de serpiente todos los días durante veinticinco años o así.

–¿Ah, sí?

–Sí, sí. Tenía mogollón de serpientes de compañía, unos putos bichos de la leche, como de cien metros o así de largo y como de un metro de ancho. Estoy exagerando un poco, pero bueno, ya sabes por dónde van los tiros.

–Ya. ¿Y qué pasó? ¿Cómo se tomaba el veneno? ¿Dejaba que le mordiesen?

–No, no. Lo que hacía era como apretarles la cabeza para que el veneno les saliese por los colmillos, lo metía dentro de tubos de laboratorio y luego, ¡zas!, adentro de un trago.

–¿Se lo bebía?

–Sí. Hombre, eso igual lo hacía un poco de cara a las cámaras. Pero lo que sí hacía, ¿eh?, era... –Encuentra la papelina y la abre sobre la tapa bajada de la taza del váter. Se encorva sobre ella. «Es un tío gigantesco», repara Pete. «Incluso colocado en posición fetal». Se limpia la nariz impaciente por comenzar—. Lo que hacía éste era sacar cantidades muy medidas de veneno de serpiente, hacía un mejunje con una especie de solución, no me acuerdo ahora de cómo iba el rollo, y luego iba y se lo inyectaba. Ya sabes, en vena. Y en el vídeo sale como diciendo: «¡Hostia, cómo escuece, cómo escuece...!», y va luego al médico y resulta que... –Dale prepara un par de rayas bien generosas sobre la tapa del váter. Del grosor de un dedo corazón. Del largo de un cigarrillo. «Joder», piensa Pete—. Pues resulta que tiene el sistema respiratorio de un chaval de dieciocho años. Está como un roble. Y por dentro, flipas. Y es un tío normal. No fuma ni nada, pero bebe y tampoco es que haga mucho ejercicio. Así que el tipo ha llegado a la conclusión de que es por el veneno de serpiente. –Dale se gira y mira a Pete por encima del hombro. Pete asiente con la cabeza, impresionado—. Le quita treinta años de encima.

Se lo esnifan todo. Primero uno y luego el otro, agachados, con las rodillas a un centímetro del suelo del baño. Esnifan y contienen la respiración.

Cuando vuelven a la mesa, todo ha cobrado ya un brillo más intenso. Dale pide la siguiente ronda. Primero los whiskies, luego las rubias.

–¿Te apetece un poquito de MDMA? –le pregunta Dale.

–¿Por qué no? –dice Pete—. Es miércoles.

Dale echa un vistazo a su alrededor y queda satisfecho al comprobar que nadie los está observando. Sostiene una papelina de MDMA en la palma de la mano. Se lamen el dedo meñique, cada dosis que sacan es un grumo de polvo reluciente de color beis que se llevan a la boca, frotando bien los cristales contra las encías. Pete da un respingo, coge su bebida y se enjuaga la boca con ella, poniendo caras, intentando huir del sabor. Dale no manifiesta reacción alguna.

–Así que tienes parienta, ¿no? –le pregunta Dale.

–Sí. –Pete da un trago a la cerveza—. Tengo, sí.

–¿Suenan ya campanas de boda?

–No me jodas. No.

–¿Por qué no? Sí yo tuviese novia, me casaría con ella sin pensármelo dos veces. –Dale tiene la fea costumbre de señalar con el dedo agresivamente,

incluso cuando dice algo que podría considerarse afectuoso—. ¿Qué pasa, no la quieres? —Dale no ha logrado encontrar todavía una chica de la que se fie lo suficiente como para enamorarse de ella. Es lo único que le fastidia de su vida.

—Claro que sí —dice Pete, un poco borracho, con la lengua suelta por la coca. Dale se sienta con las piernas separadas varios kilómetros una de la otra, con una mano en la rodilla y la otra sobre la mesa, ocupando el máximo espacio posible. Pete es más cohibido. Alto y delgado, pero encogido y tirado contra la pared—. Sí, sí que la quiero —dice—. La quiero muchísimo.

—¡Claro que sí, hombre! —le reafirma Dale. Con afecto. Con comprensión.

—Lo que pasa es que las cosas andan... —Pete coge un posavasos, lo deshace en pedazos y hace un montoncito ordenado con ellos. Dale espera a que continúe mientras lo examina con calma—. No muy bien. Ya sabes. Nada guay. —Ésta es la primera vez que comenta con alguien, aparte de Becky, sus problemas de pareja. No sabe cómo expresarlo en palabras que no sean las de ella. Se esfuerza en encontrar su propio punto de vista.

Mitch sigue cantando al fondo. Dale cruza las piernas de manera que deja el tobillo apoyado sobre la rodilla y empieza a examinarse los cordones de la botas. Satisfecho con lo que ve, deja caer su soberbio pie contra el suelo.

—Nos pasamos el día discutiendo. Nos pasamos todo el puto día discutiendo —dice Pete enfadado, desesperado.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. —Pete sacude la mano por delante de la cara, quitándole importancia, como si de verdad no fuese nada.

De vuelta en el baño, todo se presenta más lento y rápido a la vez; más presente que nunca y más alejado aún. Pete se pega a la pared mientras que Dale ocupa el resto del espacio.

—Es por su trabajo —confiesa—. Siempre se arma por culpa de su curro.

—Mucho estrés laboral, ¿no? —pregunta Dale agachado y aplastando la papelina, partiendo un trozo de roca con el borde de su tarjeta, arrancándolo de la papelina para ponerlo sobre la tapa del váter—. ¿No desconecta del todo? —pregunta.

—No, no es eso. —Pete se lleva las manos a los bolsillos y apoya la cabeza

contra la pared del retrete—. No es por ella. Es por mí. No aguanto su puto trabajo.

Dale se queda mirándolo. Toma nota del comentario, vuelve la vista a la coca y se abalanza sobre ella con un billete enrollado metido en la nariz como si fuese un oso hormiguero. Esnifa. Contiene la respiración. Echa atrás la cabeza. «Esto era lo que me hacía falta».

—¿Y por qué? —pregunta Dale, aguantando aún la respiración, con la cabeza hacia atrás para que no se le caiga ni una mota, echando una mirada inquisitiva a Pete.

Pete se agacha. Acerca el billete al extremo de la raya, repasa la superficie de loza para ver si se deja algo. Esnifa. Contiene la respiración. Y arriba. Parpadea sacudiéndose los pantalones. Se pone delante de Dale, a un centímetro de distancia dentro del estrecho cubículo. No sabe cómo decirlo. Dale lo observa con paciencia. Pete se mira los zapatos.

—Es masajista.

Dale saca el labio inferior hacia fuera para expresar su sorpresa. Se rasca la cabeza.

—¿Masajista?

—Sí, ya sabes —dice Pete levantando las cejas—. «Masajista».

—Ah, vale —responde Dale asintiendo—. ¿Prostituta?

Pete hunde la cabeza entre las manos.

—No —dice—. No, no, no. —Dale levanta un dedo, y señala a Pete, alzando las cejas, retándolo—. No —vuelve a decir Pete—. No es lo mismo. No se acuesta con ellos. Al menos eso dice ella.

—¿Y entonces que hace con ellos?

—Pues un masaje por todo el cuerpo o algo por el estilo, pero no sé cuál es la puta técnica exacta que emplea. Masaje sueco o shiatsu o cualquier rollo de éstos. Lo que sé es que acaba con final feliz. ¿Entiendes a qué me refiero?

—¿Nada más que eso?

—Nada más. Y no pueden tocarla. Hay todo tipo de reglas. Ella los frota arriba y abajo y a continuación, ya sabes, se la sacude.

Dale se lleva la mano a las caderas, mira hacia la luz parpadeante de la bombilla.

—Eso es duro, tío —opina—. Eso es muy duro.

El sudor le escuece en las sienes, siente escalofríos en la nuca, Pete se sienta en la mesa y se dice a sí mismo que debe actuar con naturalidad.

–Tío, no puedo evitarlo –admite–. Estoy preocupado.

–Cómo no vas a estarlo. –La enorme boca de Dale se abre y engulle media pinta de cerveza.

–Bueno, ella me dice que no es para tanto, que confíe en ella, que me quiere y tal.

–¿Y tú confías en ella? –Dale frunce la nariz mientras abre y cierra la boca.

–Sí –dice Pete apartándose el pelo de los ojos, tieso en la silla.

–No es por meterme contigo –dice Dale–, pero se te nota claramente que no.

Esto le sienta a Pete como una bofetada en la cara, lo tumba como el envite de una ola.

–¿Cómo es eso de que se me ve a las claras?

–Porque, tío, si confiases en ella, a ti no te supondría ningún problema, ¿cierto? –Dale abre el hoyo que tiene en la cara y lo que le queda de cerveza en el vaso se cuele por él. Le dedica a Pete un encogimiento de hombros mientras traga. Le cuelga espuma del labio superior. Le brilla–. ¿Tú piensas que se los folla? –Dale se lo pregunta susurrando: está planeando un complot.

Pete tiene la cabeza apoyada en las manos, con los codos encima de la mesa. Se restriega la coronilla, mira hacia arriba.

–¿Y tú? –Los celos avanzan hacia él a trompicones, con los pulgares en las trabillas del pantalón, dando gritos.

De vuelta a la barra, piden ron.

–Y un par de sambucas negros. Y otras dos pintas, por favor. –Entrecierra los ojos de felicidad.

Se sientan en su mesa y miran al resto de la gente.

–Me gusta este sitio –dice Dale.

Mitch canta Chuck Berry.

Los viejos de la barra menean las caderas y las mujeres con los labios tintados de vino estiran los brazos y sacuden las rodillas. Dale mueve la cabeza al ritmo de la música, Pete se queda mirándolo.

–¡YA LO TENGO! –grita por encima del volumen de la música. Tiene la sensación de que todo suena a un volumen superior al que hace una hora.

–¿EL QUÉ? –le responde Dale con su vozarrón.

–DALE, ¿PUEDO FIARME DE TI? –La voz de Pete suena ansiosa, le brillan los ojos.

–¡CLARO QUE SÍ, HOMBRE! –Dale sonrío con todas sus fuerzas a su nuevo amigo, acompañándose de un gesto de la cabeza.

–ESO ME PARECE A MÍ –le asegura Pete.

Dale señala hacia él y guiña un ojo.

–¡PUES CLARO! –grita–. ¡PUEDES FIARTE DE MÍ!

–¡ES PERFECTO! –Pete lo ve materializado en el espacio que hay entre sus cervezas. Contempla la mesa, entusiasmado.

–¿QUÉ COSA? –Dale se echa hacia él como un perro que asoma por la ventanilla de un coche con la lengua al aire.

–TÚ PODRÍAS RESERVAR UNA CITA CON ELLA. ¿A QUE SÍ? –le dice Pete.

La música se detiene y la gente aplaude. Mitch sonrío de oreja a oreja. Saca la barriga. Se lleva las manos a la zona lumbar, dejando que la guitarra cuelgue por su cuenta.

–¿YO? –De pronto, la voz de Dale suena enorme en el local en silencio. Muertos de vergüenza, miran a su alrededor y se arriman más el uno al otro–. ¿Qué es lo que me quieres decir? –Dale está embelesado.

–¡Es perfecto! –Pete está, a su vez, sobrecogido–. A ti no te conoce –dice, mirando a izquierda y derecha–. Al resto de mis colegas sí y, de todas maneras, tampoco me fiaría de ellos. –Contempla a Dale, que sonrío como loco.

–¿Qué es lo que tendría que hacer? –Los dos ojos se le iluminan al mismo tiempo.

–Pago yo –dice Pete–. Yo te doy dinero para que pilles una habitación en algún sitio. Tú reservas con ella, ella va contigo –Dale asiente, sonriente, salivando–, te da un masaje y tal y luego me cuentas lo que ocurre. ¿Vale?

–¿Quieres que pruebe con ella? –susurra Dale, poniéndose serio–. Que pruebe y que me haga un completo.

Pete se queda pensando, lo medita y mira a su amigo, a su atento confidente.

–Sí –dice con tono de seriedad.

–¿Estás seguro? –le pregunta Dale–. O sea, que yo lo hago, pero si tú quieres.

Pete se queda anonadado por la generosidad de este hombre, por su camaradería.

–Es para quedarme tranquilo. –Lo dice serio y pensativo–. Ya sé que ella no va a hacer eso. Sé que puedo confiar en ella. Pero necesito estar seguro. Eso es todo.

Los dos asienten. Pete se retira el pelo de los ojos.

–Sí –dice Dale–. Buah. Sí, vale.

–Mira, aquí tengo su tarjeta, ¿vale? Cógela. –Pete tiene una tarjeta de negocios de Becky que le robó de su habitación. La guarda en su cartera, un pequeño recuerdo masoquista que mira cuando se odia a sí mismo. En la tarjeta hay un primer plano de su espalda y sus caderas desnudas y en la esquina inferior derecha el nombre «Jade» y un número de teléfono.

Dale la coge.

–Lo voy a hacer, tío. Te voy a ayudar. Le vamos a dar un respiro a tu cabeza.

–Los dos miran la tarjeta que Dale sujeta en su enorme mano. Dale se la mete en el bolsillo de la camisa y le da un par de palmadas.

–¿Puedes pagar tú éstas, tío? Ya no me queda pasta. –Pete no puede levantar los ojos del suelo.

Dale le pasa a Pete su pesado brazo por el hombro.

–Tú no te preocupes por esto, tío –dice acudiendo al bolsillo, sacando un billete de veinte doblado de manera que forma un taco y dándoselo al camarero.

Cogen las bebidas y el cambio y Dale le guiña el ojo a una mujer con la que ha hablado mientras iban al baño a prepararse otra raya.

–Tío, la tienes en el bote –afirma Pete.

–¿Tú crees? –le pregunta, echando la vista a su espalda para ver si la descubre mirando.

–Le gustas. –Pete le da en las costillas con el codo.

–Siempre me han ido las maduritas –dice Dale.

–Me parece que trabajaba en el comedor de mi colegio. –Pete se vuelve y empuja la puerta de los lavabos con el hombro.

–Qué sexi. –Dale echa otra mirada hacia la barra antes de acompañar a Pete al aseo–. Me pregunto si todavía conservará la redcilla para el pelo.

Mitch ha llegado a su último tema: «Sweet Caroline». Tiende el micrófono al

público para que le haga los coros. Dale y Pete están cogidos uno del brazo del otro, dándole todo.

«SWEET CAROOLINE». Se desata un aplauso enfervorecido al final de la canción.

—Muchas gracias, damas y caballeros, han sido un público estupendo — agradece Mitch sin expresar ninguna emoción. Las parejas comienzan a irse. Un hombre grandullón se despide de sus amigos y camina hacia la salida adelantando a su novia.

Ella lleva un precioso abrigo de color azul brillante y se detiene para despedirse de Mitch con un beso.

—Enhorabuena, cielo, estuvo genial —dice.

—Gracias, Michelle.

Va hasta la puerta, donde su novio la espera. La abre y está a punto de salir pero, en ese momento, se aparta para dejar que pase ella y le sujeta la puerta.

Hay una bocina de broma sujeta con cinta detrás de la barra. El camarero la hace sonar un par de veces.

—¡Viva! ¡Así se hace, Terry! —dice. Moc, moc. Terry levanta las cejas, saluda con la cabeza al camarero y sale, sonriente, después de su novia.

—¡Hasta luego, muchachos! —grita a todos los viejos que se levantan de sus taburetes. Hace sonar unas cuantas veces más la bocina mientras se ponen las gorras y salen hacia la oscuridad de la calle.

Dale y Pete van dando bandazos hasta la calle principal. Se concentran en la parada de autobús, intentando discernir qué ruta tienen que tomar para llegar a casa.

—¡Cómo se salió! —exclama Dale.

—Sí, fue una pasada. —Pete sacude la mano. Aspira por la nariz, se desespera por tragar, tiene la boca demasiado seca. Siente como si tuviese una pepita en la garganta. Unas cuantas pepitas. Cuando era pequeño, un niño del colegio le dijo que si te comías el corazón de una manzana, te crecía un árbol en la barriga y te salían las ramas por las orejas.

—Te veo muy pronto, tío —dice mientras para el autobús. El vehículo se detiene delante de él.

—Claro que sí. Ahora cuídate —se despide Dale mientras Pete se sube al autobús.

—Entonces hasta luego, tío. —Las puertas se cierran y el autobús arranca. Pete saluda a Dale por la ventanilla. Más bien como una reverencia. Luego se sienta cabeceando hacia delante, echando el cuerpo hacia atrás. Mira por la ventanilla y cuenta las farolas para evitar ponerse a vomitar.

Se baja del autobús en New Cross, camina en dirección a Lewisham Way, girando a la izquierda, cruzando bajo el puente del tren, pasando por el parque a los pies de los bloques, subiendo la cuesta. Ve su casa al final de la calle. Entra usando las mismas llaves que lleva usando diez años. Su padre duerme en el piso de arriba. Las luces del salón están encendidas y una botella de vino vacía languidece sobre la mesa junto a una pila de periódicos y dos cajas de curry con arroz frío y a medio comer. Recoge la basura, apaga las luces y va hasta la cocina. Escucha cómo los ratones se dispersan a medida que se acerca. Tira la comida y la botella, saca una cerveza de la nevera y sube a su habitación.

Se sienta en la silla de su escritorio, saca su cuaderno de dibujo y se pone a dibujar. Líneas y formas simples; el mismo personaje caricaturesco aparece siempre que posa el bolígrafo sobre el papel. Una cara larga y acongojada, con la capucha echada sobre una frente arrugada, ojos bizcos y preocupados que se asoman. Escribe unas cuantas veces su *tag*, se aburre y suelta el boli. Lo ve caer y rodar hasta quedarse quieto. Le da la impresión de presenciar algo muy bello. Hunde la frente sobre el escritorio como queriendo rendirle homenaje, pero no le ha quedado tan bien como pensaba.

Se sienta sobre el suelo y se quita los calcetines de un tirón. Se levanta, coge su cerveza y mira las fotos pegadas a la pared. Fotografías de colegas que lleva años sin ver. Sentados juntos en una rave, sonriendo bajo sus capuchas. Chicos y chicas flacos de ojos oscuros, los rostros colmados del sonido de los bajos. Las chicas vestidas de colores fluorescentes; los chicos, de ropa holgada azul y negra. La cocaína da otra embestida en el espacio que tiene detrás de la frente. Un dolor súbito se le clava en el pecho. Se aprieta el corazón y respira hasta que se le pasa. «¿Sería más feliz sin ella?». Se termina la cerveza, se acuesta bajo las sábanas sin lavarse los dientes. Cierra los ojos y contempla las formas cambiantes de su cerebro.

En algún momento debe de haberse quedado dormido, porque se despierta al día siguiente. Se sostiene sobre unas piernas temblorosas y va hasta el grifo

para coger un poco de agua. La noche de ayer ya se ha desvanecido. De lo único que se acuerda es de Mitch tocando la guitarra y de los azulejos blancos de los aseos.

Dentro de siete días cumple veintisiete años. Es la edad a la que mueren las estrellas de rock. Si muriese a los veintisiete no dejaría nada tras él. Ningún legado. Nada de importancia. Nada que lo haga destacar entre los incontables cuerpos ajenos con los que ha compartido su vida. Un hombre entre la masa. Parte de la multitud.

Se sienta en la mesa de la cocina y bebe agua a sorbos. Es la misma mesa sobre la que cenaba cuando tenía cuatro años. Ve a sus yos pasados, ocupando las sillas, tirados por los rincones. El Pete apasionado de diez años con respuestas para todo. El Pete de doce años víctima de los abusos, con el que se metían las pandillas del barrio. El grafitero de catorce años que vivía para los marginados de sus amigos. El Pete desolado de dieciocho años, con las ojeras que le dejaba la ketamina. El cínico de veinte años, sintiéndose desdichado en la facultad.

Todos los años de esperanzas y drogas y curros de mierda y grandes ideas; el paro, el alcohol, la hierba, el corazón destrozado. Los funerales a los que ha asistido. Las promesas, incumplidas, que hizo a chicas a las que nunca dio importancia. El chico que había sido, inteligente y aplicado. Club de lectura, clases de kárate. Tocando la guitarra en el recreo.

Pone el café sobre la vitrocerámica.

—Ya toca —se dice—. Ya toca poner las cosas en su sitio. —Entra en un metraje editado a cámara lenta de sí mismo corriendo por el parque y poniéndose en forma. Levantando pesas en el gimnasio. Llevando traje dentro de una oficina. Riéndose en el bar con los colegas. Con la cabeza hundida entre las manos, escucha el goteo del café haciéndose. Se asoma por la ventana: llueve. La lluvia es gruesa y cae con fuerza. Se queda contemplando aquello un rato. «Vaya mierda». Se sirve el café, va hasta el salón y pone la tele. Hay un magazine matinal. Salen cuatro petulantes sentadas detrás de una mesa larga, frente al público de un plató.

—¿Cómo podemos fiarnos de nuestras parejas —dice una, extendiendo la mano para incluir a los espectadores— cuando ni siquiera podemos fiarnos de nosotras mismas?

Dale espera en su habitación en el Hotel Hacienda. Llamó hace unas horas al número que aparece en la tarjeta y acordó que una masajista llamada Jade viniese a hacerle una visita. Se ha pasado la última hora ordenando una habitación impoluta, duchándose y poniéndose sus calzoncillos de la suerte. Mira la hora, da vueltas por la habitación y se asoma a la ventana para contemplar la concurrida calle que hay abajo. Coge todas las bolsitas de té y los paquetes de azúcar de cortesía y los examina con detenimiento antes de devolverlos a sus cacharritos. Se quita sus calzoncillos de la suerte. Los dobla. Se pone el albornoz que cuelga de un gancho del baño. Él no es de llevar albornoz. Se mira al espejo, dominando con la respiración los nervios y el pánico. Se aleja del espejo, se palpa la barriga y se sujeta las carnes. Siente que el corazón le palpita con violencia.

Becky se baja del metro y camina contra la marea de cuerpos en dirección al Hotel Hacienda. Un edificio de aspecto recargado, lleno de piscinas de agua caliente y placer muerto. Colchas opulentas sobre las camas. Dentro, un degenerado hombre de negocios le restriega por la cara su tarjeta de crédito y su esmalte dental al joven padre que lo atiende tras la barra antes de subir a su habitación, arramblar con el vino de una hielera, despojarse de sus calcetines de cachemira y dejar la tripa colgando. Becky odia este lugar. Se prepara para el cambio de realidad. Deja a Becky en la calle y entra en el hotel como Jade. Pasa con entereza por delante del recepcionista, directa al ascensor. Espera que no sea uno de esos modelos en los que hace falta una tarjeta-llave para que funcione. Ha habido veces en las que ha tenido que esperar en el ascensor cerrado a que alguien llamase o entrase con una tarjeta, lo que siempre le da un apuro enorme.

Comprueba la información de su teléfono: *James, 316*. Atravesar la ciudad bajo la lluvia ha sido toda una odisea. Todavía lleva la mugre del metro pegada a la piel y aún perdura en su ánimo el agobio por el mal humor de la gente aglomerada, los destellos de la publicidad y andar todo el rato pendiente de Twitter. Espera no equivocarse de habitación al llamar a la puerta. Como es habitual, siente puñaladas en el estómago, es un amasijo de nervios. No intenta reprimir la sensación, sino que se retoca el maquillaje en el espejo del ascensor y respira hondo. Dale oye que llaman a la puerta, por fin. La abre con precaución. La chica es alta, su pelo es casi negro, pero posee un rojo intenso

brillando entremedias. Le cuelgan mechones de cabello por la cara, le caen sinuosamente por los hombros y detrás de las orejas. Tiene unos ojos inabarcables de un castaño oscuro, las pestañas le suben y le bajan como las piernas de una fila de coristas. Sus labios reventones han explotado en su boca y sus pómulos son firmes. Dale sonrío, tiene la boca seca. No siente los pies.

Becky ve a un hombre fornido de ojos saltones y cara de bobalicón vestido con un albornoz blanco de aspecto esponjoso; sus piernas gruesas le asoman por debajo de forma peculiar. Es de constitución grande y pecho amplio, pero está acobardado por los nervios. La mira con timidez.

—¿James? —pregunta. El hombre asiente—. Hola. —Sonríe—. Soy Jade.

El cliente se aparta para que ella pueda entrar y Becky cierra la puerta tras de sí. Dale no sabe si darle un beso en la cara o en la mano. Se queda parado. Tiene el cerebro vacío como un balde roto. Becky se mueve suavemente: su trabajo es hacer que se relaje, situar a los dos en un espacio distendido. Él traga con dificultad y se ríe sin motivo. Ella lo mira con gentileza.

—Bueno, James, ¿y qué te trae por Londres? —pregunta.

—Vivo aquí —le confiesa Dale. Se queda perplejo. Se pregunta si debería haber preparado alguna mentira.

—¿En el hotel? —Becky le sonrío.

—No, son cosas del trabajo. En el centro. —Le está entrando el pánico. Se le han helado los tobillos.

—¿Te han dado alguna vez esta clase de masaje? —Pone la voz lo más suave que puede. Él niega con la cabeza. Se mira las manos—. Bueno —le tranquiliza Becky—. No te preocupes por nada. —Le dedica una sonrisa que despedaza su corazón a dentelladas.

—Eso es para ti —dice mientras señala un montón de dinero que hay sobre la mesita de noche.

—Gracias —responde, cogiéndolo y sujetándolo, doblado por la mitad, en la mano—. Te voy a ir explicando cómo va a ser todo, ¿de acuerdo? —Lo mira a los ojos. Todo se desenvuelve con suavidad.

—¿Tú haces...? —busca las palabras—, ¿... algún extra? —le pregunta—. ¿Ofreces algún extra? —Encoge los hombros dirigiéndose a ella, intenta sonrío todo lo que su boca seca le permite.

—No —le contesta—. No hay extras.

Dale asiente con la cabeza.

–Vale, bien –dice, sintiéndose vulnerable. Ella tiene el control de la situación. Dale permanece de pie, a unos pasos de la puerta.

–Voy a bajar la luz, encender unas velas y luego me meto en el baño para prepararme. –Pasa por delante de él y entra en el baño, coge una toalla del toallero, vuelve a la habitación y la extiende sobre la cama.

–¿Podrías ir quitándote el albornoz y echándote encima? –le pregunta. Dale obedece sin dejar de mirarla. Saca tres velas pequeñas del bolso y las enciende. Pone una en la mesilla de noche, otra sobre el escritorio y otra junto al minibar. Apaga las luces y entra en el baño.

Dale se quita el albornoz y se tiende sobre la toalla. Le palpita el corazón, el sudor le escuece en los poros. Puede oír la sangre circulándole por los oídos. Sonríe para sus adentros. Cautivado por la expectación, ya no se acuerda de Pete. Se ha quedado trastocado por esta mujer y su manera de moverse.

En el baño, Becky envía un mensaje a su agencia para decirles que llegó bien y que todo marcha sin problemas. Cuenta el dinero, ve que está todo y lo guarda en el bolso.

Abre el grifo de la ducha. Echa un vistazo a las cosas que hay por el baño y tiene la sensación que siempre experimenta cuando mira las pertenencias de un desconocido, tan colocadas y ordenadas. Le embarga la aguda emoción de tener la oportunidad de husmear en la intimidad de alguien. Se lava metódicamente, evitando el maquillaje, sin mojarse el pelo. Usa un gel de ducha de olor dulzón que encuentra a su lado. Éste es el último instante antes de estar lista. Para dejar de lado el autobús nocturno, el tráfico y las llamadas de Pete. Es como el *backstage* de una función. Cambia de marcha mentalmente.

Sale de la ducha y se pone el albornoz que lleva siempre consigo. Vuelve a la habitación y Dale ya está echado, desnudo, boca abajo. Su nalga izquierda palpita. Se pregunta si la chica se ha dado cuenta.

–Muy bien, James –dice–. Ahora relájate.

–Vale –murmura contra el colchón.

–Te agradecería que no me tocases; deja simplemente que yo me ocupe de ti, ¿comprendido? –le pide. Dale responde que sí con la cara aplastada contra

la cama y el colchón absorbe el mensaje, pero Becky lo percibe igual. Satisfecha, saca una botella de aceite de su bolso y comienza por los pies. Su cliente deja escapar un resoplido agudo. Y se ríe de la vergüenza que le ha dado.

–No pasa nada –le tranquiliza–. Relájate. –Su voz suena susurrante.

Le levanta las piernas y se las masajea; todo lo que le hace es mucho más suave de lo que él se esperaba. Becky considera que dar esta clase de masajes es muy parecido a bailar. Emplea una cantidad considerable de fuerza física para lograr la delicadeza que el masaje requiere. Ha de moverse como el agua sobre sus clientes y por eso tiene que ser capaz de contenerse. Quiere que no sean conscientes de su actuación.

Frota su cuerpo contra el dorso de las piernas del hombre. Le masajea la espalda con sus pechos, pensando detalladamente qué parte de ella debería tocar qué punto concreto de la piel del cliente. Lo que el masaje tiene de danza. Dale queda asombrado por la agilidad y la delicadeza de Becky. Nunca le han tocado de este modo. Cierra los ojos: siente cómo conectan entre sí las diferentes partes de sus cuerpos.

Al cabo de media hora, ella le pide, con una voz tan queda y tersa como el aceite, que se dé la vuelta. Desplaza su gran masa, con la panza colgándole, se gira y ella le pasa los pechos por la cara y coloca su cuerpo desnudo sobre él. Dale se ha quedado sin aliento, no puede creer lo que ve. La contempla absorto. Sus ojos son dos pozos hambrientos en mitad de su cara. Tiende una mano ávida y le aprieta el muslo. Ella se para. Le clava una mirada severa. Dale no vuelve a intentarlo.

Se desplaza sobre él. Todo se desarrolla sin asperezas, teje un sentimiento entre ellos y, con toda naturalidad, lo conduce hasta el punto inevitable. Cuando finalmente le toca la polla, se corre rápido. Ella le sonrío. Dale respira con breves jadeos temblorosos, la mira embobado.

–No te muevas de ahí –le ordena; él obedece.

Le acerca una toalla de manos que sacó del baño y se pone de nuevo en pie. Dale contempla el cuerpo de ella, con todas sus partes en movimiento. Becky le coloca la toalla sobre sus partes y deja que se limpie mientras recoge sus cosas. Dale reposa en silencio, intentando recobrar su voz. Le sale tenue y aguda; tartamudea al final de las palabras.

–Esto es lo más alucinante que me ha pasado nunca –le cuenta.

–Ahora me voy a vestir –responde ella. Dale le dice que vale. Vuelve a

hundir la cabeza en la cama.

Becky se da otra ducha y se viste. Cuando sale se lo encuentra aún tumbado, pero ya se le ha pasado el nerviosismo. Tiene los ojos extenuados y chispeantes.

–¿Puedo verte otro día? –le pregunta.

–Si llamas a la agencia y coincide que me toque hacer turno, quizá. –Vuelve a hacer un barrido con la mirada por toda la habitación para comprobar que no se deja nada. Mira bien dentro de su bolso, por si acaso.

–Que pases una buena noche, James –dice mientras cierra la puerta al irse.

Ya en la calle, los coches resuenan, las bocinas y las radios atruenan, las voces se desangran a gritos unas sobre otras; los hombros se embisten, se apuran, viran y se ponen firmes; suena música y todo está iluminado: letreros de neón fulguran blancos y azules y el resplandor amarillento de los bares nocturnos embriaga la acera empapada de lluvia. Becky enciende un cigarrillo y se frota las sienas.

FINAL FELIZ

Pete contempla la luz que se cuela por las persianas. Siente el gusto de la podredumbre en sus encías. Se da la vuelta y se queda embobado contemplando a Becky dormida. Le gustaría que se despertara sola, sin su ayuda. Siente lástima de sí mismo. Se dice que si de verdad lo amara, se habría despertado antes que él, le hubiese preparado café y se lo habría llevado a la cama. Le duele la garganta, tiene mal sabor de boca y le apetecería muchísimo una buena taza de café caliente. Se estira hacia ella, sujeta los flancos de su cuerpo y su presencia le duele por todas partes. Atrae hacia él su anatomía, desesperado y muriendo por ella, hasta que Becky parpadea al nuevo día, se despereza como un leopardo y le sonrío a través de unos ojos adormilados.

—¡Es tu cumple! —chilla, y se le echa encima para darle un beso en la cara.

Harry se levanta, bañada en sudor, hecha un amasijo, y yace inmóvil, sujetándose la cabeza, respirando profundamente. Cuelga las piernas del borde de la cama, siente el frío contra sus espinillas. Parpadeante, se sacude el cuerpo. El corazón le late con fuerza. Las pesadillas se van haciendo a un lado, mientras se acerca a la cómoda que tiene junto a la ventana y se pone una camisa al tiempo que se pasa una mano temblorosa por el estómago, las caderas, los pechos, tomando el aire a bocanadas. Abre el armario y comprueba que el maletín permanece en su sitio. Ahí sigue. Se agacha, lo abre con cuidado y mira el dinero. Siente la reacción de su cuerpo, la electricidad que infunde tal cantidad de dinero. Un júbilo vertiginoso y culpable. Ha pasado una semana. Nadie ha venido aún a por ellos. No ha dado un paso sin soltar el maletín. La idea de que quizá al final no tendrán que irse pasa a toda máquina por su mente antes de que pueda detenerla.

En la cocina, enciende el hervidor de agua y se esconde tras la persiana para espiar la calle, fijándose en todos los coches. Hoy es el cumpleaños de su hermano pequeño y, de pronto, esa fiesta sorpresa que quién cojones le mandaría montar se convierte en un panorama terrorífico. En la ducha le ha

dado un ataque de nervios: temía abrir los ojos por si se le aparecía un asesino en el baño, blandiendo un tiburón. La idea de sonreír junto a toda su familia le parece atroz. Ha intentado localizar a todos los viejos colegas de Pete, pero todo se le está haciendo un mundo y ha tenido que conformarse con los tres cuyo número pudo localizar y pedirles que llevaran gente.

Harry oye pisadas por la franja de césped que hay delante de su apartamento y aguanta la respiración, oye unas llaves peleándose con la cerradura. Nota el click del mecanismo, cómo éste cede, y contempla la puerta abrirse hacia dentro. Sólo respira cuando ve la cara de Leon irrumpiendo en el recibidor.

—Soy yo.

—¿Cómo ha ido la carrera?

—Bien. —Leon se acerca con esfuerzo hasta el grifo de la cocina para beber agua—. Aún respiro —dice abriendo el grifo y metiendo la cara debajo del chorro.

The Hanging Basket es un pub situado en una antigua calzada romana que da a una rotonda. Una mole robusta, imponente, de cuatro pisos de alto que hace guardia sobre Deptford. Sus ladrillos están oscuros y se caen a pedazos. Por la azotea hay repartidos muebles rotos, macetas, marcos de ventanas y sillones con quemaduras de cigarrillos; sus siluetas se asoman a la calle desde lo alto. Lo que ofrece este pub es un lenitivo para la sangre. La calidez y el temor del alcohol. Amistad. Un flirteo o dos. Y música.

Hay una barandilla que separa a los fumadores de la carretera. Se apoyan contra ella mientras el viento les golpea y lanzan anécdotas como balones pinchados. Las puertas pesan, hay que empujarlas con el hombro y, como lo mejor de nosotros, se baten en ambos sentidos. Por el local se gritan saludos que luego se repiten de cerca; mejillas suaves y barbas ásperas. La mujer que ríe tras la barra besa a sus clientes favoritos en la boca. Tiene el pelo espeso y tostado como el ron. Manos de uñas bastas entrechocan sus vasos y hacen detonar sus risas estridentes. Los camareros de barra son auténticos héroes; los parroquianos, legendarios; y los borrachos, unos poetas.

Así es el Basket. La gente busca refugio aquí. Gente que viste de colores y lleva la mitad de la cabeza rapada, viste de chaqueta de cuero y vive en casas okupas o en barcos antiguos o en caravanas. O bien hombres de pelo canoso y

hombros cuadrados que se pasan todo el día trabajando y se sientan con sus vaqueros cubiertos de manchas de pintura puestos, vacían sus Guinness y charlan un rato. O artistas jóvenes y sensibles que leen a solas frente a una pinta de cerveza. O tíos pasados de rosca con el tarro comido por las drogas, que le dicen a todo que sí, que repasan la habitación con los ojos mientras cenan, gorras y zapatillas de deporte, codazos y gestos con la cabeza, propensos a armarla. Punks modernos y borrachos antiguos y *rude girls* fans del ska de nueva hornada que buscan sólo escapar de la rutina. Si necesitas amor, puedes acudir aquí. Puedes encontrarlo allá donde se meta.

Hoy es Gloria la reina de este navío. Todavía no son muchos. Está despachando a la vez que observa a Miriam, que está agachada tras la barra mientras que David, que se coloca cerca de la entrada, vigila de puntillas.

–Así no –dice. Miriam se desplaza levemente a la izquierda.

–¿Mejor así? –grita en cuclillas.

–Un poquito. Pero te sigo viendo la cabeza –le dice David.

Tommy, el novio de Gloria, está sentado en la barra, dibujando en su cuaderno. Gloria se le acerca y se queda a su lado, apoyando el codo encima.

–¿Estás bien? –le pregunta.

–Sí, no pasa nada. Estaba mirando. –Se entretiene con el pelo de su nuca.

–Tienes que ir a cortarte el pelo –dice. Tommy no aparta lo ojos de sus dibujos.

–Yo a ti no ando diciéndote cuándo tienes que ir a cortarte el pelo – protesta–. Así que, ¿por qué tú a mí sí?

Se acerca y le da un beso por detrás del cuello.

–Sí que lo haces.

Tommy se coloca a sus espaldas y la coge de la cintura. Gloria tiende los brazos hacia sus hombros y se apoya contra su cuerpo. Él se gira sobre el taburete para tenerla de frente. Ella apoya la cara contra su cuello y aprieta la mejilla contra el borde de su cara, cierra los ojos, abre la boca y le atrapa entre los labios el lóbulo de la oreja.

–¿Pero qué haces? –le pregunta Tommy.

–Nada –responde Gloria. Entonces él se zafa de ella, la coge a la altura de las orejas y le da un beso en la boca.

Miriam sigue agachada tras la barra poniendo diversas posturas. Gloria la mira perpleja.

–Me estoy preparando –canturrea emocionada–. ¡Estoy comprobando si las

rodillas me aguantan! –Se acurruca bajo la barra y le grita a David–: ¿Y qué tal así, amor?

David avanza un par de pasos y mira la barra desde distintos ángulos.

–¡Formidable! –exclama.

Miriam se pone en pie y Dave le hace un gesto de aprobación con los dos pulgares.

–¡Justo ahí está perfecto! No se te veía nada.

–Aquí cabemos por lo menos quince, todos en fila –observa Miriam–. ¿Qué te parece, Gloria? ¿O existe algún tema de sanidad o seguridad que diga que no podemos divertirnos un poco?

Tommy dibuja bocetos al vuelo, retrata a la gente del pub sin mirar el cuaderno. Miriam, Gloria, el viejo que resuelve su sopa de letras enfrente. Está llenando el cuaderno de rostros, manos y un primer plano de unos tobillos cruzados.

Charlotte entra empujando las puertas.

–Vale, hay problemas –apunta Gloria mientras su amiga se desploma con dramatismo sobre la barra.

–Ay, Dios –dice Charlotte –. Después de ésta dejo el trabajo...

–Ni se te ocurra –le advierte Gloria.

–Ni se me ocurre. –Charlotte se estira para plantarle un beso a Gloria en la mejilla y darle un torpe abrazo por encima de la barra que se interpone entre ellas.

–¿Qué te pongo? –Gloria se sujeta a la barra y se deja caer hacia atrás

–Ponme un blanco, anda. –Charlotte se estira y emite un gemido mientras intenta alcanzar el techo–. Y un tequila. –Tommy intenta dibujar sus dedos en esa postura, pero se le escapan.

–¡Hola, Tommy! –saluda.

–Igualmente, Charlotte. –Le sonrío antes de volverse hacia David y Miriam.

Charlotte les saluda con la cabeza, y después mira a su alrededor.

–¿Qué ha pasado hasta ahora? –le pregunta a Gloria mientras ésta se inclina para sacar el vino de la cámara frigorífica.

–Nada importante. ¿Por qué quieres dejar el trabajo? –Gloria le pone el vino delante.

–Hoy he tenido un día de mierda y encima tengo una alumna que es una pesadilla y no sé qué hacer con ella.

–Tú también eras una pesadilla.

Charlotte se queda mirando la decoración.

–Pues sí que os lo habéis currado.

Gloria pone cara de resignación:

–Dímelo a mí.

–¿Banderitas?

–Sí, sí, ya sé.

Contemplan las tristes cadenas de papel y la pancarta que pone «CUMPLEAÑOS!» en mayúsculas doradas.

–Perdimos el «¡FELIZ» –dice Gloria.

–Bueno, anda. Así hay menos presión encima. –Charlotte se toma su vino, se apoya sobre la barra–. Suena menos a orden. Ahora parece más una afirmación.

Ron y Rags se dirigen hacia el pub.

–Ron, ¿seguro que quiere que vayamos?

–Me llamó tres veces esta semana para confirmar que veníamos.

–Un poco raro, ¿no?

–Creo que le preocupa que no aparezca nadie, me parece.

–Pobre chico.

–Es un chaval bastante majo. –Se detienen delante del bar para acabarse los pitillos que vienen fumando–. Aunque de desparpajo tampoco es que ande muy sobrado, ¿no crees?

–A mí me cae bien –dice Rags.

–Era por decir algo.

Empujan las puertas y saludan a Gloria.

–Venimos por la fiesta –le explica Ron, apoyándose en la barra, mostrando su sonrisa más cordial.

–Guay. ¿Qué os pongo? –les pregunta Gloria.

Harry está junto a la chimenea. Se bebe una botella de cerveza mientras escucha a Danny, el novio de Charlotte, hablar sobre su grupo. Lleva diez minutos, que se le hacen eternos, contando lo mismo sobre unas nuevas maquetas que acaban de grabar y sobre unos mánager nuevos que han contratado, pero Harry no presta demasiada atención. Se está preguntando cómo la va a saludar. Se está preguntando si estará bien. El cuerpo se le pone

tioso ante la idea de verla cruzar la puerta de un minuto a otro. Ahoga el sentimiento a pisotones. Se centra en la boca en movimiento de Danny.

Ron y Rags agarran sus pintas de cerveza, pasan por delante de la chimenea y se dirigen a la mesa de billar.

Miriam se encuentra entre David y Dale, dando su veredicto sobre el cartel de «CUMPLEAÑOS!».

—A mí me gusta cómo queda —opina David—. Muy alegre.

Miriam no está tan segura. Pero las banderitas quedan bien. Enreda con los pies y se frota las manos, se las coge, se las suelta, se las vuelve a coger. Hoy será la primera vez que ve a Graham en estos últimos ocho meses. No está segura de cómo se va a comportar. Nada más pensar en su nombre, aparece.

—Hola. —Se detiene de golpe y sonríe. Lleva unos vaqueros nuevos. Le quedan más ajustados de lo que ella le hubiera recomendado llevar cuando estaban juntos.

—¡Hola! —Sonríe incómoda y, a continuación, se inclina hacia él y le da un beso en la mejilla. «No la armes», piensa para sus adentros. «Por favor, Graham».

David tiende su mano y sonríe como un parabrisas.

—Soy David —dice—. Me alegro de conocerte al fin.

Graham desearía llevar explosivos amarrados a todo el cuerpo para poder volarlos a los dos por los aires.

—Hola —contesta—. Muy contento de conocerte.

Dale permanece quieto, asomando por detrás de la cabeza de su padre y comiéndose con los ojos a Charlotte y Gloria, que siguen en la barra. Babea con una sonrisa flácida, colgante y desproporcionada que parece un calzoncillo sucio tirado sobre el suelo que es su cara. No aparta la vista ni cuando le devuelven una cara de asco.

Gloria recibe el mensaje de Becky.

—¡Todo el mundo al suelo! —grita—. ¡Llegan dentro de un segundo!

Todos corren a esconderse detrás de la barra.

Miriam y Graham de repente se ven agachados codo con codo y respirando emocionados.

–¡Nuestro pequeñín!

Graham se acerca y le dice a Miriam al oído:

–¡Veintisiete años! A esa edad ya éramos padres, ¿no, muñeca?

La sonrisa de Miriam es contenida.

–Sí –dice–. Es curioso.

David, que tarda más en rodear la barra, está agachado junto a Rags y estira el cuello para intentar oír lo que Graham y Miriam se están diciendo. A Rags le está entrando una risa nerviosa, Ron pasa el brazo por la espalda a su hermano, partiéndose también de risa. Harry está doblada por la mitad al lado de ellos, aplastada contra los colosales hombros de Rags. Tiene que moverse para ponerse cómoda y casi se cae al hacerlo. Se estira para recuperar el equilibrio y acaba con la mano en la rodilla de Rags.

–Muy íntimo todo, ¿a que sí? –comenta sonriendo.

Rags le da una palmada en la espalda.

–No te preocupes –le dice.

–Somos los tíos de Becky –le explica Ron en un susurro.

–Yo, la hermana de Pete –responde Harry.

–Ah, vale. –Asienten, se saludan con un beso sin abandonar sus posturas enrevesadas y se ríen de la situación–. Encantados de conocerte.

Leon entra a toda prisa por la puerta, expulsando la última bocanada de humo. Lleva el maletín.

–¿Llego tarde? –pregunta a nadie en particular.

–¡Rápido! ¡Métete detrás de la barra! –le ordena Gloria, haciendo sitio para que se agache.

Se encuentra al lado de Nathan, uno de los amigos de Pete.

–¿Todo bien, tío? –dice, sonriendo emocionado.

Nathan lo saluda con la cabeza.

–Al cabo de un rato se te joden un poco las piernas.

Ted, el primo de Becky, y su novia Sally están agazapados al final, sonriéndose el uno al otro, cogidos de la mano.

–¿Crees que sospecha algo? –le pregunta Sally.

–No. Yo diría que no –asegura.

Danny con Charlotte, Dale y Mo, el colega de Pete, están detrás de la primera hilera, en cuclillas. Todo el mundo contiene la respiración.

A las puertas del pub, Becky se arma de paciencia. Pete fuma huraño y se aparta a un lado el pelo.

–El pub me gusta y tal –lleva las dos últimas horas quejándose y mirando un teléfono sin mensajes–, pero tampoco es que sea nada del otro mundo, ¿no crees? –Tira la colilla al suelo y le da una patada con la punta de su zapatilla de deporte.

–Entremos a tomar algo, Pete. –Lo coge de la mano y lo conduce por la puerta. Él se deja arrastrar.

Pete entra de mala gana, echando un vistazo al pub vacío. Se siente como si nunca hubiera tenido un solo amigo en la vida. Se detiene justo delante de la barra y se apoya en los talones mientras examina los grifos de cerveza, aunque se sabe de memoria las variedades que sirven allí.

–¿Qué te pongo? –le pregunta Gloria.

Se lo piensa:

–Eh...

–¡¡¡FELIZ CUMPLEAÑOS, PETE!!!

Todos irrumpen desde detrás de la barra, echando los brazos al aire.

Pete se queda boquiabierto. Se dibuja una sonrisa en su cara. Por primera vez desde hace siglos, Becky lo ve sonreír de verdad.

–¡Ah, mierda! –dice–. ¡No vale! –Sus ojos se iluminan a medida que contempla las caras de todos–. ¡JOODER! –exclama, y levanta en brazos a Becky y le da un beso. A Harry le sienta como si le apuñalaran el corazón con una hoja roma–. ¿Fuiste tú? –le pregunta Pete–. ¿Esto fue cosa tuya?

Los invitados salen corriendo de detrás de la barra y hacen turno para darle un abrazo.

–¡Hola, papá! –saluda Pete, dándole una palmada en el hombro a su padre. Graham sujeta la cara de su hijo entre sus dos enormes manos y le da un fuerte beso en la cabeza.

–Estás rompedor, hijo.

–Tú también, papá, tienes muy buen aspecto.

–Me he puesto mi mejor camisa para la ocasión –señala Graham.

Miriam y David permanecen al lado y sonríen escuchando la conversación desde los márgenes. Pete rodea a Becky con el brazo.

–¡Esto es genial! ¡Es una pasada! Estáis aquí todos... –Su sonrisa recorre todo el local–. ¡Miraos a todos!

Tommy, el novio de Gloria, y Ted, el primo de Becky, que conoce a Pete del colegio, están abriendo una botella de espumoso y repartiendo vasos.

–¿Cuántos somos? –pregunta Tommy.

–Sabe Dios. Tú ve sirviendo. –Ted se pone de puntillas y cuenta las cabezas–. Me parece que hará falta otra botella.

–¿Y cuántos vasos? –Tommy mira hacia las copas de la barra y pierde la cuenta.

–Tú echa, tío, y ya vamos viendo –le dice Ted.

Charlotte y Becky ayudan a pasar las copas. Cuando todo el mundo tiene la suya en la mano, la alzan mirando a Pete, que se apoya en el hombro de Becky. Su novia sonrío bajo la punta de su codo, pero parece cansada y distante.

Rags se lo está pasando como nunca.

–¡QUE HABLE!, ¡QUE HABLE!, ¡QUE HABLE! –grita riéndose. Leon y Harry se unen al canto.

Pete se aclara la garganta, exagera fingiendo que está a punto de echarse a llorar.

–Ay, es que esto es demasiado –dice–. No sé qué decir... –Se derrumba, hace como si estuviese abrumado por todo, se lleva la mano al corazón, pone cara de emocionado–. Me gustaría dar las gracias a papá y a mamá por haberme concebido...

Todo el mundo se ríe.

–Vamos, hombre, di algo decente –le exige Nathan, soltándole una palmada en la espalda.

Pete se queda pensando, mueve la cabeza y eleva su copa.

–Vale. –Se aclara la garganta–. Yo quería decir... –Hace una pausa para añadir emoción, repasa los rostros que lo rodean–. ¡A ponerse todos hasta el culo!

Todo el mundo prorrumpie en alaridos y pataleos. Alzan sus copas. Las sonrisas son tan amplias que uno se puede caer dentro de ellas.

Danny rodea a Charlotte con un brazo.

–¡Qué bonito!, ¿eh?

–Sí –dice. Pero no está convencida del todo. Observa a Becky flotando en un segundo plano, sin decir mucho, jugueteando con la copa, distante, ajena a las conversaciones.

Harry se acerca desde el otro extremo del local y se une al círculo de gente que rodea a Pete, estrecha con el brazo a su hermano pequeño.

–¡Felicidades, nene! –exclama, agarrándolo con fuerza.

–¡Ah, gracias! –responde Pete, chocándole la mano contra la espalda. Corre la bebida y el ambiente está animado–. Perdona que últimamente no nos hayamos visto más –se disculpa en voz baja.

Harry mira al suelo y le da la razón:

–Sí, perdóname también a mí –dice, cogida aún de la cintura de su hermano–. Pero, bueno, a veces las cosas son así. ¿Te está gustando la fiesta?

–¿Se te ocurrió a ti? ¿Lo montaste tú todo? –sonríe Pete patitieso.

–Pensaba, bueno, que te podría hacer ilusión ver a toda tu familia y amigos reunidos en el mismo sitio. –Harry le da un beso a su hermano en la mejilla y luego le acaricia la cabeza, despeinándolo y volviéndole a poner después el pelo en su sitio.

Pete se la quita de encima riendo:

–Tontorrón sentimentaloides –dice, con una voz cargada de alcohol y amor fraternal.

Graham sonríe a Harry y la atrapa con un fuerte abrazo.

–Hola, cariño –dice–. ¿Cuándo vas a visitarme? ¿Eh?

Harry le da una palmada en el hombro a su padre.

–Pronto, papá, iré pronto. Te lo prometo.

–¿Cómo vas con todo? –le pregunta Graham, examinándola. Le acaricia el hombro, le restriega los brazos, la coge por las muñecas y se queda contemplando como un tonto a su hija mayor.

–Estoy bien, papá –afirma Harry–. Estoy bien.

Ron se pasa por el círculo y rodea con sus brazos a Pete.

–¡Felicidades, colega! –proclama–. ¡Qué crecidito estás! ¿Eh? ¿Qué fue de aquel bribonzuelo que se pasaba el día entero en mi café, como alma en pena para poder echarle el ojo a mi sobrina, eh?

Pete ya va un poco entonado y se le estremece el cuerpo ante tanto cariño recibido.

–Éste es Ron –explica a los demás–, el tío de Becky. Ron, éste es Graham, mi padre, y ésta es Harry, mi hermana.

Ron sonríe y le da la mano a Graham:

–Hola, Graham, un placer conocerte.

Se vuelve hacia Harry.

–Hola –dice atravesándola con la mirada antes de acercarse y darle a propósito un beso en cada mejilla, con su barba de días abrasando como una quemadura–. Harry, ¿no? –le pregunta Ron.

–Sí, eso es –afirma Harry. Hay algo en lo intenso de su mirada que la deja inquieta. Le clava unos ojos que brillan como la hoja de una navaja bajo la luz del sol.

Ron siente que se le hinchan las venas de ira.

–Pues yo sí que me alegro de conocerte a ti –dice, intentando adoptar un tono agradable, pero saliéndole en cambio un soniquete brusco y desafinado. Al otro lado de la sala, junto a la máquina de discos, Leon percibe que a Ron se le ponen los hombros tensos.

Dale planea como un buitre por el pub, feliz de la vida. Se queda observando a Pete y Becky, que están de pie junto a la barra. Becky alza los ojos y descubre cómo mira hacia ellos. Le suena de algo pero no acaba de ubicarlo. Le sonríe por encima y vuelve la atención al espumoso italiano que se está sirviendo en la copa, pero puede sentir sus ojos recreándose en ella y se siente incómoda.

–¿Quién es ese de ahí?

Pete se da la vuelta, borracho y feliz.

–¡Hombre, pero si ése es Dale! –exclama–. Aunque cueste creerlo, es el hijo de David.

Becky se queda mirándolo, sorprendida. El rostro de Dale no tiene ni la más remota traza del barniz de entusiasmo de David.

Pete lo llama con la mano, sonriendo amistosamente.

–¡Dale! –grita–. ¡Ven hacia acá, tío! –Pete contempla cómo se va acercando, sonriendo con intensidad. La nariz se le retuerce sobre su cara como un niño con ganas de hacer pis. Le maravilla la extensión de su pecho.

–Éste es Dale –le cuenta Pete a Becky–. Dale, ésta es Becky, el amor de mi vida.

Becky pone mala cara y le clava el codo en las costillas.

–Cállate, no me seas tan cursi.

–¿Qué pasa? –Pete se hace el lastimero antes de darle un beso en el cuello, y luego otro.

De pronto, en público, Pete está enamorado de ella. Pero una hora antes, ni

siquiera le daba la mano. Becky se sorprende mirando a sus espaldas, asegurándose de que Harry no ha visto los besos.

–Encantada, Dale –dice mirando a los dos.

–En realidad ya nos conocíamos de antes –afirma Dale. Su voz es ronca. Su corazón es mantequilla. Espeso y tembloroso en su pecho.

Becky mira perpleja ese rostro extraño y macizo.

–Tío, muchas gracias por venir –le dice Pete afectuosamente–. No me lo esperaba. En serio, yo pensaba que salía a tomar algo con ella y de repente, mira todo esto. Vaya regalo, ¿eh? Menudo regalo.

–Coincidimos en tu trabajo –le recuerda Dale a Becky, sin hacer caso a Pete.

–¿En el café? –sugiere ella.

–No, no fue en el café. En tu otro trabajo.

Becky siente que la inclinación del suelo aumenta. Se siente arrastrada cuesta arriba hacia un vacío. Existe una norma no escrita entre las personas involucradas en un intercambio profesional íntimo: si coinciden en el mundo real, se demuestran un mínimo de respeto y no lo mencionan. Becky se queda mirando al tipo, clava en él sus ojos como puñales.

A Pete se le desgarran el estómago mientras el recuerdo le vuelve como un chillido.

–No saques aquí el tema –le aconseja Becky de manera pacífica, pero con agresividad tras sus palabras.

–¿No te acuerdas, Pete? –le pregunta Dale. La neblina de la borrachera se le despeja de golpe.

–¿De qué cosa? –La voz de Pete es un trémolo que llega a lo más alto de la escala musical. Tiende la cabeza hacia Dale, pero éste no le hace caso. Se dedica a mirar a Becky, agrandándose ante ella, echándosele encima.

–¡Sí, mujer, claro que te acuerdas! –asegura Dale–. Nos citamos en el Hotel Hacienda. –Pete le da un empujón a Dale, pero Dale ni se calla ni se inmuta. El volumen de Dale absorbe, en cambio, el golpe–. Dijiste que te llamabas Jade y yo dije que me llamaba James.

Becky no dice nada. Mira a Pete, que se tapa la boca con la mano, apoyándose en un pie y luego en el otro. En torno a ellos, la gente bebe, canta junta y se insulta afectuosamente. Las carcajadas atraviesan el local resonando como solos de acordeón.

Pete sale de su estupor.

–Vámonos, Becky –dice–. Y a éste que le den. –Y comienza a apartarla de Dale, pero ella se clava al suelo y se zafa de los brazos de Pete.

Dale se apoya sobre los hombros huesudos de Pete. Pete se queda en medio de los dos, pero ninguno repara en él, sólo se prestan atención el uno al otro. Becky se obliga a repasar mentalmente todos los clientes de la semana pasada. A menos que suceda algo notorio, tiende a olvidarse de ellos nada más abandonar la habitación de hotel. Contempla su cara ancha y aplastada como si le hubieran pegado con un remo, sus facciones fofas y vulgares. Vislumbra un recuerdo, el de su cuerpo torpe y su ojos devoradores.

Le había pedido extras.

–Pete estaba preocupado –explica Dale– por lo que hacías o dejabas de hacer con tus clientes. Así que me pidió que fuese de incógnito, por así decir, y lo comprobase en su lugar. –Asiente y le envía un guiño a Becky. Le da una palmada por detrás a Pete y lo agarra el hombro. A Pete se le cae el alma a los pies–. ¿A que sí, Petey? –Dale se echa aún más sobre Becky.

El cuerpo de Becky se incendia. Queda sostenida por su osamenta, pero sus tejidos corporales, sus órganos, sus entrañas arden hasta quedar chamuscados.

–¿Pete?

Su voz no es la suya. Su voz es la de su madre la noche en la que tuvieron que irse del piso y los flashes de los *paparazzi* hacían que la calle pareciese una discoteca.

Ron está fuera de los lavabos, secándose la cara con un pañuelo. Harry sale como si nada del baño de señoras, tapándose la nariz con los dedos de la mano derecha. Aspira aire durante un buen rato, haciendo ruido. Un sorbido que comienza en la boca y termina en el fondo de su cerebro. Ron se aparta el pañuelo de la cara y Harry lo ve ahí parado mientras deja que la puerta se cierre tras a sus espaldas.

–¡Ah, hola! –lo saluda poniendo una sonrisa de oreja a oreja.

–Todo bien, Harry. –Ron agacha la cabeza y habla en voz baja, haciendo salir un susurro ronco a través de una sonrisa cómplice–. Oye, ¿no tendrás algo que te sobre? –Se da un toquecito a un lado de la nariz–. Me estoy apalancando.

Harry responde con una sonrisa.

–Sí, claro. Faltaría más. –Saca una papelina del bolsillo y se la pasa–. Coge

la que quieras –dice–. Yo salgo a fumar. –Ron asiente, aprieta la papelina con el puño aún mojado–. Te veo ahora en la barra, ¿vale? –Harry le aprieta brevemente el brazo.

–Bien, estupendo –dice Ron–. Voy pidiendo.

–Genial.

–¿A ti qué te pido? –le pregunta Ron.

–A mí una pinta de Sea View –le pide Harry con una sonrisa.

Ron se mete en el baño de hombres, cierra la puerta del cubículo y abre la papelina. Examina la coca. Es tan densa que parece de color beis. Está comprimida en terrones húmedos y desprende olor. Huele tan fuerte que el estomago le responde antes de que su nariz perciba el aroma. El retortijón es un signo delator. Contempla cómo se desparrama el polvo cuando hunde su uña en él. Se lleva un pellizco a la nariz e inhala. Joder, lo sabía. Reconocería su mercancía en cualquier parte.

David está apoyado sobre la barra, con el botón superior de la camisa desabrochado, bebiendo poco a poco su cerveza.

Graham va como una cuba y se pega cada vez más a él.

–Mira –dice–, lo único que te digo es que más vale que cuides de ella, tú. Conozco bien a los de tu calaña, con vuestro... –Deja de hablar y pone gestos que David no logra descifrar. Enrosca las manos en el aire, meneas las palmas y balancea la cabeza de un lado a otro... pelo... –le suelta a la cara... y vuestra...

–Oye, Graham, que no pasa nada –lo interrumpe.

–¿Cómo que no pasa nada?

–Te debo disculpas –dice David con calma.

Graham deja de gesticular. Se queda mirando con cara de sospecha a David.

–Disculpas, ¿eh? No me vengas con cuentos. –En su mente se ve cortés y caballeroso. En realidad, no se tiene en pie, tiene las cejas apretujadas y la cara roja y llena de manchas y señala al aire como una veleta en una tarde sin viento.

–Cuando la conocí no sabía que estaba casada –le cuenta David–. Cuando me enteré de que lo estaba, yo, con mucho respeto, mantuve las distancias. Pero estaba muy enamorado de ella y cuando quedó claro que las cosas no

iban tan bien contigo y que ella podría albergar sentimientos similares hacia mí, bueno, le dije lo que sentía.

Graham se dilata poco a poco, inflándose como un globo.

–El caso es que, Graham, yo sólo quiero lo mejor para ella. Y para ella significaría muchísimo que fuésemos capaces de comportarnos como seres civilizados. Se preocupa mucho por ti y me gustaría que, llegado el momento, tú y yo... Bueno, sería mucho decir amigos, pero ya sabes por dónde voy. – David termina de hablar y deja caer las cejas.

Graham hace pasar las palabras de David a través de un complejo filtro de sospecha y alcohol. Se queda un minuto pensando.

–Pues yo no confío en ti, David –dice, dando tumbos–. No eres de fiar. Es lo único que puedo decir al respecto.

Se va de ahí para buscar a Miriam y arrojarse a sus pies.

Fuera, el viento sopla con frío e intensidad. El cielo está cargado de furia. Harry se está fumando su cigarrillo y apoya la cabeza contra los ladrillos. Está pensando en lo guapísima que está Becky esta noche. También se alegra de ver a Pete sonriente.

Ron cruza con cuidado las puertas. Siente el suelo bajo la suela de sus zapatos. Es de hormigón. Mucho cuidado. Se aproxima antes de que Harry lo vea venir y se coloca muy cerca. Se apoya a su lado.

Harry le sonrío.

–¿Todo bien? –pregunta.

Ron calla. Harry se siente incómoda, pero espera a que diga algo. Clava la mirada al frente.

Ron contempla las nubes del cielo, se balancea un poco sobre el antepié y a continuación apoya un talón contra la pared y comienza a hablar con un gruñido reposado.

–Sé lo que hiciste, bonita.

Su voz suena tan oscura como el cielo de esa noche. Harry comienza a sentir un cosquilleo en la punta de los dedos, un hormigueo que va extendiéndose. Se le acelera el pulso.

–¿De qué me hablas? –Harry mira a Ron de reojo.

Ron se gira para mirarla a la cara, le echa la mano al brazo, por encima del

codito y la mira con ojos que son como agua turbia. Densos y aceitosos. Llenos de cosas muertas.

–Sé muy bien quién eres.

–Mira, déjalo –le responde Harry. El brazo se le comienza a pudrir bajo la mano de Ron. Intenta liberarse, pero él aprieta más.

–No me vengas ahora con milongas, señorita.

–¿Pero qué es esto? –le pregunta Harry, manteniendo la calma en la voz. Ron la mira fijamente, como si buscara algo. Harry le sostiene la mirada todo el tiempo que puede, pero siente que la suya se va debilitando.

–Trabajo para Pico –declara Ron, adoptando el mismo tono que ella.

El cuerpo de Harry es propulsado por los aires a toda velocidad y se despeña por un acantilado. Siente cómo los huesos se le fracturan en millones de astillas. Con la mano de Ron aún sobre el hombro, aguarda el primer sopetón e intenta que su cerebro logre encajar cómo puede estar sucediendo esto aquí. Su familia entera se encuentra a unos escasos metros. Con el cuidado que ha puesto durante toda su vida en mantener separadas las dos esferas... El extraño sótano se le aparece ante los ojos. El tiburón nada en las pupilas de Ron.

–¿Pico? –Su voz suena firme mientras arranca el brazo de la mano de Ron. Ron la suelta. Nombra a Pico como si no significara nada para ella.

–Sí.

–Llevo mucho sin ver a Pico. –Harry se lleva la mano a la cadera, se queda mirando hacia la nada y actúa con la mayor despreocupación posible. Pone cara de concentrarse, como si intentara recordar la última vez que lo vio.

–Basta ya, Harry. –Ron alza un dedo–. Sé lo que pasó, ¿vale? No me andes tocando los cojones.

Harry pone la espalda recta. Mira a su alrededor. ¿Está Leon al acecho? No está segura. Ron prosigue:

–Ya sé que has venido a una fiesta. Así que no la vamos a liar ahora, ¿te parece bien? Pero presta atención.

Harry no se inmuta. Se queda mirando a Ron, su enorme corpulencia es una masa que se mantiene en perfecta quietud, como un elefante de puntillas. Hay algo, en las mejillas o el mentón, que le recuerda un poco a Becky. Algo. La posibilidad de un golpetazo que tumbe su cuerpo bajo las ruedas de un coche a toda velocidad. Ya está todo muy cerca, el final. Lo siente. Atontada como si estuviera borracha. ¿Le va a partir la cara? Está tan cerca que puede olerle la

cocaína en la nariz. La cerveza en los labios. Su loción de afeitado. El dinero está en el maletín. El maletín está en manos de Leon.

–Me debes algo, Harry. Lo que robaste era mío, ¿te enteras? Así que vamos a tener que hablarlo. –Se inclina sobre ella, su voz es un graznido sordo, su rostro está tenso y afligido como el de un maestro de ajedrez que ha perdido la partida. Le sobresalen las venas del cuello y la cabeza. Intenta esbozar una sonrisa que se muere al llegar a sus labios y cuyo cadáver pesa demasiado para apartarlo.

Harry no dice nada, examina su cara con una fascinación morbosa. «¿Piensa llevarse todo el dinero que tengo? ¿Me va a romper los huesos y largarse con todo lo que he ahorrado y luego tendré que volver a empezar de cero?». Lo contempla, sintiéndose diminuta. Ron parece muy serio. «¿Me va a matar?». No cabe en sí de la emoción. Como si algo de verdad fuera a ocurrir y el hecho de encarar un peligro confirmase que aún respira. Viva al fin. Se pasa las manos por el pelo y se rasca el cuero cabelludo. Pone los ojos a la altura de los de Ron, le tiemblan las piernas.

Becky sólo siente rabia. Mira a Pete y no lo reconoce. No es capaz de verlo. Lo único que logra distinguir es asco, culpa, reproche y meses de control caprichoso a la callada.

Pete se queda arrugado dentro de su ropa con su cuerpo torturado por el remordimiento. Mira a su novia desde las dos tumbas vacías que son las cuencas de sus ojos e intenta declarar su inocencia a base de gestos bruscos. Sacude la cabeza y le tiende los brazos, pero ella retrocede.

–No es eso –le explica–. No fue así, Becky. –Su voz es tan aguda que apenas se percibe. El sonido desesperado de un arañazo sobre un disco de vinilo. El quejido de diez dedos de los pies al chocar contra algo.

–La puta madre que te parió, desgraciado –dice. No alza la voz, pero su cuerpo habla a gritos; su cuerpo chilla. El resto de los asistentes finge no darse cuenta de que se ha encabritado como un caballo desbocado; baja la vista hacia esa forma despreciable, que le sonrío con cara de tonto, y luego se aleja de él, creciendo a cada zancada que da.

–¡Espera, Becky! –Pete extiende los brazos hacia ella. Apenas hace cinco minutos la estrechaba entre ellos–. ¡Vuelve aquí!

Becky deja de caminar, se gira, levanta un dedo y lo señala con él.

–¡Puto mentiroso! Me tendiste una encerrona. –Se echa a temblar de pies a cabeza. Baja el dedo. Aprieta el puño–. Fui MUY SINCERA contigo. Hijo de... – Su voz se extingue. Se siente mareada–. No puedo –dice, mientras lo rehúye–. No...

Dale contempla el cuerpo de Becky, fascinado, emocionado por estar de nuevo cerca de ella.

–Por tus muertos, ni se te ocurra ponerme un dedo encima, Pete –grita mientras él intenta cogerla. En la máquina de discos suena Chaka Khan. «I feel for you...»–. No te puedo ni mirar a la cara –le dice. Temblando, manteniendo la cabeza alta.

–Becky, es que... Espera, por favor... –Se pone a hacer aspavientos, se le arruga la frente. Ella le frunce el ceño. Siente cómo se transforma en el ser que ella percibe–. Te quiero, Becky –dice, pero suena hueco, desesperado–. ¡POR FAVOR! –grita.

Becky se marcha echando humo. Gloria sale corriendo de detrás de la barra, la persigue, pero Becky la aparta con un gesto de la cabeza.

–Necesito estar a solas –le dice.

Gloria deja de seguirla. Charlotte se pone detrás de las dos.

Pete se dirige a la puerta, pero duda. Se da la vuelta para acudir a Harry, a quien sea. Ve a Dale, tranquilo y mastodóntico, sonriéndole. Pete se le arroja encima. Todas sus fuerzas le vibran en las manos.

–¡Lo mato! –grita–. ¡La puta que lo parió! ¡Lo mato!

Chocan como una piedra contra una botella y estallan. Pete agarra a Dale por el cuello, pero Dale es el más grande de los dos, así que le clava el codo a Pete en la coronilla y se lo quita de encima de una patada. Pete es delgado, pero va borracho y está lleno de furia e indignación, de modo que vuelve a cargar contra Dale y le sacude un par de puñetazos rápidos en la nariz. Dale intenta sentarse en el aire y se cae, arrastrando con él a Pete.

Graham, al ver a su hijo sacudiendo, corre arrastrando la gran merluza que lleva encima para ir a echarle una mano y se mete de cabeza en la refriega. Tira al suelo una hilera de vasos y se pone empapado de cerveza. Resbala sobre el líquido que ha derramado y tumba una botella de la barra. Al precipitarse, la botella le aterriza sobre la cabeza y él se cae de culo,

aturdido, y se pone a animar medio grogui a su hijo hasta que recobra las fuerzas, se pone en pie y se arroja hacia Dale.

David se encoleriza al ver a Graham intentando participar en la pelea. Se lanza contra Graham, lo derriba y se le pone encima, sintiendo que el corazón le late con toda su energía.

–¡Venga! –le provoca Graham–. ¡Pégame! ¡A que no me das! –Se pone en pie a duras penas y le arrea un guantazo a David, lo envía contra la máquina de discos y hace que Chaka Khan vuelva a sonar desde los altavoces del techo.

Graham se acerca hasta él y se dispone a soltarle una patada en la cabeza cuando ve a Miriam, con cara de horror, saliendo de los lavabos.

Ron se mantiene firme y contundente. Harry puede ver la curvatura de sus ojos, dos lunas inyectadas de sangre.

–Así que vuelve adentro, brinda con tu viejo y celebra que tu hermanito es un año mayor. Pero... –Le clava la mirada a Harry–. Pero Harry, lo que tienes que hacer es coger la pasta y la mercancía que mangaste, llevarlo todo a Giuseppe's y dejarlo allí. Eso es lo único que se te pide. –Ron sostiene una mano enorme delante de la cara de Harry, con el dedo índice estirado, señalando arriba–. Sé quién eres, Harry. Sé dónde vive tu padre, me sé el puto número de la seguridad social de tu hermano. ¿Entiendes? No estoy vacilándote. ¿Piensas vacilarme tú a mí? –Su otra mano se estira para rodear el cuello de Harry. Ron la agarra por la garganta durante un instante y aprieta. Se le dibuja una leve sonrisa en los labios.

Harry se marea, dolores agudos retuercen sus entrañas.

–Vete a tomar por el culo, tío. Mucho hablar, pero luego nada –le echa en cara con voz áspera. La cabeza le palpita por la falta de oxígeno. Le duele la garganta por culpa de la presión. Lo mira fijamente, intentando mantenerse tranquila, aguantando la respiración.

Ron aprieta más fuerte, disfrutando del momento. Mira a Harry igual que un gato mira a un pajarillo herido. Le suelta la garganta, deja que respire y a continuación le atrapa el hombro con la otra mano y hace pinza con todas sus fuerzas. Le clava los dedos en el músculo, pellizcando hasta el hueso. Con cara sonriente.

Becky sale corriendo del pub, precipitándose hacia la calzada. Ve a Harry hablando con Ron. Ve el rostro de su tío, la amenaza que se desborda por su boca. Harry mantiene la compostura o, al menos, lo intenta. Se apresura, engancha del brazo a Harry y sonríe a Ron.

—¿Qué es todo esto? —dice—. ¿Dé cháchara? —Se lleva a Harry de ahí—. Lo siento, Ron —dice volviendo la cabeza hacia atrás mientras se alejan—. La necesito un segundo.

Harry no dice nada. «¿Dónde se mete Leon?». Ron permanece implacable e inmóvil como un iceberg.

Becky mete y saca a tirones el aire de sus pulmones. Dan la vuelta a la esquina y reducen el paso.

—¿Estás bien? —le pregunta Harry. Becky niega con la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—No me apetece hablar del tema. —Aprieta aún más el brazo de Harry, cruza la carretera cogida a ella y en dirección a la calle principal. Después de unos cien metros, Harry deja de caminar y se agacha bajo el toldo de una frutería, obligando a Becky a detenerse a su lado. Se frota la garganta.

—¿Por qué te paras?

—Tengo que contarte algo —responde Harry, buscando con la mirada a Ron o a Leon. Se da la vuelta para comprobar que nadie las ha seguido y se gira de nuevo para dirigir la mirada a todas las siluetas que percibe, encogiéndose con cada rostro que pasa ante ella. Sus ojos se abren enloquecidos como los de un ternero a punto de entrar en el matadero.

—¿Qué te pasa? —Becky contempla la cara de angustia de Harry. Harry se queda mirando embobada hacia el cielo, con el escozor de las lágrimas en los ojos—. ¿Te has metido en problemas con mi tío? —insinúa.

—Sí —dice sacando un cigarrillo y llevandoselo a la boca con el filtro hacia fuera. Becky le frena la mano antes de que pueda encender el mechero. Harry la mira confusa y Becky le saca el cigarrillo y le da la vuela. Harry asiente agradecida; se la ve preocupada.

—¿Qué has hecho?

Harry siente cómo suda, a pesar de que sopla un aire frío. El cigarrillo le revuelve el estómago. Tiembla un poco.

—Tengo que largarme de aquí —susurra. Becky entorna los ojos—. Esta misma noche. —Intenta que no suene demasiado drástico. Becky se queda a su lado,

contemplando su rostro azorado. Harry se clava los nudillos en la frente mientras mantiene la nuca firme.

–Todo irá bien –le asegura Becky, y Harry asiente con todas sus fuerzas. Otea la calle por si hay figuras ocultas, fijándose bien en todos los portales a oscuras.

Vuelve la vista hacia Becky y siente el mismo puñetazo en la garganta que siente cada vez que la mira a la cara. Lucha por recobrar el aliento, trepa por cuerdas imaginarias y su cuerpo doblado recobra su postura erguida. Su corazón le machaca las costillas. Se acerca la tormenta: puede oler cómo emana desde la superficie del asfalto.

–¿Quieres venir conmigo? –intenta decirle con calma, pero le sale a toda prisa. Ha tardado mucho en llegar, pero no queda más tiempo. Aguanta la respiración y espera. Todo transcurre muy lentamente. Contempla la barbilla de Becky, las orejas de Becky, el hombro izquierdo de Becky. Puede sentir los ojos de Becky como cámaras. El tiempo pasa cruelmente. Cada segundo aporta un peligro mayor.

Becky se fija en las pequeñas redondeces que bordean las fosas nasales de Harry, las arrugas que traza su sonrisa, los ojos asustados que brillan como piedras pasadas por agua. Lo marcado de sus pómulos, lo curvado de sus mejillas. La carita abierta y pequeña, endurecida y hermosa. La tiene ante ella, mordiéndose el labio inferior, con la espalda estirada, sujetando el cigarrillo, apretándose los nudillos contra la frente. Becky se acerca poco a poco. Se aproxima lo máximo que puede, a un centímetro apenas del cuerpo de Harry, respirando, contemplando su cuello, su mejilla, sus cejas. Se abrazan durante un segundo atronador, estrechándose como si al soltarse fuesen a caer. Harry se aparta. Mira a su alrededor. No viene nadie. Vuelve a mirar, sin aliento, los labios de Becky, y todo se evapora. Ve el beso de Becky antes de sentirlo. Muy lento al principio. Las manos de Becky sobre el cuello de la camisa de Harry, como siempre había soñado, los dedos recorriéndole el cuello, buscando sus orejas, la punta de sus breves mejillas. Se quedan quietas, de pie, besándose entre el brillo de los escaparates y la luz de las farolas, sin parpadear, respirando las dos como animales.

Las nubes se abren, la lluvia cae. Y cubre toda la calle.

Becky entonces se ríe. A Harry la coge por sorpresa y quiere besarla aún más, pero antes de intentarlo, Becky la toma de la mano y echan a correr hacia la rotonda. Agotan su último aliento girando a la izquierda y ahí se encuentran

a Leon sentado en el coche, con el motor en marcha y el dinero dentro de su maletín, colocado sobre el asiento de atrás.

Le suelta la mano a Harry, rodea el coche para sentarse en el asiento del copiloto y muestra una sonrisa fugaz y sombría que hace que a Harry se le licúe la sangre antes de subirse al coche y cerrar la puerta.

Harry intenta encontrarle sentido a la situación, percibe las nubes disparando sus dardos a su espalda. Se asoma y mira hacia atrás, hacia las voces que gritan en la puerta del pub. Se sostiene la frente, se tamborilea la cabeza con los dedos. ¿Escapar? ¿O quedarse e intentar arreglar este lío? Con ambas opciones se arriesgan a perderlo todo. Incluso si devolviesen lo que se llevaron, éste ha dejado de ser un lugar seguro. Mira a Becky dentro del coche. Se acuerda de su hermano. El brazo le palpita en el punto por donde Ron la sujetó. Aún puede ver sus ojos echando llamas y sentir su pulgar en la tráquea. ¿Qué pensará hacer con ellos? Le cuesta razonar. Abre la puerta de atrás, entra y se sienta junto al maletín.

Aparcan delante del piso de Becky. Entra y echa a correr hasta su habitación. Mira todo lo que tiene y que ahora no le hace falta; no quiere ni comprende ya su utilidad. «Pasaporte. Ropa interior. Cargador. Detergente. ¿Cuánta ropa llevo? ¿Y estos vaqueros? El cargador. El pasaporte. ¿Dónde puse la sudadera azul? ¿Qué abrigo? Ropa interior». Coge una bolsa y la llena rápido, moviéndose por el cuarto, contemplándolo todo como por primera vez; todas las cosas que son de Pete y todas las cosas que son de ella, las que le regalo él, las que asocia con él o las que guardan, con rencor, algún recuerdo. El fantasma de Pete la persigue mientras prepara las maletas. Puede sentirlo en el aire, llorando en el cajón de sus bragas mientras rebusca dentro para ver si encuentra unos calcetines. Se va. Se marcha.

Fuera, en el coche, Harry se sujeta las rodillas. El miedo la hace mecerse de un lado a otro. Su cuerpo hecho picadillo y su boca convertida en un revoltijo de agujeros de bala abiertos por los besos incandescentes de Becky.

VOLVER

Un año después

Becky se baja del avión en Gatwick y atraviesa la puerta de llegadas sin respirar.

Londres.

Se dirige como un zombi hacia un impersonal puesto de café, pide y se sienta en un sillón resplandeciente. En la pálida luz artificial del vestíbulo del aeropuerto, se pone a recordar el ferry en el que cruzaron juntas el Canal de la Mancha.

Llevaban ya ocho horas en Francia cuando llamó por teléfono a su tío Ron.

–Me he ido de la ciudad –le contó–. Estoy bien. –No le quiso contar dónde estaba. Mientras tanto, él no dejaba de gritarle, la llamaba irresponsable, mimada. Le decía que estaba tan mal de la cabeza como su madre–. Por favor, no le hagáis daño a Pete o a sus padres –le rogó. Nunca antes había husmeado en los asuntos de su tío. Sabía que estaban metidos en algún tejemaneje. Cuando tenía algunos años menos, aparecían de repente cosas por casa: trescientas velas aromáticas o quince cajas gigantescas de Fairy o un cajón de embalaje lleno de mandos a distancia universales. No sabía de dónde salían. Entraban y, al cabo de una semana, salían de ahí. Él las había apoyado, a su madre y a ella, y Becky le estaba eternamente agradecida. Nunca se le hubiera ocurrido morder la mano que le dio de comer cuando no tenía con qué sustentarse.

Pero esto era distinto. Se apoyó contra el saliente metálico de la cabina; hacía un frío gélido a sus espaldas y lo sentía a través del abrigo. Se encontraban en la campiña francesa, en un pueblo perdido del nordeste. Era pleno invierno y el suelo estaba helado. Harry se apartó hasta quedar a una distancia prudencial. Se paró a mirar los bosques que se extendían ante ella, encogida de frío.

–Mira, no sé qué pasó –decía–, pero, por favor, Ron, te lo pido por mí, deja en paz a Harry, a Pete y a su familia.

Ron soltó tantos tacos que hasta el teléfono se sonrojó. Gritó y despotricó.

Le llamó cosas que nunca le había llamado nadie. Pero sabía que era buena señal. Su silencio resultaba mucho más peligroso. El ruido quería decir que al menos la escuchaba.

–No tengo ni idea de cuándo voy a volver –reconoció–. Dile a tía Linda que la quiero mucho. –Colgó, el griterío cesó bruscamente y los pájaros cantaron en la quietud del frío.

Pasaron ocho meses en la carretera. Se mantenían alejadas de las fronteras. Ninguna de las dos se había encontrado nunca antes sin nada que hacer. No podían dejar de tocarse mutuamente: un palpamiento difícil de soportar, eléctrico, fanático.

La gente chistaba y resoplaba al verlas besarse apoyadas en los surtidores de gasolina. Les ponían mala cara y les gritaban en flamenco, en alemán o en francés mientras pagaban los sándwiches resecos y la sopa aguada de las estaciones de servicio y pasaban el rato yendo juntas a ninguna parte.

Los Pirineos, Toulouse, Ámsterdam, Utrecht, Hamburgo, Berlín, Colonia... Los lugares pasaban bajo sus pies. Acariciándose, abrazándose, besándose, explorando mutuamente sus cuerpos y gimiendo de placer. Se sentían seguras. Leon había puesto dirección a Barcelona con tres cuartas partes del dinero y dejó a Harry al cargo del resto, que ella guardaba en su maltrecho maletín. Lo iban cambiando en fajos de quinientos euros en distintas oficinas de cambio y hacían cada poco ingresos en distintas cuentas de banco abiertas por Leon. Becky acudía a clases de baile. Harry leía biografías de dueños de clubs célebres y se sentaba en la paz de las salas de cine.

Entraron en un estado de ensueño. Una época que durante las miserias futuras recordarían como la más feliz de sus vidas. Todo era intenso y les producía vértigo vivirlo.

Recalaron en Bélgica, adonde acudieron en busca de sórdidos bares nocturnos. Se reían en compañía de hombres delgados que movían la cabeza al ritmo del slow techno bajo sus bigotes enrevesados. Pernoctaban en habitaciones de edificios antiguos con balcones que daban a aparcamientos, a bulliciosos mercados o al barrio rojo de la ciudad. Algunos días los pasaban enteros en la cama, una al lado de la otra, observando el mundo exterior a través del balcón. Semana tras semana tras semana de dormir y follar, de bañarse y follar, de fumar y follar, de despertarse con hambre y contemplarse y

acordarse del desayuno, con la luz atravesando las persianas, la luz sobre el agua mientras paseaban a orillas del canal sin intercambiar apenas palabras y luego hasta el siguiente lugar, conduciendo cogidas de la mano; daba igual que en la radio sonase la canción más tediosa del mundo, que a ellas no les importaba, porque les iba a sonar bien igual. Se paraban a beber café en mesas altas en terrazas de pequeñas ciudades de hermoso nombre donde las mujeres llevaban encima bolsas de la compra, bebés y ropas de trabajo y los hombres se pasaban el día borrachos.

Cruzaron la *Autobahn*¹¹ escuchando a Kraftwerk. Comieron salchichas y bebieron cerveza negra en los bares de las estaciones de esquí bávaras, donde el aire olía a pan y nieve, y se envolvían una en la otra por las noches y se quedaban dormidas.

Atravesaron los Alpes. Harry no pudo evitarlo: rompió a llorar la primera vez que vio las montañas alzándose contra el cielo y sumergiéndose a la vez, reflejándose eternamente en el espejo impecable de los lagos de Italia.

Leon había vuelto a Londres para ver cómo estaban las cosas. Existía una cuenta de correo en la que Becky y Harry entraban día sí, día no.

Comenzaba el verano y todo se hacía cada vez más intenso.

Harry se encerró en sí misma. Comenzó a morderse las uñas. Becky se preguntó adónde había ido a parar su vida. Las ansias de bailar, los años empleados en su formación, ¿para esto? ¿Para huir de esta manera?

Comenzó a escribirle una larga carta a su madre, y en el fondo de su mente residía la idea de que, si algún día la acababa, la enviaría.

La noticia les llegó en junio. Estaban en un cibercafé de Montepulciano. Harry se quedó pálida como la cera al leerla.

Pico había salido de la cárcel y había solicitado reunirse con ella. Se sentía como si los días que habían transcurrido desde su marcha se los hubiesen pasado dando vueltas en círculos. Su cuerpo era un desbarajuste de nervios. Una úlcera andante. Se pasó el resto del día bebiendo sin cesar y se desmayó en el vestíbulo del hotel. Becky la encontró a las nueve de la noche, incapaz de nada, berreando de angustia como un recién nacido, y cargó con ella hasta el ascensor.

Harry tenía que desplazarse el martes siguiente hasta un hotel de Friburgo donde tenía planeado encontrarse con Leon.

El día amaneció cálido y soleado. Becky se lo pasó dándole vueltas a la

cabeza. Echó a andar por el casco histórico, se topó con una pequeña galería de arte y justo ahí tomó su decisión, contemplando unas vidrieras que representaban a santos iluminados. Sintió que se le caía la piel a tiras. Le invadían los escalofríos y estaba dejando de ser ella misma. Los brazos de Harry eran como una adicción esos días, la aprisionaban, la estrujaban hasta aplanarla de una manera inconcebible. Permaneció quieta, contemplando aquellas santas, aquellas mujeres quebradas, en actitud de servidumbre y beatitud y se quedó horrorizada. No era capaz de verlas a ellas, sino sólo lo que representaban. Se sentía igual. Había abandonado su alma y sólo se percibía a través de los ojos de Harry. Echó la vista adelante y vislumbró el paso del tiempo. Se hallaba ante el legado de alguien. No el de las mujeres ahí retratadas, sino el de la persona que había dispuesto el emplomado y las había colocado ahí. Alguien había hecho algo hermoso y aterrador y lo había expuesto para que ella lo viese. Recorrió lentamente la sala. Se quedó boquiabierta ante las inmensas imágenes de sacrificio y contrición que parecían entonar en un cántico la palabra «aspiración».

Por la noche, Becky se tendió sobre su amor, sostuvo su cara, le besó los ojos y le dijo que regresaba a casa.

Condujeron hasta la costa italiana y se despidieron de la marea. Bebieron vino, comieron pasta, fumaron tabaco y no hablaron demasiado sobre lo que iba a suceder a continuación.

Becky le dijo que valía más que disfrutasen de su última noche juntas en lugar de llorar y discutir.

–Pasemos juntas este momento y, luego, que cada una se vaya por su lado.

Harry se debatía por dentro. Ante ella no se abría ningún horizonte despejado. Su boca era un animal cautivo. Y allá donde mirase, Pico acechaba en las sombras: su bigote, el brillo y la blancura de sus dientes. Pico, Pete. Ron y Pico. Pete y Ron y Becky. Leon. Pete. Pico. Becky. Becky. Pico. El eterno carrusel que llevaba dentro. Sus huesos molidos hasta quedar convertidos en polvo. «No te vayas», pensó. Pero no dijo nada.

Se fueron a la cama y ni siquiera se tocaron.

Becky contempla los rostros bajo la luz artificial del aeropuerto, las familias y

los seres queridos reunidos en el vestíbulo de llegada. Se limpia la cara con manos bruscas y se traga las lágrimas, tan poco indulgente consigo misma como siempre ha sido. Pero de vuelta a su casa. Pete se levanta en una cama bañada por la luz del sol. Las tablillas rotas de la persiana dejan que la mañana inunde la habitación en forma de oleadas desiguales. Una tarima de madera se extiende hasta llegar a una puerta abierta; hay también una deshilachada alfombra marroquí de color rojo. Se oye cantar al otro lado de las paredes. El sonido de animadas conversaciones matinales, y de risas. En la habitación hay una estantería abarrotada de libros, una mesa junto a la ventana, una silla de madera puesta delante. Una reproducción enmarcada de un Kandinsky. Un retrato de Haile Selassie. Cintas y tiras de tela colgando de ganchos, tapando un espejo. Las palabras de la «Desiderata»¹² escritas en trazos sinuosos a lo largo del techo. Hay ropa por todo el suelo. Y fragmentos de papel. Dibujos al carboncillo. Hace mucho frío. Escucha unas botas pesadas subiendo por las escaleras, aporreando la osamenta del desvencijado edificio. Un palacete que se cae a pedazos. Recientemente okupado, habitado por anarkas españoles y aprendices de soldador. Anoche a Pete le parecía de lo más normal.

¿Cómo se llamaba la chica? Permanece recostado, explorándose el ombligo.

La chica está en el marco de la puerta, desnuda bajo una camisola, con sólo dos botones abrochados. Está conversando con alguien que no logra ver. Hablan en un lenguaje que no acaba de situar. Quizá turco. O bereber. La chica tiene motivos geométricos tatuados con tinta blanca por sus caderas; bajan enroscándose por sus piernas. Se ríe. Desde un altavoz, a lo lejos, suena reagege francés. Se escucha el sonido de una sartén al freír, el ruido de portazos, y huele a café y tostadas. Pete lleva mucho tiempo sin rodearse de sonidos así.

Poniendo una sonrisa, la chica cierra la puerta tras ella. El sonido del alboroto queda amortiguado. Camina sin hacer ruido sobre el suelo desnudo y se lleva hasta el pecho una taza de café caliente. La rodea con las manos para mantenerlas calientes.

—¿Café? —pregunta—. No hay leche. Somos veganos.

—No, gracias —dice—. Así está bien.

La chica se sienta sobre la cama, cruza las piernas y se echa hacia atrás

para poder ver a través de los resquicios de la persiana. Sujeta la taza contra su cuerpo. Pete contempla el vapor y su vientre desnudo. Se levanta y se pone a buscar sus calzoncillos por el suelo. Ella lo está observando. Se agacha, rebusca, consciente de su cuerpo, sometido a la mirada de ella. Los acaba encontrando, se los pone torpemente y se yergue en medio del gélido cuarto. Se examinan con calma, cubiertos por la lechosa luz de la mañana.

Ve que últimamente fluctúa entre dos extremos. El primero es su estado habitual: hasta arriba de todo, vagando entre las calles donde ha transcurrido su juventud, extraído de la realidad por la maría, con los nervios a flor de piel por la cocaína, con el deseo de graparse a cualquiera de los peatones y arrojar su cuerpo contra el tiritante parabrisas de los autobuses que pasan acelerando. Pero el segundo es novedoso, uno que lo asalta cuando menos se lo espera. De pronto se da cuenta de que va caminando en paz, ingrátido, disfrutando del neón a través de los escaparates de los locales de pollo frito, tomando consciencia de lo agradable que resulta ver cómo ilumina los rostros pálidos de los niños aquejados de desasosiego que rondan por las aceras. Permanece atrapado entre una culpa mal llevada en la que se regodea y una molicie nueva, una sensación dulce y apaciguada. De alivio. Por estar, al fin, solo.

Lo mejor es lo bien que sienta no sentirse inútil. Se nota de nuevo a gusto entre sus amigos.

Sale con más frecuencia. Ya no le asusta la gente.

La sombra de ella lo persigue por los rincones. Está en cada mujer con la que habla. La repulsiva cara de su hermana le hace destrozar cosas cuando se emborracha.

La echa de menos. Es como la boca de una rata que lo va devorando poco a poco. Pero comienza a darse cuenta de lo divertidas y buenas que pueden llegar a ser las personas. Comienza a recordar el sonido de su propia risa.

Ahora trabaja. Dos empleos. Cinco días a la semana. Portero de noche en un hotel cutre. Se pasa la noche leyendo. Se ha hecho gafas nuevas. Se siente una persona distinta con ellas.

Comienza su turno a las once de la noche, acaba a las siete de la mañana, duerme hasta las tres de la tarde y luego se marcha a cumplir con su deprimente turno fregando cacharros en la cocina de un pub. Acaba ahí y se dirige directamente al hotel. Nunca ha tenido tanta energía. Le gusta la sensación de cansancio. Le da algo que hacer. Sigue sin dinero. Las tasas del ayuntamiento, la electricidad, el teléfono...

Hay mujeres por doquier. Ahora sabe cómo hablarles. Quizá es que se hace mayor. Le da la sensación de que sabe qué le van a contar antes de hablar.

Cada día que pasa la entiende más. Ahora que se ha ido, la puede ver con mucha más claridad. A veces, cuando está con otras, siente como si se convirtiese en ella. Le ocurre cuando menos se lo espera: se quita la ropa y se acerca a una mujer que también se desviste y, de repente, se siente tan cercano a Becky que se olvida de cómo se mueve su propio cuerpo y tiene que aprender de nuevo a besar.

Pico saluda a Harry como a una amiga de toda la vida. La toma suavemente del antebrazo y la atrae hacia él para plantarle un beso en cada mejilla. Le indica que se siente a su lado. El restaurante es impresionante, todo de un blanco resplandeciente. Una enorme cúpula de cristal en el techo, espejos cubriendo las paredes. Los camareros llevan chalecos y zapatos caros. Harry se sienta al lado de Pico y mira a su alrededor. Se pregunta qué clase de relación pensará la gente del restaurante que existe entre ellos.

Pico pide por los dos. Señala al camarero con un gesto de la cabeza y exige la comanda sin decir ni por favor ni gracias, como un hombre demasiado acostumbrado a que los demás le sirvan. Encarga marisco, ensalada y un vino blanco caro. Harry se sienta en silencio, sin sonreír. Observa el cuello de la camisa del camarero. La raya de su pelo impecablemente engominado. Pico extiende los brazos en el respaldo del banco que comparten. El tiempo transcurre como si estuviese herido y se arrastrase por el restaurante.

Pico se pone a hablar en voz baja al oído de Harry.

—Yo ya sé lo que sucedió, así que no pases el apuro de repetírmelo, pues. Ya pasó todo.

Su aliento es cálido y huele limpio, como a regaliz y cardamomo.

—Ya estoy fuera, así que comenzamos de cero. —Su acento es rotundo y dulzón como una fruta—. Tú ya no te preocupes por nada.

Harry traga saliva, cohibida y sofocada. Siente como si tuviese la garganta plagada de insectos.

—El *achorado* este... ¿Joey? —Pronuncia la jota no como se hace en inglés, sino como peruano que es, haciendo que suene igual que una *i* griega—. ¿Él te intentó robar, pues? Eso oí.

Pico observa atentamente el contorno del rostro de Harry. Respira

suavemente durante un buen rato, como un óptico con una antorcha en llamas, antes de retirar el brazo de golpe y estirarse sobre la mesa para coger pan, aceite de oliva y la vinagrera con balsámico, esculpida en forma de lágrima invertida. Su camisa blanca, su bigote fino. Sus gemelos con montura de oro, decorados con la bandera de San Jorge.

–Aunque no te lo creas, dejo que elijas tú. Pero...

Pico abre los ojos de par en par, se repasa el bigote de lado a lado y sonrío con agrado a Harry.

–Iba a pedirte que te encargaras tú mientras yo estaba *en cana*.

Se aclara la voz. Sostiene el aceite de oliva con ambas manos. Harry siente una oleada de calor y náusea que le atraviesa la cabeza. Un plato de ostras abiertas por la mitad llega sobre una bandeja de hielo. Se estremecen dentro de sus valvas al igual que el estómago de Harry.

–Pero, vamos a ver, ahora hay una deuda que pagar.

Pico inspecciona el comedor, se apoya contra el respaldo acolchado y contempla el mundo de porcelana inmaculada y servilletas de tela y mujeres ricas hablando de negocios mientras serviles camareros les traen platos de carne roja.

Harry se mira las rodillas y ordena sus pensamientos antes de alzar la vista hacia la pared de enfrente, y se expresa con un gañido retorcido de miedo, con un tono de voz que le sale más agudo de lo normal.

–No quiero deberte nada, Pico. No quiero estar en deuda contigo.

Un silencio ronda la mesa como un lobo hambriento. Pico pone cara de desagrado. Vierte con cuidado dorado aceite de oliva y negro vinagre balsámico sobre un platito de color blanco, formando un ying yang que admira complacido y sobre el que muele pimienta. Pasa un trozo de pan blando por el charquillo y lo dobla por la mitad y se lo mete en la boca todavía goteando. Mastica, traga y se limpia las comisuras.

–Muy bien –le dice–. Vamos a centrarnos. –Da toquecitos sobre la mesa con el índice y el pulgar–. Las deudas hay que pagarlas en vida, Harry –dice compungido–. Tú ahora trabajas para mí; es lo que te digo. Busco a una persona que me ayude de forma más directa. Cuesta fiarse de nadie cuando hay por medio, ya sabes, tanta... tanta plata, digamos. Hace que la gente pierda el norte. Tantísima plata. –Da un suspiro.

Harry contempla el filo de sierra del cuchillo que reposa sobre su servilleta, las ostras sin tocar, frías y gelatinosas.

–Tú te vienes acá conmigo. Ahora trabajas para mí.

A Harry se le parte el corazón, pero no logra moverse y desea que Becky estuviera ahí para decirle qué hacer. Le comienza a temblar el cuerpo. Pico lo nota. Se queda sorprendido.

–Tu hombre me tendió una trampa, Pico –dice con voz rugiente–. Yo confiaba en ti y en nuestros acuerdos, pero eso es lo que pasó. –Va alzando la voz, la sala da vueltas a su alrededor –. El dinero que cogí fue en compensación por ponerme en peligro. Si no hubiera estado preparada para pelear, me podría haber matado. –Escupe las palabras, le tiembla el cuerpo–. Ese dinero es mi seguro de vida. No quiero trabajar para nadie. Quiero dejarlo. Quiero salirme de esto.

La voz le sale ronca, espesa y salpicada de queja. Lleva semanas fumando compulsivamente, le duele la garganta y está demasiado asustada como para atreverse a beber un agua mineral tan pija. Le arroja a Pico una mirada fiera y atroz y éste deja escapar una carcajada amistosa. Apoya la cabeza sobre el hombro de Harry. Le acaricia el brazo como si fuese su mascota. Harry se siente tan fuera de lugar como siempre. Pico sigue partiéndose de risa y dándole palmaditas. Se incorpora, sonriendo cordialmente, le planta un breve beso en la cabeza y le enreda el pelo.

–Alguien bueno –le dice–. Alguien tan bueno como tú es lo que ando buscando. La gente muere por menos. Pero tú no te achantas conmigo. –Inspira profundamente y se lleva la copa a los labios, sorbiendo pensativamente–. ¿Y qué vamos a hacer entonces, Harrietita? –pregunta con suavidad. Posa el vino sobre el mantel impecable y se estira para coger una ostra.

–Déjame que me vaya, Pico. Te pienso devolver la mitad del dinero. Pero que se acabe ya esto. Lo que quiero es volver a casa. Quiero trazar una línea a partir de aquí. –Parpadea lentamente. Espera.

–¿A casa? –Se inclina hacia ella.

–Sí. –Alcanza una copa, vierte en su boca el agua fría y transparente. La mantiene dentro sin llegar a tragar, dejando que le alivie el resquemor de la garganta.

–Si vuelves a casa, te pones a trabajar para mí –responde Pico, sin dejar de sonreír–. Tú te vas de aquí y no pasa nada. Pero si vuelves a Londres, trabajas para mí.

Harry se revuelve en su asiento, se masajea la mandíbula.

–No –recalca–. No quiero trabajar para ti, Pico.

La actitud de Pico cambia. Algo se fragua en su mirada, cierto interruptor se activa dentro de sus circuitos y de repente parece que ocupa el doble de espacio que hace un instante.

–Entiendo que digas que fue una encerrona, ya ajustaremos nosotros cuentas con el capullo de Joey, de eso que no te quepa duda. La deuda tuya la asume él, él es quien va a pagar los platos rotos. –Pico hace restallar los pulgares y los meñiques–. ¿Pero decirme que no a mí? ¿Cuando soy yo el que te ofrece trabajo a ti? ¿Cuando soy yo el que te pido que trabajes para mí? ¿Yo te ofrezco algo como amigo tuyo que soy y tú lo rechazas? –Su voz suena tranquila y monótona. Harry se queda helada–. ¿Tú te crees que yo no soy serio?

Harry espera a que pase el chaparrón. Sabe que a veces vale más callar. Pico también se queda a la espera. El silencio vuelve a acechar como un lobo. A la caza. Se presenta un camarero, pero Pico lo despacha de un manotazo. El gesto le parece tan poco cortés a Harry que le produce dolor de estómago. Pico sorbe un poco de vino. Come unas pocas hojas brillantes partidas en trozos, rumiando como un animal de granja. Harry se queda sorprendida, dado lo delicado que es para otras cosas.

Harry se agarra a la pata de la mesa, con Becky en su mente. Su corazón es un maletero vacío desde la mañana en que ella se fue. No tiene nada que proteger: esto la hace sentirse más fuerte que antes. Sin Becky, ¿de qué le sirve el dinero? Sin Londres, ¿qué sueño le queda? Se encoge de hombros.

–Haz conmigo lo que te apetezca, Pico –le suelta a la cara–. Yo ya he terminado con esto. –Mantiene la mirada clavada a un lado de su cara hasta que le duelen los ojos–. Se acabó –le responde.

Y echa a arder.

Su Londres ha cambiado.

Becky busca las cosas que ha echado tanto de menos, pero ya nada es lo mismo. Los billares no existen: sus cimientos quedan tapados por vallas de construcción y la estructura se alza ahora cuatro pisos más alta que antes. En poco tiempo se convertirá en otro edificio de viviendas de lujo. La tienda de novias e instituto de belleza medio destartado donde le hacían las uñas y le pasaban la maría –que tenía en el escaparate aquel desconsolado maniquí, ataviado durante años con el mismo vestido de lentejuelas color azul pavo

real— es ahora un café con fachada de cristal, paredes de ladrillo visto y lámparas bajas colgando del techo. Se pregunta qué habrá sido de Naima, la dependienta. Era amiga de la madre de Becky y se sabía el nombre de Becky antes que ella misma.

Han demolido las piscinas, y también el antiguo ayuntamiento donde estaba su guardería. Y el antiguo puesto de policía. Todo ha sido reconvertido en apartamentos o está en proceso de serlo. Los edificios de viviendas de verdad languidecen vacíos y tuertos: con las ventanas rotas, con las fachadas arrancadas. Con sus entrañas al aire. Papel de pared, sofás viejos y muebles de cocina tiritando bajo la lluvia. La zona acordonada. Cámaras agazapadas como cuervos en lo alto de las verjas. Se queda absorta mirando hacia arriba. Le apetece parar a alguien, darle una sacudida y gritarle: «¿Pero qué ha pasado aquí?».

Becky contempla con una alarma creciente a todos los transeúntes con los que se cruza. ¿Es imaginación suya o la gente tiene la cara más rellena? ¿Más brillante? ¿Más sana? ¿Más robusta? ¿Qué hay de distinto? Las calles están tan animadas como siempre, pero dan la sensación de estar vacías.

Entra en Sunshine reprimiendo el espanto. Solían venir aquí a desayunar los sábados cuando estaban de resaca y no le apetecía presentarse así delante de sus tíos. Le invade un anhelo imposible por aquella época y mira a su alrededor, con cierta timidez, contenta de ver que al menos el café sigue igual que antes. Las fotos de perros vestidos de aristócratas colgadas de las paredes de azulejo marrón, los artículos de la prensa local amarilleando dentro de sus marcos, las sillas de plástico atornilladas a las mesas. La gente come de platos que son el doble de grandes que uno normal. Al cocinero se le han quemado unas tostadas y se dedica a abrir y cerrar las puertas de la cocina para ventilar, pero las hojas se atascan y rayan el suelo de linóleo, así que tiene que dar un empujón para que se cierren del todo y luego volver a abrirlas a golpes, y al final ha acabado montando un escándalo mayúsculo. Becky se sienta en una mesa junto a la ventana y escucha las conversaciones de la gente, dándose cuenta entonces de que, durante los largos meses que ha permanecido fuera, ha sido incapaz de escuchar conversaciones ajenas. Se empapa de ellas.

—Toma, corazón, se te acaba de caer al suelo.

—¡Ay! ¿Sí? Pues no es mío.

—Pues yo no lo quiero. Ya llevo el bolso bastante lleno como para encima tener que cargar con más. —La camarera recoge el bolígrafo y se marcha.

–Me mandaron una carta que dice que me suben el alquiler a finales de marzo. ¿Pero de qué van?

–Vaya por Dios, hombre.

–Pues oye, era justo lo que estaba pensando. Estaba pensando en ir y soltarles a la cara, escucha bien lo que les voy a decir, que me parece ridículo. Seguro que no se lo esperan.

–No.

–Es que me parece ridículo.

–¿Quieres un champiñón de los míos?

–Tampoco es que me emocionen.

El chef sigue abriendo y cerrando las puertas. Tiene la cara regada de sudor. La chica a la que le quemaron las tostadas se está comiendo las judías con una cucharilla de té.

–Pues mira, tengo aquí mismo la carta para que veas.

–Incluso me dice que las tengo tan mal que me van a hacer las dos a la vez. Pero no saben si lo voy a aguantar bien.

–¿No?

–Llevo veintiséis años viviendo aquí y nunca se habían dirigido a mí de esa manera.

–Así que lo miré a los ojos y le dije que si había visto mi historial. Para empezar, tengo un cólico muy grave.

Suena «My Girl» en la radio. Recuerdos de llorar en el cine, de Macaulay Culkin con las abejas.

–Es un tío de nivel. Dicen que catedrático. Catedrático.

–Y entonces, yo pensé: «Sí, bueno, ¿pero te estás poniendo en mi situación, tío?».

–Tengo las dos caderas de titanio. Llevo tuercas y clavos por dentro del cuerpo.

Se hunde en ellas, como en una bañera. Se bebe su té. Un hombre con un sombrero de ala ancha y un forro polar con un logo que dice «Centro Hípico Kent Park» tiene un periódico sensacionalista abierto sobre la mesa y apoya las manos encima para mantenerlo sujeto, estirando con cuidado las arrugas hacia las esquinas de cada página. Está leyendo la sección de deportes.

–¿Qué haces en vacaciones? ¿Tienes planes?

–Fíjate que hasta yo estoy temblando.

Dos señoras mayores, una de ellas vestida con una sudadera verde limón y

la otra con una chaqueta de lana marrón y crema comentan las ofertas del Sainsbury's.

A Becky le entran ganas de llorar. En la radio suena Shakespeare's Sister. El olor de tostada quemada comienza a extinguirse.

—¡Por lo que más quieras, HAZ EL FAVOR DE CERRAR LA PUERTA!

Un hombre con tacón en un zapato —por corrección ortopédica más que por imperativo de la moda—, de cabello pelirrojo y lacio, calvo por arriba, con coleta por atrás, lee un folleto municipal sobre los impuestos. Su hija es guapa y lleva una diadema roja de charol que le mantiene la melena hacia atrás. A su lado, sobre la mesa, hay una pila de tostadas chamuscadas. El cocinero, un turco con pinta de no dar abasto, recibe gritos de todas partes. Le trae a la chica de la diadema un plato nuevo de tostadas. La chica le da las gracias. Becky se da cuenta de que no es la hija del hombre del zapato ortopédico. Debe de tener como mínimo veinte años. Le está rozando la pierna. La chica es igual que la ucraniana con la que solía dar masajes hace unos años. Despampanante pero perturbadora. Junto a su plato reposa una bolsa de gominolas abierta. Se mete una cucharada de alubias en la boca y, a continuación, una gominola. El hombre con el que desayuna lee su panfleto. La chica le sonrío. Le pide a la camarera una caja para llevar comida. Mete dentro las tostadas quemadas para comerlas más tarde.

Becky observa a la gente que camina por la calle y juraría que acaba de verse a sí misma, con menos años, cogida del brazo de Gloria y Charlotte, pasando por delante, pero no son ellas. Son otras adolescentes que van por ahí comiéndose el mundo y cantando a grito pelado canciones subidas de tono de pop-rap americano que suenan a todo volumen por los altavoces de sus móviles.

Becky se termina el té, paga la cuenta y sonrío con todas sus ganas a la mujer.

Siente que el corazón le da un vuelco cuando escucha que la llaman «babes».

Becky se acerca al Hanging Basket y se detiene frente a la entrada. Se apoya contra la barandilla, fuma un cigarrillo y deja ya de mirar a toda la gente que pasa. La última vez que estuvo aquí fue la noche en que se fue.

Son las tres de la tarde y hay un corrillo de borrachines cantando canciones

de Van Morrison en los bancos colocados en la entrada. Hay un tío con una guitarra. La rasguea y echa atrás la cabeza, con un pie sobre el banco. Los otros cantan junto a él, sonrientes. Atravesados por la vida, el dolor y días muy, pero que muy solitarios, sostienen en lo alto sus vasos y sus corazones, y al cantar espantan las penas de sus almas abatidas. Sus rostros demacrados están cruzados de arrugas. Becky contempla a la mujer de cabeza afeitada, al adolescente guapo, al fortachón con cara cuadrada y de pocos amigos, al alcohólico tranquilo y pacífico que lleva arrastrando sus rastas a la altura de los tobillos; barrigas cerveceras, hombros huesudos, ojos brillantes, ojos cerrados, ojos rojos, dientes caídos, dientes de oro, dientes torcidos. Los trajes elegantes, la ropa vieja, los zapatos gastados que ella siempre ha conocido. Los jóvenes borrachos y hermosos, con sus perros y sus capuchas, sus tatuajes y sus *piercings*, sus botas pesadas y viejas, excitantes como el amor que comienza y que parecen sacados del anuncio publicitario de una vida que nunca has tenido el arrojo de vivir. Las mujeres con el pelo ensortijado y la lengua larga y afilada. Con las manos en la cadera, perfume y escote, y cargando sobre sus espaldas unas vidas que se estrechan a lo lejos al igual que las vías del tren; siempre riendo. Le lanzan besos a Becky y ella se los devuelve. Les acaricia el codo al pasar. Se contonean al ritmo de la canción. Hoy piensan beber hasta delirar, con el ánimo alegre y estragadas por las drogas. Este lugar es una perla entre los grilletes de Londres.

Empuja las hojas de la puerta. Se le engancha el bolso en la manilla y tiene que hacer malabarismos para liberarlo. La puerta le da en las piernas al retroceder. Entra dentro, colocándose el pelo detrás de las orejas. Se estira la ropa, consciente de su aspecto, se retoca de nuevo el cabello. Nada ha cambiado menos los folletos de la pared. Mira a su alrededor, preguntándose cómo debería sentirse. Y entonces la ve.

Gloria está hablando con una mujer cincuentona que se apoya sobre la barra. La mujer sacude la cabeza y echa arriba las manos. Gloria se ríe y se dispone a servirle a la mujer otro vino. Mientras llena la copa, ve a Becky y casi se le cae la botella al suelo, pero lleva demasiado tiempo siendo camarera.

–¡Hola! –saluda Becky mientras posa como una turista.

–Serás idiota... Llegas y te plantas ahí en medio –dice Gloria, recogiendo el dinero del vino y saliendo de detrás de la barra para darle un abrazo.

–¡Ay, Dios! –exclama Becky, dejándose caer en brazos de Gloria.

–Becky Becky Becky Becky... –Se ponen cara a cara y se miran la una a la otra. A continuación, se dan otro abrazo. Becky tiene la cara aplastada contra el prendedor de pelo de Gloria o lo que sea que tiene en la cabeza. Le duele, pero no le importa, porque necesita que la abracen así. Pero sí que le hace daño. Gloria la estruja con más y más fuerza mientras dice: «Ay Dios ay Dios ay Dios», y Becky no sabe qué hacer con las manos. Las junta delante del estómago mientras Gloria da un paso hacia atrás.

–Deja que te mire bien –dice–. Antes de nada, ¿dónde coño te habías metido?

Becky sacude la cabeza.

–Ahora no, G. Dame un minuto, ¿puedes? –Becky se lleva la mano a la cabeza, Gloria le pasa un brazo por el hombro, le pega un achuchón y le planta un beso en la frente antes de volver detrás de la barra.

Becky está delante de la barra; Gloria, detrás. Se miran la una a la otra. Becky se siente de pronto nerviosa, estúpida.

–¿Qué te pongo? –le pregunta Gloria.

–No sé. ¿Nos tomamos una?

–Es lo que deberíamos hacer, ¿no?

–Pues que sea vodka, lima y soda –dice Becky, tamborileando sobre la barra con los dedos mientras Gloria se gira para preparar las bebidas.

Hay una reposapiés que rodea la barra y que se sostiene unos centímetros por encima del suelo. Becky se apoya a la pata coja sobre él, poniendo los codos sobre el mostrador, y mira hacia todas partes. Los coches pasan por la calle, la tele está encendida y Gloria coloca las bebidas delante de Becky, que permanece frente a ella con los brazos cruzados. Se lleva una mano al lóbulo de la oreja, y se pone a dar vueltas al aro que lleva de pendiente.

–¿Y tú a qué te has dedicado? –le pregunta Becky a Gloria.

Gloria se toma su tiempo para responder: siente como si se hubiese triplicado la fuerza de la gravedad.

–He estado aquí metida, ¿qué más quieres? Trabajando. Como siempre. – Gloria saca de la caja una bolsa de patatas con sabor a queso y cebolla y se la lanza por los aires a Becky–. ¿Siguen siendo tus favoritas? –Becky responde que sí. Las abre y empieza a comérselas. Dos, tres a la vez. Bebe a pequeños sorbos.

–Bueno, ¿y tú qué? –le interroga Gloria–. ¿A qué te has dedicado?

Becky sacude la cabeza. Se mete patatas en la boca. Gloria alza las cejas.

–Estuve trabajando un tiempo, nos íbamos por ahí en coche, teníamos un pequeño piso en el que vivíamos.

–Harry y tú. –Gloria le da una vuelta al pendiente.

–Sí. –Becky asiente de nuevo

–¿Y acabas de volver? –le pregunta Gloria.

–Sí. –Gloria tiene la sensación de que su amiga parece más delgada, más cansada y mucho más lejana.

Becky se deja caer ligeramente sobre la barra. Han pasado todos estos meses y no sabe por dónde empezar a contarle todo, o si en realidad quiere hacerlo.

–Tienes muy buen aspecto –dice–. Estás sana.

–Es que he estado yendo a boxeo –le cuenta Gloria.

–¿A boxeo? –exclama Becky.

–Tuve un pequeño altercado. –Gloria echa una bocanada de aire y da un par de parpadeos rápidos.

–¿Qué clase de altercado? –le pregunta Becky.

–Tampoco nada importante. Un par de tipos que me la armaron una noche. – Se encoge de hombros.

–¿Aquí dentro? –Becky echa un vistazo al pub, a los clientes habituales.

–No, en otro pub al fondo de la calle.

Becky mira a Gloria. Sus grandes ojos barren el local en busca de clientes a punto de apurar su último trago. Su cuerpo es firme como la piedra, de líneas definidas y compactas. Alta, fuerte y de un tono de piel pardo tirando a dorado. Un rostro amplio y sincero, como el de una diosa ancestral. «Gloria». Becky siente que el pulso se le acelera y le atraviesa como una centella al pensar que su amiga puede hallarse en peligro.

–¿Qué pasó? –le pregunta–. ¿Qué te hicieron? –La voz le sale grave y atropellada.

–Ah, nada –responde Gloria con total despreocupación–. Que se la devolví. –Habla como si nada, sin darle demasiada importancia. Sigue dándole vueltas al aro, apoyada sobre la cadera derecha.

–¿Se la devolviste?

–Sí.

–¡Madre mía! –Becky dice que no con la cabeza. Se quedan un rato en silencio.

–Con una botella –dice, atusándose el pelo.

–¿Con una puta botella? –Becky está horrorizada. Pone cara de angustia.

–Sí –suspira Gloria.

El temor atenaza sus palabras, que salen extrañamente agudas:

–¿Y te pasó algo?

–Al final no, no me pasó nada. –Gloria sonrío a Becky sin variar el tono de voz. Becky aprieta los ojos y sacude la cabeza—. No me pasó nada de nada. Y encima le estoy cogiendo el gusto a boxear. Tommy no deja de repetirme que se va a apuntar conmigo, pero no acaba de decidirse. Está engordando, pero tú a él no le comentas nada.

Becky observa las manos de Gloria: aros de oro en tres dedos, el estrecho tatuaje que le orla la muñeca.

Se vuelve para atender a un cliente:

–Sí, cielo, ¿qué va a ser?

AGRADECIMIENTOS

A mi productor, Dan Carey, que fue la primera persona que oyó todas estas ideas y que me animó a convertirlas en un relato.

A mi agente, Becky Thomas.

A mi editora, Alexa von Hirschberg.

A Alexandra Pringle de la editorial Bloomsbury.

A mi editora en Estados Unidos, Rachel Mannheimer.

Pasé un mes escribiendo en la residencia para artistas 57a de Whitstable. Gracias, Katie Gordon, por prestarme el espacio.

Redacté el grueso del borrador final en la parte de atrás de la furgoneta durante la gira por Europa y Estados Unidos. Tengo que dar las gracias por la paciencia y el apoyo a mis compañeros de banda y al equipo técnico: Alex Gent, Anth Clarke, Archie March, Caragh Campbell, Clare Uchima, Dan Carey, Ed Feilden, Francesco Caccamo, Gareth Routledge, Georgia Barnes, Hannh Tee-Dub, Kwake Bass, Liam Hutton, Raisa Khan, Sebastian Renaud y Toby Donnelly, que se han pasado los últimos dieciocho meses de gira conmigo. Os quiero un montón, mi caravana de apoyo.

A Elaine Williams, gracias por charlar conmigo sobre Paul Gilroy, los disturbios de Lewisham y los delitos a punta de navaja. Menuda macarra estás hecha. Y qué suerte tengo de poder llamarte amiga.

A Lucy McGeowen, por la impagable descripción con pelos y señales de todos esos años trabajando en un pub. Gracias, hermana.

Recibí una ayuda enorme de tres bailarinas: Daisy Smith, Jennifer Leung y Julie Cunningham. Muchísimas gracias a todas por vuestra generosidad y vuestro tiempo. Quiero dejar patente que algunos de los pensamientos de Becky sobre la danza y la coreografía provienen directamente de conversaciones con ellas tres. Especialmente con Daisy Smith.

Al personal, la clientela y amigos del pub The Birds Nest.

Comencé a narrar las historias que darían origen a esta novela en mi primera obra teatral: *Wasted*. Quiero dar las gracias a Paines Plough, que encargó la obra y, sobre todo, a James Grieve y a Stef O'Driscoll, que la dirigieron y que me dieron su apoyo todo ese tiempo. También, a todo el

reparto que dio vida a mis personajes: Alex Cobb, Alice Haig, Ashley George, Bradley Taylor, Cary Crankson y Lizzie Watts. Y al equipo técnico y humano que lo hizo posible.

Brand New Ancients fue el siguiente paso. Agradezco el apoyo brindado por el Battersea Arts Centre, y en particular a David Jubb y Sophie Bradey, por adaptar y llevar a escena mi creación. Estoy obligada a dar las gracias a los músicos y a todo el equipo que representó el espectáculo conmigo a lo largo de la gira: Alex Gent, Ben Burns, Christina Hardinge, Emma Smith, George Bird, Ian Rickson, India Banks, Joanne Gibson, Kwake Bass, Matt O’Leary, Natasha Zielazinski, Nell Catchpole, Raven Bush, Sarah O’Connor y Tara Franks.

Tengo que dar gracias por el cariño y el apoyo que he recibido de mi familia: mis padres Gill y Nigel Calvert; mis hermanas Laura, Sita, Ruth y Claudia; mis hermanos Jack, Matt y Martin; a los pequeños Bess y Zig, a mis estupendos primos, a todos mis tíos y tías y en especial a mis abuelos, a quienes quiero y echo mucho de menos.

También tengo que darle las gracias a mi hermano Jimmy Davey y a mis muy pero que muy buenos amigos que no he mencionado arriba: Adam Bloomfield, Billy Carabine, Callum Locke, Dawna King, Evie Manning, Freddy Vernon, George Latham, Kieran Barry, Kitty Zinovieff, Luke Eastop, Maisy Siggurdson, Niaomh Convery, Sophie McGeevor, Sam Soan, Mica Levi. Muchísimas gracias, chicos.

Mi agradecimiento al sureste de Londres: aunque estés cambiando, sigues siendo mi motor y mi ancla.

Quiero darle las gracias a Murphy, mi lobo.

A Charissa Gregson, Emma Brook, Rebecca Danicic: gracias por vuestro tiempo y atención, vuestra paciencia y vuestros ánimos.

A Assia Ghendir, gracias por tu amor.

Finalmente, gracias por la ayuda que he recibido de India Banks en esta novela y en todo lo que he escrito, pero muy en especial por los consejos que me ha dado para comprender mejor a Becky y por el apoyo prestado para escribir el capítulo «Un martillo».

- 1 «You Don't Have To Say You Love Me» (1965). [«No hace falta que digas que me quieres»]. Título de un tema de la cantante británica Dusty Springfield, basado en un tema anterior, «Io che non vivo (senza te)», popularizado por el italiano Pino Donaggio. [N. del T.]
- 2 *Home and Away* es una popular serie de televisión australiana que se lleva emitiendo desde 1988. [N. del T.]
- 3 Dúo de música electrónica de los años 90 que, partiendo del drum 'n' bass, hizo evolucionar el género hacia una atmósfera de mayor oscuridad y complejidad rítmica al combinar elementos del jungle y el darkcore. [N. del T.]
- 4 Deriva del género hardcore y consiste en microcanciones de apenas unos segundos de duración. [N. del T.]
- 5 Modalidad de contratación habitual en el Reino Unido consistente en que el empleado no tiene un número de horas mínimas asignadas pero ha de estar disponible las veinticuatro horas del día. Los contratos de cero horas han sido duramente criticados por su precariedad y por la percepción generalizada de que contribuyen a degradar la calidad del empleo. [N. del T.]
- 6 Profeta del Antiguo Testamento y protagonista del libro bíblico del mismo nombre. En el relato de Susana, contenido en el Libro de Daniel, una joven hebrea es falsamente acusada de adulterio por dos ancianos que la desean y cuyas proposiciones deshonestas ella rechaza. Daniel ejerce de abogado defensor de Susana, demostrando su inocencia. La etimología del nombre está relacionada con la justicia: דן (d'n) «juzgar» y אלהים (El), «Dios». Se suele traducir como «Dios es mi juez» o «Juicio de Dios». [N. del T.]
- 7 Tarjeta electrónica de transporte de Londres. [N. del T.]
- 8 Run-DMC Uno de los grupos de hip hop más importantes en la historia del género. Permanecieron en activo durante los años 80 y 90. Fue el primer grupo de raperos que dio el paso del sencillo al álbum, haciéndose así conocidos para el público mayoritario. También fue la primera banda de hip hop con su propia línea de ropa, a raíz de un contrato con la compañía Adidas. [N. del T.]
- 9 «Poker Face». Tema de 2008 de Lady Gaga. [N. del T.]
- 10 Dimetilriptamina: sustancia extraída de la Mimosa tenuiflora y usada por algunos pueblos indígenas del Amazonas con fines espirituales. [N. del T.]
- 11 *Autobahn*: «Autopista» en alemán. Referencia también al álbum pionero de la música electrónica *Autobahn* (1974), del grupo alemán Kraftwerk. [N. del T.]

¹² Poema escrito por el estadounidense Max Ehrmann (18721-945) y popularizado a raíz del movimiento *hippie*. [N. del T.]

KATE TEMPEST

Cuando la vida te da un martillo

TRADUCCIÓN DE DANIEL RAMOS SÁNCHEZ

narrativa
el
piso

